

BOTONES: LIBRO SEIS

# BOTONES Y GRACIA

*YO SOY LA OSCURIDAD.  
ELLA ES LA LUZ.*



AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

P E N E L O P E S K Y

# **BOTONES Y GRACIA**

---

BOTONES #6

PENELOPE SKY

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y sucesos representados en esta novela son ficticios o se han usado de forma ficticia. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del editor o de la autora, salvo en el caso de un crítico, que podrá citar breves pasajes en una crítica.

**Hartwick Publishing**

**Botones y gracia**

Copyright © 2018 de Penelope Sky

Todos los derechos reservados

CANE

Me senté en el sofá junto a Adelina, pasándole el brazo por encima de los hombros. Estábamos viendo la televisión, pero yo sabía que ninguno de los dos estaba prestando realmente atención a lo que sucedía en la pantalla. Había arriesgado el cuello para salvarle la vida y cuando le había expresado lo que sentía por ella, no me había correspondido.

Dolía una barbaridad.

Había estado seguro de que ella sentía lo mismo; me había parecido notarlo en cada uno de los besos que me daba. El que acabara de volver de un espantoso cautiverio no le había impedido desear tocarme. Me quería encima de su cuerpo, con los labios pegados a los suyos.

Pero aquello no había significado nada.

Y ahora aquí estábamos... en doloroso silencio.

Sonó mi teléfono y el nombre de Pearl apareció en la pantalla. No había hablado con ella desde el asalto, por lo que di por hecho que sería importante. Cogí la llamada y me llevé el teléfono a la oreja.

—Hola, yo...

—Han capturado a Crow —hablaba a mil por hora—. Tristan se lo llevó de casa y ahora se dirigen hacia el este. Ve a por él, Cane. ¡Ahora!

Mis reflejos se despertaron rápidamente y en un instante estuve de pie.

Me lancé a por la pistola que había sobre la encimera y me la metí bruscamente en la parte trasera de los vaqueros. Cogí el chaleco antibalas que todavía andaba por en medio.

—Ya estoy en marcha.

—¡Date prisa!

Colgué y me fui abrochando el chaleco de camino hacia la puerta. El pulso me retumbaba en los oídos y apenas era consciente de lo que me rodeaba. Dejó de oírse la televisión y Adelina dijo algo, pero no conseguí entenderlo. Agarré la ametralladora del armario y salí por la puerta delantera como una flecha.

—¡Cane! —Adelina me siguió corriendo—. ¿Qué está pasando?

—Quédate dentro. —No me giré mientras me dirigía hacia el coche—. Tengo que irme. Ahora no puedo hablar. —Arranqué el motor y aceleré de camino a casa de Crow, al otro lado de los campos. Llamé a Bran por el camino para ordenarle reunir a todos los hombres que pudiera y dirigirse hacia el punto de localización de mi dispositivo de rastreo. Una vez hecho aquello, coloqué la ubicación de Crow en la pantalla central.

Continuaba activo.

Gracias a Dios, joder.

Pisé con más fuerza el acelerador hasta avanzar a más de ciento cincuenta kilómetros por hora por las carreteras vacías. Era casi medianoche, así que afortunadamente no había nadie en las calles. Ahora sabía que Tristan estaba vivo, y esta vez no pensaba permitir que se me escurriera. Cuando lo matara a golpes con la culata de mi escopeta, lamentaría haberse llevado a mi hermano.

Iba siguiendo el rastreador e intentando ganarles terreno, pero conducían a una velocidad de locos, al igual que hacía yo. Se dirigían hacia el este, lo cual me indicaba que tenían intención de permanecer en Italia. No cabía la posibilidad de que metieran a Crow en un avión, a menos que tuvieran uno privado. Y aunque así fuera, parecía algo improbable.

La voz de Bran surgió por el manos libres telefónico del coche.

—Estamos a diez minutos detrás de ti. ¿Cuál es el plan?

—Correr a toda hostia. Tristan está vivo y tiene a Crow. Deben de estar volviendo a su base y no tienen ni idea de que estamos rastreand... —El punto que señalaba la ubicación de Crow desapareció de repente. El mapa se quedó completamente en negro. La zona desde la que había estado emitiéndose la señal ahora estaba vacía.

—¿Cane? —dijo Bran—. No te oigo.

Actualicé la página y volví a abrir el mapa en la pantalla.

Sus coordenadas habían desaparecido.

—Mierda...

—¿Qué pasa?

Estampé la mano con tanta violencia sobre el volante que casi me partí los huesos.

—Han encontrado el puto rastreador. Virgen santa. —Tristan debía de haberle pasado un escáner por el cuerpo en cuanto salieron a la carretera. Era evidente que habían encontrado el transmisor y se lo habían quitado.

Pearl tenía que haber visto exactamente lo mismo.

—Mierda —dijo Bran—. ¿Qué hacemos?

Yo no tenía una respuesta. Nunca me dejaba llevar por el pánico en situaciones estresantes, ni siquiera si eran una cuestión de vida o muerte. Pero ahora se trataba de mi hermano, y perderlo a él me asustaba muchísimo más que perder mi propia vida. Yo era el único culpable de que lo hubieran capturado. Debería ser yo el que estuviese atado en la parte de atrás de ese coche... no él.

No podría soportar la culpa.

No podría mirar a Pearl a la cara.

No podría mirarme a mí mismo.

—¿Cane? —repitió Bran.

Seguí conduciendo, aunque ya no tuviera un destino.

—Se dirigían hacia el este. Si su plan era huir en avión, habrían ido hacia Florencia. Seguramente vayan a Roma o a algún lugar en las proximidades.

—¿Qué aspecto tienen? ¿Qué tipo de coches estamos buscando?

—Yo... no lo sé. —No tenía ni idea de lo que había pasado en la finca. Por lo que me había contado Pearl, al parecer habían capturado a Crow y habían salido de allí. No había ningún testigo que pudiera ayudarme.

—Cane, necesito algo más que eso.

—Lo sé —contesté irritado—. No tengo nada, Bran. Lo único que sé es que tenemos que encontrar a Crow lo antes posible... —Mi teléfono empezó a pitar al recibir una llamada por la otra línea. Era un número desconocido; dada la situación en la que nos encontrábamos, me pareció una estupidez ignorar la llamada—. Espera un momento, Bran. —Pulsé el botón y pasé a la otra llamada—. Cane. —Mi tono cambió de inmediato, volviéndose defensivo en preparación para lo que fuera a suceder a continuación.

—Espero que estés disfrutando de mi ramera tanto como lo hice yo.

La voz era inconfundible; no tardé más de una milésima de segundo en ponerle cara.

—Yo por mi parte estoy disfrutando de tu hermano. No de la misma manera, claro. —Añadió una risita sarcástica, deleitándose al máximo en su venganza. Yo no había pronunciado palabra, pero él sabía que había pánico en mi silencio—. Ahora que le hemos quitado el rastreador, te va a resultar muy difícil encontrarnos. Si yo fuera tú, me ahorraría la gasolina.

Mierda. Mierda. Mierda.

No pensaba dejar morir a mi hermano. No tenía intención de permitir que sufriera, cuando todo aquello era por mi culpa. No iba a consentir que Pearl se convirtiera en viuda y criara sola a su bebé. Aquello no iba a suceder.

—Así que permíteme ahorrarte algo de tiempo. Dame lo que quiero y te lo devolveré.

Sabía que iba a pedirme a Adelina. No quería renunciar a ella, ni aunque no me amase. Era una mujer inocente que merecía ser libre. Pero Crow era mi

hermano, sangre de mi sangre. Me portaba como un capullo con él, pero aquello no cambiaba lo importante que era para mí. Lo quería con toda el alma. Pensarlo me daba náuseas, pero no tendría más remedio que entregarle a Adelina para recuperarlo. Era mi familia. No podía darles así la espalda a él y a Pearl. Adelina lo entendería.

—Dame a Pearl.

Mi mano se cerró con más fuerza sobre el volante y di un pequeño bandazo con el coche mientras bajaba la calle. Los campos estaban oscuros y ante mí podía ver las luces de Florencia en la distancia. Pearl era la última persona que hubiera esperado que me pidiera.

—Te daré veinticuatro horas para pensarlo. Pero más te vale darme la respuesta que quiero oír... o él muere.

—¿Para qué la quieres a ella? —exigí saber—. Soy yo el que mató a tus hombres. Soy yo el que te robó a tu mujer. Déjame ocupar su lugar y podrás cobrarte la venganza que te mereces; podrás darme una paliza, torturarme y matarme.

Él soltó otra risita.

—Por tentador que suene eso, mi idea es mucho mejor. Sé cómo funcionáis vosotros los Barsetti. Te dolerá mucho más saber todas las cosas horribles que le estoy haciendo que cualquier cosa que pueda hacerte a ti físicamente.

Mierda.

—Pero quiero a Pearl para poder haceros daño a los dos. Desde que le puse los ojos encima, no he parado de pensar en todo lo que me gustaría hacerle. Esa piel perfecta, esos ojos brillantes... Estoy deseando arrancarle la vida del cuerpo igual que hice con Adelina.

Me agarré con tal fuerza al volante que los nudillos se me pusieron blancos.

—Dámela y Crow queda libre. Soy un hombre compasivo. Te permitiré salvar a tu hermano... por un precio.



CROW

Estaba en Roma, dentro de un almacén. Aunque me hubieran arrancado el rastreador del brazo, seguía siendo una estupidez de sitio al que llevarme. Seguramente Cane me estaba siguiendo la pista de cerca cuando se interrumpió la conexión, lo cual le había confirmado que me iban a mantener en Italia. Mi hermano era un imbécil, pero muy observador para las cosas importantes.

Irónicamente, no estaba más que a media hora de la antigua base de Bones. Era probable que Tristan hubiese escogido el lugar por lo cerca que estaba de casa. Cane nunca esperaría encontrarme tan cerca. Cuando me quitaron el rastreador supe que aquella situación se iba a complicar. Me sería mucho más difícil escapar. Y ser rescatado, todavía más.

Pero Cane era inteligente, igual que los hombres que trabajaban para nosotros. No descansaría hasta haberme encontrado.

En cambio, Botón... estaría sollozando en ese preciso instante.

Estaría más asustada de lo que lo había estado en toda su vida.

Perderme significaría perder una parte de sí misma.

No podía pensar demasiado en ello porque se me partía el corazón. Tenía que salir de allí por ella. Tenía que salir de allí por el pequeño Barsetti que crecía en su interior. No le negaría a mi bebé la seguridad de tener cerca un

hombre poderoso que lo protegiera. Si era niño, le enseñaría a amar por el modo en que yo amaba a su madre. Si era niña, le enseñaría qué esperar de un hombre que aspirara a su mano... si era lo bastante valiente como para estrechar la mía.

Pero hasta en el supuesto de que no consiguiera salir con vida, sabía que Botón saldría adelante.

Aquella mujer era fuerte.

Quedaría devastada, pero continuaría sin mí. Tendría mi fortuna y a mi hermano para protegerla. Criaría a mi hijo para que fuera un hombre y a mi hija para que fuera más fuerte de lo que yo había sido nunca.

Ella lo lograría.

Pero yo no quería obligarla a hacerlo.

Tenía que salir de allí.

Estaba a solas en un pequeño almacén. El hormigón estaba húmedo por una fuga en una de las cañerías. Aquello me decía que estaba dentro de un complejo más antiguo, del tipo que estaría situado por las afueras. Había algunas cadenas colgando del techo, indicándome que aquel lugar había sido utilizado originalmente para cargamentos pesados. Eso quería decir que estábamos cerca de una carretera por la que camiones de gran tamaño pudieran acceder con facilidad a la zona. Seguramente no tendría oportunidad de hablar con Cane, pero si se me presentaba, necesitaba darle toda la información posible.

Tenía el ojo derecho cerrado por la hinchazón y la parte derecha de la mandíbula rota. Tristan me había atravesado el antebrazo de una puñalada, teniendo cuidado de no cortarme ninguna arteria, pero penetrando lo bastante para debilitarme al hacerme sangrar por todo el suelo. Tenía muchas costillas rotas. El pulso me martilleaba en la sien. Me había dado una buena paliza, en venganza por todos los hombres que había matado.

Yo no emití ni un solo sonido en ningún momento.

Sabía lo que se avecinaba. Sabía cómo enfrentarme a ello. No le daría la

satisfacción de hacerme daño de verdad. Sólo a través de mi esposa podía herirme de verdad. Y ella estaba muy lejos, protegida por mis mejores hombres.

Tristan no tenía nada que utilizar en mi contra.

Se abrió la puerta y apareció una sombra, a la que siguió la silueta de Tristan. Sus botas apisonaron el duro cemento a medida que se aproximaba a mí, mientras los guardias que había a ambos lados de la puerta lo contemplaban en silencio. Cada uno de ellos llevaba un arma en la cadera.

Tenía las manos atadas a la espalda y los tobillos unidos y rodeados con cadenas. No había modo de escapar de aquella por mi cuenta, no a menos que encontrara una herramienta adecuada para liberarme. Observé a Tristan acercarse a mí mientras su rostro aparecía por fin a la vista.

Retorcía los labios en una mueca permanente y tenía una nariz ganchuda como una garra. Sus pobladas cejas necesitaban mantenimiento y sus ojos eran del color de esas manchas de aceite que aparecen debajo de los coches averiados. Compadecí a Adelina por haber tenido que follarse a un tío tan feo.

Tristan se detuvo frente a mí con los brazos colgando a ambos costados. Tenía una pistola, pero no la desenfundó.

—Te veo fatal, Crow.

Escupí un chorro de sangre a un lado. Me había dado unos cuantos puñetazos en la boca.

—Sigo teniendo mejor aspecto que tú.

Entrecerró agresivamente los ojos.

—Eres muy valiente... o muy estúpido.

—Son lo mismo, si te interesa mi opinión. —No me dejaría intimidar ni por aquel ni por ningún otro hombre. Demostrar miedo era una sentencia de muerte. Los ruegos y las súplicas no me salvarían la vida. Sólo me despojarían de mi dignidad justo antes de que terminara mi existencia.

Tristan cogió una silla de un extremo de la sala y la plantó delante de mí.

Se sentó como si fuera a tener lugar una larga conversación.

—¿Estás disfrutando de tu estancia con nosotros?

—No es un hotel de cinco estrellas, pero no está tan mal.

Cuanto más me hacía el listo, más se irritaba. Él sabía que de haberse encontrado en una situación similar, nunca habría tenido la valentía que yo estaba demostrando. Intentaba ejercer su poder sobre mí, pero nunca podría lograrlo, no si yo no se lo permitía.

—He hablado con tu hermano.

—¿Qué tal está? —Proyectaba un aura de tranquila indiferencia, pero no era más que un paripé. Tenía que encontrar una manera de volver junto a mi esposa... mi esposa embarazada.

—Ha tenido momentos mejores —dijo—. No estuvo muy hablador.

—Probablemente porque está ocupado tirándose a tu antigua prisionera.

Los ojos de Tristan volvieron a estrecharse... y esta vez pareció estar pensando en pegarme. A lo mejor perdía los nervios y me daba un tiro sin más. Pero en ese caso no tendría nada con lo que negociar para recuperar a Adelina. Seguramente todo esto venía de ahí. Le había cabreado que se la quitaran y me estaba utilizando como rehén para que se la devolvieran. Yo no tenía ni idea de si Cane accedería o no al intercambio. Por un lado, yo era su hermano y haría cualquier cosa para salvarme. Por el otro, ella era la mujer a la que amaba. Si me dieran a elegir a mí, me resultaría difícil tomar una decisión.

—El único modo de que puedas salir de aquí es haciendo un intercambio.

Mis sospechas eran correctas.

—Dime dónde está tu mujer y te dejaré marchar.

Oculté mi reacción lo mejor que pude, pero a duras penas logré controlarme. Antes ya me había preguntado por Pearl, pero me había figurado que se debía a que planeaba secuestrarnos a los dos. Sin embargo, daba la impresión de seguir detrás de ella.

—No veo qué importancia puede tener ella en todo esto. No tuvo nada

que ver con el secuestro de Adelina.

—Tienes razón. No tuvo nada que ver. Pero desde que le puse los ojos encima a esas tetas de escándalo y a esas piernas tan largas, he deseado follármela igual que haces tú, Crow.

Toda mi sangre abandonó mi corazón bombeada hacia las extremidades. Mis músculos recibieron una descarga de adrenalina y se contrajeron automáticamente, preparados para el combate. Si no hubiera estado atado en aquel momento, habría matado a Tristan con mis propias manos. Le habría arrancado los ojos antes de destrozar el resto de él, desgarrándole las extremidades y los dedos.

Mantener una actitud estoica en aquel momento fue lo más duro que he tenido que hacer jamás. No podía dejarme provocar por su mala leche. Tenía que seguir manteniendo la calma porque cabrearme era justo lo que él quería. Defender el honor de mi esposa no era lo prioritario en aquel momento. Todo lo que Botón quería era que yo volviese a su lado. Las siniestras intenciones de Tristan no podían importarle menos.

—Me vas a decir dónde está. Cuando la tenga a ella, te soltaré a ti. Me parece un castigo justo por el modo en que me habéis puteado vosotros dos. Tú consigues tu libertad, y puedes imaginarte lo que estará haciendo tu esposa cada hora del día, encadenada a mi cama. —Me fulminó con una mirada cargada de hostilidad vengativa.

Yo ni siquiera parpadeé.

—No te voy a mentir diciéndote que no sé dónde está. Sé exactamente dónde está. Pero nada de lo que puedas hacerme conseguirá que te la entregue. Puedes cortarme todas y cada una de las extremidades trozo a trozo, hasta que no quede nada o muera desangrado. Puedes torturarme como más te excite. Seguiré sin soltar ni una puta palabra. Si no me crees, ponme a prueba. Saca las sierras y los taladros y márame lentamente. —Yo era el que estaba atado y lleno de golpes, pero en ningún momento perdí mi confianza o mi autoridad. Tristan estaba a mi merced porque intentaba penetrar en una

cámara acorazada impenetrable. No había dinero ni armas suficientes en el mundo que lograran permitirle avanzar hacia su objetivo. Moriría con gusto antes de consentir que cualquier hombre se acercara a la mujer que amaba.

Tristan estudió mi expresión como si tuviera las palabras que había pronunciado escritas en la cara. No sonrió ni hizo mueca alguna, absorbiendo el mensaje como una esponja. Se levantó de la silla y la empujó a un lado.

—Ya le he dicho a Cane que es el único intercambio que estoy dispuesto a hacer. Así que, sea como sea, uno de los dos terminará por ceder. Lo único de lo que todavía no estoy seguro es de cuál de vosotros será.

Cane sabía exactamente lo que querría yo en aquella situación. Sabía que ni siquiera me parecería bien entregar a Pearl, sacarme de allí y después unirnos para recuperarla. No querría que ningún hombre le pusiera una sola mano encima a mi esposa, sin importar lo breve que fuera el contacto. Ni aun estando Pearl de acuerdo me parecería aceptable.

Prefería morir.

Cane lo sabía. No me cabía duda de que tomaría la decisión correcta... incluso si hacerlo significaba no volverme a ver jamás.

PEARL

El mundo era un torbellino a mi alrededor.

No era capaz de mantenerme en pie.

Daba igual cuántas veces respirara, no conseguía bastante aire.

El corazón me latía tan deprisa que pensé que me estaba dando un infarto.

Lágrimas y más lágrimas.

Los sollozos. Hacían que me doliera el pecho.

Me había dicho que me amaba antes de desaparecer. Su rastreador se había apagado. Ahora yo estaba completamente a ciegas en otro país. Mi marido había sido capturado y probablemente sufría a cada momento que pasaba.

Deseaba despertarme de aquella pesadilla, pero no acababa nunca.

Llamé una y otra vez a Cane sin conseguir localizarlo en ningún momento. Esperaba que aquello quisiera decir que estaba en proceso de recuperar a Crow. Deseaba que le estuviera metiendo una bala a Tristan entre los ojos en aquel preciso instante. Deseaba que estuviera haciendo todo lo humanamente posible para rescatar a mi marido... al amor de mi vida.

Lars estaba sentado a mi lado en el patio. Había pasado la noche y hacía un precioso día soleado en Grecia. Pero a mí me daba la impresión de encontrarme inmersa en la mayor tormenta de la historia. El barco se estaba

hundiendo y no creía que fuéramos a sobrevivir.

Lars puso su mano sobre la mía y me la sostuvo sobre el almohadón, haciendo lo único que podía hacer para consolarme. Le había dado uno o dos abrazos a lo largo de los años, pero jamás habíamos mantenido aquel tipo de contacto. Y yo sabía por qué.

Estaba asustado.

Yo lloraba intermitentemente según pasaban las horas. No saber lo que estaba pasando era lo peor. Quería poner rumbo a Italia, pero no estaba segura de en qué ayudaría eso. La razón de que Crow me hubiese enviado lejos era para protegerme. Si me entregaba en bandeja a la gente de la que me estaba protegiendo, todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

Mi teléfono empezó a sonar y el nombre de Cane apareció en la pantalla.

Contesté al instante.

—Por favor, dime que ya lo tienes. Dime que está bien. Por favor...

El silencio de Cane fue la respuesta más dolorosa.

Empecé a llorar.

—Estoy en ello, Pearl —dijo con calma—. Perder la señal ha complicado aún más las cosas. Pero te prometo que no pararé hasta encontrarlo.

—Tienes que recuperarlo.

—Lo haré, Pearl.

—No puedo vivir sin él... —Sollozaba al hablar, hecha un desastre emocional—. No puedo. Tienes que recuperarlo.

—Lo sé —susurró—. Lo haré. Sé que sigue en Italia. He contactado con todos los controladores de tráfico aéreo y durante el último día no ha despegado ningún avión privado. Así que creo que no están escondidos lejos.

—Tienes que estrechar más el cerco.

—Lo sé.

—¿Qué es lo que quiere, Cane? —susurré—. ¿Quiere a Adelina? —Yo no quería entregarle aquella pobre mujer a semejante demonio, no después de todo lo que habíamos hecho para salvarla. Pero tampoco quería perder a mi



marido. Los dos habíamos sufrido ya demasiado. Sólo deseábamos una vida tranquila en el campo, donde pudiéramos criar a nuestro bebé. Al parecer, aquello era demasiado pedir.

Cane permaneció callado durante casi un minuto.

—No, no quiere a Adelina.

—¿Y entonces qué? ¿Dinero? —pregunté—. Crow lo transfirió todo a una cuenta en el extranjero. Puedo conseguírtelo todo y tú se lo das a él.

—No quiere dinero.

—¿Qué, entonces? —presioné—. Sea lo que sea, dáselo y ya está.

Cane suspiró.

—Pearl, te quiere a ti.

Las palabras me cayeron encima como una tonelada de ladrillos. Sentí una oleada de espanto al recordar el modo en que me había mirado Tristan cuando fui a su complejo. Entonces se me había follado con los ojos y ahora deseaba hacer realidad sus fantasías. Quería castigar tanto a Cane como a Crow por habérsela jugado. Quedarse conmigo era la mejor manera de conseguirlo. No hacía falta que Cane me explicara nada más.

En cualquier otra situación, habría aceptado el intercambio sin pensármelo dos veces. Ya había estado secuestrada y podría volver a hacerlo. Encontraría una manera de escapar o Crow encontraría una manera de rescatarme. Pero ahora que estaba embarazada, aquella opción quedaba descartada. Crow no podría proteger a nuestro bebé.

Yo era la única que podía hacerlo.

—Yo lo haría... pero no puedo. —Se me quebró la voz—. No con...

—Lo sé. Crow jamás lo querría. No puedo hacer el intercambio. Conozco a mi hermano... y sé que preferiría morir.

Yo también lo sabía.

—No puedes rendirte, Cane.

—Nunca. Se supone que le tengo que dar una respuesta a Tristan dentro de ocho horas. Me temo que acabaría con Crow en cuanto yo aceptara.

Era posible.

—Iría allí a ayudarte, pero no conseguiré estar de vuelta a tiempo.

—No —respondió con firmeza—. Crow quiere que te quedes allí. No vas a marcharte. Sé que lo único que le permite conservar la cordura ahora mismo es saber que tú estás a salvo. Confía en mí.

Aquello también lo sabía.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? Tenemos que descubrir dónde está. ¿Cómo vas a reducir la búsqueda?

El silencio de Cane resultaba inquietante.

—Algo tienes que tener.

—Creo que está en Roma, pero es un lugar bastante grande. Es difícil reducirlo más.

—Pregúntale a gente que conozca a Tristan.

—Ya lo he hecho —contestó—. No han sabido nada de él desde la destrucción de su base de operaciones. Se quitó de en medio a propósito para poder pillarnos así. Tristan está cabreadísimo, eso es evidente.

Lo cual quería decir que estaría haciéndole cosas horribles a Crow.

—Tiene que haber algo...

Cane guardaba silencio, devanándose los sesos al otro lado de la línea.

Yo tenía la mente en blanco porque nunca me ocupaba de ese tipo de cosas. Cane y Crow llevaban toda la vida moviéndose por los bajos fondos. Sabían cómo pensaban sus enemigos, preveían sus movimientos antes de que los hicieran. Yo no podía aportar nada, aparte del hecho de ser la que mejor conocía a Crow.

¿Qué haría él?

—Supongo que puedo intentar rastrearlo por satélite —dijo Cane—. Pero para cuando tengamos las imágenes, no nos quedará mucho tiempo para hacer nada con ellas.

Me vino una idea a la mente.

—Si están en Roma, lo más probable es que Crow sepa exactamente

dónde lo tienen.

—Imagino —contestó Cane—. Eso suponiendo que no le hayan puesto un saco en la cabeza.

—¿Para qué le iban a tapar la cara si están planeando matarlo? —Odiaba pronunciar aquellas palabras, pero tenían que ser dichas.

—Es posible. Pero ¿qué ganamos con eso?

—Si pudieras hablar con Crow, seguramente te podría decir dónde está.

Cane suspiró sobre el teléfono.

—Eso nunca sucederá. Tristan no permitirá que suceda.

—Espera y escúchame.

—No le veo sentido.

—Cállate y escucha. Dile a Tristan que aceptas hacer el intercambio, pero que no sabes dónde estoy. Que sólo lo sabe Crow.

—Sé que los dos tenemos los nervios hechos polvo ahora mismo, pero eso es una estupidez. Crow sabe que yo jamás haría un intercambio semejante, ni en un millón de años. Si la situación fuera a la inversa y fuese yo el que estuviera allí, él me dejaría morir antes de entregarles a mi mujer.

—Exactamente.

—¿Cómo? —preguntó desconcertado—. ¿Qué acabas de demostrar?

—Cuando le diga a Crow que has aceptado hacer el intercambio, él sabrá que estás mintiendo.

—Hmm...

—Porque sabe que nunca le harías algo así. Sabe que nunca me entregarías a Tristan.

—Aunque sea así, ¿luego qué?

—Le dices a Tristan que Crow sólo revelará las coordenadas si hablas tú personalmente con él. Que tienes que convencerlo. Tristan obviamente estará escuchando la conversación, pero quizá Crow consiga darte alguna pista de dónde está sin que Tristan se dé cuenta.

—¿Y qué pasa si Crow no tiene ninguna pista?

—Pues que no diré nada. Pero si te menciona alguna ubicación falsa, sabremos que ha entendido lo que estamos intentando hacer.

Cane rumió mis palabras antes de responder.

—Es una locura... pero podría funcionar.

—No tenemos ninguna otra alternativa. Conozco a Crow. Lleva buscando una vía de escape desde que llegó allí. Habrá asimilado hasta el último detalle si piensa que le puede ser de ayuda.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo?

—Sí —dijo Cane—. Creo que es nuestra mejor baza. Voy a ir con los hombres a Roma porque me parece que es allí donde se esconde Tristan. De esa manera, podremos ponernos en marcha con rapidez si Crow nos da cualquier información.

—De acuerdo. —Dios, esperaba que aquello funcionase. Era el único as que teníamos guardado en la manga. Si no funcionaba, perdería a Crow para siempre. Criaría sola a nuestro bebé, sería una viuda que se sentiría perdida. Daba igual que Crow lo hubiera preparado todo para que no me faltara de nada. Todo el dinero del mundo no me servía de nada sin él a mi lado. Nunca me volvería a casar porque creía que sólo había un gran amor en la vida... y él era el mío.

—Pearl, te prometo que voy a hacer todo lo posible para recuperarlo... aunque eso signifique que tenga que recibir una bala por él.

Yo sabía que Cane quería a Crow tanto como yo, aunque fuese de un modo diferente.

—Y si no lo consigo, sabes que tú y el bebé podréis contar conmigo hasta el día de mi muerte.

Aquello también lo sabía.

—Mejor que no hablemos así. Apenas consigo respirar según están las cosas.

CANE

Todavía no había hablado con Adelina desde que me había marchado de casa el día anterior.

No había tenido tiempo.

Ahora iba de camino a Roma, conduciendo uno de los Hummer negros, totalmente a prueba de balas. Iba conduciendo solo con una sucesión interminable de pensamientos rondándome la cabeza. Tenía que sacar a mi hermano de allí. El fracaso no era una opción esta vez.

Mi teléfono empezó a sonar por el manos libres del coche y el número de otro de mis móviles apareció en la pantalla.

Supe quién era.

—Hola. —No había tenido mucho tiempo para pensar en la incómoda conversación que habíamos mantenido el otro día. Le había entregado mi corazón, haciéndolo vulnerable al sacármelo del cuerpo. Lo había sacrificado todo por aquella mujer. En aquel preciso instante, mi hermano estaba prisionero por haber arriesgado el cuello para salvar a la mujer a la que yo amaba... mientras su propia mujer embarazada tenía que esconderse. Ahora me sentía como un idiota por haberlo puesto en peligro.

—Hola, ¿estás bien? —Adelina tenía una voz preciosa, del tipo que poblaba mis sueños al dormir a su lado. Me encantó el tono preocupado de su

voz, cómo me demostraba afecto sin decir casi nada. Sólo desearía que significara algo más.

—Estoy viviendo una pesadilla. Crow ha sido capturado. Ahora mismo voy de camino a Roma para intentar rescatarlo... Aunque no estoy seguro de que lo vayamos a conseguir.

—No...

—Tristan se lo ha llevado.

—Pearl sigue a salvo, ¿verdad?

—Sí. No va a volver a casa todavía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Adelina—. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No. —El simple hecho de hablar con ella en aquel momento me estaba calentando la cabeza. Una parte de mí estaba resentida con ella por no haberme dicho que me amaba. Después de todo lo que había hecho por ella, ¿cómo podía no sentir lo mismo que yo? No era ningún príncipe azul, pero era evidente que ella me importaba. Era consciente de ser un criminal y de haberla aceptado como pago, pero eso no me convertía en un mal tipo—. Ahora mismo no puedo hablar. Te llamaré cuando haya terminado todo.

—Vale... Sálvalo, por favor. Es un buen hombre.

El mejor, de hecho.

—Haré todo lo que pueda. No puedo permitir que Pearl se quede viuda. A Crow le asusta más eso que su propia muerte.

—Sé cuánto la ama. Lo veo todos los días en su cara.

Y yo había creído ver cuánto me amaba ella.

—Tengo que dejarte.

—Por favor Cane, ten cuidado. Necesito que tú también vuelvas.

—Lo intentaré. —Quería decirle que la amaba, sólo por si no lograba regresar. Quería que supiese hasta qué punto había cambiado mi vida para bien. Me había humanizado, me había hecho darme cuenta de que era capaz de ser algo más que un monstruo. Pero no surgió ninguna de aquellas

confesiones, ya fuese porque era demasiado orgulloso para hacerlas o porque me daba demasiado miedo no obtener de ella más que silencio—. Adiós, Adelina.

—Cane...

Escuché el silencio al otro lado de la línea, deseando que dijese algo que yo quisiera oír.

—Vuelve, por favor.

Me sentí como un idiota por desear que hubiese dicho algo más; no debería haberlo esperado.

—Vale. —Colgué para no tener que volver a despedirme.

---

TRISTAN RESPONDIÓ CON SU ARROGANCIA HABITUAL.

—Espero no verme obligado a matar hoy a Crow. Parece un desperdicio de potencial.

En cuanto se estableció la conexión telefónica empezaron a llover las amenazas. No era algo en lo que quisiera pensar, los ojos sin vida del cadáver de mi hermano tirado en el suelo.

—He pensado mucho en ello. Crow es la única familia que me queda. Después de nuestra guerra contra Bones, no tengo a nadie más.

—La familia lo es todo. Me alegra que lo veas así.

—Crow no querría intercambiar su libertad por la de su mujer.

—Sí, lo ha mencionado. Parecía bastante obcecado al respecto. Pero ahí es donde entras tú. ¿Vas a provocar que esto suceda, Cane? ¿Vas a permitir que tu hermano sea torturado hasta la muerte? Ya me he puesto manos a la obra. No lo he oído gritar ni una sola vez.

La sangre me huyó de las extremidades. La tortura, la violencia y la sangre no me perturbaban. Pero imaginarme a mi hermano como la víctima hizo que me tambaleara mientras me sentaba derecho.

—Mi hermano se enfadaría si supiera que estoy haciendo esto. Pero tengo un problema.

—Hazlo desaparecer —dijo sencillamente.

—Tú no lo entiendes. No sé dónde está Pearl. —Me esforcé al máximo por sonar creíble. Estaba mintiendo descaradamente, pero nunca lo había hecho de manera tan convincente. Esta vez había mucho en juego. Si Tristan sospechaba que todo era un montaje, mataría a Crow para vengarse de mí.

—¿Tú no lo sabes?

—No llegó a decírmelo. No se lo dijo a nadie.

—¿Y no la puedes llamar?

—No me quiere decir dónde está. Ha destruido su teléfono para que no pueda rastrear su ubicación.

Tristan se quedó callado.

Él sabía lo unidos que estábamos. Era posible que no se lo tragara.

—Entonces tendré que matarlo. Es una lástima.

—Si me dejas hablar con él, conseguiré que me diga dónde está.

—Lo dudo. Ha aguantado bastante bien bajo tortura.

Me tragué la bilis que me había ascendido por la garganta.

—Conmigo será diferente. Puedo convencerlo. Si ya lo has agotado, a lo mejor está más dispuesto a decírmelo. Si de verdad quieres a Pearl, este es el único modo de conseguirlo. Tengo que sacar a mi hermano de allí, así que no voy a parar hasta sonsacarle esa ubicación.

Tristan hizo una larga pausa mientras consideraba mis palabras.

—¿Y esto no será algún truco para hablar con él?

No era tan tonto como yo había deseado.

—Estoy seguro de que vas a escuchar la conversación, Tristan. No esperaré nada menos.

Tristan guardó un largo silencio, respirando casi imperceptiblemente al otro lado de la línea. Estaba sopesando lo que le había dicho, estudiándolo desde todos los ángulos posibles. Que Crow no hubiera querido decirme



dónde estaba Pearl no era algo imposible de creer. Crow pensaba en todas las posibilidades y podría haber anticipado aquella situación.

—De acuerdo. Te dejaré hablar con él. Pero si tengo la más mínima sospecha de que estás intentando algo, le daré un tiro en la nuca. ¿Lo entiendes?

Tendría que ser aún más cuidadoso.

—Lo pillo. Ponlo al teléfono.

---

—DESPIÉRTALO. —LA VOZ DE TRISTAN SONÓ DE FONDO—. TIENE UNA llamada de teléfono.

Yo dudaba que estuviera dormido. Probablemente lo habían dejado inconsciente a golpes en algún momento a lo largo del día. Con suerte, conservaría la coherencia suficiente para darse cuenta de lo que yo estaba intentando hacer. Crow era mucho más inteligente que yo. Si alguien podía coger el plan al vuelo, ese era él.

—Es tu hermano —anunció Tristan—. Si haces cualquier estupidez, estás muerto. —El teléfono sonó amortiguado y se oyeron unos ruidos mientras lo manipulaban y lo colocaban sobre una superficie plana. Debían de haber activado el altavoz, porque sonaba diferente.

No sucedió nada.

—Crow, soy Cane.

—¿Qué quieres? —ladró Crow con irritación, probablemente porque Tristan le había puesto al corriente de mis intenciones. A lo mejor estaba cabreado porque de verdad creía que estaba intentando intercambiarlo por Pearl. O puede que sólo sintiera una enorme cantidad de dolor.

—Tristan me ha dicho que la única manera de sacarte de allí es que Pearl ocupe tu lugar. —Lo dije todo desde el principio para que Crow se diese cuenta de lo que estaba intentando hacer—. Al principio no quería hacerlo,

pero me he dado cuenta de que tú eres el único otro Barsetti que me queda en el mundo. Tengo que sacarte de all...

—Vete a tomar por culo, Cane. Prefiero morir un millón de veces a permitir que ella ocupe mi lugar.

Continué hablando para evitar que dijera nada más.

—Tienes que decirme dónde está. Eres el único que lo sabe y sé que no se lo vas a decir a Tristan. Pero a mí sí que me lo tienes que decir. Sé que la amas, pero ella no querría esto. Pearl no querría que sufieras. Yo no quiero que sufras. Sólo porque Pearl pase a ser propiedad de Tristan, eso no significa que vaya a morir. Únicamente significa que...

—No lo digas —dijo Crow con una voz aterradora.

—No merece la pena morir por ello, Crow. —Esperaba que entendiera la relevancia de mi afirmación. Yo sabía exactamente dónde estaba Pearl. Sabía en qué isla estaba y también la dirección de la casa, por si tenía que ir a buscarla. Era imposible que aquello se me hubiera olvidado sin más, no cuando me lo había grabado en un *pendrive*.

—No.

—Crow...

—No.

Con suerte, no estaría tan delirante de dolor como para no poder pensar con claridad. Con suerte, no le habían golpeado la cabeza demasiado fuerte. Por lo demás, sonaba extremadamente convincente.

—No puedo vivir sin ti, tío. Eres mi hermano. Te necesito...

Crow ignoró mis palabras de afecto.

—Pearl es más importante. Si de verdad te importara tanto mi vida, no me habrías pedido que te ayudara a liberar a Adelina. Si de verdad te importara tanto protegerme, yo no estaría aquí para empezar.

Jamás me diría algo así en circunstancias normales, ni aunque lo pensara. No cabía duda de que se había dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Lo siento. Ahora estoy haciendo todo lo posible para sacarte de allí.

—Pearl ya ha sufrido demasiado. Mientras Bones la tuvo prisionera le hizo cosas espantosas. Los golpes, los huesos rotos, el trauma... Es un milagro que no perdiera la cabeza. No pienso consentir que otro hombre repita actos así.

Crow odiaba hablar de Bones. Ni siquiera pronunciaba su nombre, nunca. Entrar en detalles sobre el cautiverio de Pearl no tenía ningún sentido. Definitivamente, estaba intentando decirme algo. Pero ¿el qué?

—No voy a permitir que vuelva a suceder —repitió—. Así que se acabó. Esta será la última vez que hablemos.

—Venga, Crow. Dímelo y ya está.

—Ni lo sueñes.

Tristan y los otros hombres que había en la habitación no interrumpieron. Tristan probablemente tuviera la esperanza de que Crow se rindiera y me diera la dirección. Apoderarse de Pearl sería la mayor venganza que Tristan podría cobrarse. Nos haría daño tanto a Crow como a mí.

—¿Te acuerdas cuando éramos pequeños y papá nos llevó a aquella cafetería que había bajando la calle desde el Coliseo?

No habíamos hecho nada parecido en toda nuestra vida.

—Sí. Tú robaste un paquete de chicles de debajo de la caja registradora y papá te dio unos azotes en el culo como castigo. Pero también me los dio a mí por chivarme. —Tenía que sonar convincente para que no pareciera que estábamos hablando en clave. Sabía que Crow estaba intentando decirme exactamente dónde estaba.

Dejó escapar una débil risita.

—Sí. Sabía lo que se hacía. Y me enseñó lo que significa ser un hermano... Nunca olvidaré aquello.

—Crow, tú ya sabes lo que te va a pasar si no me dices dónde está. En serio, Pearl no querría esto.

Crow guardó silencio.

—Preferiría sufrir durante el resto de su vida que dejarte morir.

Silencio otra vez.

—Maldita sea, Crow. Dímelo y punto. ¿De verdad te vas a negar a los deseos de tu mujer? —Tenía que lograr que aquello sonara creíble y Crow no podía ceder con demasiada facilidad. Si lo hacía, sería evidente que todo aquello no era más que una estratagema.

—Se supone que debo protegerla. Entregarla me convertiría en un inútil.

—No si es eso lo que ella quiere que hagas. El matrimonio es una calle de doble sentido. De esta manera, los dos conserváis la vida.

Crow no dijo nada.

—Por favor.

Nada.

—Te necesito, Crow. No me conviertas en el último Barsetti que queda.

—Tú puedes continuar nuestro legado, Cane.

—No, no puedo —respondí cortantemente—. No soy el mejor hermano. Lo eres tú. Soy yo el que debería estar ahora mismo en esa silla. Soy yo el que debería estar prisionero. No puedo vivir con esta culpa, Crow. No puedo vivir sabiendo que soy la razón de que tú... —Dejé la frase sin terminar.

Crow no dijo nada más.

Hubo silencio, que fue seguido de más silencio.

Yo seguía esperando a que intentara algo.

Pero no me daba nada.

—Nos estamos quedando sin tiempo, Crow. Dímelo y ya est...

—Serengueti, Tanzania.

Era un lugar al azar y estaba en la dirección opuesta a Pearl. Era remoto y poco llamativo, lo que lo hacía creíble.

—Se aloja en el Four Seasons —susurró Crow.

Sabía que estaba en Roma, en algún punto próximo al Coliseo. También había mencionado a Bones, que había vivido en Roma. Aquellas eran las dos pistas, y en cuanto consultara un mapa, seguro que conseguiría reducir las posibilidades.

El plan había funcionado.

Tristan cogió el teléfono.

—Ahora enviaré hombres a por ella. Pero no lo voy a soltar hasta que la tenga en mi poder. —Colgó sin darme la oportunidad de añadir una sola palabra más.

Cogí el portátil e investigué un poco la zona. Identifiqué la cafetería que había mencionado Crow y también introduje las coordenadas de la residencia de Bones; estaba a unos veinticinco kilómetros en dirección este, por lo que no reducía el área lo suficiente.

Fue entonces cuando me di cuenta de que se había estado refiriendo a una dirección diferente.

La de la fábrica de Bones.

Introduje esas coordenadas a continuación. Entre la cafetería y los almacenes de Bones había una sola carretera. Dicha carretera conducía a un complejo abandonado con almacenes antiguos. La propiedad había sido adquirida por una compañía hotelera que la iba a renovar con fines turísticos.

Ahora ya sabía dónde estaba.

Había llegado la hora de sacar a mi hermano de allí.

---

NOS REUNIMOS EN EL PUNTO DE ENCUENTRO, A TRES KILÓMETROS DE distancia para no despertar las sospechas de Tristan y sus hombres. Crow había tenido la inteligencia de escoger un lugar que se encontraba a al menos veinte horas en avión de distancia. No descubrirían que había mentido en por lo menos otras diez horas, como muy pronto.

Bran estaba dentro de uno de los Hummer aparcados en el callejón, hablando con los técnicos de nuestra base. Estaba esperando los resultados del rastreo por satélite para hacerse una idea de la configuración del terreno. Yo suponía que Tristan no tendría a más de un puñado de hombres trabajando

para él, pero era preferible prevenir que curar.

Tenía cosas que hacer, pero sabía que mi obligación era llamar a Pearl. Sin duda ahora mismo estaría destrozada, llorando a ratos y recorriendo la casa de arriba abajo el resto del tiempo. El teléfono apenas tuvo tiempo de sonar antes de que respondiera.

—¿Qué ha pasado?

—Tu idea ha funcionado.

—¿Sí? —respondió atropelladamente, con un ligero toque de histeria—. ¿En qué sentido? ¿Has descubierto dónde está?

—Crow dejó caer pistas y me ayudó a determinar su ubicación.

—¿Dónde está? —exigió saber.

—En Roma.

—Entonces, ¿qué haces hablando por teléfono conmigo? Ve a buscarlo, Cane. —Nunca la había oído hablar de manera tan implacable y agresiva. Ni aun cuando la conocí se había mostrado tan combativa, ni de lejos. Sus emociones se intensificaban cuando se trataba de Crow.

—Estamos barriendo la zona por satélite. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos. Tenemos tiempo. Crow les dijo que estabas en África, así que tardarán algún tiempo en darse cuenta de que les ha tomado el pelo.

—¿Que tenemos tiempo? —respondió furiosa—. Crow está allí sufriendo... ¿y a ti te parece que tenemos tiempo?

La única razón por la que estaba aguantando todo aquello era porque me sabía culpable de que estuviéramos en aquella situación.

—Esto tenemos que hacerlo bien, Pearl. Por el bien de Crow. Estoy convencido de que Tristan no se ha olido nada, así que vamos a asestarle un duro golpe.

—No lo matéis.

Ladeé la cabeza a pesar de no estar hablando cara a cara con ella.

—¿Cómo?

—Quiero matar a ese cabrón yo misma. Quiero mirarlo a los ojos y

meterle una bala en el cráneo. Me ha quitado a mi marido... y nadie se mete así con un Barsetti. —Hasta se le puso un ligero acento italiano al decir aquello—. Ha intentado hacer sufrir a mi familia. Ha amenazado con hacerme sufrir. Quiero matarlo, Cane.

Yo sabía que ahora mismo sólo estaba enfadada, y no es que la juzgara por ello. Lo llevaba dentro. Había apuñalado a Bones sin pensárselo dos veces. Quería venganza por lo que Tristan le había hecho a Crow. No le dije que ya lo habían torturado porque sólo conseguiría herirla. Pero sabía que permitir que matase a Tristan no era una buena idea.

—Eso no lo puedo hacer, Pearl. Tengo que matar a todo el que esté en ese complejo. No puede quedar nadie vivo.

—Pues entonces más te vale dejar que lo haga Crow —contestó enfadada—. Ese hombre ha intentado interponerse entre nosotros. Crow se merece apretar el gatillo.

Yo me merecía apretarlo tanto como cualquiera de ellos dos por lo que Tristan le había hecho a Adelina, pero aquel no era el momento apropiado para señalarlo.

—Ya veré cómo van las cosas cuando estemos allí.

—No permitas que se te escape, Cane. Lo digo en serio.

—Lo sé, Pearl.

Suspiró al teléfono, encerrando toda su tensión en aquel único sonido.

—Lo siento... Es sólo que estoy asustada. No puedo dejar de pensar en lo que le estarán haciendo. No paro de llorar. No consigo parar. —Unos cuantos sollozos callados atravesaron la línea.

A mí me asaltaban los mismos temores.

—Te puedo prometer que nada de lo que le hagan a Crow conseguirá hacerle daño. Está hecho de acero. Es el hombre más fuerte que he conocido jamás. Es posible que ni siquiera le hayan hecho nada todavía. Tristan piensa que ha conseguido lo que quería, así que no tiene motivos para ensañarse con Crow. —Mentía sin ningún esfuerzo porque lo estaba haciendo por las

razones correctas. Crow querría que la tranquilizara, especialmente teniendo en cuenta que llevaba dentro a su hijo—. Te avisaré justo antes de entrar.

—De acuerdo —susurró—. Por favor, no tardéis demasiado. Es posible que me dé un infarto. Normalmente me tomo las cosas con mucha calma, pero... simplemente soy incapaz de relajarme. Estoy perdiendo la razón.

—No pasa nada —aseguré—. Sé lo que sientes por él. Nunca te has asustado cuando tu vida estaba en peligro porque eres una valiente. Pero cuando se trata de otra persona, da muchísimo más miedo.

—Dios, ahora ya sé cómo se siente él cuando yo hago estupideces.

Normalmente eso me habría hecho reír, pero en aquel momento no estaba de humor.

—Pues sí.

Sorbió por la nariz al otro lado de la línea.

—Avísame cuando haya terminado. Ponlo al teléfono... Necesito oír su VOZ.

—Prometido.

—Bien... —Colgó.

Me volví a meter el teléfono en el bolsillo y me encaminé hacia el Hummer donde estaba Bran, sentado en el asiento trasero con el equipo técnico mientras contemplaba la pantalla del ordenador.

—¿Tienes algo?

—Sí... pero no es bueno.

—¿Por qué dices eso? —¿Tenía más hombres de los que habíamos pensado? ¿No estaba en el lugar que nos había dicho Crow?

Bran abrió las imágenes por satélite de la zona en la pantalla, con las señales de sensores térmicos indicando la disposición del complejo. En todos los almacenes había gente, siluetas de personas trabajando.

—Me parece que todos esos son hombres de Tristan... y hay casi un centenar de ellos.

—Podrían no ser más que vecinos.



—No es probable. —Bran agrandó una de las imágenes para delinear los montones de mercancías y la distribución de las instalaciones—. Me parece que ahí es donde guarda los envíos de armas que os compró.

—¿Para qué nos hizo enviárselas a Francia si se las iba a volver a traer a Italia?

—No tengo ni idea. Pero no sé qué otra cosa podría estar guardando. Dudo que haya dos organizaciones criminales trabajando tan cerca la una de la otra. Y además... —Abrió otra imagen en la pantalla—. He desenterrado esto de los registros oficiales. El complejo está en vías de ser adquirido por una compañía hotelera.

—Yo vi lo mismo.

—Pero si te fijas en la escritura fiduciaria... aparece el nombre de Tristan.

El corazón se me cayó a los pies.

—Mierda.

—O sea, que es el dueño de todo esto. Dudo que se lo esté alquilando a nadie.

—Joder.

—Así que nos enfrentamos al menos a un centenar de hombres... todos ellos fuertemente armados.

Tuve que sentarme porque la noticia era deprimente. Era como un mazazo en la cabeza, en el pecho y en el corazón. Mi hermano no estaba rodeado por un par de docenas de hombres. Tristan nos superaba diez a uno en número.

No veía muchas probabilidades de tener éxito.

—Sabes que haría cualquier cosa por Crow, pero esta es una misión suicida.

Aquello era imposible de negar.

Nuestra única opción es hacer explotar el complejo entero con bombas, pero eso sería contraproducente porque Crow tampoco sobreviviría.

Me quedé mirando fijamente la pantalla, intentando encontrar una

respuesta a mi problema. No hacer nada quedaba descartado. Incluso aunque me fuera la vida en ello, tenía que intentar sacar a Crow de allí. Nunca me perdonaría a mí mismo si pusiera la otra mejilla. Y Pearl tampoco me perdonaría.

—No le veo ninguna solución a esto —dijo Bran—. Nos llevaría semanas reunir los hombres suficientes para conseguirlo.

—Lo sé...

—Probablemente consiga precisar la localización de Crow; entonces podríamos intentar introducirnos a escondidas, pero da la impresión de haber guardias por todas partes.

—Sí.

—¿Se te ocurre alguna idea?

Me pasé las manos por la cara y me cubrí la boca con ellas.

—No.

—Bueno, pues más vale que se te ocurra algo rápido. No tenemos más que unas horas antes de que descubran que Crow está mintiendo. Y cuando eso suceda, Tristan lo matará con toda seguridad.

Me tapé la cara, intentando no dejarme embargar por el pánico.

—Lo sé.

---

HICE UNAS CUANTAS LLAMADAS PARA INTENTAR REUNIR A TANTOS HOMBRES como pudiera, pero sólo conseguí reclutar algunas docenas. Aún no teníamos más que la mitad, lo cual no era suficiente para tomar el complejo al asalto. Aquellos hombres arriesgarían sus vidas si pensaban que tenían buenas probabilidades de conseguirlo, pero en este caso seguía tratándose de una misión condenada al fracaso.

Era posible que tuviera que entrar yo solo.

Me encontraba en un callejón sin salida y no sabía qué hacer. La persona

a la que recurriría normalmente era Crow, pero esta vez era imposible. Llamé a Crewe Donoghue, un amigo nuestro que vivía en Escocia, pero no tenía el tiempo suficiente para enviarme la ayuda que necesitaba.

Estaba jodido.

Me estaba quedando sin tiempo, pero no tenía ni idea de qué hacer a continuación. Llamé a Adelina, necesitado de alguien con quien hablar. No era mi primera opción, pero al menos era alguien. Pearl quedaba descartada. Si le contaba nuestro problema le daría un ataque de nervios.

—¿Ha acabado todo ya? —preguntó Adelina en cuanto se estableció la conexión—. ¿Está bien?

—Todavía no hemos entrado. Sé dónde está, pero Tristan tiene al menos una centena de hombres dentro del complejo y munición ilimitada. No sé qué hacer. He contratado a todos los hombres que me ha sido posible, pero siguen sin ser bastantes... —Me apoyé contra la pared del callejón y clavé la mirada en el charco de agua que había a mis pies—. Entraré solo si tengo que hacerlo, pero eso no va a terminar bien. Moriremos los dos.

—No digas eso, por favor —susurró ella.

No me importaba que aquello hiriera sus sentimientos. Era la realidad. Era la verdad. Había pensado que sería fácil sacar a Crow de allí. Pensé que a estas alturas ya lo habríamos hecho. Pero ahora parecía algo imposible.

—Nunca he tenido tanto miedo...

—¿Qué opina Pearl?

—No puedo llamarla.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Es que no tiene ni idea de lo que está pasando?

—No. Es la que me dijo que fingiéramos entregarla. Fue una buena idea, pero ahora cree que en estos momentos estoy entrando a por él. No la puedo llamar para decirle que no hay ninguna esperanza. No soy capaz de escuchar llorar a esa mujer... especialmente porque no llora nunca.

—Cane, esto es algo demasiado importante como para mantenerla a

ciegas. No puedes proteger sus sentimientos. Si Crow muere, va a sentir todo el dolor de todas maneras.

—Prefiero protegerla durante el mayor tiempo posible...

—Fue ella quien te dio la idea. A lo mejor te puede ayudar a encontrar una solución.

—Pearl es muy inteligente, pero no es un genio criminal.

—No deberías subestimarla. Sé exactamente por lo que ha pasado y no es algo que nos haya hecho más débiles a ninguna de las dos. Ahora somos más fuertes, más poderosas. Tenemos un tipo de experiencia que a ti te falta. Es posible que ella tenga algo que aportar.

Adelina tenía razón.

—Quizá...

—Yo no pasé demasiado tiempo con Tristan, pero no es ningún imbécil. Es muy paranoico, y lo he oído hablando con sus socios por teléfono. Planea las cosas con mucha antelación y es mucho más inteligente de lo que aparenta. No me sorprendería que quisiera que intentaras rescatar a Crow.

—No tiene ni idea de que sé dónde está.

—¿Estás seguro de eso? —me desafió—. La única razón por la que pudisteis arrasar su complejo es porque, para empezar, él pensaba que tú no tenías intención de devolverme. Tenía a todos sus hombres armados y preparados para atacar en Francia justo antes de que aparecieras tú. Me lo dijo él mismo. Él creía que te ibas a quedar conmigo. Sólo conseguiste sacarme de allí porque jamás se le ocurrió que pudieras hacer algo así.

Era más listo de lo que había pensado.

—No me sorprendería que se hubiera anticipado a todo esto y que estuviese esperando a que intentaras entrar con la idea de que sólo tiene unos cuantos hombres consigo. Probablemente quiera eliminaros a ambos para siempre. Mientras uno de vosotros siga con vida, siempre tendrá que estar mirando por encima del hombro. Hablar en clave con Crow suena demasiado fácil, me parece a mí.

El corazón empezó a latirme como loco. Lo que decía Adelina tenía sentido... mucho sentido.

—Esa es mi opinión. Ahora deberías preguntarle a Pearl la suya. Sabe cómo funciona la mente de los psicópatas. Estuvo prisionera muchísimo más tiempo que yo.

Yo no quería revelarle a Pearl la terrible noticia, pero sabía que era algo inevitable. Necesitaba todos los recursos que pudiera reunir si quería que aquello saliera bien. Adelina acababa de darme un punto de vista en el que yo no había pensado. Estaba demasiado estresado como para poder evaluar críticamente la situación: que me la estaban intentando jugar.

—La llamaré.

—Me parece una buena idea. Espero que funcione.

—Yo también. —Colgué y llamé a Pearl.

Contestó antes incluso de oír el tono de llamada.

—¿Está bien? ¿Lo habéis sacado de allí?

Odiaba decepcionarla.

—Todavía no hemos entrado.

—Ah... —La depresión saturaba sus palabras.

—Me he topado con algunas complicaciones.

—No, por favor. No me digas eso. —Se le empezó a quebrar la voz otra vez.

—He hablado con Adelina y ella piensa que es posible que Tristan me esté tendiendo una trampa. Que sabe que mi conversación con Crow escondía más de lo que dábamos a entender y que está esperando a que asome por allí. Bran ha estado mirando las imágenes por satélite y Tristan tiene un centenar de hombres armados dentro del complejo.

—Ningún hombre tiene un ejército a menos que esté esperando una guerra. Creo que Adelina tiene razón. —Su voz estaba cargada de pesar, pero no se deshizo en lágrimas como la última vez.

—Yo estoy empezando a pensarlo también. Probablemente piense que

irrumpiré en el complejo con una docena de hombres. Y entonces nos masacrará.

—Necesitas más hombres, Cane.

—He llamado a todos los que conozco. Sólo he conseguido reclutar a veinte hombres más.

—Con eso no basta.

—Lo sé. Entraré solo si me veo obligado a ello... pero sé que será mi fin.

—Todos los problemas tienen una solución. Crow siempre me lo dice.

—Desearía que estuviese aquí... Él sabría lo que hacer.

Suspiró al otro lado del teléfono.

—Pero somos todo lo que tiene, Cane. Y lo vamos a sacar de allí sea como sea. No nos vamos a rendir.

—Nunca.

—Pues entonces tienes que pensar en algo, Cane, y hacerlo rápido.

—Volvió a emerger su fuerza habitual, la actitud que Crow había advertido la primera vez que la vio. Se volvió dura y agresiva, sabiendo que no tenía tiempo para verter una sola lágrima más cuando la vida de Crow estaba en juego.

—He pensado en todo, Pearl.

—Si lo hubieras hecho, ahora mismo tendríamos un plan.

—He llamado a todos mis contactos. Aunque lograra volver a nuestra base de Florencia, no dispondría de hombres suficientes para transportar todas nuestras armas y los camiones. El problema es la cantidad de hombres. Simplemente, no tengo bastantes.

—Pues entonces tendrás que encontrarlos.

—Ya te he dicho que he llamado a todo el mundo. Hasta he llamado a algunos de los contactos de Crow.

—Tiene que haber alguien...

Deseaba con todas mis fuerzas que lo hubiera.

—¿Y dinero? ¿Qué pasaría si le ofrecemos todo lo que tenemos?

—El dinero le da igual, Pearl. Esto ya es algo personal. Podría ofrecerle cien millones y ni se inmutaría.

—Entonces no tenemos nada más que ofrecer... excepto a mí.

—De eso no vamos ni a hablar.

Cuando Pearl no protestó, supe que estaba de acuerdo conmigo. En cuanto Tristan se diera cuenta de que estaba embarazada, mataría al bebé. Pearl no podía permitir que aquello sucediera, ni yo podía permitir que algo así le sucediera a mi sobrino o sobrina. Teníamos que proteger a la criatura a toda costa.

—Espera...

—¿Qué? —A lo mejor Adelina tenía razón y Pearl se guardaba algún as escondido en la manga.

—Crow mencionó vuestro enfrentamiento con los Skull Kings. Están intentando echaros del mercado.

¿Y aquello qué tenía que ver?

—Eso no tiene importancia ahora mismo, Pearl.

—Sí que la tiene. ¿No son los peores asesinos del mundo?

Eran implacables, despiadados y absolutamente aterradores.

—Yo no les tocaría los cojones, si es eso lo que me estás preguntando.

—Ellos quieren el negocio. Da la impresión de que no van a parar hasta quedárselo.

—Una vez más, no entiendo lo que me estás queriendo decir.

—Ellos son exactamente lo que necesitamos ahora mismo, Cane. Tienen los medios para conseguirlo. Probablemente tengan todos los hombres y obviamente tienen las armas. Podrían ser la ventaja que necesitamos.

—No me ayudarían, Pearl. No son de la clase de gente que hace favores.

—No les estarías haciendo un favor, Cane. Estarías haciendo un intercambio con ellos. La vida de Crow a cambio del negocio.

Sentí como si una bomba me estallara dentro del pecho al escuchar su sugerencia. Era una idea estupenda, pero también algo que yo no quería

hacer. Crow y yo habíamos discutido sobre ello unas cuantas veces. Él quería deshacerse del negocio y vivir una vida tranquila. No merecía la pena la guerra que nos declararían los Skull Kings. Pero era todo lo que tenía, el trabajo de toda mi vida. Mi padre había llevado aquel negocio durante toda la suya, antes de que lo heredáramos. La mujer de la que me había enamorado no me correspondía, así que no tenía nada más a lo que dedicar mi vida. El negocio era algo más que dinero. Era mi identidad.

—¿Cane?

Escuché su voz, aunque la cabeza me daba vueltas como un torbellino.

—¿En qué estás pensando?

—Um... —No sabía en qué estaba pensando. Me sentía como un capullo por dudar siquiera.

—¿Vas a contactar con ellos?

No tendría que albergar ninguna duda. El legado de nuestro padre ya no importaba. Mi hermano y yo sólo nos teníamos el uno al otro. Eso era lo importante. Podría vivir sin mi trabajo, pero sin mi hermano no.

—Voy a llamarlos ahora mismo.



CROW

De un momento a otro, me rescatarían.

Cane entraría como una tromba en el complejo con nuestros hombres, mataría a Tristan y desataría las cuerdas que me unían las muñecas. Podría volver a ver a mi esposa, conocer a mi hijo o a mi hija. Podría abrazar a Botón hasta que por fin dejara de llorar. Cuando fuera a buscarla a Grecia quizá me quedase unas cuantas semanas, tomándome unas largas vacaciones.

Sólo tenía que aguantar un poco más.

Tenía el rostro cubierto de sangre seca, todavía me martilleaba la cabeza y sentía un terrible dolor en el abdomen debido a las lesiones internas que me habían provocado.

Pero me sentía muy animado... porque sabía que aquello terminaría pronto.

Cane había sido un genio al llamarme. Encontró una manera de obtener la información que necesitaba sin ayuda de mi rastreador. No me había dado por perdido. En cualquier momento, pondría su vida en peligro para sacarme de allí.

Se abrió la puerta y entró Tristan, con su habitual mueca elevada en una sonrisa. Uno de sus hombres colocó la silla frente a mí para que pudiera sentarse.

—¿Sabes cuál es el mayor defecto de tu hermano?

Lo miré fijamente con el único ojo que podía abrir.

—La arrogancia. Cree que no hay nadie más listo que él. ¿Y sabes qué? Tú también eres un arrogante.

Guardé silencio, sabiendo que no tenía sentido mantener aquella conversación. En algún momento en las próximas horas, Tristan estaría muerto. Yo sería el que bajaría la vista para mirar su cadáver... y para escupir en él.

—¿Crees que no sé de qué iba realmente vuestra conversación?

El optimismo que había sentido se evaporó de repente como una gota de agua en una sartén caliente. Hice todo lo posible para controlar mi reacción, y sólo lo conseguí gracias a todos mis años de práctica. Sabía poner la mejor cara de póker del negocio, pero mis habilidades estaban siendo puestas duramente a prueba en aquel momento.

—¿Crees que iba a subestimar lo unidos que estáis los Barsetti? —preguntó—. Sabía que Cane intentaba engañarme. Sabía que sólo estaba intentando descubrir dónde estabas. Me alegro. Porque se va a meter aquí con unos cuantos hombres... mientras que yo tengo un centenar. Voy a enviar a ese gilipollas al infierno a balazos. Cuando haya terminado con él, te mataré a ti. A Adelina no me será difícil seguirle el rastro y, por último, encontraré a esa despampanante mujer tuya.

Sentí la adrenalina inundarme las venas y me pregunté si habría acumulado la rabia suficiente como para conseguir liberarme de las cuerdas y cadenas con las que estaba atado. Quería partir aquella silla por la mitad y matarlo a golpes con ella. Pero aún existía una posibilidad de que pensara que Cane estaba diciendo la verdad, así que no varié mi reacción. Me tragué la ira y deseé poder cobrarle mi venganza, de un modo u otro. Cane era inteligente. Sólo esperaba que lo fuese lo bastante como para darse cuenta de que se estaba metiendo en una trampa. Él tenía que seguir vivo. Tenía que proteger tanto a Adelina como a mi mujer... y a mi futuro hijo.

En aquel momento empecé otra vez a sentir miedo por perder a Pearl.

Estaba a salvo en Grecia, protegida por mis mejores hombres. Tenía la documentación necesaria para permanecer oculta durante tanto tiempo como quisiera. Pero si Tristan no se daba por vencido, era posible que la encontrara algún día. Puede que fuera tan tonta como para ir al centro comercial ella sola. Tristan podía verla con la criatura y percatarse de cuánto se parecía a mí. Afortunadamente, nadie sabía que estaba embarazada aparte de Cane, de Lars y de mí.

Tristan continuó estudiándome, esperando a que picara el cebo que me había colocado en el anzuelo.

—Tu cara no se ha movido, pero sé que el corazón te late a toda prisa. Tus ojos son los mismos, pero hay miedo ahí dentro, muy en tu interior. Eso era exactamente lo que quería.

—¿Has enviado hombres a Serengueti?

Entrecerró los párpados.

—Mira quién está siendo ahora el arrogante. Te he dicho la verdad y no me has creído. Cane no va a venir y mi mujer es vulnerable. Ahora lo único que estás haciendo es perder el tiempo.

Tristan continuó dedicándome aquella mirada agresiva suya con una mueca retorcida en la cara. Se levantó de la silla y la derribó de una patada.

—Estoy deseando follarme a tu mujer por la boca, por el coño y por el culo.

CANE

Constantine contestó al teléfono con su pose habitual de excéntrica indiferencia.

—Mi Barsetti favorito. ¿Qué tal te va?

Dado que nunca había conocido a mi hermano, no tenía mucho sentido que tuviera un favorito. Pero Constantine estaba un poco chiflado para esas cosas. Siempre estaba al borde del abismo, preparado para volverse en cualquier dirección. Rebosaba locura, pero también era muy inteligente y totalmente implacable. Aquella era la razón por la que todo el mundo lo contrataba para encargarse de su trabajo sucio. Tenía una especie de división mental que le permitía vivir libre de culpa y remordimiento. Lo había visto destripar a un hombre como si fuera un pescado y ponerse a almorzar inmediatamente después, con el cadáver todavía caliente y sangrando en el suelo.

—He estado mejor.

—Es una lástima. Espero que no pretendas que te cure las pupitas.

—No. De hecho, tengo algo para ti.

—¿Ah, sí? —preguntó con una sonrisa en la voz—. Sabes que sólo quiero una cosa, simplemente aún no he decidido si te la voy a quitar o no.

Aquel hombre y yo habíamos sido como hermanos en el pasado. El hecho

de que no me considerara más que un extraño hirió mi orgullo. Pero sabía que sólo era la forma de ser de Constantine. No sentía camaradería como el resto de nosotros. Estaba hecho de otra pasta.

—A mí no me puedes quitar nada, Constantine. Pero estoy dispuesto a dártelo a cambio de algo.

—Un trueque, ¿eh? ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Estoy seguro de que serás incapaz de rechazarlo.

—En ese caso debe de incluir grandes derramamientos de sangre.

—Pues sí, de hecho.

Se quedó callado.

—Te escucho.

—Tengo un trabajo para ti. Tengo un enemigo que necesito eliminar. Tú te ocupas de él por mí, y todo mi negocio es tuyo.

Volvió a guardar silencio, con su retorcida mente funcionando a toda velocidad.

—¿Todo a cambio de un solo hombre? Espero que tengas algún motivo válido por el que no puedas encargarte de esto tú solo.

—Lo tengo. El hombre está dentro de un complejo acompañado de un centenar de soldados. Todos fuertemente armados.

—Eso ya me gusta más...

—Tiene a mi hermano prisionero. Necesito a tu equipo para que ayude al mío a eliminar a todos los ocupantes del complejo mientras yo lo saco de allí. Ese es el trabajo. Es grande. Habrá muchas bajas. Pero el trato es justo. ¿Hay acuerdo?

Constantine se tomó su tiempo para pensárselo en silencio. Estuvo casi un minuto sin decir nada. Yo tenía prisa, pero Constantine operaba según sus propias reglas. No se le podía atosigar ni persuadir.

—Tienes que ser más específico.

—¿Sobre qué?

—¿Cuál es el objetivo principal?

—Tristan Clavern.

—Ah, sí. Lo conozco. Nunca me ha caído bien.

—Pues ya somos dos.

—¿Y a cambio me das tu negocio entero, dices? ¿Eso lo incluye todo?

—Incluye todo el contenido de los almacenes, los suministros, los clientes, todo. Tus hombres pueden continuar con mi negocio y mis clientes ni siquiera tienen por qué enterarse de que ha cambiado de dueño. Pero te sugiero que no los cabrees porque irán a por ti.

—Soy un hombre muy honorable... para los negocios.

—¿Quiere eso decir que tenemos un trato?

Constantine hizo otra pausa, y esta vez dio la impresión de estar alargándola a propósito.

—Creo que sí. ¿Cuándo hay que hacerlo?

—Dentro de una hora.

—¿Dentro de una hora? —preguntó con incredulidad.

—Sé que te aviso con poquísimo tiempo, pero...

—Me gusta. El negocio ha estado volviéndose muy fácil últimamente. Envíame la ubicación y quedamos allí en treinta minutos.

CROW

Estaba asustado.

No podía negármelo a mí mismo.

La vida de mi hermano estaba en peligro. Botón nunca estaría segura si ambos moríamos. Adelina volvería a convertirse en una prisionera. Tirarían mi cadáver en medio del mar para que mis restos no fueran encontrados nunca.

Mi vida se había convertido en un auténtico caos desde que Cane me había pedido que lo ayudara a salvar a Adelina.

¿Y si me hubiera limitado a decirle que no?

¿Y si ahora mismo estuviera en Grecia con Botón?

¿Habrían salido mejor las cosas? ¿O habrían empeorado?

¿Era posible que hubiera algo peor que aquello?

Había dos guardias de pie a ambos lados de la puerta en la entrada del almacén. El lugar era frío porque el sistema de ventilación debía de haber dejado de funcionar hacía diez años. El cemento iba agrietándose en algunos sitios a medida que el tiempo y la naturaleza dejaban su huella. Lo único que podía hacer era quedarme allí sentado y continuar esperando. El dolor era agonizante, pero no era nada en comparación con el miedo que sentía en el pecho.

Entonces oí una explosión.

Había llegado Cane.

La predicción de Tristan había dado justo en el clavo. Sabía que Cane vendría, pero lo superaban en número. Incluso reuniendo todos los recursos de los que disponíamos, Cane no contaría con hombres suficientes para generar la potencia de disparo necesaria.

Con suerte, Cane lograría escapar y salir de allí con vida. Necesitaba que cuidara de Botón y del pequeño Barsetti, ya que yo no estaría a su lado para hacerlo. Mi hermano no tardaría en darse cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de ganar aquella guerra.

Empezaron los disparos. Se oyeron gritos. Se dieron órdenes. Los dos hombres que había a ambos lados de la puerta salieron corriendo para unirse a la lucha, dado que yo no iba a ir a ninguna parte. Me daba la impresión de estar sentado en medio de una zona de guerra. Escuchar cómo se desarrollaba la carnicería en el exterior era peor que verla.

Mi imaginación la hacía mucho peor.

El tiempo pareció ir más despacio mientras continuaba escuchando la matanza. Me sorprendió que todavía no hubiese finalizado el combate. Tendría que haberse acabado en dos minutos. Cane y nuestros hombres no tenían nada que hacer contra todas las fuerzas de Tristan.

No había ninguna esperanza.

La puerta se abrió de golpe y por ella entraron Cane y Bran a la carrera.

¿Pero qué coño pasaba?

—Vigila la puerta. —Cane acudió a toda prisa a mi lado, me echó un rápido vistazo mientras comprobaba mis heridas y después sacó un cuchillo.

—Tristan te está tendiendo una emboscada —le dije a toda prisa—. Tiene a un centenar de hombres apostados por todo el complejo.

—No te preocupes por eso. —Cane cortó la cuerda que me mantenía juntas las muñecas y se puso a trabajar en las cadenas que me rodeaban los tobillos.



Bran se quedó junto a la puerta, protegido con un chaleco antibalas y un casco. Esgrimía una ametralladora de gran tamaño, preparado para cargarse a cualquiera que se acercara por el pasillo de entrada.

Cane no consiguió forzar la cerradura, así que sacó la pistola y disparó a la cadena justo junto a mi pie. Se partió por la mitad como una ramita.

—¿Puedes andar?

—Sí. ¿Qué pasa con Tristan?

—Los hombres se encargarán de él. Yo tengo que sacarte de aquí.

Me quité la cuerda de las manos de un tirón y me puse de pie. Me tambaleé antes de conseguir enderezarme del todo, ladeándome hacia la derecha. No me había dado cuenta de lo débil que estaba, de cuánta sangre había perdido y de lo que me había afectado la deshidratación.

—Te tengo. —Cane pasó el hombro por debajo del mío y me mantuvo en pie con el brazo—. El helicóptero aterrizará en cinco minutos. Te sacarán de aquí. —Me sostuvo mientras nos dirigíamos a la puerta trasera, que estaba cerrada a cal y canto.

—No. —Dejé de avanzar, rechinando los dientes hasta sentir un dolor que me subía como un rayo por la pierna. Tristan me había dado una patada allí esa misma mañana y algo se había desgarrado. Además, cada vez que respiraba me dolían espantosamente las costillas—. No pienso marcharme hasta que haya matado a ese bastardo.

—Confía en mí, no va a salir vivo de esta. Ahora mismo tenemos que preocuparnos por ti.

Me aparté de él, pero apenas era capaz de mantenerme en pie por mi cuenta. Me sentía aturdido, mareado y abrumadoramente débil.

—Ese cabrón ha amenazado con violar a mi esposa. No pienso marcharme hasta que le haya metido por lo menos diez balas en la cabeza.

—Sentí temblarme la pierna mientras me esforzaba por mantenerme en pie.

Cane se pasó mi brazo alrededor del hombro.

—¿Qué es más importante, Crow? ¿Volver con tu esposa y tu hijo o

conseguir tu venganza?

Mi furia exigía satisfacción, pero sabía que Botón estaría aterrorizada en aquel momento. Querría escuchar mi voz. Le daría igual cómo hubiera muerto Tristan. Su único deseo era que yo estuviese a salvo. Apreté la mandíbula mientras otra ráfaga de dolor me ascendía por el cuerpo.

—Te prometo que lo pillaré, Crow. —Cane volvió a escoltarme hasta la puerta, con Bran todavía apostado en el camino de entrada.

—Él lo sabía —dije mientras sentía gritar a mis costillas.

—Sí, ya lo sé. Adelina me dijo que seguramente se habría oído nuestro plan.

—Chica lista. ¿Dónde encontraste los hombres?

—Es una larga historia. —Cane llegó a la entrada y disparó a las bisagras para poder derribar la puerta de una patada—. Te lo contaré todo cuando estemos en el helicóptero. —La puerta se abrió violentamente con un fuerte golpe y el sonido de los disparos subió de volumen. Había otro almacén bloqueándonos el camino y hombres apostados en medio de la salida, agazapados detrás de los coches y los edificios.

Cane hizo un barrido de la zona antes de cruzar para llevarme hasta el otro lado del generador, que tenía aspecto de llevar diez años abandonado. Me apoyé contra la pared esforzándome por respirar a pesar del dolor.

Cane recorría constantemente el espacio que nos rodeaba con la mirada y tenía el arma lista para abrir fuego. Se dio unos golpecitos en el oído.

—Envía el helicóptero. Aproximaos por el oeste. Soltad una escalerilla y no aterricéis. —Cane permanecía profundamente concentrado y ya no me miraba porque estaba ocupado vigilando a nuestro alrededor.

Vi el helicóptero a lo lejos, a prueba de balas y de color negro azabache.

—Vas a tener que sujetarte a la escalerilla para que puedan sacarte más rápidamente de aquí. Es probable que intenten derribarlo a tiros en cuanto adviertan su presencia.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo me quedaré atrás y te cubriré.

—No.

Cane no me miró.

—Nos vamos a ir los dos.

—No voy a abandonar a mis hombres, Crow. —Me miró brevemente antes de darse la vuelta—. Tengo que asegurarme de matar a Tristan, no sólo por ti, sino también por Adelina. Sé que te quieres quedar a ayudar, pero tienes demasiadas lesiones. Yo te he metido en este jaleo y yo tengo que sacarte de él.

—El helicóptero puede llevarnos a ambos.

—No me voy a marchar —dijo con firmeza—. Saldré vivo de esta, no te preocupes por mí.

El helicóptero se aproximó a gran velocidad y dejó caer a tierra la escalerilla de cuerda. Las hélices hacían un ruido ensordecedor que anunciaba la presencia del helicóptero a todo el que se encontrara en un radio de kilómetro y medio.

—No tenemos tiempo, Crow. Vete. —Cane se apartó de mi lado y volvió a sumergirse a toda prisa en aquella vorágine. Corría pegado a la pared, manteniéndose a cubierto mientras se reincorporaba al combate que estaba teniendo lugar al otro lado del almacén.

Si hubiera sido físicamente capaz de hacer algo, habría cogido una pistola y me habría ido con él, pero estaba demasiado débil como para contribuir al ataque. Sólo conseguiría que me mataran. Dado que tenía una familia esperándome, aquella no era una opción. Utilicé mis últimas fuerzas para correr y saltar hacia la escalerilla de cuerda. Me balanceé hacia delante, ascendiendo hacia el cielo por debajo del helicóptero.

Elevaron el vuelo al instante, alejándome de los disparos que aún podían escucharse mientras ganábamos altura. Me dolían muchísimo las costillas y tenía las extremidades tan débiles que me costaba trabajo mantenerme sujeto a la cuerda, pero pasé el brazo alrededor de ella y lo bloqueé en esa posición.

Si me soltaba, me quedaría suspendido en el vacío.

Empezaron a izar me, tirando de mí para introducirme en el helicóptero mientras sobrevolábamos Roma rumbo a un lugar seguro. Cuando llegué a los patines de aterrizaje del helicóptero, uno de los hombres me metió en la cabina y cerró la puerta. El ruido era aún más fuerte allí, directamente debajo de las hélices.

—Te vamos a llevar al hospital. —Me tendió un casco con radio para que pudiera entender lo que me estaba diciendo.

Me deslicé en el asiento y me abroché el cinturón de seguridad, empezando a sentir la mente algo confusa.

—Tengo que hablar con Pearl.

—Las órdenes de Cane son conseguirte atención médica. Puedes llamarla más tarde.

Ella tenía que enterarse de que me encontraba bien.

—Dame tu teléfono y ya está.

—Aquí no podemos usarlo, eso ya lo sabes.

Apreté los dientes y miré por la ventana, sintiendo desvanecerse mis últimas energías.

CANE

La contienda había terminado.

Los cuerpos estaban amontonados detrás del almacén, donde serían quemados. Para cuando terminamos con él, el ya desvencijado complejo tenía aún peor aspecto que antes. Los habitantes de la zona probablemente habían llamado a la policía al oír los disparos, pero la policía sabía cómo hacer la vista gorda. Sabían que si nos dejaban en paz no nos meteríamos con ellos. Los ciudadanos pensaban que la policía llevaba la voz cantante en aquel país, pero en realidad eran los criminales los que lo controlaban.

—He encontrado a tu amiguito. —Constantine emergió del corro arrastrando a Tristan por el tobillo. Tiraba de él por el pavimento, dejando un rastro de sangre a su paso. Tristan seguía con vida, pero estaba herido de gravedad. Constantine lo dejó caer justo delante de mí, luciendo una mueca propia de un demonio—. ¿Estamos en paz, entonces?

—Sí.

—Mañana estaremos en tu base a primera hora de la mañana. Cuento con encontrármelo todo en orden.

—Así será.

Asintió en dirección a sus secuaces antes de guiñarme un ojo.

—Que te diviertas. La venganza siempre me ha puesto más caliente de lo

jamás ha conseguido hacerlo ninguna mujer. —Se alejó con sus hombres en dirección a los vehículos, dispersos por la zona. Algunos estaban ardiendo por causa de los disparos y otros habían sido sencillamente pulverizados.

Yo había perdido unos cuantos hombres, pero casi todos habíamos logrado salir de allí con vida.

Tristan no podría decir lo mismo.

Se levantó del suelo con brazos débiles. La sangre le goteaba por la frente y atravesaba sus labios. Tenía el pelo apelmazado por la sangre húmeda que le empapaba los sucios mechones. Se incorporó, tambaleándose ligeramente a causa de la debilidad.

No sentí ni un ápice de piedad.

—¿A qué estás esperando? —dijo en un susurro.

—No estoy esperando a nada. —Me saqué la pistola de la parte de atrás de los vaqueros y la amartillé—. Simplemente lo estoy disfrutando.

Entrecerró los ojos enfadado, sin dejar ver su terror ni siquiera en aquel momento.

—Ahora ya sabes lo que es sentirse impotente, tener a alguien que te controle sin tu permiso. Una auténtica putada, ¿verdad?

Tristan desvió la mirada hacia uno de los almacenes que había a lo lejos.

—¿No es extraño pensar que después de tanto tiempo haciendo negocios juntos, una sola mujer lo haya cambiado todo por completo?

No era una simple mujer. Era la mía.

Sacudió la cabeza.

—Me obsesioné con ella en cuanto le puse la vista encima. Pero sospecho que lo tuyo va más allá de la obsesión. El único motivo por el que un hombre llegaría a tales extremos es estando enamorado de ella. —Volvió a mirarme—. Así que tengo que preguntarlo. ¿Ha merecido ella la pena?

Levanté el arma y le apunté directamente entre los ojos. Lo había arriesgado todo por aquella mujer, pero ella no sentía lo mismo por mí. Aquello me había dolido más que cuando mi hermano me había dado un tiro.

Me había dolido más que todos los remordimientos que sentía por haberle dado aquella paliza a Pearl. Ninguna mujer había despertado en mí nada más allá de la lujuria, y ahora había encontrado a una por la que daría la vida... pero ella no estaba dispuesta a morir por mí.

—¿Últimas palabras?

—No has contestado a mi pregunta. —Miraba fijamente el cañón del arma, sin demostrar ningún miedo a pesar de lo que estaba a punto de suceder. Nunca volvería a ver el azul del cielo. Nunca volvería a sentir la luz del sol en la cara.

Mi dedo se deslizó en el gatillo.

—Sí. Y volvería a hacerlo todo otra vez.

Clic.

---

LLAMÉ A OLIVER, UNO DE LOS HOMBRES QUE HABÍAN RECOGIDO A CROW Y LO habían llevado al hospital.

—¿Cómo está?

—Entramos con él a urgencias y se lo llevaron inmediatamente a cirugía. Parece que tiene alguna hemorragia interna además de las costillas rotas. Le han tenido que hacer una transfusión de sangre por toda la que había perdido.

—Pero se va a poner bien, ¿no?

—No nos lo han dicho —contestó Oliver—. Pero nos hemos quedado aquí para que puedan informarnos de su progreso. ¿Qué tal van las cosas por allí?

—Estamos recogiendo y preparándonos para la partida. En cuanto acabemos con eso iré para allá.

—De acuerdo. Quería llamar a Pearl, pero para cuando hemos llegado se había desmayado.

—Yo me ocuparé de ello.

—Vale. Parecía importante para él.

Colgué y me preparé para llamarla. Había pensado llamar antes a Adelina porque estaba preocupada por mí. Me iba a producir una inmensa satisfacción decirle que Tristan estaba muerto. Se sentiría muy aliviada al saber que había recuperado el control de su vida. Pero Adelina tendría que esperar, porque Pearl estaba hecha polvo.

La llamé.

Pearl lo cogió al instante, como si estuviera sentada con el teléfono al lado sin hacer otra cosa que esperar a que sonara.

—Por favor, dime que está bien. —La emoción volvía a embargar su voz, aterrorizada porque fuese yo el que estuviera haciendo la llamada en vez de Crow.

—Está bien.

—Oh... Gracias a Dios. —Exhaló ruidosamente al teléfono.

—Tristan está muerto. Todos sus hombres han sido eliminados. Crow está en el hospital ahora mismo; lo están operando.

—No...

—Tenía algunas...

—Prefiero no saberlo.

Me callé, sabiendo que conocer sus lesiones le partiría el corazón.

—Dime simplemente que se va a poner bien.

—No lo sé con seguridad, pero estoy convencido de ello. No le dispararon ni nada semejante.

—Voy a volver. Necesito estar en ese hospital.

—Yo... no estoy seguro de si él querría que te movieras de allí, Pearl.

—Has dicho que Tristan está muerto, junto con todos sus hombres, ¿no?

—Sí.

—Pues no pienso quedarme de brazos cruzados durante más tiempo. Mi marido me necesita, así que me marchó de aquí.

—Sus hombres no permitirán que te marches hasta que él les dé la orden.



—Pues vas tú y la anulas, Cane —saltó—. Porque de un modo o de otro, voy a salir de aquí.

—Vale, de acuerdo —contesté—. De todos modos, estoy seguro de que querrá verte.

—Voy a hacer el equipaje entonces. Más vale que estén preparados para cuando termine.

—De acuerdo.

—Y gracias, Cane. Gracias por salvar a mi marido.

Su gratitud sólo consiguió que me sintiera fatal.

—Por favor, no me des las gracias. Todo esto es culpa mía...

—Pero ahora todos somos libres. Y eres tú el que lo ha conseguido, Cane.

—No tendría que haber puesto en peligro la vida de mi hermano de aquella manera, no por una mujer.

—No es una mujer cualquiera, Cane. Tú la amas.

Cerré los ojos al escuchar su comentario.

—Pero ella a mí no...

Pearl se quedó callada, claramente sin saber qué decir.

—Yo hubiera querido intentar salvarla en cualquier caso, pero si hubiera sabido que no me correspondía, no hubiera metido en ello a mi hermano. Me siento como un idiota. Lo he arriesgado todo por esa mujer.

Pearl seguía en silencio. Sería imposible encontrar una buena respuesta para eso. Sólo se lo había confesado porque las consecuencias de la situación empezaban a caérseme encima como una losa. Mi hermano estaba en el hospital, mi cuñada estaba en Grecia y Adelina estaba en casa preguntándose lo que habría sido de mí.

—Eso no sé si me lo creo.

—¿Creerte el qué? —susurré.

—Que no te ama. He pasado algún tiempo con ella y cada vez que habla de ti se le iluminan los ojos. No me ha dicho nada más que cosas buenas, aunque podría haber sido completamente sincera conmigo. Dale un poco de

tiempo. Creo que entrará en razón.

—Me parece que te equivocas, Pearl. Pero gracias por intentar hacerme sentir mejor.

Su suspiro inundó la línea telefónica.

—Tristan está muerto, ¿no?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Yo mismo le descerrajé un tiro entre los ojos.

—Bien —dijo con rabia—. No se merecía que le dieras muerte así. Tendrías que haberlo torturado igual que él torturó a Crow.

—Sólo quería acabar con ello de una vez. El mundo ya es un lugar un poco más bonito sin Tristan en él.

—Sí... Supongo.

—Voy a tener que ir dejándote, Pearl. Tengo que llamar a Adelina.

—Vale. Asegúrate de hablar con los hombres de Crow para que me dejen salir de aquí.

—Lo haré.

Colgó.

Acto seguido llamé a Adelina, sintiendo cómo me latía el corazón mientras sonaba el tono de llamada. Ella debía de haber encontrado uno de mis otros teléfonos por la casa, y yo esperaba que siguiera llevándolo encima para poder dar con ella.

Contestó unos cuantos tonos después.

—Cuánto me alegro de que estés bien.

Me enterneció escuchar la preocupación en su voz. No había nada mejor que importarle a una mujer como aquella, que quisiera escuchar mi voz tanto como yo la suya. Las mujeres no solían significar más que una cosa para mí: sexo. Pero Adelina representaba eso y muchísimo más.

—Tristan está muerto.

—¿Sí? —preguntó con un jadeo—. ¿Estás seguro?

—Yo mismo lo maté de un tiro.

—Uf... —Se tomó un momento para digerir mis palabras y aceptar el hecho de que su torturador había desaparecido de verdad.

—También maté al resto de sus hombres. Nadie volverá nunca a perseguirte.

—Yo... no sé qué decir. Ni siquiera sé cómo asimilar todo esto. Llevo tanto tiempo sin ser libre que ya no estoy segura de recordar lo que se siente al serlo.

—Ya lo eres, *Bellissima*.

Oía su respiración por el teléfono, obviamente emocionada... pero sin rastro de lágrimas.

—¿Cómo está Crow? Dime que está bien.

—Ahora mismo está en quirófano. Tenía una hemorragia interna.

—Oh, no... Pobre Pearl.

—Hoy vuelve en avión para poder verlo.

—¿Crees que se pondrá bien?

La verdad es que no tenía ni idea.

—Es el hombre más fuerte que conozco. Si alguien puede superarlo, ese es él.

—Sí.

—Voy a ir para allá en cuanto termine aquí. La operación todavía durará unas cuantas horas más, así que debería darme tiempo a llegar antes de que se despierte.

—¿Puedo ir contigo?

Me hubiera encantado verla y envolverla en mis brazos. Me hubiera encantado besarla y disfrutar de la paz de la que ambos podíamos disfrutar ahora.

—Iría a buscarte, pero se tarda bastante en coche. Querría llegar al hospital lo antes posible.

—Lo entiendo —susurró—. Estoy deseando verte.

—Yo también estoy deseando verte a ti. —Cuando me tocaba la fibra sensible con aquella facilidad, no me sorprendía haberme enamorado de ella. Me hipnotizaba con su afecto, debilitándome y haciéndome sentir deseos de acostarme con ella.

—Tú no estarás herido, ¿verdad?

—Unos rasguños nada más.

—Bien.

—Debería ir poniéndome en marcha. Te llamaré para contarte las novedades en cuanto pueda.

—Vale... pero tengo una pregunta.

—Ajá.

—Creo que ya conozco la respuesta porque no lo has mencionado, pero... ¿sabes lo que le ha pasado a Lizzie?

No tuve el corazón necesario para pronunciar las palabras en voz alta. No quería herir a Adelina con la verdad. Su amiga había sufrido un destino mucho peor que ella. Había recibido palizas a diario hasta que un día fueron demasiado lejos y la mataron. Jamás le contaría que Crow había encontrado su cuerpo envuelto en una bolsa de plástico, preparado para ser hundido en el mar. Jamás compartiría con ella la descripción que me había hecho mi hermano del modo en que habían desfigurado su rostro a puñetazos.

—Lo siento...

Ella emitió un pequeño gemido al otro lado de la línea, sollozando suavemente.

—Lizzie...

—Lo siento. —Ya había pronunciado aquellas palabras, pero necesitaba volver a hacerlo. Las decía con el corazón. Habría salvado a su amiga de haber podido. Habría hecho cualquier cosa para darle a Adelina lo que ella quisiera.

Empezó a llorar.

—*Bellissima...*

—Perdona —susurró ella—. Siempre he conservado la esperanza de volverla a ver...

—Ahora está en un lugar mejor. —Después de todo el sufrimiento que había tenido que soportar, recibir la dulce liberación de la muerte sería exactamente lo que hubiera deseado. Aquello era algo que yo entendía porque me había encontrado en esa misma situación con anterioridad.

—No te entretengo más, Cane. —Reprimió las lágrimas para poder hablar—. Sé que ahora mismo tienes muchísimo que hacer.

Yo quería volver corriendo a la Toscana y darle el consuelo que necesitaba, pero tenía otras obligaciones que me impedían hacerlo. Mi hermano era mi máxima prioridad. Debía asegurarme de que estaba bien y comprobar que Pearl hubiera llegado sana y salva a su lado.

—Hablares de ello cuando vuelva.

—No pasa nada. No hay nada más que decir...

—Pero quiero estar allí para apoyarte, *Bellissima*...

—Lo sé.

PEARL

En cuanto aterrizó el avión, los hombres nos escoltaron a Lars y a mí hasta una hilera de tres todoterrenos con los cristales oscurecidos. Me sentía como una prisionera de alto nivel siendo transportada de un sitio a otro. Todas las ventanillas tenían los cristales tintados y era imposible distinguir lo que había en el interior de los coches. Los hombres de Crow seguían actuando como si yo fuera un objetivo de Tristan... a pesar de que ya llevaba tiempo muerto.

Aunque Crow no estuviera cerca, me sentía segura.

Salimos a la carretera y atravesamos Roma en dirección al hospital donde estaba ingresado Crow. Cane había llamado una hora antes para ponerme al corriente, diciéndome que seguía en el quirófano. Ni la enfermera ni el médico le habían informado de nada más, lo cual era bueno. La falta de noticias solían ser buenas noticias.

Treinta minutos más tarde atravesamos la entrada circular del hospital y los hombres me ayudaron a salir del coche.

Cane estaba allí, completamente vestido de negro. Tenía un corte encima de una ceja y unas cuantas manchas de tierra, pero estaba de una pieza. Hasta que lo miré, no me di ni cuenta de que en ningún momento le había preguntado si lo habían herido durante el asalto.

—Yo puedo ocuparme a partir de aquí, chicos. —Cane me tomó del codo y me llevó consigo.

—¿Sr. Barsetti?

Ambos nos dimos la vuelta para ver a Lars en vaqueros y camiseta saliendo del todoterreno.

Cane apenas pudo creer lo que veían sus ojos.

—¿Lars? No sabía que tuvieras vaqueros.

Lars juntó las manos delante de la cintura, igual que hacía cuando estaba trabajando en la finca.

—¿Sería demasiada intrusión por mi parte acompañarlos? Sé que estoy al servicio del Sr. Barsetti, pero siempre lo he considerado un hijo...

Los ojos se me llenaron inmediatamente de lágrimas y le cogí la mano.

—Por supuesto, Lars. Tú eres de la familia.

Cane le dio unas palmaditas en la espalda.

—Crow se alegrará de verte.

Nos condujo hasta la planta de cirugía y nos encontró asiento en la sala de espera. Había unas cuantas personas más leyendo revistas o mirando el móvil para mantener las manos ocupadas. Nos sentamos en el rincón, pero fui incapaz de dejar de sacudir la pierna. La ansiedad estaba empezando a apoderarse de mí, impidiéndome obtener aire suficiente a pesar de que respiraba con normalidad.

Cane se inclinó hacia delante y se masajeó los nudillos, con la vista clavada en el suelo.

Lars estaba sentado con la espalda erguida y rígida, quieto como una estatua e insondable como la noche.

El silencio me estaba matando.

El paso del tiempo era una tortura.

Cuando pensaba que ya había pasado una hora, sólo habían sido veinte minutos.

Me recordé a mí misma que lo peor ya había pasado. Crow había sido

rescatado y Tristan estaba muerto. Todo lo que Crow tenía que hacer era sobrevivir a aquella operación y nuestras vidas podrían volver a la normalidad. Podríamos disfrutar de la vida tranquila que siempre habíamos deseado... los tres juntos.

Sólo tenía que mantener la calma.

Ser paciente.

Pero cuando ya había pasado una hora de verdad y nadie nos había dicho nada, empecé otra vez a preocuparme.

—Cane, ¿deberíamos volver a preguntar? ¿Vamos al mostrador de recepción?

Cane hizo un gesto con la cabeza en dirección a la enfermera que estaba sentada detrás del mostrador. Tenía un teléfono pegado a la oreja y hablaba en voz baja para que no pudiera oírla ninguno de los ocupantes de la sala de espera.

—He estado preguntándole a ella. Pero dudo que sepa nada más porque ya nos habría dicho algo. Puedo volver a preguntar si quieres...

—No hace falta. Sólo me preguntaba cuánto más va a durar la operación.

—Tienen mucho que arreglar, así que podrían ser horas. Ya han pasado seis. —Cane le echó un vistazo a su reloj.

Lars me dio unas palmaditas en la mano.

—No le va a pasar nada, Sra. Barsetti. Si ha logrado llegar hasta aquí, le está yendo bien.

—¿Lo crees de verdad? —susurré.

—Sin lugar a duda.

Estuvimos una hora más esperando, una hora increíblemente larga y dolorosa.

Por fin, la enfermera del mostrador se acercó a Cane.

Nos pusimos todos de pie, aunque yo fui la que lo hizo más rápido.

—¿Está bien? —pregunté atropelladamente.

—Acaban de terminar —contestó ella—. Todo ha ido bien. Van a subirlo



a su habitación en cualquier momento. Estará dormido unas cuantas horas más, así que deberán tener paciencia.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras sentía el alivio inundarme de pies a cabeza. Crow había superado la parte más difícil. Pronto vería su rostro. Por fin podría coger su mano. Por fin podría reunirme con él.

—Eso es fantástico —dijo Cane—. Muchísimas gracias.

—Sabía que saldría de esta —dijo Lars.

Volvimos a nuestros asientos sintiéndonos un poquito mejor ahora que nos habían dado aquella excelente noticia.

—¿Quieres que te dejemos a solas en la habitación? —preguntó Cane—. ¿Hasta que se despierte?

Yo quería abrazarme a Crow y no soltarlo nunca. Quería decirle mil veces que lo amaba y bañar su piel con mis lágrimas. Pero no me importaba que Cane y Lars presenciaran toda la escena. Eran de la familia.

—No. Se alegrará de vernos a todos.

---

ME PUSE A LLORAR LA PRIMERA VEZ QUE LO VI.

Tenía el ojo derecho negro e hinchado y cicatrices por toda la cara. Le habían vendado el abdomen con gasa para protegerle las costillas y llevaba una escayola en la pierna izquierda. El médico había dicho que tenía varias costillas rotas que hubo que reparar, y que también habían detenido la hemorragia interna provocada por una hernia.

Que se fuera a recuperar no impedía que se me partiera el corazón.

Me dolía mirarlo.

Deseaba que Tristan no hubiera estado muerto para poder matarlo yo misma.

Cane no se había inmutado al respecto. Había visto a su hermano en peores condiciones cuando lo había sacado de aquel complejo. Lars no

demostró emoción alguna pero no apartaba los ojos del rostro de Crow en ningún momento.

Esperamos a que Crow se despertara. Pasaron otras cuatro horas sin que hubiera ni rastro de movimiento. El cielo se había ido oscureciendo a medida que caía la noche y terminaron las horas de visita, algo que nosotros ignoramos por completo. No había agentes de seguridad suficientes para sacarnos de aquella habitación.

Después de lo que pareció una eternidad, Crow respiró hondo y cerró los dedos en un puño. No abrió los ojos en seguida, pero tensaba la mandíbula como si estuviera teniendo un mal sueño. De repente, abrió los ojos y miró al techo, con el pecho subiendo y bajando agitadamente mientras se dejaba arrastrar por la angustia.

—Botón... Tengo que llamarla. —No se dio cuenta de que estábamos los tres allí sentados porque seguía desorientado y no lograba asimilar lo que le rodeaba ni aun teniendo los ojos abiertos.

Salté de mi asiento y acudí a su lado, cogiendo su mano con cuidado de evitar la vía intravenosa.

—Crow, estoy aquí mismo. —Le puse la mano en el pecho y volví a tumbarlo lentamente en la cama.

—Botón. —Me cogió de la mano y me dio un apretón antes de que sus ojos se clavaran en los míos. Le costó tres segundos enteros reconocermelo, entender que estaba mirándome directamente a la cara. Su mano se aflojó lentamente y susurró para sí—: No sé si estoy soñando o no.

—El médico ha dicho que los efectos de la anestesia tardarán un poco en pasarse, pero no estás soñando. Esto es real. Estoy aquí mismo. —Entrelacé nuestros dedos y le pasé los dedos de la otra mano por el pelo. Todavía tenía muy hinchado el ojo derecho, por lo que apenas podía verle el iris. Sus ojos verdosos estaban oscurecidos, por lo que se fundían con los moratones y las rojeces.

Los movimientos de su pecho volvieron lentamente a la normalidad y me

atrajo más cerca de sí, pasándome el largo brazo por la cintura para girarme. Volvió el cuello y depositó un beso sobre mi vientre antes de apoyar el rostro directamente allí, contra su superficie plana.

Se me humedecieron los ojos y sentí una punzada en el pecho. Podría haber perdido a mi marido. Aquella realidad podría haber sido completamente diferente. Apenas me había dedicado una palabra, pero me demostraba el amor que sentía por los dos con las caricias más tiernas. Le acaricié el pelo y lo vi cerrar los ojos y quedarse allí apoyado.

Sentí sus labios moverse contra mi camiseta.

—Estoy deseando conocerte...

Las lágrimas empezaron a rodarme por las mejillas y contuve los sollozos que me abrasaban la garganta.

Crow giró el rostro y me miró, advirtiendo la emoción que saturaba cada uno de los rasgos de mi rostro.

—Estoy bien, Botón. Dame algunos días. Volveré a estar como nuevo.

—Van a ser unos cuantos más que algunos días. —Cane se aproximó al otro lado de la cama y apoyó la mano sobre el hombro de su hermano.

Crow se volvió hacia él con una ligera sonrisa naciéndole en los labios. Todavía estaba un poco atontado, pero iba volviendo a ser el de siempre por minutos.

—Por lo menos un mes —dijo—. Pero para eso tenemos a Lars.

Lars se puso junto a Cane y cubrió la mano de Crow con la suya.

—Me alegro muchísimo de que esté bien, Sr. Barsetti. La Sra. Barsetti y yo no hemos dejado de preocuparnos en todo este tiempo.

—Lars, llámame Crow. Nos conocemos desde hace suficiente tiempo como para llamarnos por nuestros nombres de pila.

Lars le dio unas palmaditas en la mano.

—Me permitiré a mí mismo ese lujo por hoy. Pero mañana será otra vez el Sr. Barsetti.

Crow soltó una risita.

—Me parece justo. —Se volvió hacia Cane—. ¿Ha ido todo bien? ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Cinco —respondió Cane.

—¿Y Bran? —preguntó Crow.

—Está perfectamente. Le dieron un disparo en el pecho, pero el chaleco lo protegió.

—Bien —dijo Crow—. Bran es un buen hombre. Lo echaría de menos.

Sonreí mirando a mi marido, encantada de que se mostrara más afectuoso de lo habitual. La mayor parte del tiempo tenía un aire callado y taciturno, ocultando sus sentimientos y fingiendo que no los tenía.

—Está muerto, ¿no? —preguntó a continuación.

—Sí —dijo Cane—. Me ocupé personalmente de ello.

—¿Estás seguro? —presionó Crow.

—Sí —contestó su hermano—. Le disparé un balazo entre los ojos, dos veces. Tiramos el cuerpo a un vertedero.

—Muy bien —susurró Crow—. Eso es lo que se merecía.

Le froté a Crow el brazo de arriba abajo con la mano, masajeándolo para evitar que se alterara con el tema de Tristan, alguien que ya había desaparecido oficialmente del panorama.

—El médico dice que vas a estar aquí ingresado unos cuantos días antes de que te den el alta.

—Quiero irme a casa ahora mismo. —La irritabilidad de Crow empezó a hacer acto de presencia. Tenía que salirse con la suya en todo momento, hasta cuando un profesional sanitario era de la opinión contraria—. Echo de menos la cocina de Lars.

Lars sonrió.

—¿No estaban buenas las lasañas congeladas?

—Sí —dijo Crow—. Pero no tanto como cuando están recién hechas. Y no tengo intención de comer comida de hospital... Seguro que sabe a mierda.

Cane se rio.

—Ahora me caes mejor.

—Qué raro —dijo Crow—. Creo que tú a mí también.

Lars palmeó a Cane en la espalda.

—Es agradable verlos llevándose bien. Una visión extremadamente poco frecuente.

—Quiero mucho a mi hermano —afirmó Crow abruptamente—. No estoy seguro de por qué nunca lo digo...

Mi mirada se dulcificó y me volví hacia Cane.

Cane fue incapaz de ocultar la expresión enternecida de su rostro.

—Yo también te quiero mucho, tío. Me alegro de que no estés enfadado conmigo por todo este asunto.

—¿Cómo podría estar enfadado? —dijo Crow con calma—. Hicimos un viaje de ida y vuelta al infierno por mi esposa. Haría lo mismo por la tuya.

Cane asintió, pero no fue capaz de ocultar su gesto de dolor, obviamente pensando en el hecho de que Adelina no correspondía sus sentimientos.

Lars le puso a Cane una mano en el hombro.

—Vamos a darles a estos dos un poco de privacidad.

Cane salió con Lars de la habitación todavía con la tristeza marcada en el rostro.

Ahora que estábamos sólo nosotros dos, acerqué una silla y me senté junto a la cama. Le puse una mano en el brazo y me deleité con el tacto de su piel cálida. Recorrí el entramado de venas que se dibujaba en su superficie, recordando cada una de ellas sin necesidad de tocarlas.

Crow me observaba con aire serio ahora que Lars y Cane no estaban. Su mirada era ligeramente diferente por los medicamentos que tenía en el organismo, pero poseía aquella intensidad que me había acostumbrado a esperar de él. Era una mirada que me reservaba en exclusiva. No había nadie más en todo el mundo que disfrutara del lujo de recibir aquella expresión abrasadora.

—No podía pensar en otra cosa que no fuerais tú y nuestro pequeño...

Sonreí al escucharlo hablar así de nuestro bebé, como si ya formara parte de nuestras vidas. No había estado muy segura de cómo iba a reaccionar Crow al contarle que estaba embarazada. Antes de aquello no parecía emocionarle demasiado la idea de formar una familia. Pero me había demostrado todo su apoyo, hasta si sus sentimientos diferían al respecto. Ahora, sin embargo, parecía sinceramente emocionado.

—Tenía miedo de que te enfadaras al decirte que estaba embarazada...

No intentó evitar responder al comentario.

—No quería una familia. Era lo último que se me hubiera pasado por la cabeza. Pero la idea de que lleves en tu interior algo que hemos hechos juntos... es algo bastante increíble. Y pensar en vosotros dos mientras Tristan me tenía prisionero me dio fuerzas para continuar... y me permitió conservar la cordura. Aliviaba el dolor como ningún fármaco hubiera podido hacer jamás. —Cubrió mi mano con la suya—. No quería que nuestro hijo creciera sin conocerme. No podía permitir que eso sucediera.

—Y no lo hiciste.

Se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Voy a decirle a Cane que abandono el negocio. De ahora en adelante vamos a tener una vida tranquila. Sólo nosotros dos y las bodegas. Se acabó eso de salir corriendo. Se acabó eso de tener que ir siempre mirando por encima del hombro. Te lo prometo.

Me di cuenta de que Crow no estaba enterado del sacrificio que había tenido que hacer Cane para salvarlo.

—Cane les ha entregado el negocio a los Skull Kings.

Crow tardó unos instantes más de lo habitual en asimilar aquella información. Hasta que los efectos de la medicación se disiparan por completo, no sería capaz de pensar con total claridad. Cuando se le abrieron los ojos y se le tensó ligeramente la mandíbula, supe que había entendido lo que acababa de decirle.

—¿Ha hecho eso? ¿Por qué?

—No había conseguido reunir los hombres necesarios para salvarte. Todos sus contactos estaban a demasiada distancia o no contaban con tiempo suficiente. Le sugerí que hiciera un intercambio con ellos, comprometiéndose a entregarles el negocio a cambio de su ayuda.

Los ojos de Crow se suavizaron mientras dejaba escapar un suspiro. Dirigió la vista al cielo con una mano sobre el pecho. Sus ojos se movían casi imperceptiblemente de un lado a otro mientras rumiaba en silencio sus pensamientos.

Mi mano permaneció dentro de la suya.

—Esto tiene que haberle resultado duro.

—Sabe que merecía la pena. No había ninguna otra opción.

Volvió otra vez a mirarme.

—Supongo que eso soluciona nuestro problema, entonces.

—Estoy muy emocionada. A lo mejor por fin ya puedo salir de compras yo sola...

La comisura de su boca se elevó en una sonrisa.

—No te pases.

CANE

Conducía a través de los campos, acercándome a mi casa cuando empezaba a amanecer. Había pasado la noche en el hospital con Pearl y Lars. Pearl estaba agotada por no haber dormido casi nada aquellos últimos días, así que le aseguré que yo me quedaría despierto para cuidar de Crow.

Aunque él estaba como una rosa.

A la mañana siguiente me puse en camino de vuelta a mi casa en las afueras de Florencia. El sol empezaba a salir por el horizonte, sembrando los campos de motitas doradas y verdes. Había viñedos por todas partes y el morado de sus uvas parecía más intenso a aquella hora del día. Detuve el coche frente a la casa y entré, sabiendo que Adelina todavía estaría dormida.

Al entrar me la encontré sentada en el sofá, con el pelo revuelto y llevando una de mis camisetas. Daba la impresión de haber dormido en el sofá porque había una manta arrugada apartada a un lado.

—Estás en casa... —Prácticamente saltó del sofá en su precipitación por arrojarse en mis brazos. Se abalanzó sobre mí y me envolvió la cintura con los brazos. Era el saludo que una mujer le dedicaría a su hombre, del que había estado separada durante un largo periodo de tiempo. Era afectuoso, cariñoso... y el modo en que se le iluminó la cara al verme me pareció el tesoro más valioso del mundo.



Me dio algo por lo que merecía la pena volver a casa.

—¿Qué tal está Crow? ¿Se encuentra bien Pearl?

—Mi hermano está bien. La cirugía tuvo éxito y se supone que mañana vuelve a casa. Pearl está con él.

—Me alegro de que vuelvan a estar juntos. —Tenía la mejilla presionada contra mi pecho, por lo que tuvo que girar el rostro antes de alzarlo para mirarme—. Y también me alegro de que ya estés en casa. Por fin ha acabado la pesadilla. Esta noche los dos podremos dormir con tranquilidad sabiendo que no hay nadie ahí fuera intentando venir a por nosotros.

—Sí, va a ser un cambio agradable. —Doblé el cuello y la besé en la frente. No sabía qué me movía a hacer aquel tipo de cosas. Nunca había visto a Crow hacer algo así con Pearl, por lo que no estaba muy seguro de dónde me venía la influencia—. Y lo siento mucho por Lizzie.

La tristeza volvió a extenderse inmediatamente por su rostro.

—No es justo que yo haya sobrevivido y ella no.

—No, no lo es. Pero a ella le alegraría saber que tú has conseguido escapar. —Rodeé su esbelta cintura con las manos y sentí las curvas femeninas que guardaba en mi memoria. Adoraba su cuerpo, cada rasgo y cada textura. No había otra mujer en el mundo que capturara mi atención sexual como lo hacía Adelina. Su piel era la más suave; sus pecas, las más adorables; sus ojos, los más brillantes... Todo en ella era perfecto. Pero sus deslumbrantes rasgos no eran comparables a la belleza que encerraban dentro. Su luz interior continuaba brillando hasta en las horas más sombrías. Me recordaba a Pearl en muchos sentidos, aunque en cierto modo me parecía aún más fuerte que ella.

—Tengo que decírselo a su familia... para que puedan pasar página.

—Sí, deberías. —No saber lo que había sucedido era peor que escuchar la dolorosa verdad.

—¿Cómo...? —No produjo una frase coherente, pero no hizo falta. La pregunta estaba clara.

—No importa. Está muerta. Eso es todo.

—Sus padres van a querer saberlo.

—Con ello no van a obtener justicia. Ya he matado a Tristan y a todos los hombres que trabajaban para él. Quienquiera que le hiciera daño está muerto hace tiempo. Han sido castigados. Saber lo que le sucedió exactamente y cómo la mataron no va a dar nuevas pruebas. En este caso, menos es más.

Adelina bajó la vista, se metió el pelo detrás de la oreja y asintió.

—No permitas que esto te hunda. Ella habría sido feliz sabiendo que tú escapaste.

—Sé que se habría alegrado.

—Entonces espero que puedas encontrar algo de paz... antes o después.

—Alcé las manos hacia su rostro y se las puse en las mejillas. Su piel estaba fría al tacto y sus brillantes ojos parecían sombríos. Le acaricié la comisura de la boca con el pulgar antes de inclinarme para besarla. Echaba de menos la pasión que solía haber entre nosotros, el modo en que me introducía profundamente entre sus piernas encima de mi cama, pero ahora lo único que deseaba era tocarla. Quería sentir la conexión que había entre nosotros. Ella no me amaba, pero cuando mi boca cubriese la suya, yo podría fingir que era así.

Ella me devolvió el beso, cerrando los dedos en torno a mis muñecas.

Mi beso se intensificó, aunque no había sido aquella mi intención. Mi boca se movía por cuenta propia, intoxicada por los sentimientos que ella despertaba en mí. Mi vida había sido como una montaña rusa durante los últimos tres días. No había dormido. No me había sentido bien ni una sola vez. Su afecto era la mejor droga que había consumido jamás.

Yo quería continuar besándola, pero no me había duchado y aquello no conduciría a ninguna parte. Aunque a veces tontearíamos, no esperaba que estuviera preparada para el sexo. No era ningún cabrón y nunca la presionaría. Cuando estuviera preparada, me lo diría. Interrumpí el contacto y di un paso atrás.

—Voy a darme una ducha y a meterme en la cama. Estoy bastante cansado.

—¿Has dormido?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que te prepare algo de comer?

Tenía apetito, pero estaba demasiado agotado para comer.

—Te lo agradezco, pero no. —Dejé caer la mano y me dirigí al dormitorio escaleras arriba. Las sábanas estaban revueltas por la última vez que habíamos dormido juntos en ellas. Me desvestí y me metí en la ducha, dejando que el agua caliente eliminara la suciedad que tenía incrustada bajo las uñas. Las manos me olían al metal de la pistola y tenía el pelo apelmazado de tierra. Cerré los ojos mientras disfrutaba de la refrescante sensación goteando por mi cuerpo. Mi hermano estaba a salvo, Adelina era libre, Pearl estaba contenta... Todo era como debería ser.

Pero yo me seguía sintiendo muy desgraciado.

Adelina y yo no habíamos vuelto a mencionar la incómoda conversación que habíamos mantenido durante la cena. Yo le había restado importancia en aquel momento y creo que había resultado creíble. No pensaba ponerme patético y permitir que se diera cuenta de hasta qué punto me había hecho daño... del modo en que me había destrozado. No estaba muy seguro de qué nos quedaba por hacer ahora. Ya no era mi prisionera y no había nadie más allá de aquellas cuatro paredes que quisiera hacerle daño.

Era libre.

Pero... ¿qué haría con aquella libertad?

¿Decidiría disfrutarla conmigo?

Se abrió la puerta de cristal y entró Adelina en toda su gloriosa desnudez. Sus bellos pezones estaban erectos a causa del frío del cuarto de baño. Se metió debajo del agua conmigo y su pelo quedó empapado al instante, adhiriéndose a su nuca. Me miró buscando una invitación que ella no necesitaba.

Mis ojos recorrieron su cuerpo, advirtiendo el leve rastro de algunos moratones que todavía sombreaban su piel. Lo peor ya había pasado, pero las lesiones más graves aún tardarían cierto tiempo en curarse. Cuando miraba su piel no pensaba en los lugares en los que la habría tocado Tristan. No pensaba que estuviera infectada, ni estropeada.

Veía a la misma mujer que antes.

Deseaba atesorar su magnífico cuerpo como si nunca nadie lo hubiese tocado. Deseaba borrar cualquier recuerdo que tuviera de Tristan. Deseaba convertir el sexo en algo bello y placentero. Aquello ya se lo había enseñado en una ocasión anterior, pero podría volver a hacerlo hasta que el mensaje quedara bien grabado.

Se introdujo debajo de la ducha y alzó la vista hacia mí con el agua resbalando por el rostro. Sus manos ascendieron por mi pecho, explorando los duros músculos con las puntas de los dedos. Me estudiaba como un escalador en busca del punto de agarre perfecto.

—Sé que estás cansado. Es sólo que te echo de menos.

Mis manos se desplazaron hasta sus caderas y apreté mi frente contra la suya. Si hubiera podido hacer lo que se me antojara, la habría levantado en brazos y hecho el amor allí mismo, en aquel preciso instante. Pero hasta que no me diera permiso no podría hacer lo que me apeteciera.

—No quiero que me echés de menos. Así que quédate hasta que dejes de hacerlo.

CROW

La medicación controlaba el dolor, pero me sentía más débil que nunca. Mis costillas necesitarían tiempo para curarse, mi pierna necesitaría tiempo para recuperar su fuerza, y todavía tenía el ojo hinchado y morado. Si movía el cuerpo de cierta manera, me dolía el estómago. Tenía el abdomen surcado de puntos y debía tener cuidado de no saltármelos moviéndome demasiado rápido.

Odiaba sentirme así.

Odiaba sentirme tan débil.

Mi familia no corría ningún peligro, pero a mí me gustaba estar preparado para cualquier eventualidad. Una vida dura me había enseñado a estar listo para enfrentarme a cualquier cosa, especialmente a los imprevistos.

El médico me dio el alta y me ofreció una silla de ruedas.

Y una puta mierda.

—Iré andando.

—No debería cargar nada de peso en esa pierna durante al menos dos días más —dijo la enfermera poniéndole el freno a las ruedas de la silla.

—Puedo ir andando —repetí yo.

Botón puso los ojos en blanco.

—Lo lamento... Es muy testarudo.

Me levanté vestido con la muda limpia de ropa que Lars me había traído: unos vaqueros oscuros y una camiseta negra, que era lo que yo solía llevar por casa. Me sentía yo mismo, pero mi cuerpo no me respondía igual que siempre. Todavía me dolía la pierna izquierda, aunque tuve cuidado de no permitir que asomara mueca alguna a mi rostro.

—Estoy perfectamente. Vámonos.

Botón me dedicó una mirada irritada y señaló la silla.

—Siéntate o te obligaré a hacerlo.

Decidí no desafiar la mirada combativa que me dirigió, porque sabía que lo estaba diciendo totalmente en serio. Era posible que abultara la mitad que yo, pero podía hacer bastante daño cuando se lo proponía. Sin levantar un puño, era capaz de hundirme en la miseria nada más que con sus palabras. Estaba embarazada y aterrorizada por mi bienestar, así que me aguanté y obedecí.

La enfermera le guiñó un ojo.

---

LAS VENTANAS DEL PISO INFERIOR DE LA CASA HABÍAN SIDO REPARADAS. LARS debía de haberse ocupado de organizarlo, además de barrer los cristales rotos y arreglar la ventana de detrás de la cocina. No daba la impresión de que nadie hubiera ido allí con intención de matarme.

Entré en casa a un paso más lento del habitual, pero me mantuve tan erguido como siempre. Podrían romperme todos los huesos, pero yo seguiría encontrando la manera de caminar como un hombre.

Lars salió de la cocina con su esmoquin de siempre.

—Sr. Barsetti, es una alegría que haya vuelto.

—Es una alegría haberlo hecho.

Se quedó allí con las manos detrás de la espalda, contemplándome con una discreta mirada de afecto.

—¿Le apetecería que preparara el almuerzo? Sé que no le ha entusiasmado la comida del hospital. —Sonrió, tomándome el pelo por las palabras que había dejado escapar cuando todavía estaba algo afectado por la anestesia.

—Almorzar sería fantástico, Lars.

—Perfecto. Se lo subiré al dormitorio.

—Lo tomaré en el comedor.

—No. —Se oyó la agresiva voz de Botón a mi espalda—. Te vas a meter en la cama y te vas a quedar en ella hasta que yo diga lo contrario.

Estaba exultante de alegría por haberme reunido con mi mujer, pero podía ser un auténtico coñazo.

—No estoy enfermo.

—Pero tampoco estás recuperado. —Se volvió hacia Lars—. Tomará el almuerzo arriba. Voy a darle antes una ducha.

—Puedo ducharme yo solo —solté—. No soy un inútil.

—¿No quieres darte una ducha con una bella mujer desnuda? —preguntó con incredulidad.

Entrecerré los párpados al mirarla.

—Si lo pones así...

—Gracias, Lars. —Botón me tomó de la mano y me condujo hacia las escaleras.

—Es fantástico tenerlo de vuelta, Excelencia. —Lars me dedicó una rápida inclinación antes de meterse en la cocina.

Tardé algo más de lo normal en subir las escaleras. Hubo momentos en los que sentí deseos de pararme a descansar, pero me negaba a demostrar debilidad delante de Botón. No estaba intentando protegerla, sólo convencerla de que nada podía aminorar mi marcha. Seguía siendo el protector que siempre había sido.

Entramos en el dormitorio y ella abrió el agua. Se deshizo de toda su ropa y después se volvió hacia mí. Me quitó la camiseta por encima de la cabeza y

a continuación, pasó a mis vaqueros.

Yo no apartaba los ojos de sus pechos.

Daba igual lo que estuviéramos haciendo. Si ella no llevaba puesta la parte de arriba, yo pensaba en sexo.

Para cuando me quitó los vaqueros y los bóxers, yo ya estaba empalmado. Sonrió observando mi erección.

—Parece que todo sigue funcionando correctamente.

—A lo mejor deberías asegurarte.

---

ESTABA TUMBADO EN LA CAMA, VENDADO Y AGOTADO. ACABABA DE TOMAR más analgésicos para controlar la sensación palpitante que sentía por todo el cuerpo. Lo que más me dolía eran las costillas. El simple hecho de respirar resultaba doloroso. El sol empezaba a ponerse y había un fuego ardiendo en la chimenea.

Botón estaba sentada junto a mí en la cama llevando una de mis camisetas. El cabello castaño le caía sobre un hombro y llevaba el rostro sin maquillar. No lo había hecho después de ducharse, pero la verdad es que prefería su aspecto así. No se escondía detrás de nada. No era nada más que ella misma en su forma más pura.

Se deslizó acercándose a mí y me dio un beso en el hombro. Tuvo cuidado de acurrucarse sin tocarme las zonas lesionadas. Normalmente me frotaba el pecho, pero aquello quedaba descartado porque estaba demasiado cerca de las costillas.

La contemplé a mi lado, atesorando la visión de su rostro. Me lo había imaginado constantemente para conservar las fuerzas. Era raro pensar que había habido una época en mi vida en la que no vivía para ella, en la que no era ella la motivación que impulsaba todos mis actos. Mi vida no parecía tan valiosa cuando ella salía por la puerta. Ahora vivía cada día por ella,



asegurándome de continuar vivo para lograr que sus días fueran perfectos.

Y ahora tenía otro ser por el que vivir: alguien que todavía no había conocido.

—¿Se siente algo diferente?

—¿Cómo? —susurró.

Mi mano se movió hacia su estómago plano y mis largos dedos cubrieron todo su torso. No era que no tuviese las manos grandes, pero ella tenía una complexión especialmente diminuta.

—Al estar embarazada.

—Al principio sí. Sentía náuseas bastante a menudo.

—¿Y ahora qué tal?

—No lo sé. —Posó la mano encima de la mía—. Supongo que no me siento diferente. Supongo que mi aspecto no es diferente. Pero el saber que está creciendo en mi interior... Eso sí es diferente. No sé si será niño o niña, pero lo puedo sentir dentro. Ya no me siento la única persona que habita este cuerpo.

Le levanté la camiseta con la mano y puse las puntas de los dedos sobre su piel desnuda. No había modo alguno de detectar que había alguien ahí debajo. Sólo estaba embarazada de unas cuantas semanas. Pasarían meses antes de que advirtiéramos cualquier cambio en su cuerpo.

—Cuando me recupere, puedes contar conmigo para satisfacer hasta el menor de tus deseos. Te iré a buscar todo el helado que quieras, encenderé la chimenea todas las veces que tú quieras...

—Ya haces todas esas cosas. —Me sonrió con evidente afecto.

—Entonces no tendrás por qué sentirte mal al pedirme que las haga.

—Nunca tengo que pedirlo, Crow.

Hacía todas aquellas cosas *motu proprio*, asegurándome de que tuviera todo lo que necesitara. Nunca se me había pasado por la cabeza que se me fuera a dar bien cuidar de otro ser humano, pero en cuanto Botón se convirtió en mi mujer empecé automáticamente a hacer todo lo que podía por ella. A

veces me mostraba frío y distante, pero ella nunca dejaba de ser la persona más importante de mi vida.

—Supongo que te mimo demasiado.

—Así es. —Se acercó más a mí y me depositó un beso en la comisura de la boca.

Mi brazo rodeó su cintura y la estreché más firmemente, abrazándola a pesar de que aquello me provocara una mueca de dolor. El placer merecía la pena la molestia. Le devolví el beso, succionando su labio inferior para introducirlo en la boca. Yo no era hombre de muchas palabras, y como mejor me comunicaba con Botón era a través del tacto. Quería hacer el amor con ella, hacer desaparecer todos los contratiempos que ambos habíamos tenido que superar. Pero me encontraba demasiado débil y ella nunca permitiría que sucediera.

Así que, en vez de ello, la besé.

Nuestros besos se volvieron más ardientes y profundos. Sentía la conexión en lo más hondo de mi ser, la abrasadora necesidad de recibir más de ella. Podría haber muerto dentro de aquel almacén, pero ahora estaba aquí con ella. Estaba besando a mi esposa mientras nuestro bebé crecía en su interior.

Ella fue la primera en apartarse, probablemente porque estábamos empezando a dejarnos llevar. Se lamió los labios, saboreándome una última vez antes de retroceder.

—¿Qué piensas que será?

No había pensado demasiado en ello.

—No lo sé. Me da igual.

—¿De verdad? —Ladeó la cabeza, estudiándome con ojos inteligentes—. ¿No prefieres un niño?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Todos los hombres quieren un hijo.

Hasta no hacía nada más que un mes, a mí ni se me había pasado por la

cabeza formar una familia. Era un lujo que no me atraía. Había imaginado que nuestras vidas no girarían en torno a nadie más que nosotros dos. Así que nunca me había parado a pensar qué prefería tener.

—Con que nazca sano, seré feliz.

Ella sonrió.

—¿Tú prefieres un niño o una niña? —Si teníamos un hijo, me lo imaginaba muy parecido a mí. Lo educaría para que lo fuese, para que heredara mis puntos fuertes y evitara mis debilidades. Si tenía una hija, me la imaginaba justo como Botón. Sería una belleza de espeso cabello castaño y ojos arrebatadores. Heredaría el amor a la vida de su madre y también su ferocidad. Cuando se hiciera mayor, algún hombre se enamoraría de ella... y yo tendría que matarlo.

—No lo sé.

—Retiro lo que he dicho. Quiero un niño.

—¿De verdad? —preguntó ella—. ¿Por qué?

—Si tuviéramos una hija, sería tan guapa como tú... y nunca la dejaría salir de casa.

Ella se rio.

—A mí no me dejas hacerlo nunca, así que te creo.

—Un chico sería más fácil.

—Aunque ahora tengamos un chico, a lo mejor más adelante tenemos una niña.

—¿Vamos a tener más hijos? —pregunté sorprendido—. ¿Qué te parece si por ahora nos concentramos en este?

—No podemos tener uno nada más.

A mí no me importaba dejarla embarazada, pero no estaba tan seguro de desear el resultado.

—¿De cuántos estamos hablando?

—¿Cuántos estás dispuesto a tener?

Levanté ambas cejas.

—¿Qué te parecen cuatro? —sugirió ella.

La Virgen santa.

—¿Quieres tener cuatro hijos?

—Sí.

—¿Cuatro? —repetí yo.

Ella soltó una risita.

—Sí, Crow. Quiero cuatro.

Mis padres sólo habían tenido tres y se habían sentido abrumados la mayor parte del tiempo.

—¿Por alguna razón en particular?

—Quiero una familia. Crecí en familias de acogida y luego me quedé sin nadie... Siempre he estado sola. No hay una sola persona sobre la faz de la tierra que comparta mi ADN. Tú tienes a Cane, pero yo no tengo a nadie.

Nunca me había parado a pensar en aquello. Era verdad que yo tenía un vínculo especial con alguien que era imposible de romper. Daba igual cuánto me cabreara. Era mi hermano... y por ello siempre podría contar conmigo.

—Así que quiero formar mi propia familia. Quiero escuchar sus voces por los pasillos. Cuando sean adultos, quiero que vengan a esta preciosa casa a pasar todas y cada una de las vacaciones.

Le hubiera dado cualquier cosa a mi mujer, pero no estaba seguro de poder darle todo aquello.

—Vamos a empezar con dos y ya veremos qué tal va la cosa...

Sonrió ante mi compromiso.

—Gracias.

Introduje los dedos en su cabello, disfrutando del tacto suave de su piel. Ella era la adición perfecta para aquella cama, el complemento perfecto para mi vida. Otras mujeres habían dormido en el mismo sitio que ella, pero nunca habían dejado detrás de sí el fantasma de su presencia. No había llevado a Botón a la sala de juegos desde nuestra boda porque no había sentido la necesidad de hacerlo. Lo que teníamos era más que suficiente.

—Estoy deseando volver a levantarme.

—Sé que tirarte todo el día metido en la cama te va a costar mucho esfuerzo.

Me habían dado otra oportunidad para vivir y mi mujer ya empezaba a resplandecer por causa de la vida que crecía en su interior. No quería pasarme todo el día tumbado en aquella cama, con las heridas vendadas y en proceso de cura. Quería hacerle el amor a mi mujer... una y otra vez.

---

ME INCORPORÉ EN LA CAMA Y MIRÉ POR LAS VENTANAS QUE DABAN AL PATIO. El día era cálido a pesar del frescor invernal. El sol brillaba y los viñedos estaban de un verde vibrante. El trabajo iba acumulándose sobre mi escritorio en las bodegas, pero me era imposible encargarme de él. Sin un propósito, empezaba a invadirme la pereza.

Me entraron ganas de beber.

No podía consumir alcohol con mi medicación, así que tuve que prescindir del *whisky*. Estaba bebiendo mucha agua; nunca me había dado cuenta de lo sosa que era hasta que me vi obligado a ingerir grandes cantidades de ella. Tomaba las comidas en la cama y Botón cuidaba de mí como si fuera una enfermera. A ella no parecía importarle, pero a mí me hacía sentir emasculado.

Botón entró por la puerta con el pelo echado hacia atrás en una elegante cola de caballo. Resaltaba los contornos de su rostro y la deliciosa esbeltez de su cuello.

—Tienes compañía.

—Yo no tengo amigos.

Sonrió con la boca, pero sus párpados se entrecerraron.

—Eso no es verdad. Cane y Adelina están en el pasillo. ¿Puedo hacerlos pasar?

Estaba a punto de morirme de aburrimiento, así que ¿por qué no?

—Claro.

Sacó una camiseta de un cajón y me la lanzó.

—Ponte esto.

Yo la cogí, sin poder borrar la sonrisa de mi cara.

—¿Qué? —preguntó poniendo los brazos en jarras.

—No quieres que Adelina me vea sin camiseta. Realmente eres una Barsetti. —Me la puse y me recliné contra el cabecero.

Ella salió con paso decidido del cuarto, el trasero temblándole dentro de los ajustados vaqueros.

Dios, no veía el momento de poder volver a moverme.

Botón volvió con Cane y Adelina. Cane iba vestido como si fuera de camino a trabajar, a pesar de que ya no tenía un negocio que dirigir. Iba completamente de negro con una cazadora de cuero y llevaba una pistola metida dentro de una cartuchera en la cadera. Adelina se había puesto unos vaqueros negros y una sudadera gris. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que la había visto. No tenía ningún moratón en la cara y lucía una sonrisa en vez de un gesto lloroso.

Cane se acercó a la cama y me contempló allí tumbado.

—Todavía sigues haciendo el vago, ¿eh?

No me molestó que se metiera conmigo porque sabía que lo hacía en broma.

—Por desgracia.

—Tienes buen aspecto, eso sí. —Me dio una palmada en el hombro, mostrándose más afectuoso de lo acostumbrado—. Tu ojo está mucho mejor. Ya no pareces un pirata.

—Cuando se me curen las costillas te voy a dar una paliza por eso que acabas de decir.

Cane se rio.

—Estupendo. Lo echo de menos. —Se metió las dos manos en los

bolsillos—. En serio, ¿qué tal estás?

—He estado mejor, pero también he estado peor. Tengo una bella esposa para cuidarme, así que no debería quejarme.

—Y un mayordomo —añadió Cane—. Que cocina que te cagas.

Solté una risita.

—La verdad es que sí.

A continuación se acercó Adelina, con el largo cabello castaño enmarcándole el rostro. Acercó su mano a la mía sobre la cama y me tocó de un modo que sólo le estaba permitido a un reducido y selecto grupo. Cuando me había abrazado unas semanas antes me había sentido espantosamente incómodo. Me resultaba muy extraño abrazar a una mujer que no fuese mi esposa. Pero dado que a lo mejor pronto se convertía en mi cuñada, tendría que bajar las defensas con ella.

—Gracias por todo lo que hiciste. No creo que jamás sea capaz de pagártelo.

—De nada, Adelina. Me alegro de que seas libre. No todas las mujeres tienen tanta suerte como tú y Pearl.

—Lo sé... —Sus ojos se llenaron inmediatamente de tristeza.

Y yo sabía por qué. No había pensado en su amiga hasta después de haber terminado de hablar.

—Estoy a tu disposición si alguna vez necesitas algo. Estoy en deuda contigo para el resto de mi vida —dijo ella—. Si alguna vez necesitas algo, te ruego que no dudes en pedírmelo. Si puedo, lo haré.

Nuestras manos seguían tocándose y sus dedos me producían una sensación que no se parecía en nada a la que me producían los de Pearl.

—No me debes nada, Adelina. Te merecías ser libre. Todos los habitantes de este planeta se merecen ese lujo.

Asintió ligeramente con los ojos cargados de emoción.

—Pero si insistes en querer hacer algo por mí, estoy seguro de que a Pearl no le vendría nada mal un poco de ayuda cuando nazca el bebé.

Volvió a bajar la mirada, pero se recuperó rápidamente con una sonrisa.

—Por supuesto. Cualquier cosa que necesite. —Apartó la mano y retrocedió unos pasos, poniéndose detrás de Cane para dejarnos a los dos otra vez.

Él me miraba fijamente con una expresión muy distinta en la cara.

Pearl captó la tensión que reinaba en el ambiente y tocó a Adelina en el codo.

—Vamos a darles un poco de privacidad. —Las chicas salieron del cuarto y cerraron la puerta detrás de sí.

Yo me re Coloqué en la cama, incorporándome un poco más que antes.

Cane tenía la vista puesta en mi mesilla de noche, donde descansaba una foto de Botón en un marquito.

—Pearl me ha contado que le entregaste el negocio a Constantine a cambio de su ayuda.

Él se quedó mirando la foto unos instantes más antes de asentir.

—Sí... Así fue. —Se volvió hacia mí con una mirada de pesar—. Tuve que hacerlo.

—Sé que eso tuvo que costarte muchísimo.

—Pues sí —respondió sinceramente—. Pero no había ninguna otra solución. Me había quedado sin tiempo. Fue idea de Pearl, de hecho. Y fue una buena idea.

—¿Y cómo va a ir la cosa entonces?

—Se lo han llevado todo. Se han quedado con todo lo que hay en los almacenes, con los clientes, y han contratado a todos nuestros hombres para que trabajen para ellos. En cuanto terminó la operación, se quedaron con las llaves. Tú y yo ya no somos dueños de nada de lo que hay allí.

Qué repentino había sido todo. La transferencia de poder se había producido al instante. Constantine no había querido esperar, ni siquiera después de acabar de salir de un combate.

—Lo siento. Sé que era muy importante para ti.



—Sí, lo era —contestó con un suspiro—. Pero tú lo eres mucho más.

Cane y yo no teníamos por costumbre intercambiar pensamientos y sentimientos como hacían las mujeres. Nos limitábamos a los negocios y a los insultos. Pero ahora la emoción empezó a sentirse en el aire entre nosotros. Yo la sentía en él y él la sentía en mí. Siempre que mi hermano necesitara cualquier cosa, yo estaría allí. No lo hacía por obligación, sino porque él era una de las personas que más me importaban en el mundo. Y él siempre haría lo mismo por mí. Compartíamos un vínculo que ni las balas ni los cuchillos podían dividir. Era de acero... y absolutamente permanente.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas —dijo en voz baja—. Lo volvería a hacer sin pensármelo dos veces.

—Ya lo sé. Igual que yo volvería a arriesgar la vida por la mujer a la que amas.

Él desvió la mirada, posándola en un punto diferente de la pared.

—Sí que la amo. Pero ella a mí no.

Examiné su rostro y vi el dolor grabado en su expresión. No sólo estaba dolido, estaba destrozado. Le provocaba un gran sufrimiento pronunciar aquellas palabras en voz alta, admitir la verdad ante mí. Me había pedido que arriesgara la vida por una mujer que nunca se convertiría en su esposa.

—Yo no lo sabía cuando te pedí tu ayuda...

—¿Qué ha pasado? —Cuando Pearl apareció en mi vida, Cane había estado dándome el coñazo con mis sentimientos constantemente. Había insistido en que yo la amaba, en que no podría vivir sin aquella mujer. Aquella fue la primera vez que él y yo habíamos hablado de amor. En la actualidad, intercambiar sentimientos parecía ser nuestra norma.

—Nada, en realidad —respondió con un suspiro—. Estábamos cenando y se lo dije. La miré a los ojos y le dije que la amaba. Ella se puso incómoda, se quedó muy callada y no me contestó nada. Yo no quise empeorar la situación, así que le dije que no pasaba nada. Que no era para tanto. —Seguía sin

mirarme, evitando el contacto visual.

—Lo siento.

—Ya...

—Pero yo le dije lo mismo a Pearl y era totalmente mentira.

—Nosotros no somos vosotros —dijo él.

—Esa mujer lleva a tu lado varios meses. Le gusta estar contigo y también pasar tiempo con Pearl. Yo no la daría por perdida, Cane. A la pobre chica la sacaron a rastras de su casa para meterla de cabeza en el infierno. Sería duro justificar amar a un hombre que haya hecho negocios con Tristan alguna vez, no digamos ya a uno que la haya aceptado como préstamo en un trato de negocios. Sólo necesita un poco de tiempo para digerir todos esos detalles.

—Arriesgué mi vida para salvarla. Algunos de mis hombres la perdieron. Puse tu vida en peligro... Puse en peligro la de Pearl. —Sacudió la cabeza y apretó la mandíbula—. Ella sabía que la amaba. Tenía que saberlo. Pero se limitó a utilizarme...

No supe cómo responder a aquello. Era probable que fuese verdad.

—Aunque ese fuera el caso, sólo estaba intentando sobrevivir. No la puedes culpar por eso, no se puede culpar a nadie por eso. Y si hubiera querido utilizarte de verdad, te habría mentido y dicho que te amaba para pedirte que te quedaras con ella desde el principio.

Cane cruzó los brazos delante del pecho.

—Sí... Supongo que eso es cierto.

—Yo no la daría todavía por perdida. Acuérdate de cuánto me costó a mí admitir que estaba enamorado de Pearl. Siempre supe que era así, pero tuve que enfrentarme a mis propios problemas antes de poder permitirme a mí mismo sentir de verdad ese amor. Adelina ha tenido que pasar por muchas cosas, más de las que tú y yo podríamos llegar a entender. —Yo siempre había sido un depredador, y lo mismo podía decirse de Cane. No teníamos ni idea de lo que se sentía al convertirse en la víctima de una fantasía cruel.

Nadie había querido nunca utilizarnos para sus propios y despreciables intereses. Con Pearl, yo había sido el depredador y ella la presa. Pero nuestra relación había funcionado porque ambos habíamos querido que así fuera. A ella le gustaba que fuese autoritario, protector y obsesivo.

—Eso lo entiendo, tengo compasión.

—Pues entonces ten un poco más de paciencia. Aún queda alguna esperanza.

—Quizá —dijo sin comprometerse.

Volví a apoyarme en el cabecero y me dolieron las costillas. El dolor disminuía poco a poco con cada día que pasaba, pero todavía tenía un largo camino por delante. Mi mente me quería otra vez en pie, dirigiéndome por las mañanas a trabajar a la carrera. Pero mi cuerpo lesionado permanecía inmóvil, necesitado de paciencia para recuperar su fortaleza. Era una auténtica putada.

—Hagamos vino juntos.

Cane cogió una silla de la zona de estar y la acercó a mi cama.

—Vino, ¿eh?

—Sí.

—Me sorprende no verte bebiendo *whisky* ahora mismo. —Se reclinó y separó las rodillas.

—Lo haría si pudiera. —Hice un gesto en dirección a la puerta—. La Sra. Barsetti no lo consiente.

—Y los dos sabemos que es ella la que maneja el cotarro —bromeó él.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Quieres un trabajo o no?

—Crow, no tengo ni puta idea de vino. Ni siquiera lo bebo porque sabe a meados.

—Puedes aprender a apreciarlo.

—Lo dudo. Además, aquello parece bastante tranquilo. No parece que haya mucho que hacer para mí de todas formas. Y si te crees que voy a

ponerme a levantar cajas o a conducir camiones de reparto, estás muy equivocado. Además, se me da fatal la gente, así que no debería tener contacto directo con tus clientes.

—Qué currículum más estupendo...

Puso los ojos en blanco.

—Sólo estoy siendo sincero, Crow. Tengo dinero más que suficiente para retirarme a vivir una vida despreocupada. Pero soy demasiado joven para jubilarme. Me volvería loco sentado todo el día en casa. Hasta con Adelina allí, necesito algo más.

—Estaba pensando en ampliar el negocio de todas formas. Podríamos adquirir más terrenos y fundar otras bodegas. Podrían ser propiedad privada y así no tendrías que tratar con clientes. Te podrías limitar a supervisar la cosecha, el empaquetado y la distribución. Trabajarías en un despacho como yo. Tendrías la independencia para trabajar por tu cuenta sin tener que tratar todos los días conmigo, pero además seríamos socios.

—O sea, ¿que me quedaría con la mitad de los beneficios de este nuevo negocio?

—Te quedarías con la mitad de todo, Cane.

Se quedó mirándome con rostro inexpresivo.

—¿Cómo? ¿Me darías la mitad de las bodegas que ya has levantado desde los cimientos?

—Sí. Somos un equipo. Esto no tiene nada de diferente al negocio de las armas.

—Eso es un montón de pasta, Crow.

Me encogí de hombros.

—Tengo más que suficiente. He estado transfiriendo dinero a espuestas a varias cuentas en el extranjero para esconderlo. He invertido una barbaridad en bienes inmuebles porque no sé dónde meterlo. El dinero ya no es importante para mí.

—¿Ni siquiera con un bebé en camino?

—A mi esposa y mi hijo les quedará más que suficiente cuando yo no esté. Por eso no hace falta que me preocupe. —Ya lo había preparado todo para ella cuando mi vida estuvo en peligro. Pearl sabía exactamente cómo acceder a los fondos, con los que podría vivir una vida extremadamente acomodada. Podría empezar de nuevo en un sitio diferente si así lo deseaba. O podría quedarse en aquella preciosa casa que había dejado para ella. No le debería nada a nadie y se convertiría en una mujer tremendamente acaudalada.

—¿Estás seguro?

Mi hermano había sacrificado su negocio, lo único en el mundo que nos mantenía unidos a nuestro padre, para que yo pudiera salir de aquel lugar con vida. Nuestra relación se había basado en el sacrificio, en hacer lo que no queríamos por el otro. Así era como funcionaba la familia. Yo disfrutaba dirigiendo el negocio en propiedad exclusiva y disponiendo de mi propio espacio, pero asociarme con mi hermano no era lo peor del mundo. Con el negocio de las armas siempre nos habíamos llevado bien... hasta que había intercambiado a Adelina por armas sin mi permiso.

—Lo estoy. Pero por favor, no cambies cargamentos de vino por mujeres. Puso los ojos en blanco.

—Sólo hay una mujer por la que haría algo semejante, y ya la tengo conmigo.

—Entonces no tendremos ningún problema. —Extendí la mano.

Él la estrechó.

—Otra vez socios...

—Y el vino no sabe a meados...

—El tuyo sí.

Entrecerré los ojos.

—Estoy de broma. Me acostumbraré. Le pediré a Pearl que me haga una degustación especial. Beberé un poco de *whisky* entre medias y ya está.

—El vino sabe mejor si lo combinas con comida. Ya te enseñaré a lo que

me refiero.

—De acuerdo. —Se reclinó en la silla y apoyó los brazos en los reposabrazos—. ¿Cuánto tiempo vas a tener que estar así?

—Unas cuantas semanas más... como mínimo.

—Menuda mierda.

—Lo odio. Y Pearl no quiere que levante ni un dedo.

—Eso no es tan malo. ¿Puedo hacer alguna cosa por ti? A lo mejor Pearl puede hacerme un resumen sobre las bodegas y puedo ir a ocuparme de algunas cosas.

—No, no te preocupes. Yo puedo trabajar desde casa... en cuanto ella me deje.

—De acuerdo. Estoy a tus órdenes si cambias de opinión.

—Lo sé.

Continuó allí sentado, a pesar de que la conversación parecía haber llegado a su fin.

—¿Habéis elegido algún nombre ya?

—¿Perdona?

—Para el bebé.

Ni se me había pasado por la cabeza.

—No. Tenemos nueve meses para decidirlo.

—No me puedo creer que vaya a ser tío. Nunca pensé que fuera a suceder después de la muerte de Vanessa.

—¿Crees que yo podría serlo algún día? —pregunté.

La expresión de Cane se volvió a endurecer.

—No es probable. Adelina es la única mujer que me ha importado nunca, y ella no siente lo mismo que yo. Así que... dudo que quiera tener hijos conmigo.

—¿Así que tú sí que quieres tenerlos?

Él se encogió de hombros.

—Antes de conocerla, la verdad es que no. Con ella... la cosa no suena

tan mal.

No me podía creer que mi hermano y yo estuviésemos manteniendo una conversación sobre tener hijos. Habíamos pasado de ser los traficantes de armas más importantes del país a ser dos hombres que hablaban sobre sus mujeres. ¿Cuándo habían cambiado tanto las cosas?

—¿Te está haciendo Pearl muchas mamadas?

Estreché los párpados sin quitarle la vista de encima, amenazándolo con una sola mirada. Yo ya no hablaba en esos términos de mi esposa con nadie... y especialmente no con mi hermano. Hubo un tiempo en que había querido follársela.

Él se rio y se puso de pie.

—Encontraré el camino de salida.

ADELINA

Cane y yo volvimos en coche a su casa, a unos kilómetros de distancia. Vivía bastante cerca de su hermano, a no más de quince minutos conduciendo. Era evidente que su proximidad no era una coincidencia. Aquellos hombres hablaban fatal constantemente el uno del otro, pero por debajo de los insultos se encontraban sus auténticos sentimientos. No les gustaba estar más lejos de lo necesario, sólo a la distancia justa para tener algo de privacidad.

Me alegraba que Cane hubiera vuelto de una sola pieza, no lesionado y lleno de cicatrices como Crow. Pero nuestra relación no había vuelto a ser la misma desde aquella cena. Estaba distante conmigo. Me prestaba atención, me besaba cuando le apetecía y casi nunca me quitaba los ojos de encima. Pero ahora sus pensamientos eran un misterio para mí.

Ya no hablábamos de la misma manera que antes.

Le había quitado importancia a mi silencio, diciéndome que no pasaba nada si yo no sentía lo mismo que él.

Pero me daba la impresión de que le había hecho daño.

Jamás me habría imaginado que pudiera decirme aquellas palabras. Cane no parecía el tipo de hombre capaz de albergar esa clase de emociones. Aunque era un hombre bueno, amable y maravilloso, me había contado que



en toda su vida nunca había tenido una relación seria con una mujer. Todo lo que le importaba era el dinero, el poder y el sexo. Teníamos una relación estrecha y habíamos compartido experiencias que nadie más sería capaz de entender, pero yo había pensado que ahí terminaba la cosa.

Además, era un criminal.

Hacía negocios con hombres malvados que vivían al margen de la ley. Yo había pensado que si había sentido una pizca de compasión por mí era porque creyó que yo me merecía algo mejor; que me había salvado porque se había convertido en un hombre mejor.

No sabía que era porque se había enamorado de mí.

Llegamos a casa y pasamos al interior. Cane abrió la nevera, cogió unas cuantas cosas y las colocó sobre la encimera.

—¿Puedo ayudar? —Era la primera vez que hablábamos en varias horas.

Él sacó la tabla de cortar y puso encima las zanahorias.

—Claro. Lávalas y córtalas en rodajas.

—Vale. —Las enjuagué bajo el chorro de agua caliente mientras Cane preparaba la carne y las cebollas. Iba a hacer un estofado de carne con una de las grandes ollas plateadas en los fogones.

—Esta semana voy a contratar a un mayordomo. Le he ofrecido a Lars una fortuna, pero me ha rechazado.

—Creo que es porque quiere mucho a Pearl. —Sequé las zanahorias con un paño y las corté en finas rodajas—. Eso no tiene precio.

Él me daba la espalda.

—Sí, probablemente tengas razón. Encontraré otro. Hay muchos chefs con talento por aquí. —Lo metió todo en la olla y se volvió a coger las zanahorias que yo había cortado. Las puso dentro también y tapó la olla—. Estará listo en unas horas. —Salió de la cocina y entró en la sala de estar—. Voy a ducharme. —Antes de poder llegar otra vez a su altura, se había marchado.

No me gustaba el muro que se alzaba entre nosotros.

No me gustaba el modo en que me apartaba de él.

Parecíamos estar retrocediendo en el tiempo hasta un momento en el que apenas nos conocíamos.

Pero ahora lo conocía.

---

CENAMOS SENTADOS A LA MESA, PERO CANE NO ME MIRABA. TENÍA LOS OJOS puestos en su comida o en las vistas a través de la ventana. Fuera estaba oscuro porque el sol se había puesto y por tanto no había demasiado que ver, pero él prefería contemplar aquel paisaje que mirarme a mí.

Entre nosotros ya no había intimidad.

No habíamos hecho el amor desde que me habían rescatado del complejo de Tristan porque yo necesitaba tiempo. Ahora estaba completamente curada. Las cicatrices de mi corazón y las que veía al cerrar los párpados estarían allí para siempre, pero cuando Cane estaba conmigo no pensaba en ellas. No me sentía para nada como una víctima, sólo como una superviviente. A lo mejor si aquella noche nos volvíamos a acostar podríamos recuperar aquella conexión que yo echaba de menos. O a lo mejor él continuaría distante de todos modos.

—Me siento fatal por Crow. Tiene un aspecto espantoso.

—Pues tendrías que haberlo visto hace unos días. —Cane abrió una botella de vino y se sirvió una copa. Después de olfatearlo, dio un sorbo. Se le tensó la mandíbula y entrecerró los ojos asqueado antes de volver a dejar la copa.

—¿No te gusta el vino tinto?

—No me gusta el vino. Punto.

—¿Entonces por qué lo bebes?

—Crow y yo vamos a ser socios en su negocio de producción de vino, así que voy a tener que obligarme a que me guste.

—Qué emocionante. ¿Cuándo vais a empezar?

—Cuando se recupere. Va a necesitar por lo menos unas cuantas semanas.

—Pearl parece estar muy bien.

—Simplemente está contenta de tenerlo en casa de una pieza. Sé que tiene mal aspecto, pero no es nada que no pueda superar. Si ella se lo permitiera, probablemente andaría enredando por casa y yendo a trabajar.

—¿No le gusta estar quieto?

—No. No nos gusta a ninguno de los dos.

—De eso ya me he dado cuenta. —Cogí la botella y me serví una copa. Hice girar el líquido en la copa antes de dar un sorbo. Estaba esperando algo con poco sabor y demasiado alcohol al ver su reacción, pero era suave y voluptuoso—. Esto está bueno.

—Tienes mejor gusto que yo.

—El vino es un gusto adquirido. Puede ser atrevido y delicioso. Tardarás un poco de tiempo en acostumbrarte. Sé que prefieres los licores fuertes.

—Crow también, pero a él parece gustarle.

—Dale tiempo.

Cane todavía no me había mirado. Sabía que no era por el tiempo que había pasado prisionera de Tristan. Era por la separación que había levantado entre nosotros, la barrera que no desaparecía ni de día ni de noche.

No me gustaba aquello.

—¿Cane?

—¿Hmm? —Tomó otro bocado de comida con los ojos bajos.

Yo había perdido el apetito a pesar de no haber comido demasiado aquel día.

—Tenemos que hablar de esto...

—¿Hablar de qué? —Levantó la cabeza y, por primera vez aquella noche, me miró a los ojos. Estaban desprovistos de emoción y él aparentaba indiferencia, como si de verdad hubiera superado la incómoda conversación

que habíamos tenido.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Vas a tener que ser más específica, encanto. No te puedo leer la mente... como aprendí por las malas.

¿Encanto? ¿Que no me podía leer la mente?

—Sé que las cosas han cambiado entre nosotros por aquella cena. —No necesitaba ser más específica. Estaba convencida de que los dos sabíamos de qué estaba hablando—. No quiero que estemos así.

—Eso no tiene sentido. —Dejó caer el tenedor en el plato—. Porque así es exactamente como tú quieres que estemos. No me amas y me parece perfecto. Esta es la manera en la que actúan dos personas cuando no se aman la una a la otra. ¿Esperas que vaya besando el suelo por donde pisas? Ya he arriesgado mi vida y la de mi hermano para salvarte. Ya te he dado bastante y no pienso darte nada más. —Se levantó de la mesa, olvidándose de su comida—. No lo puedes tener todo, Adelina. No soy ningún imbécil al que puedas controlar. —Salió como una tromba de la cocina, saturando el aire con su rabia.

—Cane.

No se detuvo.

Fui detrás de él y conseguí alcanzarlo en la sala de estar.

—Las cosas no son así, Cane.

—Me has utilizado. —Se dio la vuelta con los gruesos brazos temblando a los costados—. Me has utilizado y tú lo sabes.

—No, no lo he hecho. Tú sabes que yo nunca haría algo así.

Él sacudió la cabeza con mirada agresiva.

—Tú me importas de verd...

—Cállate.

Abrí los ojos al recibir la bofetada de sus palabras.

—No quiero escuchar todo lo que te importo. No quiero oírte llamarme amigo. Es insultante. Cualquier cosa que digas que no equivalga a lo que te

dije yo me resulta simplemente irritante. Así que límitate a no decir nada.  
—Me miraba con la misma mirada cargada de odio que le había dedicado a Tristan. Parecía que quisiera envolver mi cuello con sus grandes manos y estrangularme hasta acabar con mi existencia.

—No quiero que estemos así.

—Pues entonces no hables de ello. Problema resuelto.

—Tenemos que hablar de ello. Es evidente que te altera...

—Estoy perfectamente, Adelina. Hubo un tiempo en que no significaste nada para mí... y así volverá a ser.

---

LOS PRÓXIMOS DÍAS, CANE ME IGNORÓ.

Dormíamos en la misma cama igual que hacíamos antes, pero aquello era porque yo me negaba a dormir en ninguna otra parte. Mentiría si afirmase que estaba completamente recuperada después de todo lo que había pasado, y dormir junto a Cane me hacía sentir segura. Tristan estaba muerto y no había nadie persiguiéndome, pero escuchar su respiración mientras me dormía era lo más reconfortante del mundo.

Yo pasaba mi tiempo viendo la televisión y leyendo. Él pasaba el suyo haciendo ejercicio, ocupándose de diversos asuntos y haciendo labores de mantenimiento en el jardín. Entrevistó a varios aspirantes al puesto de mayordomo, todos ellos hombres.

Una tarde, cogió las llaves y la cartera y se dispuso a marcharse.

—¿Dónde vas?

Me dedicó una mirada amenazadora que me dejó claro que no tendría que haber preguntado.

—Si vas a ver a Crow, me gustaría ir contigo.

Después de una larga pausa, asintió.

—Pues entonces vámonos.

Nos metimos juntos en el coche y atravesamos los campos en dirección a la casa de su hermano. En vez de dejar que el silencio inundara el coche, Cane encendió la radio y la puso a más volumen del necesario, sólo para asegurarse de que yo entendiera que no estaba interesado en hablar conmigo.

Mensaje recibido.

Llegamos a la casa y Lars salió a recibirnos. No era tan amigable con Cane como con Pearl y conmigo. No estaba muy segura de cuál era el motivo de aquella ligera tensión que se palpaba entre ellos, pero sabía que Cane no me lo contaría si se lo preguntaba... ya no.

Pearl bajó las escaleras y nos dio la bienvenida en la entrada.

—¿Has venido a ver qué tal va tu hermano? —Pearl abrazó a Cane antes de retroceder un paso.

—Sí —respondió Cane—. ¿Qué tal va?

—Mejor con cada día que pasa. —Me abrazó a mí a continuación—. Estar constantemente metido en la cama le ha puesto de mal humor y se pone un poco más arisco de vez en cuando.

—A lo mejor convendría que se la chuparas —recomendó Cane con una sonrisa.

—No le voy a contar a Crow que has dicho eso porque bajaría a darte una paliza. —Se puso en jarras, pero lo dijo con una sonrisa—. Tampoco es que haya andado escaso en ese sentido, aunque no sea de tu incumbencia.

—Entonces no debes de estar haciéndolo bien, porque de lo contrario, no estaría tan enfadado —bromeó Cane.

Pearl le dio una palmada en el brazo.

—A lo mejor sí que se lo cuento.

—Está buscando una excusa para darme un puñetazo de todas formas. —Cane se abrió paso hasta las escaleras y subió al tercer piso, donde estaba el dormitorio de Crow.

Pearl se volvió hacia mí, llevando unos vaqueros oscuros y una camiseta negra. No se le notaba nada el embarazo, pero en un par de meses empezaría

a abultársele el vientre.

—Puedes subir y saludar también si quieres, pero creo que querrán hablar solos un rato antes. Suelen hacer eso... mostrarse reservados.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿Quieres salir conmigo y ayudarme con el jardín? Ha habido que sustituir las flores que destrozaron porque no pudieron recuperarse de los neumáticos y el cristal.

—Claro, estupendo.

Salimos juntas, nos pusimos unos guantes y empezamos a cavar en la tierra.

—¿Está bien Crow? —pregunté.

—Sí. Vino el médico a comprobar sus progresos y dijo que Crow está en muy buena forma. Sólo tiene que tener un poco de paciencia y dejar que se le cure todo. Su pierna parece estar mejor, pero yo quiero que descanse un poco más en la cama.

—A mí me parece lo suyo.

—Necesito que se cure del todo, porque cuando esté embarazada de siete meses voy a necesitar a un hombre fuerte que me ayude. —Cuando hablaba del bebé, se ponía inconfundiblemente radiante. Su sonrisa era contagiosa y el gozo relucía en sus ojos como luces de Navidad.

—Estás emocionada, ¿eh?

—No estaba preparada para tener un bebé en seguida, pero ahora que está en camino, me parece lo correcto.

—¿Cuántos te gustaría tener?

—Crow piensa que vamos a tener dos, pero vamos a tener cuatro.

Yo me reí.

—Le espera una buena sorpresa.

—En cuanto hayan llegado los dos primeros, se dará cuenta de que necesita más.

—Es probable que tengas razón.

Cavó sacando la tierra del hoyo en el suelo y la metió en el cubo que había a nuestro lado.

—¿Qué tal estás, Adelina? ¿Va todo bien?

—Sé que se supone que el trauma se me va a venir encima ahora que todo ha terminado, pero me siento tan aliviada de que todo haya terminado... Ahora mismo, me encuentro bien. Me siento afortunada. Lo único que me duele es la muerte de Lizzie. Me hubiera gustado que estuviese aquí conmigo ahora...

—Cuánto lo siento, Adelina... Desearía que hubiéramos podido salvar a tu amiga.

—Yo también. Pero Cane me dijo que ella se alegraría de que yo hubiera escapado. Sé que tiene razón...

—La tiene. Cuando me liberaron de Bones y era cautiva de Crow, nunca me dio un ataque de nervios. Nunca tuve uno de esos momentos en los que todo se te desmorona encima. Creo que estar con Crow me sirvió de terapia. Él me dijo que yo no era una víctima, sino una superviviente. Me dijo que no me veía como una mujer a la que hubieran violado. Nunca pensó en ninguno de los hombres que le antecedieron, porque acabó de un plumazo con ellos. Supongo que me dio una oportunidad para hacer borrón y cuenta nueva... sin dejar que sintiera lástima por mí misma.

Cane había hecho lo mismo conmigo.

—Sé que los dos han tenido que pasar por mucho, y que eso los ha convertido en los hombres fuertes que son en la actualidad. Supongo que esperan que nosotras seamos igual.

—No es una mala manera de vivir. —Podía quedarme sentada y compadecerme, o podía sentirme agradecida de poder volver a sentir la luz del sol en la cara.

Pearl cogió el pequeño rosal y lo depositó en el suelo, donde antes había estado la planta muerta. Utilizó las manos para compactar el suelo en su sitio, sin apretar demasiado para no impedir que las gotas de agua pudieran



atravesarlo.

—Cane mencionó vuestra conversación.

Me sorprendió que se lo hubiera contado. Parecía algo que quizá pudiera mencionar a su hermano, pero a nadie más.

Alisó la superficie del montoncito y se volvió hacia mí.

—Él no quería que te contara esto, pero el tema le dolió bastante.

—Lo sé.

—Supongo que estaba esperando que le dieras una respuesta diferente.

—Se echó hacia atrás para sentarse sobre las rodillas y me miró. Era una mirada carente de desilusión o reproche. Ella no juzgaba a las personas como hacían otros—. No decías más que cosas buenas de él, así que supongo que yo también estoy sorprendida.

—Porque creo que es un buen hombre. Por supuesto que no tengo más que cosas buenas que decir de él.

—Parecía algo más que eso.

—Lo es —susurré—. Cane me importa. Cuando se fue a rescatar a Crow, no dejé de preocuparme por él ni un segundo. Es la única razón de que conserve la cordura. Desde que llegué a su casa me ha hecho sentir como una persona y no como una propiedad. No lo veo sólo como a un amigo porque me gusta estar con él. Pero... ¿amor? Eso ya no lo sé. Nunca me he enamorado de un hombre, pero me lo había imaginado de una forma muy diferente a esto.

Ella se acomodó sobre la manta y se quitó los guantes de jardinería.

—¿En qué sentido?

—Yo no tenía ninguna experiencia antes de que Tristan me atrapara. Siempre había estado esperando al hombre adecuado. Había visto a todas mis amigas salir con idiotas que les rompieron el corazón. No quería tener que pasar por todo eso. Quería encontrar al hombre adecuado y limitarme a ser feliz. Así que me imaginaba que lo conocería en el trabajo o en una cafetería... que me pediría una cita para ir a ver una película o algo así. Sería

algo sencillo pero espectacular. Con Cane... no ha sido nada parecido. Me aceptó como préstamo de otro criminal con el que estaba haciendo negocios. Si no me hubiera acostado con él, tenía intención de enviarme de vuelta con Tristan. Así no es como me había imaginado el amor.

Pearl me observó atentamente sin permitir que su opinión asomara a sus ojos.

—Nunca nada sale según lo planeado, Adelina.

—Lo sé.

—Yo no esperaba enamorarme de Crow. Durante mucho tiempo, me pareció un criminal y un bárbaro. La única razón por la que me consideraba afortunada de estar con él era que no tenía la crueldad de otros hombres que había conocido. Pero a medida que pasaba el tiempo, me di cuenta de que era la mejor persona para mí. No nos habíamos conocido en los mejores términos. Nuestra relación no había empezado con una cita para tomar café. Pero si hubiera vuelto permanentemente a Estados Unidos y hubiera encontrado a otra persona, jamás habría podido recibir lo que realmente necesitaba. Me enamoré de Crow porque estaba destinada a hacerlo. Nuestra relación no es perfecta... pero es la correcta para nosotros.

Podía sentir su amor por él cuando hablaba. En su mente no cabía ni la menor duda de que había tomado la decisión correcta. Había dejado atrás toda su vida en Estados Unidos para vivir en la Toscana con un hombre que una vez había sido su dueño.

—Creo que tus sentimientos por Cane son más intensos de lo que crees. A lo mejor sólo necesitas un poco más de tiempo para darte cuenta.

—A lo mejor... pero está enfadado conmigo.

—Sólo se enfada porque te quiere —susurró—. Y su único deseo es que tú le correspondas.

—Eso no sé si podré hacerlo...

—No hace falta que te fuerces a hacerlo. Sólo tienes que evitar forzarte a no hacerlo.

—Es un criminal, Pearl. No creo que a mis padres les entusiasme mi elección de pareja. Me harían ir a ver a un psiquiatra.

—No hay nadie en el mundo que pueda entender por lo que habéis pasado, aparte de vosotros —dijo con calma—. Así que no hagas caso de lo que piense otra gente. Déjales pensar que estás loca. No importa.

—No estoy segura de que él sea lo que quiero —susurré—. Como ya he dicho, deseo una clase diferente de relación.

Ella bajó la vista al suelo un instante antes de volver a mirarme.

—Nadie es perfecto. Todos tenemos fantasmas en el armario. La única diferencia es que Cane se muestra más abierto al respecto que el resto de nosotros.

—Me contó lo de la paliza que te dio...

—Y jamás volvería a hacer algo así... a nadie. Ahora es un hombre muy diferente del que era cuando lo conocí. Tú misma has sido testigo de su transición. Ni siquiera es el mismo hombre que cuando os visteis por primera vez. Cuando volví a Estados Unidos e intenté volver a organizar mi vida, empecé a verme con un antiguo novio. Era bueno, atractivo, pulcro... todo lo que en su día habría deseado en un novio. Pero no funcionó. No encajaba. Cada vez que me acostaba con él, no podía quitarme a Crow de la cabeza. Dejó en mí una marca indeleble. Me parecía un hombre oscuro y retorcido, pero me di cuenta de que yo me había vuelto igual de oscura y retorcida. Nada podría cambiar aquello. Así es como era yo, como sería para siempre. Y en aquel momento supe cuál era de verdad mi lugar.

---

CANE SE DESVISTIÓ Y DEJÓ LA ROPA EN UN MONTÓN EN EL SUELO. LOS bóxers resaltaban su culo prieto y su duro físico tenía un aspecto cincelado, como si lo hubieran tallado en piedra. Ahora no me miraba, igual que me había ignorado en el viaje en coche de vuelta a casa.

—¿Por qué sigues durmiendo aquí? —Se volvió hacia la cama y dejó el móvil en la mesilla—. Puedes dormir al final del pasillo.

Yo llevaba una camiseta suya y las bragas.

—No quiero dormir al final del pasillo.

Sus ojos verdes me producían una sensación ominosa cuando me miraban de aquella manera. Intensos y furibundos, rezumaban frustración. Abrió la cama y se metió en ella conmigo. Había un fuego ardiendo calladamente en la chimenea que arrojó un suave resplandor por la habitación cuando Cane apagó la lamparilla.

Se colocó de costado, dándome la espalda.

Echaba de menos el modo en que solía envolverme con su cuerpo. Echaba de menos la sensación de asfixia que aquello solía producirme. Echaba de menos su afecto y su adoración. Me deslicé levemente hacia el centro de la cama y le pasé los brazos por la cintura. Deposité un beso húmedo en su hombro, saboreándolo con la lengua. Me estreché más contra él, pegando mi cuerpo completamente al suyo.

Su respiración se agitó, pero no demostró ninguna otra reacción.

Le di otro beso en el hombro y después posé mis labios en su cuello. Quería volver a sentirme unida a él. Echaba de menos tenerlo cerca, compartir con él mi cuerpo y también mi alma. Pero también echaba de menos acostarme con él. Sólo habían pasado unas semanas desde la última vez que Tristan me había tocado, pero mi cuerpo anhelaba el de Cane. Quería sentir cómo me penetraba profundamente, con lentitud y suavidad. Quería que se lo tomara con calma para darme tiempo a acostumbrarme y que luego me llevara al orgasmo unos minutos después.

Moví los labios junto a su oído.

—Hazme el amor.

El cuerpo de Cane se tensó ligeramente, dejando de respirar durante un solo instante. Yo tenía la mano puesta justo encima de su corazón y había podido sentir su salto al empezar a latir más rápido. Él no hizo ningún

movimiento, pero estaba claro que se lo estaba pensando.

—Estoy preparada.

Él se dio la vuelta de repente y suspendió su cuerpo por encima del mío. Me miró a los ojos, con el poderoso cuerpo flexionado en una demostración de fuerza.

Subí las manos por su pecho y separé los labios, preparada para un beso.

Él tironeó de mis bragas hacia abajo y luego me separó los muslos con los suyos. Se colocó frente a mi entrada, pero no empujó para introducirse en mí. En vez de ello, me miró a la cara y estudió la expresión de mis ojos.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Le enterré las manos en el cabello y lo besé, lenta y tiernamente, sintiendo el contraste entre su boca suave y el áspero vello de su rostro. Respiramos el uno en el otro antes de utilizar nuestras lenguas. Desplacé ligeramente las caderas, frotándome contra su erección.

—Sí.

Con aquello le bastó. Se agarró a una de mis caderas y giró ligeramente mi cuerpo para poder deslizarse en su interior.

Yo ya me había humedecido para él. Pude sentirlo resbalarse a través de mi abundante excitación. Si no había estado seguro de cuánto deseaba aquello, ahora no le podía caber ninguna duda. Mis pensamientos estaban completamente centrados en el hombre que tenía sobre mí, y no en nadie que hubiera estado allí antes que él.

Me daba tanto placer...

Había echado aquello de menos.

Gimió en mi boca mientras se introducía en mí hasta el fondo. Sus labios dejaron de moverse contra los míos y se quedó inmóvil, limitándose a disfrutar de mí.

Bajé las manos por su poderosa espalda mientras le arañaba salvajemente la piel.

Me besó en la comisura de la boca y siguió dándome besos hasta llegar a

mi oreja.

—Tendré cuidado...

Me balanceé con él, aceptándolo entero y gimiendo entre dientes.

—Justo así...

Apoyó los brazos en el colchón por detrás de mis rodillas y se movió con lentitud, introduciéndose en mí por completo antes de volver a salir. No me empujaba violentamente contra el colchón como solía hacer. Estaba siendo más delicado que nunca.

Pero seguía produciéndome unas sensaciones increíbles.

Cane continuó apoyado en un brazo y enterró la mano del otro en mi cabello. Me sujetaba posesivamente como antes, mirándome a los ojos mientras me penetraba.

Yo no apartaba la vista de él en ningún momento, observando su físico poderoso desplazarse y ondularse con cada movimiento. Le puse las manos en el pecho, sintiendo el potente latido de su corazón, la pasión que le corría por las venas.

Como si nada se hubiera interpuesto nunca entre nosotros, me dio la sensación de que todo volvía a ser igual que antes. Era bueno e intenso. Me provocaba temblores en las piernas. Me secaba la garganta por los continuos gemidos que dejaba escapar. Su sexo era grueso y largo, estirándome al máximo. Cabía la posibilidad de que me desgarrara alguna antigua lesión, pero me estaba proporcionando tanto placer que seguramente no me daría ni cuenta.

—Cane... —Me temblaron los labios y cerré los ojos, ahogándome en las oleadas de placer. Llevaba tanto tiempo sin sentirlo que casi no lo reconocía. Era más intenso que nunca, porque mi cuerpo estaba volviendo a descubrir aquella maravillosa sensación después de no haber tenido más que malas experiencias últimamente.

Él no aceleró el ritmo como había tenido por costumbre, pero la excitación se pintaba en su rostro con tanta claridad como si fuese una valla

publicitaria. Tenía la mandíbula tensa en un duro gesto y los ojos entrecerrados y rebosantes de pasión.

Continué moviéndome, retorciendo el cuerpo sobre las sábanas en las que antes no parábamos de hacer el amor. La cabeza se me cayó hacia atrás y expuse mi cuello a sus besos, sintiendo su lengua tomándose su tiempo en el hueco de mi garganta.

Me besó hasta que mi orgasmo remitió por completo. Entonces me enterró la cara en el cuello para dar sus empujones finales. Un gemido surgió de su garganta al liberarse en mi interior, depositando en mí su abundante deseo. Sus dientes se apretaron contra mi cuello mientras me devoraba con una urgencia abrumadora. Su puño se cerró con más fuerza alrededor de mi pelo, prácticamente tirando de él. Volvía a ser el hombre posesivo, territorial y obsesionado.

Había echado de menos aquella faceta suya.

Volvíamos a parecer nosotros, los dos juntos.

Encajaba perfectamente entre mis piernas. Parecía estar en el lugar que le pertenecía, como si fuera el único que me hubiera disfrutado jamás.

Volvió su rostro hacia el mío y me besó con suavidad en los labios, un tierno gesto de afecto que contrastaba con la firmeza con la que me sujetaba. Besó la comisura de mi boca y después volvió a los labios, cubriéndome de caricias.

Salió de mi interior y se acurrucó a mi lado. Sus grandes brazos me rodearon protectoramente y me enterró la cara en el hombro. No quedaba ni un resquicio de espacio entre nosotros porque me había invadido por completo.

Así era exactamente como yo quería estar, rodeada de su amor y su seguridad.

CANE

Cuando estuve profundamente enterrado en su interior, me resultó imposible continuar enfadado con ella.

Se me olvidó incluso que había estado enfadado en algún momento.

La profunda conexión que compartíamos era justo lo que yo anhelaba. Suavizaba mis pensamientos, protegiéndome de los horrores que había presenciado durante mi aventura para rescatarla y protegerla. Adormecía el dolor que sentía en el pecho por ver a mi hermano postrado en la cama.

Lo hacía todo más fácil.

Era consciente de no estar tratando justamente a Adelina. Estaba dolido porque no sentía lo mismo que yo, pero el enfado se debía a que me había sentido engañado. Estaba totalmente convencido de que me correspondía. Incluso ahora, me sorprendía que no lo hiciera.

Me sentía como si me la hubieran jugado.

Me sentía frustrado porque las cosas no fueran como yo quería.

Pero no tendría que pagarlo con ella. Aunque me hubiera dicho que no me amaba antes de volver con Tristan, yo habría arriesgado mi vida de todas formas por salvarla.

Porque estaba coladísimo por ella.

A la mañana siguiente fui al gimnasio en Florencia y después me pasé por



mi otro apartamento. Llevaba desocupado un tiempo y olía a cerrado al llevar tanto tiempo sin ser aireado. Reuní unas cuantas cosas y después regresé a mi casa en la campiña toscana.

Cuando entré por la puerta, Adelina estaba sentada a la mesa de la cocina comiéndose una tostada. Los ojos se le iluminaron al verme, recorriendo mi cuerpo vestido con unos pantalones cortos de deporte y una camiseta. Tenía un cerco de sudor alrededor del cuello de haber corrido diez kilómetros.

—Buenos días.

—Buenos días... —Me acerqué a ella y me incliné para besarla.

Ella se relajó perceptiblemente a mi contacto.

Abrí la nevera y saqué un cartón de huevos.

—Voy a hacer una tortilla. ¿Te apetece una? —Casqué los huevos en un cuenco y puse una sartén al fuego.

—No, gracias. —Sostenía la taza de café con ambas manos y tenía una sonrisa en la cara—. Ya he desayunado.

—Te has comido una tostada —dije sarcásticamente—. Eso no es nada.

—Me he llenado con el café.

Me hice una tortilla de claras con verduras y me senté frente a ella con una taza de café caliente.

—¿A dónde has ido esta mañana?

—Al gimnasio en Florencia —hablaba entre bocados de comida—. Luego he pasado por mi apartamento y he recogido algunas cosas.

—¿Aún conservas ese sitio?

—Sí. Lo compré hace unos años y aún no he decidido lo que voy a hacer con él.

—Entonces, ¿te gusta vivir lejos de la ciudad?

Me gustaba tener intimidad cuando compartía mi espacio con aquella mujer. Me gustaba verla andar por casa sin ponerse más que la ropa interior, ya que no había nadie que pudiera espiarnos por las ventanas. Me gustaba verla en *topless* en la piscina los días de verano. Nada de todo eso podría

suceder en la ciudad.

—Es agradable. Entiendo por qué lo prefiere mi hermano.

—Tienes una gran cantidad de terreno. ¿Vas a cultivar viñas como tu hermano?

—Probablemente. Ya que lo tengo, por qué no utilizarlo. Además, los paisajes son fantásticos.

—Cierto.

—Creo que ya he seleccionado un mayordomo para casa.

—¿Sí? —Dejó la taza de café sobre la mesa, visiblemente emocionada—. ¿Quién es?

—Un tío algo mayor de Florencia. Trabaja en un restaurante de lujo, pero dice que está buscando algo más tranquilo. Sus dos hijos se han marchado a vivir a Francia y su exmujer se ha vuelto a casar, así que dice que se siente un poco solo, pero que ya no le apetecen las grandes aglomeraciones de gente.

—Parece perfecto. ¿Has probado su comida?

—No, todavía no. Pero lleva toda la vida siendo chef. No estoy preocupado por sus habilidades. Dice que lo importante es dónde obtiene sus productos. Al parecer es algo quisquilloso con ese tipo de cosas, pero es que son importantes. Sé que Lars es igual en ese sentido; coge el coche para irse a otra ciudad sólo para escoger tomates y luego se marcha a una granja por ahí porque tiene buenos espárragos...

Sonrió.

—Vaya. Eso sí que es dedicación.

—Pero la comida está buenísima. ¿Has comido allí alguna vez?

—Pues no, no he tenido el gusto.

—Nos invitaré por las buenas a comer allí cuando Crow se sienta mejor.

Ella soltó una risita.

—Eso es lo bonito de la familia. No hace falta andarse con muchos miramientos.

—Exacto. —Me recliné en el respaldo de madera de la silla y la observé

mientras comía. Vivía para los momentos en los que la veía sonreír así. En aquellos instantes, sus sentimientos por mí no parecían tan importantes. A lo mejor no estaba enamorada de mí, pero era evidente que me tenía cariño. Después de todo lo que habíamos pasado juntos, seguro que en su corazón había un lugar especial para mí.

Me acabé el contenido del plato y lo dejé en el fregadero.

—Llegaré hoy, más tarde. Voy a meterme en la ducha.

—¿Puedo ducharme contigo? Ya sabes, para ahorrar agua...

Sonreí abiertamente y señalé hacia la escalera con un gesto.

—El ahorro de agua siempre me ha puesto cachondo.

---

GERALD ENCAJÓ PERFECTAMENTE DESDE QUE ENTRÓ POR LA PUERTA. ERA educado e iba al grano, pero no se tomaba libertades hablando demasiado. Iba a ocupar el dormitorio del piso inferior, que tenía cuarto de baño privado y sala de estar, pero no se tomaría familiaridades en el resto de la casa.

Se limitaba a hacer su trabajo.

La casa tenía un aspecto inmaculado desde el momento en que llegó y la primera comida que elaboró fue espectacular, a base de succulentas chuletas de cordero y un *pilaf* de arroz que yo no había probado desde mi última visita a Grecia. Lo mantenía todo impecablemente limpio y por ello, hasta empezó a oler diferente por allí.

Olía mejor.

Ahora deseaba haber contratado a alguien mucho tiempo antes. Ya no era un criminal, así que no tenía nada que ocultar.

Gerald sirvió la cena en el comedor, desde donde podían verse la parte delantera de la casa y los viñedos que se extendían en la distancia a través del gran ventanal. La casa más cercana estaba a unos cuantos kilómetros; se podían ver las luces de sus ventanas, pero apenas eran perceptibles. De no

saber que estaban allí, hubiera resultado difícil distinguirlas.

Adelina se sentó frente a mí, llevando un vestido negro y con los mechones de pelo liso rizados en los extremos. Se maquillaba todos los días y parecía cómoda en casa. No estaba alterada ni molesta, como al principio cuando había vuelto conmigo. Se había instalado como en su casa.

—¿Qué te parece?

Cortó un trozo de la costilla deshuesada y se lo metió en la boca.

—No te ofendas, pero... le da mil vueltas a tu comida.

Me reí.

—A la tuya también.

Ella sonrió.

—No pasa nada. Lo único que hacía en mi colegio mayor eran macarrones y Top Ramen.

—¿Top Ramen?

—Es como una sopa.

No lo había oído en mi vida.

—Gerald tiene trabajo garantizado de por vida —dijo ella después de dar otro bocado—. Pero a lo mejor te hace engordar.

Si no empezaba pronto a trabajar en el negocio del vino, era hasta posible que aquello sucediera. Estaba quedándome sin cosas que hacer. Podría pasarme el día entero en el gimnasio y tirándome a Adelina, pero ni con eso sería suficiente. Sólo habían pasado unas cuantas semanas, pero ya empezaba a echar de menos mi antiguo negocio. Me preguntaba qué tal se las estaría arreglando Constantine casi cada día.

Ella advirtió el modo en que se desviaba mi mirada.

—¿En qué estás pensando?

—Trabajo.

—¿El vino?

—No. El otro negocio. —Di un sorbo a mi copa de vino e intenté entender su intensidad, así como el ligero dulzor—. Me pregunto qué tal

estará yendo. No he hablado con Bran de ello.

—¿Así que simplemente te olvidaste de ello y pasaste a otra cosa?

—Básicamente.

—¿Por qué lo echas tanto de menos? —preguntó—. ¿Es por el trabajo o porque era tuyo?

Contemplé mi copa de vino mientras meditaba la respuesta.

—Mi padre empezó el negocio con veintipocos años. Siempre esperó que Crow y yo continuáramos con él. De Vanessa esperaba que se quedara en casa y tuviera hijos. Trabajamos continuamente con él hasta que nos convertimos en hombres. Entonces él y mi madre fueron asesinados, pero nosotros nunca hicimos ningún cambio. Por eso me hacía sentirme unido a él... de algún modo.

Puso su mano encima de la mía.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. No voy a fingir que mi padre era el mejor tipo del mundo, no en el sentido en el que siempre lo dicen otras personas. No le fue fiel a mi madre. A veces tenía esclavas, a las que hacía daño. El dinero era importante para él y utilizaba su poder tanto para el bien como para el mal.

Ella mantuvo su mano sobre la mía sin quitarme los ojos de encima.

—Yo seguí sus pasos mucho más que Crow. Mi padre y él discutían continuamente, y por eso decidió fundar las bodegas. Quería ir por su cuenta. Yo compartía la misma oscuridad que tenía mi padre. No tenía moral ni principios. Me tiraba a putas y a esclavas, sin considerar en ningún momento que mis acciones estuvieran mal porque así es como me habían criado. Pero ahora... ya no me siento así. —Aparté la mano y volví a centrarme en mi comida, sin querer incomodar a Adelina. Mi transición había empezado con Pearl y se había concretado al poner los ojos en Adelina.

Adelina continuó mirándome fijamente, hasta que volvió a poner la mano en su lado de la mesa.

Terminé de comer y me puse a mirar por la ventana, sintiéndome incómodo de repente. La habitación siempre se llenaba de tensión debido al silencioso entendimiento tácito que existía entre nosotros. Era difícil ignorarlo cuando ambos estábamos pensando en ello... constantemente.

—¿Tuviste una buena infancia?

—Sí —respondió ella de inmediato—. Soy hija única, así que siempre conté con las atenciones y el afecto de mis padres. Mi madre era ama de casa, por lo que siempre estaba disponible para mí. Hacíamos galletas los domingos y entre semana me ayudaba con los deberes porque es mucho más inteligente de lo que piensa la gente... y los sábados nos llevaba a mí y a mis amigas por ahí en coche. Mi padre es una persona más tranquila, pero es muy gracioso. No se me ocurre ni una sola cosa mala que decir de ninguno de los dos.

Nuestras vidas no podrían haber sido más diferentes.

—Eso suena muy agradable.

—Mis padres hicieron un gran trabajo. Siempre me he imaginado siendo como mi madre cuando tenga hijos... —La tensión volvió a llenar el aire entre nosotros porque ambos fuimos conscientes de que se estaba imaginando teniendo hijos con otro hombre que no fuera yo.

Lo dejé pasar.

—¿Quieres echarme una mano en las bodegas?

—¿Mañana? —preguntó ella.

—Lo pregunto en general. Crow dice que deberíamos ampliar el negocio comprando más terrenos y fundando unas segundas bodegas. Es algo que podemos hacer juntos. Tú has estado ayudando allí, así que estoy seguro de que habrás aprendido alguna cosa que otra.

Ella se dedicaba a mover su comida por el plato con el tenedor.

—¿Cuándo tienes pensado hacer todo esto?

—Probablemente durante los próximos meses. Tengo que esperar a que Crow se recupere y luego compraremos la propiedad... y partiremos de ahí.

Ella continuaba con los ojos puestos en su comida y dejó el tenedor en el plato. Aún no había terminado, y solía comérselo todo antes de apartarlo. Tenía los hombros caídos y la cabeza gacha. Se frotaba el cuello con los dedos y la sonrisa que había lucido unos minutos antes ahora había desaparecido.

—¿Va todo bien?

—Sí... Es sólo que... —Se pasó nerviosamente los dedos por el cabello, evitando el contacto visual.

No era el tipo de mujer que bajaba la mirada, sin importar la clase de adversario a la que se enfrentara.

—¿Qué pasa?

—Había supuesto que iba a volver a casa... —Se apartó la mano de los suaves mechones y por fin me miró a los ojos.

Aquel pensamiento no se me había pasado por la cabeza, ni una sola vez. Sencillamente di por sentado que se quedaría conmigo después de todo lo que habíamos pasado. La había salvado de Tristan y pensaba que viviríamos juntos el resto de nuestras vidas. Aunque ella no me amara, podría vivir una vida acomodada gracias a mis riquezas y mi protección.

Ella continuaba observando mi rostro, tenso como si fuera a explotar.

—¿Volver a casa? ¿Para contarles lo sucedido a los padres de Lizzie? —Supongo que tenía derecho a decirles a sus padres que estaba bien, que recibía un buen trato y que tenía libertad para hacer lo que quisiera. Que ya no era propiedad de un psicópata.

—Sí... y porque es allí donde vivo.

Quería dejarme. Después de todo lo que había hecho por ella, quería volver a su antigua vida.

—Podría volver a estudiar y ser profesora. Podría volver a pasar tiempo con mis padres. Podría recuperar mi vida... la que tenía antes de que me lo arrebataran todo.

Lo único que yo podía hacer era mirarla sin ocultar mi sorpresa. No

estaba seguro de por qué nunca había pensado en aquello. ¿Por qué esperaba que fuese a quedarse conmigo si no estaba enamorada de mí?

—He pensado que podría quedarme un poco más, como una semana o así. Pero ya va siendo hora de que vuelva.

Aquellas fueron las palabras que más me dolieron. Ya resultaba bastante duro estar con una mujer que no sentía lo mismo que yo, pero contemplar cómo se iba, después de todo lo que había hecho por ella, era como un puñetazo en el estómago.

—¿Te das cuenta de lo que hice por ti? —dije en voz baja, pero con palabras cargadas de rabia. Me temblaban las manos sobre la mesa y tenía hasta el último músculo de la espalda tenso y rígido.

—Sí, y yo...

—Mientras tú estabas aquí sentada vaciándome la nevera, yo estaba matando a todo hombre que se me ponía delante para sacar de allí a mi hermano, al que torturaron y pegaron porque arriesgó el cuello por ti. Arriesgó a su mujer por ti. No, Adelina, la verdad es que no creo que hayas entendido la gravedad de la situación. —Me levanté de la silla, a pesar de que no tenía ni idea de por qué lo había hecho. Mi cuerpo era incapaz de permanecer sentado durante más tiempo, con toda aquella rabia recorriéndome las venas—. He perdido mi negocio por ti.

Se le humedecieron los ojos hasta que fue incapaz de seguir manteniéndome la mirada.

—Después de todo eso, ¿te vas a marchar sin más?

Tenía la boca firmemente cerrada y el cuerpo le temblaba ligeramente.

—Cuando entré en aquella habitación en la que estabas encadenada a la pared, te podría haber violado. No lo hice. Cuando te acepté en préstamo, podría haber hecho lo que me diera la gana contigo. ¿Lo hice? No. Cuando eras mi prisionera, no recibiste más que respeto. Te llevé a hacer turismo y procuré que tu vida fuese agradable. Y cuando te devolví a Tristan, sentí náuseas. No podía dormir sabiendo que tú estabas allí. Así que lo arriesgué



todo para recuperarte. Arriesgué a toda mi familia... por ti.

Era la primera vez que se acobardaba ante mí, adquiriendo un aspecto pequeño y frágil.

Me temblaban las manos de lo enfadado que estaba. Me había tomado por tonto, me había utilizado por todo lo que tenía. Yo era duro como la piedra y nunca bajaba las defensas ante nadie. La primera vez que lo había hecho, ella me había dado una puñalada por la espalda. Me había utilizado... Me la había jugado. Yo no era más que un medio para conseguir el fin que deseaba. No había sacrificado tanto para no sacar nada a cambio.

—No vas a volver, Adelina. Eras la prisionera de Tristan y ahora eres la mía. Esa es la deuda que tienes conmigo.

Ella volvió a mirarme, y esta vez le brillaron los ojos.

—No lo puedes estar diciendo en serio.

—Totalmente. —Nunca había dicho nada más en serio en toda mi vida—. Eres de mi propiedad. No soy el tipo de hombre que hace las cosas gratis. Siempre espero recibir algo a cambio. Te he salvado la vida, le he declarado la guerra a un aliado y he perdido el negocio de mi familia para rescatarte. Puedes apostar lo que quieras a que te vas a quedar aquí. Y si quieres saber mi opinión, has salido ganando.

—Cane, tengo una familia...

—Me importa una mierda. Podrás vivir en una casa preciosa, tendrás tanto dinero que no sabrás qué hacer con él y me tendrás a mí a tu disposición. Mucho mejor que ser la esclava de Tristan, me parece a mí. Ya me he hartado de ser un buen tipo y nunca lo voy a volver a ser. —Me levanté hecho una furia de la mesa, derribando la copa de vino al salir. No me había sentido tan estúpido en mi vida. Que ella no me amara era algo que podía aceptar. Pero que volviera a casa a continuar con su vida como si nada hubiera pasado me ponía furioso. Lo había arriesgado todo por aquella mujer y ella pretendía dejarme atrás y olvidarse de ello.

Había estado a punto de perderlo todo por su culpa.

Por mi estupidez.  
Pero ya nunca más.  
Nunca más.

---

DEBÍA DE HABERSE QUEDADO EN SU ANTIGUO DORMITORIO, PORQUE NO VINO A acostarse al mío.

Bien. No la quería allí.

Al día siguiente, estaba tan enfadado como lo había estado la noche anterior. Estaba todavía más enfadado, de hecho. No era capaz de imaginarme la cara que pondría mi hermano si le decía que Adelina se marchaba a su casa como si nada hubiera sucedido. Crow sabría que había puesto en riesgo a su familia por absolutamente nada.

Nada.

Yo había hecho todo lo que había podido para salvar a Pearl, pero aquello había sido porque ella era mi cuñada. Era de la familia.

Adelina no era más que una puta cualquiera.

Una puta que me la había jugado.

Le había implantado un transmisor la primera vez que había llegado a mi casa, pero nunca lo había utilizado; ella no había intentado escaparse, y cuando volvió con Tristan yo ya sabía dónde estaba. Bajé al piso inferior y no la vi por ninguna parte. Abrí el portátil, ejecuté el programa y localicé los datos del rastreador.

Seguía funcionando.

Adelina estuvo horas sin dejarse ver, así que subí al piso de arriba para asegurarme de que no había intentado escapar. Abrí la puerta de su dormitorio sin llamar y me la encontré sentada encima de la cama, llevando una camiseta y con una expresión sombría en el rostro.

—Ven aquí.

Ella me miró desafiante, con su dulce expresión endureciéndose en un gesto de enfado.

—No.

Que se enfrentara a mí siempre lograba ponerme caliente e irritarme a la vez.

—No me hagas pedírtelo otra vez, Adelina. Sabes cuánto disfruto tirándote de ese precioso cabello que tienes. —La arrastraría escaleras abajo si me obligaba a ello. Había conseguido que me saltara un fusible en el cerebro y ahora tenía el cableado hecho trizas. Ya no era la misma persona que antes. Era un hombre completamente diferente.

Ella era consciente de que nuestra situación había cambiado. La primera vez que llegó, no se había tomado en serio mis amenazas porque había entendido mi auténtica naturaleza. Pero sabía que esta vez no podría hacer lo mismo.

Se levantó de la cama y se acercó lentamente a la puerta.

Yo no la esperé, encaminándome escaleras abajo hasta la sala de estar principal. Giré el portátil hacia ella y señalé al mapa que había en la pantalla.

—Esta eres tú. Puedo ver dónde estás en todo momento. Si te escapas, te arrepentirás. —Cerré el portátil—. He limpiado la casa de armas. No vas a encontrar ninguna pistola y, si consigues ponerle las manos encima a una, más te vale asegurarte de que tenga al menos seis balas. Ya me han disparado antes. No sirvió de mucho. —Aunque hubiera habido un arma por allí, yo sabía que ella nunca me dispararía. Estaba cabreada conmigo, pero yo lo había arriesgado todo por salvarla. No me haría una jugarreta así.

—Sé que ahora mismo estás enfadado conmigo, pero tienes que tranquilizarte y recuperar el sentido común.

Me crucé de brazos y la fulminé con la mirada.

—Estoy muy tranquilo, Adelina. Cuando no lo esté, te darás cuenta.

—El Cane que yo conozco no haría esto.

—El Cane que tú conoces está muerto. Le tomaste el pelo y ahora ha

desaparecido.

—No le tomé el pelo. —Sus bellos ojos castaños se iluminaban cuando hablaba con el corazón. O estaba diciendo la verdad o estaba desesperada por ser libre—. Me importa. Que quiera volver a casa no significa que no quiera estar contigo. No quiere decir que no sienta nada por ti.

—Todo eso me da igual. Deberías ponerte cómoda. No pienso cambiar de idea.

—¿Y qué pasa con mis padres?

—¿Qué pasa con ellos? —respondí—. Te dejé verlos una última vez. Sacudió la cabeza, dedicándome una feroz mirada de desilusión.

—Tú eres mejor que esto.

—No, no lo soy. Y no podría importarme menos tu opinión... ya no.

Se acercó más a mí, enderezando la columna para parecer un poco más alta.

—Nunca te pedí que me salvaras, Cane. Nunca te pedí que me aceptaras como parte de un préstamo. Cuando me devolviste a Tristan, jamás esperé que regresaras a por mí. Hiciste todas esas cosas por tu cuenta. No deberías haber esperado nada a cambio.

—Bueno, pues sí que lo espero. ¿Acaso estar conmigo es algo tan terrible, Adelina?

Entrecerró los párpados antes de volver a relajarlos.

—¿Preferirías estar con él? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Desearías seguir tumbada en aquel camastro con el tobillo encadenado a la pared? —Recordaba la noche en la que la había sacado de allí. Me la había encontrado débil e indefensa. La habían tratado más como a un perro que como a un ser humano.

—No. Pero quiero que vuelva Cane... mi Cane. Quiero al hombre que es mejor que todos aquellos gilipollas. Quiero al hombre que siempre me respetaba y que cuidaba de mí. Quiero al hombre que tiene un corazón inmenso que siempre está intentando esconder. Quiero que vuelva...

—Ha desaparecido. Ya te lo he dicho.

—Siento que lo arriesgaras tod...

—No, no lo sientes. Sólo te preocupas por ti misma.

Sus ojos volvieron a abrirse de par en par.

—Si sólo me preocupara por mí misma, me habría escapado hace muchísimo tiempo. Me quedé para ayudar a mi amiga Lizzie. ¿Cómo te atreves a llamarme egoísta cuando me dejé violar día sí y día también a cambio de la remota posibilidad de poder salvarla? Soy mucho más valiente de lo que tú lo serás nunca, Cane. —Me lanzó una mirada hostil de desilusión antes de retroceder—. Cuando se lo cuente a Pearl y a Crow, no te van a permitir que hagas esto.

Negué con la cabeza.

—Ellos no van a interferir.

—Puedes apostar el cuello a que lo harán.

—La última vez que viste a Crow, ¿te acuerdas de lo que le dijiste?

Le cambió la expresión de la cara al escuchar mis palabras. Me contempló con desconfianza, como si no supiera a qué venía aquel cambio repentino.

—Le dijiste que estabas en deuda con él por lo que había hecho por ti. ¿Por qué a mí no me dijiste lo mismo?

Ella bajó la mirada.

Le repetí la pregunta:

—¿Por qué a mí no me dijiste lo mismo, Adelina? —Me aproximé más a ella, cubriéndola con mi sombra—. ¿Por qué te sientes en deuda con él, pero conmigo no? Yo fui el que le suplicó que me ayudara. Yo fui el que se arriesgó a perder diez millones de dólares. Yo fui el que entregó su negocio para protegerte. —Pegué mi rostro al suyo—. Contéstame.

—Te agradezco todo lo que has hecho, Cane. Nunca he dicho que no lo haga.

—Dime que estás en deuda conmigo —susurré—. Que si hay algo que

alguna vez puedas hacer por mí, lo harás.

Ella me contemplaba en silencio.

—Dilo.

—Gracias por salvarme, Cane. Si hay algo que yo pueda hacer, no tienes más que decírmelo...

—Gracias por la oferta —respondí con frialdad—. Sí que hay algo que puedes hacer por mí. Vas a ser mía... para el resto de tu vida.

---

CROW ESTABA SENTADO EN EL SOFÁ FRENTE A MÍ EN SU ESTUDIO Y DEJÓ LA licorera de *whisky* sobre la mesa. Seguía sin beber alcohol, pero no podía negarme a mí el placer. Las llamas danzaban en la chimenea a pesar de que era media tarde. Crow seguía débil, pero al menos ya podía moverse por la casa.

Me serví un trago y lo dejé resbalar por mi garganta.

Crow me observaba con una expresión sombría.

—No estoy intentando restregártelo, te lo prometo.

Crow se echó hacia atrás y se frotó la sien con los dedos.

—No me acuerdo de la última vez que me tomé una copa. Mi hígado se siente confuso.

—Bien. Hasta puede que vivas un poco más.

—No sé yo. Tendría que estar muerto hace mucho tiempo.

Me reí.

—Ambos tendríamos que estarlo.

Cuando Crow cambió de posición en el sofá, se tensó de dolor por un instante. Se le endureció la mandíbula y un gesto de desagrado se le extendió por el rostro.

—¿Qué tal lo llevas?

—Estoy bien —dijo en voz baja—. Sólo aburrido.

—Había pensado que podíamos empezar con el sitio nuevo para las bodegas.

—Pearl no lo consentiría.

Abrí la carpeta que había traído conmigo y se la puse delante.

—He marcado en el mapa las mejores ubicaciones en base a la calidad del terreno, el turismo, etc. Algunos de los mejores lugares son más caros, pero creo que merecerán la pena. El último es la mejor opción. Sólo está a treinta y pocos kilómetros al este de aquí.

Crow estudió mi selección en silencio. Fue pasando una página tras otra con una expresión impenetrable en el rostro.

—Me sorprende que hayas investigado tanto. Con Adelina cerca, pensé que no tendrías tiempo.

—La cantidad de veces que me puedo tirar a esa tía es limitada.

Los ojos de Crow se elevaron hasta los míos ante mi elección de palabras. Yo no hablaba así de Adelina con nadie, igual que él no lo hacía de Pearl. Pero ahora, ella ya no significaba nada para mí. No la respetaba, no cuando me había herido tan profundamente.

—¿Va todo bien?

—Sí. —Di otro trago—. ¿Qué piensas del último sitio?

Sus ojos volvieron a posarse en la carpeta.

—Es una buena elección. Creo que deberíamos hacerlo.

—Puedo presentar una oferta y ocuparme de las gestiones.

—Tengo que verlo antes.

—Pues en marcha.

—No puedo —respondió con un suspiro—. Hasta que no me quiten los puntos, no me puedo mover.

—¿Desde cuándo es Pearl la que dirige el cotarro?

Él se encogió de hombros.

—Desde el día en que la conocí, seguramente.

Me reí.

—Por lo menos lo admites.

—¿Qué tal van las cosas con Adelina? ¿Se está adaptando...?

—Está muy bien. —Di otro trago, enmascarando la irritación que sentía hacia ella.

Crow era capaz de detectar el enfado en mis ojos cuando nadie más podría.

—¿Por qué te pones tan tenso cada vez que se menciona su nombre?

—Quizá porque no quiero hablar de ella.

Crow se frotó la mandíbula mientras estudiaba mis facciones.

—¿Qué ha pasado, Cane?

—Nada. Hablaré con Pearl para que te deje venir a ver la propiedad conmigo.

—No necesito que le pidas permiso. Ese no es el problema.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Yo estoy de acuerdo con que no debería ir a ninguna parte. Hasta que me haya recuperado, no quiero exponerme innecesariamente a ninguna bacteria. He conseguido librarme de una infección y quiero que la cosa siga así.

Yo quería que mi hermano se recuperase, pero también continuar con mi vida.

—¿Cuánto tiempo más necesitas?

—Mi siguiente chequeo es dentro de una semana. Es entonces cuando me van a quitar los puntos.

—Nos pasaremos por allí entonces.

—A mí me parece bien —contestó—. Ahora que hemos dejado eso claro, vamos a volver a Adelina. Y esta vez no me cambies de tema.

Agarré con más fuerza el vaso que descansaba sobre mi muslo.

—No hay nada que contar.

—Me doy cuenta de que estás cabreado y quiero saber por qué. Ahora, cuéntamelo.



—No estoy cabreado. —Me acabé todo el contenido del vaso y lo dejé sobre la mesita de café—. Tengo que marcharme ya. Te llamaré a finales de esta semana para ver qué tal estás.

Crow me miró con frialdad.

—Me voy a enterar de todos modos por otro lado.

—Estoy seguro de ello.

---

FUI AL GIMNASIO Y DESPUÉS VOLVÍ A CASA. GERALD ME TENÍA EL ALMUERZO preparado, así que lo devoré antes de subir al piso de arriba. Adelina no salía de su cuarto. Se quedaba allí dentro casi todo el tiempo, evitándome a toda costa.

Me pasé por su habitación y abrí la puerta.

Estaba sentada en una butaca frente al fuego, leyendo. Al entrar yo, levantó la mirada a la defensiva.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Eres libre de moverte por el resto de la casa. Gerald me ha dicho que te quedas aquí dentro todo el día.

Volvió a posar la vista en el libro.

—Me gusta estar aquí.

—Volveré después de ducharme. Espero encontrarte sin llevar nada más que las bragas, encima de la cama, con el culo en pompa y la cara contra el colchón.

Se me quedó mirando con una expresión fría como el hielo, pero muy al fondo, pude distinguir el brillo de una llama. Ahora mismo me aborrecía, pero su cuerpo jamás podría odiar las cosas que le hacía.

—Esta es la parte en la que tú dices: «Sí, señor».

Continuó fulminándome con la mirada.

Me aparté del umbral de la puerta y caminé hacia ella, con mi necesidad

de dominación instándome a agarrarla por el cuello. Me detuve ante ella con las manos en los costados y repetí:

—Sí, señor.

—No.

La cogí del cuello y la obligué a mirarme.

—Si me desobedeces, no te va a gustar lo que suceda. —Apreté suavemente, aplicando suficiente presión para que supiera que no estaba profiriendo amenazas vacías. Aquella mujer me había traicionado y ahora la despreciaba. Me había destrozado. Me había hecho creer en el bien hasta que me había dado una razón para no creer en nada nunca más.

Ella respiró hondo y apartó la cabeza de mí, intentando liberarse de mi agarre.

—Sí, señor.

Desplacé la mano hasta su nuca y tiré de ella hacia atrás.

—Buena chica. —La besé en la boca antes de alejarme, sintiendo el dolor en los dedos con los que la había agarrado. Quería azotarle el culo con aquellos dedos, sujetarla mientras la tomaba en aquel preciso instante y lugar.

Pero tendría que esperar hasta que hubiera terminado de ducharme.

---

CUANDO ENTRÉ EN SU CUARTO, NO LLEVABA PUESTO NADA MÁS QUE LAS bragas, como yo le había pedido. Estaba a cuatro patas sobre la cama, con los pies colgando por encima del borde.

Contemplé su voluptuoso trasero antes de cerrar la puerta y desvestirme. Mi corazón se había apagado y ahora lo único que veía era a una mujer despampanante a punto de aceptar mi sexo en su interior. Era exactamente igual que todas las otras que no habían significado nada para mí.

Me acerqué a ella por detrás y me incliné sobre su cuerpo, recorriendo su columna a besos hasta llegar a la nuca. Mi mano se cerró sobre uno de sus

pechos y sentí su falta de reacción. Permanecía completamente inmóvil, combatiéndome con resistencia pasiva.

Aquello no duraría demasiado.

Había disfrutado follándome hacía sólo unos días, dando ella el primer paso en todas las ocasiones. Por mosqueada que estuviera, yo sabía que me deseaba.

Que siempre me desearía.

Introduje la punta del miembro en su interior y pude sentir su humedad dándome la bienvenida. Era cálida, estrecha y estaba absolutamente empapada.

Me deseaba.

Me deslicé en su interior hasta el fondo. Le pasé una mano por la nuca y tiré hacia atrás de su cabeza para que mirara hacia el techo. Mis labios se aproximaron a su oreja y le respiré en el oído.

—Me deseas...

Ella respiró con fuerza mientras yo la mantenía sujeta en el sitio.

—Dime que me deseas.

Silencio.

Apreté un poco más su garganta, obligándola a ceder.

—Te deseo...

No me hacía falta escuchárselo porque su cuerpo la había traicionado. Tenía la entrada chorreando y sus fluidos me cubrían el miembro de arriba abajo. Empecé a empujar con movimientos profundos y regulares. Exploraba su cuerpo con mi erección, golpeándola una y otra vez. La llevaría al orgasmo en un tiempo récord... como siempre.

Así todo era mucho más fácil. No estaba seguro de en qué habría estado pensando al enamorarme de una mujer. Las relaciones no eran más que debilidad. Me había costado una de las cosas que más me importaban en la vida: el legado de mi familia. No pensaba cometer el mismo error dos veces. Ahora no era más que una esclava, una mujer que conservaría hasta que me

aburriese de ella.

Si es que alguna vez me aburría de ella.

PEARL

Crow permanecía de pie ante el lavabo del cuarto de baño con una toalla envuelta alrededor de la cintura. Se miraba en el espejo mientras se afeitaba, eliminando el grueso vello que le había salido durante la pasada semana. Sus ojos verdes observaban sus movimientos mientras se pasaba lentamente la cuchilla por la franja de vello antes de aclararla en el lavabo.

Su musculoso físico no había cambiado a pesar de haberse pasado un tiempo en la cama. Su abdomen continuaba esculpido a pesar de los puntos que le atravesaban el vientre. Le habían quitado la escayola, pero todavía no podía hacer movimientos bruscos. La única parte de su cuerpo que parecía haberse curado por completo era la pierna. Ya podía apoyarse en ella sin perder el equilibrio.

Yo estaba en el cuarto de baño recogiendo las toallas usadas, pero me distraía contemplándolo.

Sus ojos se desplazaron hasta los míos en el reflejo.

—¿Sí, Botón?

—¿Es que no puedo mirarte? —pregunté ladeando la cabeza—. Estoy casada contigo.

—Yo soy el único que se queda mirando. Así es como funciona la cosa.

—No recuerdo haber aceptado nada parecido.

—Yo acepté por ti. —Dejó la cuchilla a un lado y se salpicó agua en la cara, enjuagándose la crema de afeitarse para poder secarse la cara con una toalla. Se quitó la toalla de la cintura de un tirón y la dejó caer en mis brazos, donde ya se amontonaban unas cuantas. Pasó a mi lado en toda su belleza y desnudez, luciendo una sonrisita arrogante en la cara.

Yo me di la vuelta para verlo marcharse, contemplando su prieto trasero mientras se alejaba.

Nunca me cansaba de aquel panorama.

—¿Cómo va tu dolor?

—Cinco.

—Eso es una gran mejora.

Se puso un par de bóxers.

—Sí. Ha sido la primera vez que he dormido toda la noche de un tirón.

Odiaba saber que sentía dolor, pero sabía que terminaría por desaparecer. Sólo necesitábamos superar las próximas semanas y volvería a ser el de siempre.

—Eso es bueno.

—Cane quiere que vaya a ver una propiedad con él.

—¿Una propiedad para qué?

Abrió el armario y sacó una camiseta.

—Para las bodegas. Vamos a abrir un segundo centro.

—Eso no lo sabía.

—Supongo que se me olvidó mencionarlo.

—¿Entonces vais a volver a trabajar juntos?

Sacó un par de vaqueros negros y se los puso.

—Sí. Ya que perdió el negocio, me pareció que era lo mejor para los dos. A mí me vendría bien la ayuda y él necesita tener algo que hacer. Perder el negocio de las armas fue devastador para él porque perteneció a nuestro padre. Con las bodegas, volveremos a tener un negocio familiar.

—Eso es cierto. Me parece una buena idea.

—Pero también tendremos nuestro propio espacio, para no matarnos el uno al otro. —Cogió la cartera y las llaves y se las metió en el bolsillo.

Yo lo miré de arriba abajo.

—Da la impresión de que te vas a alguna parte... y sabes que no puedes irte a ninguna parte.

Crow esgrimía una dura sonrisa que lo hacía parecer más atractivo de lo habitual.

—Botón, el médico ha dicho que estoy estupendamente.

—Tomárselo con calma no hará ningún daño.

—No puedo seguir sentado sin hacer nada durante más tiempo. Odio ver la televisión y no me van demasiado los libros.

—¿Porque no sabes leer? —bromeé.

Entrecerró los ojos, pero con aire juguetón.

—Te la estás ganando, Botón.

—¿Eso hago? —Nuestra vida sexual no había sido una maravilla últimamente. Cada vez que intentaba algo conmigo, yo rechazaba sus avances porque no quería arriesgarme a que se hiciera daño. Pero estaba volviéndome loca de remate. Sólo estaba embarazada de un mes y todavía no me habían invadido las hormonas, pero indudablemente sentía un antojo inconfundible de él.

—Sí, eso haces. —Se acercó a mí y me agarró ambas nalgas con sus grandes manos—. Y estoy más que encantado de hacértelo pagar.

Lancé el montón de toallas sobre la cama y le eché los brazos al cuello. Lo besé suavemente, asegurándome de que el beso no se intensificara hasta convertirse en algo ante lo que no pudiera retroceder. Cuando a Crow se le metía algo en la cabeza, era imposible sacárselo de ella.

—Quizá luego. Sé que tenías que marcharte. —Me aparté de su contacto, lamiéndome los labios.

Él me miró, dedicándome una expresión de intenso deseo por algo que no podía tener.

—No voy a seguir esperando más, Botón.

—Se supone que te lo tienes que tomar con calma.

—Como si me importara una mierda. Quiero tirarme a mi mujer.

—Qué romántico.

Me cogió de la barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Sabes que nosotros lo hacemos romántico. —Sus ojos se movieron mirando los míos alternativamente antes de darme otro beso en los labios. Fue rápido y sutil, pero bastó para caldearme la sangre—. Cuando vuelva, te vas a sentar en mi regazo y me vas a follar sin miramientos. ¿Me has entendido?

Era un mandón, pero me gustaba que lo fuera.

—Sí, marido. Lo he entendido.

---

LARS TOCÓ CON LOS NUDILLOS EN LA PUERTA ABIERTA DEL DORMITORIO, SIN entrar.

—Sra. Barsetti, la Srta. Adelina ha venido a verla.

—¿Sí? —Acababa de terminar de guardar la ropa limpia en todos los cajones y de organizar las toallas en el cuarto de baño. Cane ya había recogido a Crow, así que tenía que haber venido en su propio coche—. Bajaré en un segundo.

Me dirigí hacia la entrada del primer piso y me la encontré allí en vaqueros y camiseta. En vez de lucir la sonrisa radiante que había llegado a esperar en ella, venía con los brazos cruzados delante del pecho y miraba por encima del hombro, como si alguien pudiera abalanzarse sobre ella en cualquier segundo.

—¡Hola!

Cuando se dio cuenta de que estaba allí, se volvió hacia mí y me dedicó un saludo más cariñoso.



—Hola, Pearl.

—¿Qué hay? ¿Te apetecía quedar un rato mientras los hombres están fuera?

—Algo así. —Sonrió, pero vi claramente que era forzada.

—¿Quieres comer? Estaba a punto de sentarme a la mesa.

—Sí, eso estaría muy bien. Cane siempre dice que Lars es todo un cocinero.

—Genial. —La conduje al comedor y nos sentamos a la mesa. Al instante entró Lars trayendo pan recién hecho, mantequilla, una botella de vino y dos vasos de agua. Salió otra vez de la sala para supervisar los últimos toques de la comida, que estaría lista en cualquier momento.

Cogí un trozo de pan, y lo mismo hizo ella. Yo no podía beber vino, pero ella se sirvió una copa.

—¿Qué tal le va a Crow?

—Está inquieto y frustrado, pero bien. Con darle un poco más de tiempo, volverá a ser el de siempre.

—Me alegro de oírlo. Sé que ha tenido mucho que soportar, y me alegra que se haya recuperado tan rápidamente.

—Estoy contentísima de que casi haya terminado. Le hará feliz salir a correr por las mañanas y volver al trabajo. No es el tipo de hombre al que le guste estar sentado sin hacer nada.

—Me he dado cuenta —dijo con una risita—. ¿Qué tal está el bebé?

—No noto nada diferente —respondí sinceramente—. Algunas mañana tengo náuseas, pero fuera de eso, la verdad es que todavía no me siento embarazada.

—A lo mejor deberías ir a que te hagan un chequeo.

—Lo haré. Sólo quería esperar a que Crow se encontrara mejor. No quiero arrastrarlo a la consulta de un médico hasta que no esté completamente recuperado. Y él no querría perderselo.

—Tienes razón. —Ella seguía desmigando su trozo de pan sin dar ni un

solo bocado.

Advertí sus movimientos nerviosos y me di cuenta de que aquello no era normal en ella. Solía demostrar control y confianza, participando en la conversación y mirándome a los ojos.

—¿Va todo bien, Adelina? Me da la impresión de que pasa algo malo.

—Pasa algo malo —contestó con brusquedad—. Es Cane.

Yo sabía que a él le había dolido que ella no le dijera lo que quería escuchar, pero lo superaría antes o después.

—¿Sí?

—Le dije que quería volver a casa. Allí tengo una familia y quiero seguir con mis estudios...

No hacía falta que siguiera hablando para que pudiera imaginarme lo que había sucedido. No había pensado en que ella pudiera marcharse. Por algún motivo, me había figurado que iba a quedarse en la Toscana con nosotros tres, del mismo modo que yo me había quedado con Crow. Pero ella tenía una vida a la que volver. Yo no tenía a nadie. Nuestras situaciones eran completamente diferentes. Además, ella era algunos años más joven que yo.

—Se enfadó muchísimo —susurró ella—. Quiero decir que se transformó en una persona completamente diferente. Dijo que no estaba bien que él hubiera hecho tanto por mí y yo me fuera a marchar así sin más. Dijo que había perdido su negocio por mi culpa. Dijo que casi pierde a su hermano por mi culpa.

—Sólo está dolido. Se le pasará.

Ella sacudió la cabeza.

—Dice que no me va a dejar marcharme nunca. Dijo que ahora soy su prisionera... que estoy en deuda con él.

Aquello me resultaba difícil de creer porque no parecía algo que Cane diría. Cuando lo había conocido, no me habría extrañado que hubiera sido capaz de algo semejante. No había tenido la compasión que mostraba ahora. Pero decir algo así después de todo lo que habíamos pasado no parecía

posible.

—Eso no me lo puedo creer...

Ella asintió.

—Pensé que se le pasaría en unos días, pero no se mueve de su sitio. Me puso un rastreador en el brazo y me ha amenazado para que no me escape. Duermo en mi propia habitación al otro lado del pasillo y casi no me habla. Sólo exige sexo cuando lo desea... y después sigue con su vida. Ya no tenemos la cercanía que teníamos antes. Me ha apartado completamente a un lado, me ha dejado fuera. Ya no siento la conexión que antes solíamos tener. Antes hablábamos, nos contábamos cosas el uno al otro. Solíamos hacer el amor. Pero ahora todo eso se ha terminado... Ya no es el mismo. Cuando perdió los nervios se convirtió en una persona completamente diferente.

Todavía tenía el trozo de pan entre los dedos, pero no di ningún mordisco. Se me había quitado el apetito. Lars entró en la sala y colocó los platos con nuestra comida delante de nosotras, pero ninguna nos dimos por enteradas de su presencia. Hubo silencio hasta que volvió a salir de la habitación.

—Pero él sabe que Crow y yo jamás permitiremos que eso suceda.

—Se lo dije, pero le dio igual. Dijo que no hay nada que vosotros podáis hacer al respecto.

Yo no podía ir a la policía ni amenazarlo para que la pusiera en libertad. Pero sin duda podía hablar con él.

—Me sorprende que haya pasado algo así.

—Lo sé. No es el Cane que conocí. La primera vez que lo conocí, supe que era mejor que todo el resto. Supe que tenía un lado suave, un alma. Siempre se portó muy bien conmigo y fue muy considerado. Verlo así ahora... da miedo.

—Cane solía ser un mal hombre. Pero esos días ya pertenecen al pasado.

—Pertenecían al pasado —contestó ella—. Pero ahora han vuelto. Lo he empujado más allá del límite y ahora es una persona diferente. De verdad creo que no me va a permitir marcharme nunca.

Yo ignoré los raviolis que teníamos delante, sintiendo el vapor ascender y acariciarme el rostro. Sabía que Cane se había sentido dolido cuando Adelina no le había dicho que lo amaba, pero no sabía que le hubiera afectado hasta tal punto.

—Hablaré con él.

—Por favor. He intentado explicarle que le tengo cariño. Que el que quiera marcharme no tiene nada que ver con él. Si mis padres vivieran al otro lado de la calle, me quedaría con él. Pero viven en otro continente. No puedo quedarme aquí sólo por él, aunque sí que sienta algo por él. Eso es todo. Creo que piensa que no significa nada para mí... y eso no es cierto.

—A lo mejor no lo ha entendido —dije en voz baja—. Hablaré con él. Arreglaré todo este desaguisado.

—Gracias. Cuando yo intento hablar con él, no me escucha.

Cane tenía que estar realmente fatal para actuar de aquella manera. Le había llevado tanto tiempo pasar de ser un criminal despiadado a un héroe compasivo que sería una lástima que todo aquello se esfumara por nada.

—¿Piensas que tiene razón? —susurró ella.

—¿Cómo?

—Ha hecho muchísimo por mí... y estoy en deuda con él.

—No, Adelina. No le debes nada. Hizo todas aquellas cosas por ti porque le importabas. Tú nunca le pediste que te salvara. Sé que lo habría hecho de todos modos, hasta de haber sabido que vuestra relación se iba a terminar.

—No estoy segura de eso —dijo en un susurro—. Ya verás a lo que me refiero cuando hables con él.

—De acuerdo.

—A lo mejor Crow también podría ser de ayuda, pero me siento mal pidiéndoselo, teniendo en cuenta todo lo que ya ha pasado.

—No le importará. Crow es la única persona en el mundo a la que Cane siempre hace caso. Podemos utilizar eso a nuestro favor.

Extendió la mano por encima de la mesa y la puso sobre la mía.

—Muchísimas gracias por ayudarme. Me siento mal al pedirlo porque ya habéis hecho muchísimo por mí.

—No te sientas mal. No nos importa. De verdad.

Retiró la mano y posó la vista sobre su comida. Cogió el tenedor y por fin dio un bocado.

—Está bastante bueno.

—Lars me hizo ganar más de cinco kilos cuando me mudé.

Masticó otro bocado.

—Mereció totalmente la pena. Esto está delicioso. —Pinchó la comida que tenía en el plato y después volvió a levantar la mirada hacia mí—. A veces pienso que podría enamorarme de él. Pero después de pasar esto... me he dado cuenta de que es mejor que no lo haga.

El corazón se me cayó a los pies al escuchar sus palabras. Sólo con que Cane hubiera tenido un poco de paciencia, como yo le había dicho, las cosas podrían haber sido diferentes. Pero había permitido que su ira lo controlara y ahora la había alejado. No podía culparla por sentirse de aquella manera.

¿Quién podría hacerlo?

---

CUANDO CANE PARÓ CON SU COCHE NEGRO FRENTE A LA CASA, SALÍ Y ME reuní con ellos en la rotonda. Como si no siguiera gravemente lesionado, Crow salió del coche y se mantuvo perfectamente erguido, dando la impresión de no sufrir ningún contratiempo.

Me miró con una ligera expresión divertida en los ojos, como si pensara que mi preocupación era hilarante.

—Botón.

Me puse de puntillas para darle un rápido beso. El contacto habría durado más tiempo si no hubiera estado enfadada. Adelina ya había cogido el coche para volver a casa de Cane y que yo pudiera hablar con él sin que ella

estuviera allí.

Crow se apartó y supo que algo iba mal.

—¿Qué pasa?

Cane rodeó el coche, llevando una cazadora de cuero y unas gafas de sol apoyadas en el puente de la nariz. No me había dado cuenta antes, pero era verdad que tenía un aspecto bastante diferente. Sus hombros estaban más tensos, su rostro lucía una mueca más que una sonrisa y parecía de mal humor... igual que solía ser Crow. Se reunió con nosotros y se quedó junto a Crow.

—Hemos estado viendo la propiedad y nos ha gustado lo que hemos visto. Nuestro ingeniero agrónomo ha dicho que la composición del suelo es perfecta.

—Qué bien. —No podía interesarme menos la propiedad que iban a adquirir, al menos en aquel momento—. Pues Adelina se ha pasado por aquí...

La expresión de Cane no se inmutó, pero no podía verle los ojos detrás de las gafas de sol.

Me crucé de brazos.

—Tenía algunas cosas muy interesantes que contarme.

Cane me contemplaba en silencio.

Crow se dio la vuelta hacia su hermano, evidentemente sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

—Te voy a dar el beneficio de la duda para que expliques tu comportamiento —dije yo—, y me asegures que simplemente estás enfadado y que todo esto se resolverá en cuanto entres en razón.

—No voy a entrar en razón —dijo con sencillez—. Lo arriesgué todo para salvar a esa mujer y a cambio tengo derecho a quedármela. Ese es su pago a cambio de mi sacrificio. No soy el tipo de tío que va haciendo obras de caridad por ahí. No hice todo aquello sólo para que ella pueda volver a su vida en Estados Unidos y olvidarse de mí. —Su actitud había cambiado,

volviéndose notablemente más sombría. Era obvio que mi opinión en el asunto no le importaba para nada. Adelina había tenido razón cuando me había dicho que lo había empujado más allá del límite. Me parecía estar hablando con el Cane de hacía dos años, el bárbaro implacable que no había dudado en darme una paliza hasta dejarme al borde de la muerte.

Crow le echó una mirada a su hermano con la ceja levantada.

—Eso no está bien y tú lo sabes.

—Sé que no está bien. —Se encogió de hombros—. Pero me importa un carajo.

Desvié la vista hacia Crow, pidiéndole su ayuda en silencio.

Crow entendió mi mirada y se volvió hacia su hermano.

—Entonces, ¿qué plan tienes? ¿Mantenerla todo el día encerrada en tu casa?

—Sip.

—¿Y no piensas que intentará escaparse? —preguntó Crow.

—Le puse un dispositivo de rastreo —respondió Cane sencillamente—. Y sabe lo que haré si intenta huir. —La amenaza no le costó ningún esfuerzo, saliendo de su boca como si no significara nada.

—Pensé que el motivo de que la rescatáramos era que la amabas —dijo Crow.

—Lo hice, en cierto momento. —Cane miró a la casa, desviando la mirada—. Ya no.

—No se deja de amar a alguien por las buenas —salté yo—. Cuando amas a alguien como tú la amas a ella, no puedes dejar de hacerlo. Sigue ahí, por más que intentes luchar contra ello. Quedártela como si fuese un perro no está bien. Eso no se le hace a alguien a quien quieres.

—Razón por la cual no la quiero —contestó Cane—. No es más que una mujer a la que me follo. Punto. Ese es su único trabajo. Si acepta la situación, podrá sacar mucho de ella. Podrá ser una mujer acaudalada que vive en la Toscana. Puedo llevarla a ver el mundo entero y ofrecerle un estilo de vida

que jamás podría permitirse con el sueldo de una profesora.

—El dinero no lo es todo. —Yo no amaba a Crow por sus riquezas. Lo amaba porque estaba tan rota por dentro como él. Él me había arreglado, me había recompuesto de manera que ahora estaba más entera que antes de haberme roto—. Se nota que no lo es todo para Adelina.

—Pues es una lástima —dijo Cane—. Entonces es posible que se aburra. No es mi problema.

Me entraron ganas de darle un bofetón.

—Déjalo ya, Cane. Estás comportándote como un capullo.

—Eso es porque soy un capullo —contestó simplemente—. Cane el marica ha desaparecido. Ha vuelto el de verdad.

—A nadie le gusta el viejo Cane —gruñí yo—. Es un gilipollas al que no le importa nadie excepto él mismo. Has madurado muchísimo durante el último año. ¿De verdad lo vas a tirar todo a la basura sólo porque no has conseguido lo que querías? ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que a lo mejor a Adelina simplemente le da miedo amarte? ¿Que tiene que darse cuenta ella sola?

La gélida ferocidad de Cane desapareció. Volvió el rostro hacia mí, mirándome a los ojos a través de las gafas de sol.

—¿Qué demonios se supone que quiere decir eso?

—Quiere volver porque quiere ver a su familia. Quiere decirles que está bien. Quiere ir para apoyar a los padres de Lizzie. Pero cuando llegue allí, se dará cuenta de que aquello ya no es su hogar. Después de todo por lo que ha pasado, sabrá que aquel no es ya su lugar. La única persona que la comprende de verdad eres tú. Y por eso volverá. Pero tienes que tener paciencia, y convertirte en un psicópata controlador sólo conseguirá sabotear tus posibilidades de estar con ella de verdad. Así que déjate de gilipolleces. No me trago todo este numerito.

Crow observaba a su hermano con las manos en los bolsillos.

—Yo una vez dejé marchar a Pearl. Volvió a Estados Unidos y la dejé en



paz. Los dos nos dimos cuenta de que estar separados no era lo correcto para ninguno de los dos. Volvimos a estar juntos porque así es como debíamos estar. Si estás enamorado de esa mujer, tienes que dejarla marchar.

—Y no digas que no lo estás, porque los dos sabemos que sí —ladré yo—. Lo sacrificaste todo por ella y a cambio, ella te ha convertido en un hombre mejor. No lo mandes todo a la mierda. Espabila y a lo mejor Adelina te perdona.

Cane se quedó quieto con los brazos aún cruzados, como si aquellas palabras no hubieran significado nada para él. Aunque lucía una expresión estoica, yo estaba segura de que estaba pensando detrás de aquellas gafas de sol. Su mente debía de ser un torbellino.

—Cane —presioné—. Todavía hay tiempo para arreglar las cosas. Tú eres mejor que todo esto.

—Lo eres —dijo Crow—. Dale una oportunidad de volver a tu lado. Así es como sabrás que es cierto.

—Ella no me ama —contestó por fin Cane—. No volverá.

—Si eso es lo que pasa, pues eso es lo que pasa —susurré yo—. Pero manteniéndola prisionera contra su voluntad no vas a conseguir lo que quieres. El sexo no será lo mismo. La conversación no será lo mismo. Me dijo que echa de menos cómo estabais antes, cómo os sentíais conectados.

Se le tensó ligeramente la mandíbula y bajó la vista al suelo.

—Te ame o no, a esa mujer le importas. Piensa en ti como en un héroe. Significas algo para ella. No destruyas su buena opinión de ti convirtiéndote en el monstruo del que acaba de escaparse.

Como si hubiera dicho algo particularmente ofensivo, saltó:

—Yo nunca le pegaría. No soy un animal.

—¿Y retenerla en contra de su voluntad no es de animales? —contestó Crow.

Cane desplazó la mirada hasta su hermano, haciendo una larga pausa cargada de rabia.

—Mira quién fue a hablar.

—En aquel momento yo no amaba a Pearl —adujo Crow—. Así que no es lo mismo.

—Vete a casa y arregla esto, Cane —dije yo—. Antes de que sea demasiado tarde y ya no tenga arreglo.

Él dio un paso atrás y suspiró, pasándose la enorme mano por el pelo.

—A lo mejor tenéis razón...

Me aliviaba que hubiéramos conseguido llegar hasta él. Sabía que Cane era mejor que todo aquello. Volver a convertirse en el criminal que solía ser no era la respuesta. A lo mejor le hacía sentir mejor porque no sentía nada de nada, pero aquello no iba a solucionar su problema. En cuanto se le pasara el enfado, sólo se sentiría culpable por lo que le había hecho a la única mujer que le había importado. Y para entonces, la habría perdido para siempre.

Cane nos dio la espalda y se encaminó de vuelta a su coche, con los hombros caídos y la espalda no tan tensa como antes. No se despidió antes de meterse en el coche.

Nosotros nos quedamos en la rotonda, viendo volar la tierra bajo los neumáticos de Cane. Salió a la carretera y se alejó, haciendo rugir su potente motor lo bastante alto como para que todavía pudiéramos oírlo cuando ya estaba a kilómetros de distancia.

Cuando miré a Crow, él ya me estaba mirando a mí. Y parecía haber estado haciéndolo un buen rato.

—No lo culpo por reaccionar de esa manera. Estaba frustrado y no sabía cómo manejarlo.

—No justifiques su comportamiento.

—No lo hago. Sólo digo que lo entiendo. Cane y yo venimos de un mundo en el que si quieres algo, lo coges. La única buena relación que ha conocido es la que tenemos tú y yo. Te mantuve aquí tanto tiempo que al final empezaste a quererme, con lo bueno y con lo malo. A lo mejor él pensó que si la retenía más tiempo, ella cambiaría de opinión.

—Eso no estaría bien.

Crow miró a lo lejos, pareciendo muy alto con sus anchos hombros y su gran musculatura. Continuó mirando hasta que su hermano no era más que un puntito en la distancia. Se volvió hacia mí.

—Llevo toda la vida con Cane. Le cuestan más las emociones que a mí, no porque no las sienta, sino porque lo hace mil veces más intensamente. Yo mantuve la compostura cuando Vanessa murió entre mis brazos. No derramé ni una lágrima por nuestros padres. Nunca he sentido nada de verdad hasta conocerte a ti. A él le importan más las cosas de lo que quiere admitir, y por eso sufre muchísimo más. Amar a alguien del modo en que él la ama a ella y no sentir ese amor correspondido... es más de lo que él puede soportar. No estoy disculpando su comportamiento. Sólo lo estoy explicando. Si algún día tú decidieras abandonarme... no sé lo que haría. Probablemente te encerraría también.

Yo sonreí, porque aquello era algo por lo que nunca tendría que preocuparse.

—Puedes encerrarme en cuanto quieras.

Él no me devolvió la sonrisa, dedicándome en cambio una expresión abrasadora. Era intensa y peligrosa, uno de mis gestos favoritos.

—Ten cuidado, Botón.

—Sabes que nunca lo tengo cuando se trata de ti.

---

ME ESTABA SECANDO EL PELO CON EL CUERPO ENVUELTO EN UNA TOALLA. Cuando lo tuve completamente seco, pasé al dormitorio y busqué una muda de ropa interior en el cajón. Encontré un tanga negro de encaje, así que dejé caer la toalla y me lo puse. A veces me daba la sensación de que mi estómago parecía diferente, y ese día tenía un aspecto más redondeado de lo habitual.

O a lo mejor no era nada más que mi imaginación.

Una mirada incandescente se clavó en mi piel y me abrasó la superficie. Podía sentirla, igual que un animal vulnerable alejado de la manada podía sentir la presencia de un depredador. Mis ojos se desplazaron hasta el umbral de la puerta y vi a Crow allí de pie, mirándome con una oscuridad en los ojos que resultaba aterradora.

Mantuve su mirada, demasiado intimidada para moverme.

De repente, se abalanzó sobre mí, me cogió del brazo y me arrojó sobre la cama. El tanga me desapareció de un tirón y sus vaqueros estuvieron en el suelo en un instante. Se bajó los bóxers por debajo del trasero y tiró de mí para acercarme al borde de la cama.

—Ya no voy a esperar más tiempo. Si me sale otra hernia, me importa una mierda. —Se enterró en mi interior, me sujetó por la nuca y me folló como si no me hubiera tenido en años, en vez de días.

Siempre que habíamos estado juntos últimamente había sido un acto lento y delicado. Siempre me ponía yo encima porque no quería que él hiciera demasiados esfuerzos. Lo único que me importaba era que se curara adecuadamente. Pero cuando me inmovilizaba contra el colchón y me tomaba de aquella manera, no sentía deseos de oponerme.

Sólo de ser tomada.

Apoyó sus musculosos brazos por detrás de mis rodillas y se inclinó sobre mí, penetrándome profunda y agresivamente a cada embestida. Lo último que se le pasaba por la cabeza en aquel momento era hacerme el amor. Quería follarme hasta quitarme el sentido, dejarme tan escocida que no pudiera andar el resto del día. Sus ojos no se apartaban de los míos y los músculos de su cuerpo se desplazaban bajo su piel cada vez que me embestía. Me dominaba como un hombre imparable, tomando exactamente lo que deseaba sin esperar respuesta. Me tiró del pelo de la nuca y me obligó a subir la barbilla para poder cubrirme el cuello de besos y suaves mordiscos. Bañó con su saliva el hueco de mi garganta mientras continuaba moviéndose, golpeándome una y otra vez en el punto perfecto. Su mano soltó mi cabello y se desplazó hasta

mi estómago. No se mostró agresivo al tocarme, explorando suavemente la superficie con los dedos. Yo no tenía el vientre hinchado como el de una mujer en su segundo o tercer trimestre, pero sabía por qué me tocaba Crow. Se inclinó y depositó un beso en mi estómago antes de enderezarse y empezar otra vez a follarme, agarrándome los pechos y volviendo a cerrar los dedos sobre mi pelo.

Mis manos exploraron sus músculos por debajo de la camiseta, pero no le clavé las uñas en la piel. Lo acaricié suavemente mientras sentía su cuerpo frotarse contra mi clítoris. Lo miré a los ojos y lo observé follándome como un animal, llevándome hasta un lugar en el que lo único que yo podía hacer era gemir y chillar. Mi sexo se cerró firmemente sobre su miembro y lo exprimí con violencia, llevándome a un orgasmo tan poderoso que me obligó a retorcerme.

—Crow...

Me tomó de la nuca y hundió su mirada en mis ojos.

—Sra. Barsetti.

Mi orgasmo se prolongó durante unos instantes más, girando y explotando. Sentía calor, y estaba caliente y cubierta de sudor por completo. Mi sexo todavía se tensaba firmemente alrededor de su miembro y yo flotaba entre oleadas de placer. Era una sensación maravillosa.

—Córrete dentro de mí. —Cogí sus caderas y tiré con fuerza de él una y otra vez, deseando que terminara llenándome con su excitación.

Él continuó balanceándose hasta llegar al orgasmo. Un gemido profundo y masculino escapó de su garganta y se enterró en mí profundamente para poder ofrecerme toda su semilla. Apretó su frente contra la mía mientras me empujaba contra el colchón, su miembro sacudiéndose mientras eyaculaba.

Mis dedos se enterraron en sus caderas ante el placer que me produjo el peso de su semilla en mi interior.

Recuperó el aliento antes de darme un rápido beso en los labios. Se mantuvo encima de mí y me contempló, todavía con una mirada posesiva en

los ojos.

—Tenemos que llevarte a ver al médico. —Su mano bajó hasta mi estómago, que todavía estaba plano. Movi6 suavemente el pulgar sobre la piel y el ombligo.

—Quería pedir una cita, pero prefería esperar a que estuvieras mejor.

—Estoy perfectamente —respondió—. Me preocupa más asegurarme de que todo vaya bien con el pequeño Barsetti.

—Estoy segura de que va todo estupendo. Si se parece siquiera un poco a nosotros, ser4 indestructible.

Se inclin6 y me dio un beso en la frente.

—En eso probablemente tengas raz6n.

ADELINA

Cuando él entró por la puerta, no sabía qué esperar.

Estaría furioso conmigo por haberle ido a Pearl con el cuento sobre él. Pero no tenía ninguna otra opción. Estaba en una situación preocupante y Pearl y Crow eran las únicas personas que parecían seguir teniendo cierta influencia sobre él.

El motor de su coche se escuchó con fuerza mientras entraba en la propiedad y aparcaba en la entrada. Cerró la puerta con violencia y pude escucharlo acercarse a través de las paredes de aquella casa preciosa. Una parte de mí quería correr escaleras arriba y esconderse en el dormitorio, pero de aquel hombre era imposible esconderse.

Me encontraba a su merced.

No me importaba que me follara con agresividad, porque me resultaba placentero. No me importaba cuando me cogía y me besaba sin previo aviso. Pero no me gustaba cómo había cambiado nuestra relación. Era como si yo ya no fuese una persona, sino un cuerpo nada más. No me gustaba no significar nada para él.

Quería significar algo.

Permanecí en el sofá escuchando cómo sus pisadas aumentaban de volumen. Sus llaves tintinearón contra la mesa cuando las lanzó sobre su

superficie. Su cartera emitió un golpe sordo cuando la dejó caer. Sus pasos volvieron a sonar mientras atravesaba la cocina y entraba en la sala de estar.

Y entonces apareció.

Mirándome fijamente.

Me miró allí sentada en el sofá, con los brazos a los costados y la cazadora de cuero por encima del hombro. Su expresión era indescifrable, pero una cosa era segura.

Lo sabía.

Mantuve las piernas cruzadas y continué poniendo la cara de valiente que no había quitado. Cuando Tristan era mi captor, jamás demostré miedo. Cane no iba a ser diferente.

Después de lo que parecieron minutos, se acercó al sofá a mi lado. No me tocó, ni me agarró por la nuca. Apoyó los brazos en las rodillas y bajó la vista al suelo. Todavía tenía las gafas de sol puestas, así que se las quitó y las lanzó sobre la mesa.

Yo permanecía inmóvil, sin permitir que se alterara mi respiración. Mantenía la calma, aunque no la sintiera. Solía percibir aquella tensión siempre que me encontraba en la misma habitación que él, pero era por un motivo completamente diferente.

—Pearl me ha contado que te has pasado por allí —hablaba en voz baja, sin levantar la voz ni oscurecer el tono. Estaba de cara a la televisión, pero no la miraba. Su reloj de pulsera negro estaba firmemente abrochado alrededor de su muñeca, reflejando las llamas de la chimenea.

Yo no dije nada, sabiendo que aquella afirmación no exigía una respuesta.

Él se reclinó contra el almohadón, pero continuó mirando hacia delante.

—Estaba muy enfadado, pero entre los dos han conseguido hacerme cambiar de opinión.

Debía de estar refiriéndose a Crow.

—Y he llegado a la conclusión de que están en lo cierto. Que no me vaya a salir con la mía no quiere decir que tenga derecho a hacerte esto. Si fueras



otra persona que no me importase, la cosa habría sido diferente. Pero dado que... me siento así... ha ofuscado mi buen juicio. Antes era una persona horrible, pero ya no soy ese hombre. Eso es algo de lo que me siento orgulloso y... no puedo retroceder.

Mi corazón se relajó al fin mientras su confesión me llegaba a lo más hondo. Ya no me veía como a una prisionera. Se había dado cuenta de que se había dejado confundir por sus emociones y que era hora de volver a pensar con claridad. Sabía que el Cane al que yo adoraba seguía por ahí dentro, pero estaba enterrado en su tristeza.

—Te llevaré a Carolina del Sur en cuanto estés preparada. No tienes más que decirme cuándo. —Se miraba las manos, masajeándose los nudillos y la muñeca. La camiseta se ceñía a los músculos de su espalda y sus brazos. Sus muslos esculpidos estiraban el tejido de sus vaqueros. Cuando iba todo vestido de negro estaba especialmente atractivo.

Yo quería decir algo porque había guardado silencio durante todo el tiempo, pero me resultaba difícil articular palabra. Me aliviaba que hubiese encontrado el camino de vuelta a su auténtico ser. Sabía que saldría de aquel hoyo antes o después.

—Pero hay algo que quiero saber. —Por fin giró la cabeza en mi dirección y me miró a los ojos.

Sentía un escalofrío ascenderme por la columna siempre que me miraba de aquella manera, con aquellos ojos verdes abrasadores clavados en los míos. Su potencia resultaba evidente en aquella mirada. Era increíble cuánto y cuán poco podía hacerme sentir al mismo tiempo.

—Quiero saber exactamente qué sientes por mí... toda la verdad. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión sobre llevarte a tu casa. Simplemente quiero saberlo. Yo he sido totalmente sincero contigo sobre la profundidad de mis sentimientos, tanto mi amor como mi enfado. Me gustaría obtener lo mismo de ti.

—¿Quieres saber cómo me siento? —susurré.

—Sobre mí —presionó él.

Me quedé mirando sus atractivas facciones, la fuerte mandíbula y la dura expresión de su rostro. Su cabello castaño oscuro era suave aunque lo llevara corto, y su ligera barba estaba espesándose y oscureciéndose a cada hora que pasaba. En sólo unos meses había llegado a conocer a Cane como jamás había conocido a otro hombre. Poseía una parte de mí que nadie más podría tener nunca.

—Cuando nos conocimos por primera vez, sentí algo.

—¿El qué? —susurró.

—No lo sé. Me pareciste amable y atractivo. Cuando te vi en el aeropuerto, deseé que hubieras ligado conmigo en el pasado. O sea, como si yo hubiera estado en una cafetería del campus y tú hubieras decidido pasarte a charlar un rato. Eras el tipo de hombre que hubiera encontrado atractivo, a pesar de lo intimidante que me parecías.

Cane me escuchaba sin quitarme los ojos de encima.

Mientras fui prisionera de Tristan, me hizo cosas horribles. No sólo él, también otros hombres. Fue una introducción espantosa al sexo. Era doloroso e incómodo. Ninguna mujer tendría que pasar por aquello. Y entonces entraste tú en aquella habitación, y yo no tuve tanto miedo. Sabía que, si decía que no, tú me escucharías... y lo hiciste. Fuiste un soplo de aire fresco en medio de un vertedero. Me besaste cuando ningún otro hombre me había tocado de aquella manera... y a mí me gustó mucho. Pensé que era raro que pudiera sentir placer cuando todo lo que sentía en aquel momento era el terror más absoluto. Y entonces me aceptaste en préstamo... y yo me sentí aliviada.

La expresión de Cane no cambió. Apenas parpadeaba mientras me escuchaba describir mi punto de vista de nuestra relación.

—Pensaba que me había encariñado contigo porque eras amable conmigo. Pero entonces me di cuenta de que me encantaba el modo en que me tocabas la mano, el modo en que me mirabas como si yo fuera lo único que importara en el mundo. Querías estar conmigo, pero siempre me dejabas

tener la última palabra en el asunto. Me decías que yo no tenía ningún control, pero me lo habías dado todo. Supe desde el principio que eras un buen hombre. Supe que no eras como los otros. No eras lo que se dice un santo, pero tampoco eras un demonio. Y cuando nos acostamos por primera vez... me gustó de verdad. —Recordé lo bien que me sentí, la facilidad con la que me había llevado al orgasmo. Había sido mi primer orgasmo con un hombre y fue totalmente impresionante. Así era como toda mujer debería sentirse durante el sexo—. Quería más. Lo quería todas las noches. Quería dormir a tu lado porque odiaba estar sola. Tú me protegías y ahuyentabas todas las pesadillas.

Desplazó el brazo sobre el respaldo del sofá y su mano se deslizó entre mi cabello, tocándome suavemente detrás de la oreja.

—Y entonces hiciste lo impensable... me rescataste. Nunca hubiera esperado de ti que lo hicieras. Cuando me devolviste allí, pensé que aquella sería la última vez que te veía. Me imaginaba tu rostro en los momentos más difíciles porque hacía que todo fuese más fácil. Cuando me sacaste de allí, no tenía palabras para describir tu heroísmo. Habías renunciado a todo sólo para devolverme la libertad. Mataste a todos aquellos hombres y rompiste las cadenas que me rodeaban el tobillo. Me diste un nuevo comienzo cuando no pensaba que volviera a tener ninguno. Pensé que iba a morir en aquel lugar, pero tú me regalaste una nueva vida. Nunca seré capaz de agradecerte todo lo que has hecho por mí. No estoy segura de qué he hecho para merecer tu afecto. Soy una víctima de violación y secuestro...

—No eres una víctima. Eres una superviviente. No te veas de esa manera... Yo no lo hago.

Mis ojos se enternecieron ante sus dulces palabras.

—Pero aun así... No soy exactamente la mujer ideal.

—Yo nunca perseguí un ideal. Nunca supe lo que quería, hasta que te encontré.

Ahora se me enterneció el corazón, derritiéndose como la nieve bajo el

sol.

—¿Qué sientes ahora? —presionó él—. Después de lo que te he hecho.  
—Era la primera vez que apartaba la mirada, como si estuviera avergonzado.

—No pienso menos de ti. Sé que aquel hombre no eras tú de verdad. He visto tu alma antes, y no es así.

Él cerró los ojos unos segundos antes de volver a abrirlos.

—Sé que te voy a echar de menos cuando me vaya, Cane. Sé que estaré todo el tiempo pensando en ti. Pero no puedo renunciar a mi vida para quedarme aquí. He tenido que dejar atrás todo lo que he conocido jamás. Si me quedo... Tristan gana. Yo era feliz en Carolina del Sur. Tenía a mis padres, mis amigos, las clases...

Él bajó la vista al suelo.

—No puedo renunciar a todo eso cuando nunca tendría que haberlo abandonado. Se suponía que mi destino iba a ser diferente.

No se enfadó como había hecho la última vez. Se quedó exactamente como estaba, con aire callado y lúgubre.

—¿Estás segura de que no me amas?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, poniéndome enferma hasta retorcerme el estómago. Había algo ardiendo en mi interior, haciéndome sentir débil y mareada. Apenas me sentía capaz de mover los labios. No estaba segura de si podría responder.

—Si me permito amarte, nunca volveré... y tengo que volver.

Volvió el rostro hacia mí entrecerrando los ojos.

—Entonces sí que me amas... pero no quieres hacerlo.

Me negué a responder a aquello, a permitir que aquellas palabras llenaran el aire entre nosotros. En cuanto lo hiciera, no habría vuelta atrás. Si me quedaba con Cane, nunca sabría cómo podría haber sido mi vida. ¿Habría conocido a un buen hombre que sería dulce y amable conmigo? ¿Conseguiría por fin dar clase en un aula y ejercer una influencia sobre las mentes jóvenes? Si no me hubieran secuestrado, ¿dónde estaría ahora mismo?

—Por cómoda que me sienta aquí, sé que este no es mi lugar.

ME LAVÉ LA CARA EN EL CUARTO DE BAÑO Y DESPUÉS ME RETIRÉ A MI PROPIA habitación, donde estaban todas mis cosas. Tenía una televisión para mí, una chimenea y más espacio del necesario. Cane y yo no habíamos hablado desde nuestra intensa conversación y yo me había mantenido fuera de su camino. No sabría decir si estaba enfadado, dolido o simplemente le daba igual.

Recorrió el pasillo y tocó con los nudillos en mi puerta abierta. Sólo llevaba puestos los bóxers, más de un metro ochenta de músculo y masculinidad. Iba descalzo y con el pecho al descubierto, sensual y cincelado. A veces no estaba segura de si tenía el rostro más atractivo que el cuerpo o al revés. Era perfecto.

—Puedes dormir conmigo... si tú quieres.

Yo estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Su amplia camiseta colgaba suelta de mis hombros y tenía el pelo desenredado porque me lo acababa de cepillar después de lavarme la cara. Me había quitado el maquillaje, así que mi rostro tenía su aspecto natural.

—¿Quieres que duerma contigo?

Se apoyó contra el quicio de la puerta, cruzando sus musculosos brazos.

—¿Te lo habría pedido de no ser así?

—No... Probablemente no.

—Pues tú decides. —Dejó la puerta abierta y se alejó.

A mí no me gustaba dormir sola. Llevaba toda mi vida durmiendo sola y solía gustarme, pero después de haber compartido cama con Cane durante un mes, me resultaba imposible volver a lo otro. Su respiración era mi pastilla para dormir. Me protegía de mis pesadillas con su poderosa presencia. Podría protegerme hasta de mi propio subconsciente.

No tardé demasiado en encontrar la respuesta.

Me reuní con él en su dormitorio, contemplando el fuego que ardía en la chimenea y al atractivo hombre que había en la cama. Tenía las sábanas enrolladas en la cintura y miraba el móvil. La luz de la pantalla le iluminaba la cara y tenía uno de los brazos metido detrás de la cabeza.

Me metí en la cama a su lado y me subí las sábanas hasta el hombro.

Dejó el teléfono sobre la mesilla y se volvió hacia mí.

—Esperaba que quisieras venir.

—Me gusta dormir contigo.

—¿Sí?

—Sí. Siempre duermo mejor.

Se dio la vuelta en la cama para mirarme de cara, manteniendo el cuerpo en su lado de la cama.

—Yo también duermo mejor.

Lo miré a los ojos, viéndole devolverme la mirada. Cuando estábamos solos los dos, su expresión no era tan dura. No parecía ser el soldado que había matado a todo el que se interponía en su camino para llegar hasta mí. No parecía el bárbaro implacable que habría hecho lo que fuese para salirse con la suya. No era nada más que un hombre.

—Nunca te he pedido perdón...

—No hace falta que me lo pidas, Cane.

—A mí me parece que sí.

—Con todo lo que has hecho por mí... te mereces un pase.

Elevó la comisura de los labios en una sonrisa.

—Un pase, ¿eh?

—Sí.

—Ojalá mi hermano me diera alguna vez uno de esos. Nunca lo hace.

—Con la familia es diferente. Siempre te perdonan, pero también se meten continuamente contigo.

—Cierto.

Mi mano se deslizó sobre las sábanas hasta encontrar la suya. Mis dedos

exploraron las venas que le recorrían los nudillos y ascendían por sus antebrazos. Me encantaba lo esculpido que tenía los brazos. Era puro músculo y hueso, nada más.

—¿Cuándo te quieres marchar?

La repentina pregunta me sobresaltó.

—No lo sé...

—Tú decides. Puedo reservarte un vuelo cuando tú quieras.

—¿No vas a venir conmigo?

—No veo para qué. Tampoco es que tus padres vayan a estar encantados de verme.

—Ellos no te odian.

—Pero tampoco les gusto. Y no debería. —Apartó la mano y se incorporó apoyándose sobre un codo. Su mano serpenteó por la cama hasta llegar a mi muslo. Probó mi reacción con los dedos, para ver si yo lo deseaba o no.

Separé los muslos, dándole acceso a mi entrepierna.

Sus dedos ascendieron lentamente hasta llegar a mi ropa interior. Me apartó el tanga y presionó el pulgar directamente contra mi clítoris.

Yo solté un pequeño jadeo.

Lo frotó suavemente, encendiendo mi sensibilidad. La estimulación me secó la boca al instante e hizo que la espalda se me arqueara de placer. Me tocaba justo del modo adecuado, provocándome movimientos y sacudidas.

Me bajé el tanga por las piernas bajo las sábanas y lo aparté con el pie para que pudiera acceder a mí por completo.

Dos de sus dedos se deslizaron en mi interior y mantuvo el pulgar contra mi clítoris. Empezó a masturbarme con los dedos, sintiendo mi canal empaparse a su contacto. Mi respiración se hizo más trabajosa y mis pezones se endurecieron como piedras.

Se acercó más a mí en la cama y se inclinó para besarme. Era un beso suave y húmedo, lleno de la pasión que solía demostrarme. Su boca guiaba la mía y su respiración se introducía en mi interior, ofreciéndome su aliento y

llevándose el mío a cambio.

Una de mis manos reptó hasta su cabello mientras la otra le rodeaba el cuello. Ahora tenía las piernas abiertas de par en par para él, para que pudiera tocarme como quisiera. Su pulgar continuó excitando mi clítoris, aumentando la presión hasta que mis caderas empezaron a corcovear.

Estaba a punto de correrme. Sólo necesitaba unos minutos más. Pero no quería que fuera su mano la que me provocara el orgasmo. Quería que me lo provocara su gruesa erección en mi interior, haciéndome el amor como solíamos hacer todas las noches.

—Cane... hazme el amor —hablaba entre besos, con los ojos cerrados y las uñas clavadas en su sitio.

Se quitó los bóxers de una patada e hizo rodar su cuerpo hasta situarse encima de mí. Me abrió aún más los muslos con los suyos y se deslizó en mi interior, atravesando mi húmeda estrechez hasta introducirse por completo dentro de mí.

Aquello era todo lo que yo necesitaba. Ya estaba a punto de llegar al orgasmo. Después de unos cuantos empujones, me aferré a su espalda y estallé alrededor de su miembro, corriéndome como nunca lo había hecho antes. Fue tan intenso que se me olvidó respirar. Se me olvidó absolutamente todo. Sólo podía pensar en la pasión desatada que compartíamos.

Al terminar, me dedicó una sonrisa.

—No has tardado demasiado.

Le eché los brazos al cuello y bloqueé los tobillos a su espalda.

—Estoy segura de que tampoco voy a tardar demasiado en repetirlo.



CANE

Cuando terminé de hablar con el ingeniero agrónomo, llamé a Crow.

—¿Sí?

—Uy, hola. ¿Hoy estamos de mal humor?

—No he conseguido que el médico le dé cita a Botón hasta mañana. Al parecer, cien mil dólares no significan nada para él.

—¿Se encuentra bien? —pregunté atropelladamente—. ¿Para qué necesita ver a un médico?

—Porque está embarazada, imbécil.

—¿Y eso no puede esperar un día más, imbécil?

—Ya me conoces, Cane. Me ponen paranoico un montón de cosas.

—Crow, no hay nada por lo que ponerse paranoico. No está más que de un mes o así. En esa cantidad de tiempo no puede pasar nada significativo.

—Hasta que un médico me confirme que todo va bien, no me lo quitaré de la cabeza.

—¿Y entonces por qué no la has llevado antes?

—Por si lo has olvidado, tenía las costillas rotas y no podía andar.

—Podría haber ido ella sola.

—Quiero estar allí —soltó—. Es mi hijo. Quiero estar presente en todo.

Yo probablemente sintiera lo mismo de estar en su lugar.

—Bueno, pues para mañana no queda casi nada. Relájate y ya está.

—¿Para qué me llamas? —exigió saber.

—Me ha llamado el ingeniero agrónomo. Dice que el nitrógeno está perfecto y que el suelo contiene los niveles óptimos de humedad. También es muy rico en otros minerales. Así que voy a cerrar este trato, a no ser que tengas algún problema con ello.

—¿Qué ha pasado con Adelina?

Me recliné en el sillón de mi despacho.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Cuando le diga a Pearl que he hablado contigo, me lo va a preguntar. Necesito la información para tener algo que decirle. ¿Qué ha pasado?

—Ella y yo estamos bien. Sigamos con lo nuestro.

—No, necesito algo más que eso. ¿Vas a dejar que se vaya?

Yo no quería que lo hiciera, pero no estaba bien obligarla a quedarse. A lo mejor cuando volviera a su casa, entendería que aquel lugar ya se le había quedado pequeño. Que ya no era la misma persona, por lo que aquel sitio nunca volvería a parecerle su hogar.

—Sí.

—Bien, me alegro de que hayas dejado de comportarte como un dictador.

—Le dijo la sartén al cazo.

—No es lo mismo.

—A mí me lo parece —contesté—. Bueno, ¿entonces seguimos adelante con esta propiedad? Sólo necesito saber que estás de acuerdo. Yo iré allí y me ocuparé de todo, porque sé que estás ocupado.

—Creo que deberíamos seguir, sí.

—De puta madre. Ya te contaré qué tal va. —Colgué y salí del despacho.

Adelina estaba leyendo en la sala de estar. Me observó coger las llaves y la cartera de encima de la mesa.

—¿Te marchas?

—Sí. Tengo que ocuparme de un asunto de negocios.

—¿Cuándo volverás?

Me metí el móvil en el bolsillo.

—Dentro de unas horas. Voy a comprar aquella parcela de la que estuve hablando con Crow.

—Oh... ¿Puedo ir contigo?

Sonreí.

—¿Para qué? ¿Me vas a echar de menos?

Ella me devolvió la sonrisa.

—¿Me juzgarías si digo que sí?

—Sin juicios, *Bellissima*.

---

CENAMOS EN LA TERRAZA Y DESPUÉS NOS RETIRAMOS A MI DORMITORIO EN EL último piso. La habitación principal era muy amplia, con su propia salita, el dormitorio y un cuarto de baño gigantesco. Era demasiado grande para dos personas. Y desde luego mucho más para una sola.

Nos metimos en la cama y en cuanto nuestros cuerpos desnudos estuvieron entre las sábanas, me coloqué entre sus piernas. Estaba encima de ella porque era como más me gustaba tenerla. Me encantaba ver cómo temblaban sus labios cuando la tocaba justo de la manera perfecta. Me encantaba sentir lo húmeda que estaba mientras me frotaba contra ella. Sus pechos eran absolutamente perfectos, y me encantaba verlos temblar al moverme encima de ella.

No estaba de humor para follar. Sólo quería hacer el amor.

Llevarla al orgasmo era la cosa más sencilla del mundo. Se mostraba receptiva, sexual y enormemente atraída por mí. No pensaba en las cosas espantosas que le habían hecho Tristan y sus hombres. Cuando yo estaba en su interior, sólo pensaba en mí.

Y ella sabía que jamás le haría daño.

Eyaculé en su interior antes de apartarme de encima, sintiéndome deprimido de repente después de que termináramos. El tiempo que me quedaba con ella era limitado. Cualquiera día de estos me pediría un billete de ida para volver a su casa. Mi cama se quedaría vacía y, en unas pocas semanas, su olor habría desaparecido de mi casa.

Y yo me quedaría solo.

Iría a buscar mujeres a Florencia para combatir la soledad.

Pensaría en Adelina mientras me las follaba.

Y cuando hubiera pasado tiempo suficiente y por fin hubiera dejado de pensar en Adelina, a lo mejor intentaba encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Estar con Adelina me había hecho darme cuenta de que eso era exactamente lo que quería, siempre que encontrara a la persona adecuada.

Quería lo que tenía Crow.

Quería una mujer.

Quería una familia.

Yo deseaba que fuese Adelina, pero a lo mejor no conseguía lo que quería.

Una parte de mí creía que ella volvería a su casa y se daría cuenta de que ya nada era lo mismo. Que ella había cambiado demasiado y que todos la veían de otra manera. La verían como a una víctima, como a una mujer que había sido violada por una banda de matones. Ella creía que su vida sería como un cuento de hadas y que un príncipe azul le haría perder la cabeza y el corazón. Pero no había príncipes azules.

El único hombre que arriesgaría su vida para salvarla era yo... y ya lo había hecho.

Pero ella tenía que llegar a aquella conclusión por su cuenta.

Y yo tenía que conservar la esperanza de que volviera a mí.

Entendía su obstinación. Yo no había querido devolvérsela a Tristan, pero lo había hecho de todos modos porque no podía faltar a mi palabra. Si

Adelina nunca volvía a casa para estar con sus amigos y familiares, estaría traicionándolos. No era una mujer egoísta... y yo respetaba aquello.

Adelina descansaba junto a mí con la mano sobre mi pecho. Estaba hecha un ovillo a mi lado y su cabello se desparramaba por mi pecho y por mi hombro. Me encantaba su olor, especialmente cuando olía a mí. Tenía los ojos cerrados y había metido una pierna entre las mías.

Yo miraba al techo mientras le pasaba los dedos por el cabello. Prestaba atención a su manera de respirar, al modo en que su pecho se elevaba y descendía a ritmo suave. Tenía las pestañas oscuras y gruesas, ocultando aquellos preciosos ojos suyos cuando bajaba la mirada. Sentía la suavidad de sus pechos contra mi costado. Me encantaba acariciarlos con las puntas de los dedos y con los labios.

Debió de notar que la estaba mirando porque abrió los ojos y me miró a la cara. El suave resplandor del fuego me permitía ver sus facciones. Sin maquillaje y con los labios hinchados, parecía la cosa más bonita del mundo.

—Creo que debería volver pronto a casa...

Mis dedos dejaron de acariciarle los mechones de pelo y mantuve la misma expresión. Sabía que temía mi reacción... y no es que pudiera culparla por ello.

—Escoge una fecha.

—Cuanto más espere, más sufrirán mis padres... y los de Lizzie.

—Lo comprendo.

CROW

—Entonces, ¿los dos están bien? —Estaba mirando fijamente al médico, el obstetra más reverenciado de toda Europa. Había volado con Botón hasta Francia, un vuelo de dos horas, sólo para verlo a él. No pensaba consentir que la examinase nadie que no fuera el mejor en lo suyo. Tendríamos que hacer algunos arreglos para cuando Botón se pusiera de parto—. ¿Ambos están sanos?

—Basándome en todo lo que he visto, los dos se encuentran maravillosamente.

Botón seguía tumbada sobre la camilla con la bata puesta, así que posé la mano sobre su estómago y sentí el alivio inundarme de pies a cabeza. Todo el estrés del último mes no había afectado al pequeño Barsetti. Me había dicho que estaba embarazada en medio de la tormenta, y lo único que había podido hacer yo era alejarlos a ambos del peligro. Pero no había nada que yo hubiera podido hacer para limitar su angustia.

—Me alegro de oírlo.

El médico me estrechó la mano antes de disponerse a salir de la sala.

—Va a ser usted un padre estupendo, Sr. Barsetti. En esta sala han entrado muchísimos padres preocupados, pero usted les da mil vueltas a todos. —Me dedicó una sonrisa antes de marcharse.

Botón estaba intentando no reírse.

—Si él supiera...

Le levanté la bata y deposité un beso en su estómago, que seguía plano.

—Ahora tengo dos personas por las que preocuparme. Qué estrés.

—No hay nada por lo que estresarse, Crow. Este embarazo va a ser un aburrimiento. Me sentiré incómoda al final y te pediré que vayas a buscarme helado, pero eso será lo peor de todo.

—Eso espero.

Después de que se vistiera, subimos a mi avión privado y volvimos a Florencia. El viaje era corto cuando no había que pasar por seguridad. Aterrizamos en Florencia y volvimos en coche a la finca que ambos considerábamos nuestro hogar.

Entramos y fuimos recibidos por Lars.

—¿Qué tal el viaje, Excelencia? —Lars recogió mi abrigo y lo colgó junto a la puerta.

—Bien —contestó Botón—. El bebé está fantástico. No sabremos si es niño o niña hasta dentro de un tiempo, pero está sano.

—Cuánto me alegra escucharlo —respondió Lars—. ¿Desean almorzar?

—Me estoy muriendo de hambre —dijo a toda prisa Botón frotándose el estómago.

—No me importaría comer algo —dije yo simplemente.

—Muy bien. El Sr. Barsetti les está esperando en el comedor. Pensé que podrían sentarse a almorzar juntos. —Lars nos dedicó una leve inclinación antes de salir.

Cane probablemente hubiese venido a hablar de negocios. Sabía que yo iba a estar en casa y había decidido atosigarme sin perder tiempo. No tener trabajo no le convenía. La única razón por la que yo lo aguantaba era porque sabía que no estaba pasando por un buen momento.

Entramos en el comedor y nos encontramos a Cane saboreando una copa de vino.

—¿Le has pillado ya el gusto? —pregunté sentándome frente a él.

Dio otro sorbo y se encogió de hombros.

—Supongo. No está tan mal.

Botón se sentó a mi lado y cogió un trozo de pan recién hecho.

—¿Qué tal va el mayordomo?

Cane hizo girar el vino en la copa.

—Ese hombre es un regalo del cielo. Entiendo vuestra fascinación con Lars.

—No estamos fascinados con él. —Me serví una copa de vino—. Nos limitamos a apreciarlo.

—Tendríamos que hacer competir a nuestros mayordomos para ver quién gana —dijo Cane—. Yo apuesto por Gerald.

—¿Te estás quedando conmigo? —preguntó Botón—. Lars lleva al servicio de tu familia desde que naciste. Ha soportado una gran cantidad de gilipolleces, así que yo apuesto por él. La paciencia de Gerald quedará demostrada en función del tiempo que trabaje para ti.

—Eso es verdad —dijo Cane—. Soy un auténtico coñazo. Aunque Adelina le cae bien.

—Porque es un encanto. —Botón sabía que Cane estaba tratando bien a Adelina, así que no hizo ninguna pregunta al respecto.

—¿Qué tal ha ido el médico? —preguntó Cane—. Os veo de buen humor, ¿así que puedo suponer que ha ido bien?

—Sí —contestó Botón—. Crow estaba un poco paranoico, pero todo estaba perfectamente.

—¿De qué te sorprendes? —quiso saber Cane—. Crow es un paranoico con todo.

—Con razón —dije yo fríamente. Ser paranoico me había salvado la vida unas cuantas veces... y también la de mi esposa.

Botón tenía un vaso de agua porque era todo lo que podía beber.

—¿Qué tal van las cosas con Adelina?



En cuanto escuchó la pregunta, el rostro de Cane se llenó de abatimiento.

—Se marcha el viernes. Ya le he comprado el billete.

Botón puso cara triste, y yo también me sentí desilusionado. Adelina era una mujer agradable y una buena pareja para mi hermano. Pero se merecía ser libre, como todo el mundo. Si tenía que suceder, volvería con él.

—Lo siento, tío.

Aunque todavía no la había vaciado, Cane rellenó su copa y dio otro sorbo.

—Es una puta mierda. Pero no puedo hacer nada al respecto.

—Todavía hay esperanzas —dijo Botón—. Siempre hay esperanzas.

—No sé yo —dijo Cane—. Estaba muy unida a sus padres. Sé que quiere verlos. Y aunque quisiera volver, no podríamos tener un futuro juntos. Sus padres me odian, con razón. Sus amigos me odiarían. Nunca renunciaría a ellos para estar conmigo, y yo tampoco me mudaría nunca allí. Ya no puede haber menos esperanzas.

Me era imposible refutar aquella lógica. Ella tendría que darle la espalda a la única vida que había conocido jamás para irse a vivir a la otra punta del mundo. El viaje era demasiado largo como para recibir visitas a menudo. A lo mejor veía a sus padres una vez al año. Pero ellos nunca aprobarían que ella se fugara con un criminal como Cane. Le pedirían que fuese a ver a un psiquiatra antes de permitir que algo así sucediera.

—Yo no me quedé con Crow porque no tuviera nada más —intervino Botón—. Me quedé porque me parecía estar en casa. Cuando volví a Nueva York, todo me produjo la misma sensación que antaño. Iba a trabajar, recorría las mismas calles de toda la vida y comía en mis sitios favoritos. Pero era todo demasiado normal. Jason me miraba como si yo fuese mercancía estropeada, algo a punto de desmoronarse ante sus ojos. Las vidas normales y corrientes me parecieron aburridas en aquel momento. Aquel ya no era mi lugar. Creo que Adelina se dará cuenta de eso. Le entristecerá no poder volver. Pero cuando deje de luchar contra ello, cederá.

Cane suspiró mientras contemplaba su copa.

—Eso espero. Me ha dicho básicamente que me ama, pero que no quiere hacerlo. No quiere porque no está dispuesta a renunciar a todo para quedarse aquí conmigo. Pero supongo que lo entiendo...

En el caso de Botón, sólo habían hecho falta unos meses para que cayera rendida a mis pies. Me había dicho que me amaba, pero yo había sido el que la había apartado de mí. En cuanto permití a mi corazón que la atesorara de verdad, ya no hubo vuelta atrás. Mi alma se había comprometido con ella para el resto de mi existencia. Como si hubiera quedado grabado en piedra permanentemente y para siempre, no habría podido dejar de hacerlo aunque hubiera querido. No me sorprendía que Adelina se negara a decirlo. En cuanto lo hiciera, Cane no la dejaría marcharse. Y ella tampoco querría hacerlo.

—Ya sabes que estamos aquí para lo que necesites.

—Sí —dijo Cane—. Lo sé. —Se sirvió otra copa de vino y se la terminó como si fuese agua.

Yo no le quitaba la vista de encima.

—Ya no sabe a meados, ¿no?

—A estas alturas ya me da igual —dijo Cane—. Sólo necesitaba alcohol y Lars no quería sacar lo bueno.

---

BOTÓN SE ME ACERCÓ POR DETRÁS MIENTRAS YO ME QUITABA LA CAMISA Y LA tiraba en el suelo. Sus manos ascendieron por mi espalda, palpando las estrías de los músculos a ambos lados de la columna. Me dio un beso en el centro de la espalda, acariciándome con los dedos.

—¿Qué tal te encuentras? —Su mano se desplazó sobre la incisión, donde ahora había una débil cicatriz.

—Muy bien.

—¿Qué tal tus costillas?

—Ya apenas las siento. —Me había costado un tiempo recuperarme del todo. Todavía no había empezado otra vez a correr porque no quería forzarlo, pero por fin podía moverme por toda la casa y volver a trabajar.

—Bien. —Me dio otro beso—. Me alegro de que te encuentres mejor.

—Ya basta de hablar de mí. —Me giré ligeramente y miré por encima del hombro a mi pequeña esposa, más de un palmo más baja que yo. Con su maravilloso cabello castaño y aquella sensual curva en las caderas, me parecía la mujer perfecta. Había estado con mujeres de todo el mundo, pero no había ni una sola que pudiera comparársele. Botón era perfecta en muchos más sentidos, aparte de su aspecto físico. Era la persona más fuerte que conocía, no le tenía miedo a nada y haría cualquier cosa para protegerme, igual que yo haría por ella—. Lo único en lo que deberíamos estar pensando ahora es en el pequeño Barsetti. —Mi mano se desplazó hasta su estómago por encima de la ropa.

—El pequeño Barsetti está perfectamente, así que por eso no tenemos que preocuparnos. ¿Así es como vamos a seguir llamándolo?

—Sí.

Sonrió.

—Qué mono. ¿Has pensado en algún nombre de verdad?

—No. —Acababa de asimilar la idea de que, en unos cuantos meses, ya no estaríamos solamente los dos. Me imaginaba un bebé, no necesariamente un niño o una niña. Iba a ser padre, y aquello quería decir que mi paranoia alcanzaría nuevas cotas—. ¿Y tú?

—Pues la verdad es que sí. Si es una niña... Vanessa.

Me quedé inmóvil ante sus palabras, sintiendo aún el contacto de las puntas de sus dedos. El nombre me atravesó y despertó recuerdos que nunca podría olvidar. Cane y yo nos metíamos constantemente con Vanessa mientras estábamos creciendo, pero también éramos muy protectores con ella. En su primera cita, habíamos amenazado con desgarrarle al tipo la

garganta y sacarle todas las entrañas por ahí. A veces pensaba en ella y siempre era con una punzada de tristeza. La echaba de menos.

Me di lentamente la vuelta por completo y me puse frente a Botón.

—Vanessa, ¿eh?

—¿Qué te parece? —susurró—. Sería una forma bonita de mantener vivo su recuerdo...

Le puse los dedos debajo de la barbilla y dirigí su mirada hacia arriba, fijándola en mis ojos.

—¿Harías eso? —Estaba seguro de que Botón tendría otros nombres que le encantaban, pero sabía lo importante que era mi hermana para mí... aunque yo nunca la mencionara. No debería haberme sorprendido que Botón me ofreciera una cosa así. Hacía muchísimas cosas por mí, cosas que yo daba por descontado.

—Por supuesto. Creo que sería bonito. ¿Te gusta la idea?

—Me encanta. —Subí la palma de la mano hasta su mejilla, sintiendo la piel suave y delicada. Su rostro tenía una sombra de rubor que contrastaba con aquellos increíbles ojos azules.

—Pues entonces está decidido. Lo único que queda es consultarlo con Cane.

—¿Por qué motivo iba a consultarlo con él?

—A lo mejor tiene pensado llamar a su hija Vanessa.

—No nos precipitemos. No me sorprendería que nunca tuviera hijos.

—Aún hay esperanza...

—Siempre hay esperanza. Pero eso no quiere decir que vaya a suceder.

---

ESTABA SENTADO EN MI ESTUDIO REPASANDO LOS ARCHIVOS QUE HABÍAN quedado en mi ordenador. Mi lista de clientes del negocio de armas todavía seguía actualizada. Tenía todos los nombres, puntos de encuentro e infinidad

de detalles sobre las personas con las que hacía negocios. No tenía sentido conservar todo aquello, así que pensé en borrarlo.

Pero aquello no era tan fácil.

Yo no estaba tan apegado al negocio como Cane. Sólo había sido socio porque él me había pedido que lo fuera. Era una mole demasiado grande para que se encargara de ello una sola persona, así que entre los dos resultaba muchísimo más fácil. Pero no me gustaba su asociación con mi padre.

No es que odiara a mi padre, pero tampoco era que lo respetara precisamente.

Nunca me había importado que se ganara la vida siendo un criminal. Gracias a ello tenía ropa que ponerme y comida en la mesa. Gracias a ello vivía en una mansión de tres plantas rodeada de viñedos y campos.

Pero sí que me importaba el modo en que amenazaba a mi madre. Se tiraba a otras mujeres en su tiempo libre, aprovechándose de mujeres que no tenían derecho a nada. Mi madre sabía de sus infidelidades, pero aquello jamás había detenido a mi padre.

Había traicionado a su familia.

Esa era la razón de que no lo respetara.

Daba igual los obstáculos que nos encontráramos en el camino, yo jamás le haría aquello a mi esposa. Jamás tomaría a otra mujer, destrozándola con ello. Botón era toda mi vida y no se merecía otra cosa que no fuese mi total compromiso. Ocasionalmente sentía deseos de algo un poco más oscuro, puede que de marcarle la piel con el látigo... pero desde luego no pensaba salir corriendo a encontrarlo en otro sitio.

Despedirme de aquel negocio no me resultaba difícil.

Había llegado el momento de ponerle fin.

Había llegado el momento de que Cane y yo forjáramos nuestro propio legado, haciendo que el apellido Barsetti significara algo nuevo. Yo iba a empezar una familia y ahora vivía una vida normal y seguía las mismas reglas que todo el mundo. Todavía tenía armas escondidas por toda la casa y

nunca dejaría de mirar por encima del hombro, pero todo tenía que cambiar.

Con suerte, Cane también se daría cuenta de ello. Si hubiera tenido a Adelina para sentar la cabeza, aquello hubiera sido más que posible.

Por desgracia, no era así.

Tocaron suavemente a la puerta antes de que se abriera y apareciera Botón. Me vio sentado ante mi escritorio, con una licorera de *whisky* y un vaso lleno de cubitos de hielo preparados para mi disfrute. Había vuelto a beber porque nada podía saciar mi sed de *whisky*. Supe que era mi bebida desde la primera vez que lo había probado con dieciséis años.

Ella se acercó lentamente a la mesa, llevando una de mis camisetas negras que le llegaba por las rodillas. Miró el líquido color ámbar de reajo, pero no me regañó por ello. Se sentó de un saltito en el borde del escritorio y apoyó los pies en mi muslo.

Mi mano rodeó su pantorrilla, sintiendo la suavidad de sus piernas.

—¿Qué estás haciendo aquí dentro? —Tenía las piernas ligeramente separadas, revelando el tanga que llevaba debajo de la camiseta.

Apagué el portátil y cogí la bebida.

—Sólo trabajar un poco.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Estaba repasando nuestros antiguos clientes. Constantine debe de haber dejado claro que ya no estamos asociados con el negocio, pero que todo funcionará sin contratiempos, como siempre.

Ladeó la cabeza, observándome con mirada conocedora.

—¿Y eso te parece bien?

—Sí.

—¿Estás seguro de eso? —Captaba mis estados de ánimo como si pudiera sentirlos a través de la piel.

Di un sorbo antes de dejar el vaso.

—Entiendo por qué Cane lo está pasando tan mal. Perteneecía a nuestra familia. Ahora es propiedad de otra persona. Era nuestro legado, algo que

pasaba de una generación Barsetti a la siguiente. Ahora tengo a mi propio Barsetti en camino... y eso me hace ponerme a pensar en lo que yo dejaré a la próxima generación cuando me vaya.

—¿A qué viene ponerse ahora a pensar en eso? —preguntó ella—. Tanto tú como yo vamos a estar por aquí un largo tiempo todavía.

—Lo sé. Simplemente me hace preguntarme qué tipo de legado quiero construir. Cane y yo podemos tener las bodegas. Es un negocio honesto. Y está limpio.

—Y no infringe la ley —añadió ella con una sonrisa.

—Así que quizá este podría ser nuestro nuevo legado. A lo mejor los Barsetti podemos empezar de nuevo. A lo mejor podemos ser recordados por algo diferente.

—Exactamente —dijo ella—. A mí me parece que suena muy bien.

—Espero que Cane piense lo mismo. Sé que perder el negocio y también a Adelina ha sido muy difícil para él.

—Cuando nazca el bebé, tendrá algo que esperar con ilusión. —Cruzó las piernas y se inclinó hacia delante, observándome desde arriba—. Y Adelina volverá.

—Eso no lo sabemos.

—Yo creo que lo hará.

—Ellos no son nosotros, Botón —susurré yo.

—No, no lo son. Pero ella y yo somos iguales. Después de pasar por lo que nosotras hemos pasado, no hay vuelta atrás. Nadie lograría entenderlo jamás. Nadie sabría nunca cómo tratarnos. Sólo tú y Cane parecéis comprenderlo. Adelina se dará cuenta de eso... y entonces volverá.

ADELINA

Cuando terminé de hacer el equipaje, lo metimos en el maletero y nos alejamos en coche de la casa.

No aparté los ojos de ella en ningún momento hasta que desapareció por completo de la vista. Quería recordar la vereda adoquinada, las paredes de piedra, el gran horno que había en la parte delantera de la casa. Quería recordar los rosales que partían directamente de la puerta, los grandes ventanales mediterráneos con vistas a las hectáreas de terrenos que poseía. Jamás olvidaría el paisaje desde la ventana de mi dormitorio. Contemplantarlo era lo primero que hacía cada mañana.

Ahora ya no lo volvería a ver nunca más.

Cane guardó silencio durante el trayecto, con una mano sobre el volante y la otra en el cambio de marchas. Iba vestido totalmente de negro, con su imagen característica. No parecía alterado por mi marcha, pero ocultaba sus sentimientos bajo aquella estoica expresión suya. La radio estaba apagada, así que estábamos los dos solos en medio del silencio cargado de tensión.

Yo no sabía qué decir, porque aquello resultaba doloroso para ambos. Decir adiós era demasiado difícil. Y charlar de cualquier tontería como si no pasara nada era insultante. Así que yo también permanecí callada, con los ojos puestos en la ventana.



Tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos sin apartar la vista de la carretera.

Yo me negué a permitirme llorar.

Veinte minutos más tarde, llegamos al aeropuerto internacional. Paró justo al lado de la terminal y puso el coche en punto muerto. La gente sacaba las maletas de sus coches y los pasajeros atravesaban las puertas automáticas para coger sus vuelos. Todos parecían tener algo que hacer, todos tenían prisa.

Cane siguió mirando hacia delante hasta que abrió la guantera y sacó unos papeles.

—Aquí está tu billete. —Lo dejó en mi regazo—. He organizado todo para que te recoja un coche. Te llevará a donde quieras.

—Gracias. —Ya había hecho muchísimo por mí y, aun así, seguía cuidándome.

Siguió pasándome papeles.

—He abierto una cuenta a tu nombre en Estados Unidos. Hay suficiente para que compres cualquier cosa que necesites.

—¿Eso qué quiere decir? —Pasé las páginas hasta dar con la información del depósito—. Cane... —Había ingresado cientos de miles de dólares en mi cuenta—. ¿Por qué? No tenías ninguna necesidad de hacer algo así...

—Quiero que tengas todo lo que necesites. Puedes volver a estudiar sin preocuparte por el dinero. Te puedes comprar una casa. Así tienes una cosa menos de la que preocuparte.

Las lágrimas empezaron a abrasarme en los ojos.

—No me debes nada, Cane.

—Ya lo sé —dijo en voz baja—. Es simplemente... que quiero que estés protegida.

Tomé aire temblorosamente y sentí las lágrimas rodándome por las mejillas.

—No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes. Este dinero no es nada para mí. Prefiero mil veces que lo tengas tú a conservarlo. Me hará el cambio mucho más llevadero.

—Pero yo no te quiero por tu dinero, Cane. No es por eso por lo qu...

Cogió los papeles, los dobló y me los metió en un sobre.

—Ya lo sé. —Me puso la tarjeta de débito en la mano—. Pero vas a tener que pagarte el almuerzo. Ya sabes que necesitas comer cada hora.

No había chiste en el mundo capaz de arrancarme una sonrisa en aquel momento.

—Yo no lo voy a tocar, así que lo mismo te da quedártelo. —Salió del asiento del conductor y abrió el maletero. Sacó mi maleta con ruedas y la dejó sobre la acera con el asa levantada.

Me costó unos momentos salir del coche y secarme las lágrimas que me habían caído por las mejillas. Me arreglé el maquillaje y me di cuenta de que estábamos en el aeropuerto donde había visto a Cane por primera vez. Ahora podía ser la última vez que lo veía.

Salí del coche y me reuní con él en la acera.

Sus rasgos continuaban exactamente igual. No había vertido una sola lágrima, ni mostrado una sola emoción. No daba la impresión de que nos estuviéramos despidiendo. No parecía que me amara, como si jamás me hubiera dicho aquellas palabras en el pasado.

Era yo la que había querido marcharse, pero era la única que estaba llorando.

Me tomó el rostro entre ambas manos y me secó las lágrimas nuevas con los pulgares.

—No puedo agradecerte lo bastante todo lo que has hecho por mí. Si no hubiera sido por ti, seguiría allí... o estaría muerta.

Se acercó a mí y me dio un beso en la frente.

—Lo volvería a hacer si hiciera falta, *Bellissima*.

Echaría de menos aquel apodo. *Bellissima*. Apoyé la cara contra su pecho y le di un abrazo, sabiendo que echaría de menos la sensación de tenerlo entre

mis brazos. Su colonia me rodeó, haciéndome pensar en las largas noches en las que no habíamos dormido ni un instante. Aquellos recuerdos me consolarían y me harían sufrir en los años venideros.

Cane se apartó y bajó la mirada hasta mi rostro.

—Me gustaría decir algo.

—Vale.

—A lo mejor tu hogar no es como tú recuerdas. Has cambiado tanto que puede que aquello ya no te parezca lo mismo. La gente te tratará de un modo diferente. Lo que antes era sencillo y bonito ahora podría ser otra cosa muy distinta. Ya no eres la misma persona, como tampoco lo son ellos. Intentarás llevar una vida normal. Intentarás volver a rodearte de gente, salir con chicos otra vez... pero no será lo que tú esperabas. Creo que al final te darás cuenta de que yo soy el único que te entiende de verdad. Soy el único que no va a pensar menos de ti por lo que has soportado. Soy el único que te admirará por lo que has sufrido.

Sentí la verdad en sus palabras y temí que estuviera en lo cierto. A lo mejor mi hogar no era como yo lo recordaba. Era posible que la gente me viera como a una mujer que había sido víctima del tráfico sexual de mujeres justo después de graduarse en la universidad. Me reconocerían en todas partes. No podría empezar de nuevo.

—Da igual cuánto tiempo haya pasado, si alguna vez quieres volver, mi puerta estará abierta. —Se sacó un móvil del bolsillo y me lo tendió—. Ahí está mi número si alguna vez necesitas algo... o si simplemente te apetece hablar.

—Gracias. —Cogí el teléfono y me lo metí en el bolsillo delantero.

—Deberías ir marchándote.

—De acuerdo... —Lo único que tenía que hacer era coger mi maleta y alejarme, pero no quería darle la espalda. No quería que aquella fuese la última vez que nos veíamos. Si no viviera tan lejos, podríamos seguir viéndonos.

—Vete, *Bellissima*. —Tomó mi rostro entre sus manos y me dio un beso en la boca, un beso suave cargado con su dolorosa despedida.

Le devolví el beso, atesorando la sensación de sus labios contra los míos. Jamás olvidaría a aquel hombre, por mucho que viviera. Era un ángel entre una multitud de demonios. Había perdido los estribos durante unos días, pero se había vuelto a encontrar.

Se apartó y me dio otro beso en la frente.

—Siempre te amaré, *Bellissima*. —Se dio la vuelta sin volver a mirarme, asegurándose de meterse en el coche sin girar la cara en mi dirección. El motor se encendió y el coche se puso en marcha. Salió de la terminal y se perdió en la marea de coches que abandonaban el aeropuerto.

Era la primera vez que estaba realmente sola desde que me habían capturado. Estaba en el aeropuerto, con mi maleta y más dinero del que jamás podría gastar. Era una mujer libre. Podía subirme a un avión con destino a Estados Unidos o meterme en uno a cualquier otro lugar. Lo mismo daba.

Era libre.

PEARL

—Déjalo en paz. —Crow bloqueaba toda la puerta con su imponente tamaño para que yo no pudiera pasar—. Conozco a mi hermano. Lo único que quiere es estar solo.

Lo empujé a un lado, pero no se movió, como tampoco lo haría una montaña.

—Nadie quiere estar solo.

—Los hombres sí. —Me puso una mano en el brazo, pero no me cogió. En vez de eso, me apartó suavemente de la puerta—. Dale un poco de espacio.

Yo me di la vuelta.

—Necesita un amigo. Necesita a alguien con quien hablar.

—Te estoy diciendo que ahora mismo no quiere hablar.

—Pues si fuera yo, querría hablar con alguien. —Crucé los brazos delante del pecho y levanté la mirada hacia el gigante de mi marido—. Ahora apártate o te obligaré a hacerlo.

No se movió.

—¿Por qué no quieres que vaya? Sólo estaré fuera unas horas.

—Me gusta que estés en casa.

—Bueno, pues ahora mismo me necesitan en otra parte.

—Pues nada, entonces supongo que tendré que acompañarte.

—No. —Cogí mi cazadora del perchero—. Necesita hablar con una mujer. A mí me contará cosas que a ti no te dirá.

—Y yo no quiero escucharlas. Los dos sabemos que no se me dan muy bien las palabras.

—Sí. —Puse los ojos en blanco—. Soy consciente.

—Pero sigo pensando que deberías darle espacio. Probablemente esté borracho.

—Borracho o no, necesita un amigo. —Esta vez, Crow me dejó llegar hasta la puerta. La abrí y saqué las llaves que había encontrado en su mesilla de noche—. Por cierto, tienes que llevarme de compras. Necesito mi propio coche.

—¿Para qué necesitas un coche?

—¿Me estás haciendo esa pregunta en serio? —pregunté—. Tendré que llevar a los niños al colegio, a jugar al fútbol...

—Eso puede hacerlo Lars.

Apunté un dedo hacia su pecho.

—Te das cuenta de que tus enemigos han desaparecido y de que ya no hay nada que temer, ¿verdad? Y entiendes que no puedo quedarme en casa todo el día y ser madre al mismo tiempo, ¿verdad? Voy a ser una de esas madres que se apunta a todo y vuelve locos a sus hijos. Así que necesito un coche, Crow.

Su única reacción fue una lúgubre expresión.

Yo la ignoré por completo.

—Luego vuelvo.

—Mándame un mensaje cuando llegues y otro cuando salgas de allí.

Me entraron ganas de encararme con él y decirle que aquello no iba a hacerlo ni en sueños, pero después de todo lo que habíamos pasado, pensé que era una petición justa.

—Conforme.

Me cogió por la cintura y me besó bruscamente en la boca.

—Te amo, Botón.

Y como si no lleváramos discutiendo los últimos cinco minutos, me deshice por aquel hombre. Una parte de mí quiso quedarse y acurrucarse en su regazo el resto de la noche. Nos tumbáramos en la cama y él me pasaría su enorme mano por el estómago, sintiendo al bebé... aunque no hubiera demasiado que sentir.

—Yo también te amo.

---

LLAMÉ A LA PUERTA CON LOS NUDILLOS UNAS CUANTAS VECES, PERO CANE NO contestó.

Así que toqué el timbre varias veces.

Un hombre al que no conocía abrió la puerta. Parecía estar cerca de los sesenta y tenía el pelo oscuro y perfectamente peinado hacia atrás. Llevaba una camisa y unos pantalones de vestir.

—¿Qué desea? —Era tan estirado como Lars, manteniéndose perfectamente erguido con una sonrisa amable en los labios.

—Soy Pearl Barsetti. Estoy aquí para ver a Cane. Usted debe de ser Gerald.

Estrechó mi mano.

—Me alegra que hable de mí.

—¿Podría decirle que quiero verlo?

—Lleva todo el día en el piso de arriba. No lo he visto ni una sola vez.

—¿Ni siquiera ha comido? —pregunté preocupada.

—Dejé una bandeja junto a su puerta. No estoy seguro de si le ha apetecido.

Sabía que Cane se tomaría muy mal la marcha de Adelina. La mujer de la que estaba enamorado quería volver a empezar con su vida en su ciudad

natal. No había visto un futuro del que él también pudiera formar parte.

—Tengo que verlo. Estoy muy preocupada por él.

—Puedo comunicarle que está usted aquí y ver qué dice.

—Me dirá que me vaya.

Gerald se encogió de hombros.

—Entonces no puedo hacer nada por usted.

Yo no pensaba marcharme hasta haber conseguido audiencia con mi cuñado.

—Gerald, sé que es nuevo por aquí, así que no voy a ser muy dura con usted. Pero en estas situaciones, yo consigo lo que quiero. Sé que Cane me necesita, aunque no lo admita. Va a limitarse a quedarse encerrado en su habitación bebiendo hasta que alguien lo ayude a ponerse otra vez en pie. Así que, ¿va a continuar interponiéndose en mi camino o me va a dejar pasar?

Se hizo a un lado sin pensárselo dos veces.

—Pase, por favor.

—Buena elección, Gerald. —Subí las escaleras y me dirigí al dormitorio principal. La puerta de madera estaba cerrada, así que la aporreé—. Cane, soy yo.

Del otro lado de la puerta me llegó un rugido:

—¿Qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero. Ponte decente porque estoy a punto de abrir esta puerta y entrar.

—Dame un segundo. —Trasteó por la habitación, probablemente cambiándose de ropa y quitando de en medio las botellas de cerveza y licor. Unos minutos después, abrió él mismo la puerta, con gesto adusto y una espesa barba. Se apartó de la puerta y se dejó caer en el sofá que había de cara a la chimenea y a una televisión gigantesca en la pared. Tenía el pelo chafado como si no se hubiera duchado desde el día anterior, y parecía más delgado a pesar de que no había pasado más que un día desde la última vez que había comido, a juzgar por la bandeja llena que descansaba junto a su



puerta.

Me senté a su lado y contemplé el dolor en sus ojos. Él y Crow compartían algunas expresiones. Tenían la misma sonrisa, gestos de enfado parecidos y cuando les invadía la desesperación, sus ojos cobraban el mismo aspecto mate.

—¿A qué has venido? —preguntó pasándose los dedos por el pelo.

—Ya sabes a qué, Cane.

Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá y miró la televisión con ojos soñolientos, como si hubiera bebido demasiado y no estuviera en total posesión de sus facultades.

—No hay nada que decir, así que no estoy seguro de lo que deberíamos hacer ahora.

—¿Has hablado con ella desde que se fue?

Sacudió la cabeza.

—No.

—¿Tiene un número al que llamarte?

—Le di todo lo que necesita. También abrí una cuenta a su nombre. Quería asegurarme de que tenga lo suficiente para establecerse. No sé qué planes tiene, pero supongo que lo primero que hará será ir directa a casa de sus padres. Pero después de eso, quiero que pueda comprarse una casa y no tenga que preocuparse por el dinero. Por lo que sé, los profesores no ganan mucho...

Era un gesto conmovedor, aunque no debería haberme sorprendido su generosidad. Cane sólo se había enamorado de una mujer y, por supuesto, tenía que asegurarse de que aquella única mujer tuviera todo lo que pudiera necesitar.

—Eso fue un gesto muy dulce.

—Estuvo a punto de no aceptarlo, pero le pedí que lo hiciera.

—Yo creo que volverá, Cane.

—Eso espero. —Se cubrió la cara con la mano y se pellizcó el puente de

la nariz—. Dejarla en el aeropuerto fue mucho más duro de lo que había esperado. Marcharme sin mirar atrás... fue muy raro. Quería llamarla para saber qué tal había ido todo después de aterrizar, pero entendí que no podía hacerlo. Sé que tengo que dejarla en paz y permitir que siga con su vida.

—Se hará más fácil —susurré.

—No, no lo hará —dijo él sacudiendo la cabeza—. Con el tiempo, me resultará más fácil mentirme y decirme que ella no significaba nada para mí, pero eso es todo. Estos sentimientos... este dolor... no van a desaparecer. Siento lo mismo que sintió Crow cuando tú no estabas... una agonía insoportable. —Dejó caer la mano y volvió a mirar la televisión.

—¿Te dijo algo en el aeropuerto?

—Se puso a llorar. Me agradeció que la rescatara. Me dijo que me iba a echar de menos. —Se le vidriaron los ojos mientras recordaba sus palabras de despedida—. Le dije que la amaba y después me marché. Eso es todo.

—¿Y luego se acabó?

—Sí —susurró él.

Yo tenía la esperanza de que ella llegara a Estados Unidos y se diese cuenta en seguida de que quería volver, pero sabía que aquello no era realista. Sólo después de haber resuelto todos sus asuntos pendientes entendería que nada la ataba a aquel lugar.

—Volverá, Cane.

—No lo creo.

—Lo hará. Dale un poco de tiempo.

Cogió la cerveza medio llena que había en la mesa y dio un trago.

—¿Quieres tomar algo?

—Estoy embarazada. No puedo beber.

—Ah... Es verdad. —Dio otro trago—. ¿Qué tal va la cosa?

—Más o menos igual. No siento nada distinto.

—¿Cómo está Crow? —preguntó él—. Desde que le cedimos todo a Constantine, me refiero.

—Bien. Ha estado yendo a trabajar y haciendo cosas por casa. Todavía no ha empezado a hacer ejercicio, pero ya está a punto.

Cane se recostó y clavó la mirada en la televisión.

—Yo me siento como si lo hubiera perdido todo...

Desvié la mirada hasta su rostro, captando su intensa desolación.

—Aquel negocio lo era todo para mí. No culpo a Adelina, ni tampoco a Crow... No culpo a nadie. Simplemente, me siento perdido sin él. Mi padre levantó aquello desde los cimientos, y en un abrir y cerrar de ojos, ha desaparecido. —Se encogió de hombros—. Y ahora, mi mujer se ha ido. Ya no estoy seguro de saber quién soy.

—Crow estuvo hablándome de ello el otro día.

—¿Del negocio? —preguntó.

—Sí. Dijo que pensaba que ahora estabais construyendo un nuevo legado, un nuevo porvenir para los Barsetti. Dijo que estaba emocionado por hacerlo. Perder el negocio no le pareció que fuera una pérdida personal tan grande, porque piensa que hay muchas más cosas que podéis hacer entre los dos. Le gustaría que tú también lo vieras así: como un nuevo comienzo, no como un final.

Cane sopesó mis palabras con los labios fuertemente fruncidos.

—Sé que tiene razón. Es sólo que me cuesta aceptarlo. A él se le dan bien los cambios, pero a mí no.

—Y Adelina volverá.

Fijó la vista en la televisión.

—El hecho de que tú lo hicieras no significa que ella lo vaya a hacer.

—Yo creo que sí. A lo mejor tarda unas semanas en darse cuenta, pero sé que lo hará.

Se apoyó la cerveza en el muslo y se frotó el pulgar contra la boca. Se recorrió con él los labios una y otra vez, con movimientos nerviosos.

—Ha sido todo un detalle por tu parte venir hasta aquí para hablar conmigo. No tenías por qué hacerlo.

—Quería hacerlo.

—Soy un tío con suerte. Y Crow también. Puede enviarte a tratar conmigo para no tener que hacerlo él. —Soltó una suave risita, pero sin ganas.

—Está preocupado por ti, pero pensaba que ahora mismo no querrías hablar con nadie.

—Y tenía razón. Ahora mismo no quiero hablar. —Desvió la mirada hacia mí—. Pero cuando hablo contigo no está tan mal. Me recuerda un poco a cuando hablaba con Vanessa. ¿Sabes? Ella era la única de la familia que conseguía volverme un poco más humano. Yo quería ser mejor persona porque ella me admiraba. También me sentía así con Adelina... Quería convertirme en un hombre mejor por ella.

Extendí la mano para coger la suya.

Él me devolvió el apretón.

—Crow se pondría celosísimo si nos viera ahora mismo.

—Crow siempre está celoso, así que da igual.

—Debería sentirse celoso. Tengo la mejor hermana del mundo. Eso es algo que él no tiene. —Me dedicó una pequeña sonrisa, la mejor que logró esgrimir en medio de su sufrimiento.

Yo le sonreí y apoyé la cabeza en su hombro.

—Y yo tengo el mejor hermano del mundo.

ADELINA

Mis padres no podían creer lo que veían sus ojos cuando me vieron en la puerta.

Estaban conmocionados.

Se pusieron a llorar.

Apenas podían mantenerse en pie.

Me acogieron cariñosamente de nuevo en su hogar y, como si volviera otra vez a ser una niña, mi madre durmió conmigo en mi cama porque no quería apartarse de mi lado. Como si fuera a escurrirme otra vez lejos de ella, se abrazó a mí con fuerza.

Al día siguiente llegaron los de las noticias para entrevistar a mis padres. Al parecer, mi historia había obtenido gran cobertura, dado que mis padres habían contratado a un montón de investigadores privados para que descubrieran mi paradero. Los padres de Lizzie habían hecho lo mismo, lo cual nos había convertido en algunas de las personas más reconocibles de Estados Unidos.

Yo no había tenido ni idea.

Dar la espantosa noticia a los padres de Lizzie fue lo más duro que había tenido que hacer en mi vida. Me sentía culpable por haber sobrevivido cuando ella había tenido una muerte espantosa. Ni siquiera podía decirles

dónde estaba su cuerpo para que pudieran celebrar un funeral. Ellos lloraron y yo también lloré. Me dijeron que se alegraban de verme, pero yo sabía que todo padre se sentiría destrozado por verme volver cuando su hija no había logrado hacerlo.

El tiempo parecía pasar a cámara lenta, pero todo estaba sucediendo a gran velocidad. La policía me entrevistó unas cuantas veces, pidiéndome detalles sobre lo ocurrido. Yo les conté la verdad, aunque mantuve en secreto las identidades de Crow y Cane. Les conté que Tristan y sus hombres estaban muertos, por lo que no había necesidad de continuar con la investigación.

Me llamaron muchas veces solicitando una entrevista en programas diurnos de tertulia, pero yo las rechacé todas. El mundo sentía curiosidad por saber las cosas que había tenido que soportar, pero yo no estaba interesada en compartirlas. De todas formas, los detalles no eran apropiados para la televisión. Y no quería que mis padres tuvieran que escuchar aquellas historias.

Pasé la primera semana en casa de mis padres. Mi antiguo dormitorio estaba exactamente como yo lo había dejado. No habían cambiado absolutamente nada, ni habían tirado nada tampoco. Cuando iba a la universidad continuaba viviendo en casa para ahorrar dinero, ya que la facultad estaba al final de la carretera y el trayecto no era muy largo, pero volver a vivir con ellos me estaba resultando incomodísimo.

Antes vivía con un hombre guapísimo en una mansión que tenía para mí sola casi todo el tiempo.

Mis padres no me dejaban ni a sol ni a sombra, preguntándome constantemente si necesitaba algo o si había algo que pudieran hacer para que me sintiera más cómoda.

Yo sabía que tenían buena intención, así que no me irritaba por ello.

Estaba cenando con ellos cuando mi madre me preguntó por Cane.

—Aquel hombre que te trajo hace unos meses...

Mi padre no apartaba los ojos de su comida, excluyéndose de la

conversación.

—¿Sí? —dije yo.

—¿Es el que te liberó? —preguntó ella.

—Sí. —Yo picoteaba el maíz y el puré de patatas—. Él fue el que mató a Tristan y a sus hombres. Me sacó de allí, me cuidó y logró que me recuperara. Quería que me quedara con él, pero le dije que tenía que volver a casa.

—O sea que ¿es un criminal, pero te salvó de todos modos?

—Sí —contesté—. Básicamente.

—¿Y por qué haría algo así por ti? —preguntó ella—. ¿Por qué iría ese hombre hasta tales extremos para darte la libertad? —Mi madre estaba más delgada que antes, había perdido por lo menos diez kilos. Donde más se le notaba era en la cara. Dejó el tenedor en la mesa y me miró fijamente—. Quería preguntártelo antes, pero no quería bombardearte a preguntas.

No había mejor manera de explicarlo que diciendo la verdad.

—Me dijo que estaba enamorado de mí...

Mi padre levantó la vista de la comida.

—Ah —dijo mi madre—. Ya veo...

—¿Tú qué sientes por él? —me preguntó mi padre.

Era la primera vez que me preguntaba algo semejante. Nunca hablábamos de chicos. Todos los temas relacionados con el sexo eran cosa de mi madre.

—Me importa de verdad. Se ha convertido en un buen amigo para mí. Lo echo de menos...

—¿Lo amas? —insistió mi madre.

—Yo... no lo sé. —Volví a poner los ojos en mi comida—. Todo lo que pasé fue demasiado intenso y rápido. No estoy segura de cómo me siento al respecto. Creo que es un hombre maravilloso, y nunca podré pagarle todo lo que ha hecho por mí. Pero más allá de eso, no soy capaz de descifrar mis sentimientos por él. Al fin y al cabo, no es exactamente lo que me había imaginado en un novio... o marido.

—No has contestado a mi pregunta —dijo mi madre—. Pero creo que eso te conduce a tu respuesta.

El corazón se me paró dentro del pecho, impactada por su observación.

—Me gustaría mucho hablar con él si me lo permites —añadió.

—¿Para qué? —pregunté yo.

—Tengo que darle las gracias por traerte de vuelta a nosotros —susurró ella—. Sé que el mundo está lleno de hombres oscuros y peligrosos. Él podría haber sido como todos los demás y haberte abandonado a tu suerte. Aun en el caso de que sus propias motivaciones fueran siniestras, sacrificó mucho por ti. Hizo lo correcto cuando hubo que hacerlo. Se merece mi gratitud.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando.

Mi padre asintió aprobadoramente.

—Supongo que podría llamarlo mañana —dije yo—. Ahora allí es muy temprano por la mañana.

Mi madre echó un vistazo al reloj.

—Estoy segura de que no le importará.

—Em... —Controlaba mis deseos de llamarlo porque no quería jugar con sus emociones. No quería darle la esperanza de que iba a volver sin estar segura de que iba a hacerlo—. De acuerdo. —Saqué el móvil y localicé su nombre en la lista de contactos. Era el único nombre que había. Pulsé el botón de llamada.

Él lo cogió inmediatamente.

—*Bellissima* —hablaba sin emoción, sonando igual que cuando me había dejado en el aeropuerto.

—Hola. —Había perdido el hilo de mis pensamientos al escuchar su voz. Me hizo retroceder a las noches en las que me llamaba así en la cama—. Escucha, mi madre quiere hablar contigo. Sé que suena raro, pero... ¿te parece bien?

Si estaba decepcionado, no dio indicios de ello.

—Por supuesto. No me importa escuchar cómo me gritan.



—No quieren gritarte. Te quieren dar las gracias.

—Ah... —Cane se quedó callado, pensando en lo que le había dicho—.

¿*Bellissima*?

—¿Sí?

—Llámame luego, cuando tengas algo de privacidad.

—De acuerdo... Lo haré. —Le pasó el teléfono a mi madre.

Ella lo cogió y apoyó los codos en la mesa.

—Cane, ¿verdad?

Cane se lo confirmó al otro lado de la línea.

—Quería darte las gracias por haber rescatado a mi hija. —Apenas logró pronunciar unas palabras antes de que la voz se le quebrara por la emoción y empezaran a brotarle lágrimas y más lágrimas—. Nos ha contado lo sucedido. Nos ha contado que la aceptaste en préstamo, pero que luego hiciste muchísimo por salvarla... que mataste a los hombres que se la llevaron y que le devolviste la libertad. No sé cómo podré agradecerte nunca lo que has hecho. Podrías haberte olvidado fácilmente de ella, pero no lo hiciste. Me alegro muchísimo de que la quieras tanto como nosotros... Estoy tan agradecida...

Yo no era capaz de seguir viendo llorar a mi madre. Era demasiado desgarrador. Desvié la mirada y me quedé mirando mi comida.

---

CUANDO MIS PADRES SE FUERON A DORMIR, LO LLAMÉ DESDE MI CUARTO. Estaba debajo de las mantas, llevando una de las camisetas que le había robado del cajón. Era mil tallas grande, pero todavía conservaba su olor. Era débil, probablemente por haberse restregado contra el resto de mi ropa durante el viaje en las bodegas del avión.

Contestó al instante.

—*Bellissima*.

Cerré los ojos y su voz me refrescó como una suave brisa de verano.

—Sí.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En mi antiguo dormitorio.

—¿Estás viviendo con tus padres?

—Sí... Vivía aquí cuando iba a la universidad. Quería ahorrar dinero mientras iba a clase porque está al final de la calle. Es un lugar gratis para vivir, con comida gratuita.

Él se rio.

—Eso es adorable.

—Y... vivir con mis padres está bastante bien. Siempre hemos estado unidos.

—Eso también es adorable —dijo él—. Ya sabes que a mí no me gusta estar a más de diez kilómetros de Crow en ningún momento... aunque no lo admita.

Me reí.

—Sí, ya me di cuenta.

Se quedó callado, permaneciendo al teléfono en silencio.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy sentado en el sofá.

—¿Dónde?

—En nuestro dormitorio. —Suspiró al darse cuenta de su error—. Mi dormitorio...

Sentí su dolor emanando del teléfono. Podía sentir su desdicha rodeándome. Yo había dormido todas las noches de mi vida en esta cama, pero ahora no era capaz de dormir bien sin él a mi lado. Extrañaba el colchón.

—No he estado durmiendo bien. No es lo mismo sin ti.

—No, no lo es —susurró.

—¿Estás mirando la chimenea?

—Sí.

—¿Qué hora es allí?

—Temprano.

—¿Vas a ir a las bodegas?

—No. —No dio más explicaciones, como si no quisiera compartir aquella faceta de su vida—. ¿Qué tal van las cosas por allí? Te he visto un montón en las noticias.

—¿Has estado viéndolas?

—Sí. Estás guapísima con ese *top* rojo, por cierto.

—Gracias... —Era una de las primeras cosas que me había comprado Cane—. Esto ha sido un caos últimamente. Estoy segura de que dentro de una semana todo el mundo se centrará en las siguientes últimas noticias. Se lo conté a los padres de Lizzie... Se quedaron destrozados.

—Debió de ser durísimo para ellos, pero ahora ya saben lo que ha pasado. Pueden empezar a superarlo.

—Sí...

—Tus padres parecen contentos.

—Lo están... —Imposible describirlo—. Noto que lo han pasado mal.

—Ya me imagino. Sólo te conozco desde hace unos meses y me enamoré perdidamente de ti... Imagina cómo deben de sentirse ellos que te conocen desde el día en que naciste.

Cada vez que decía esas cosas tan dulces, quería subirme a un avión y volver a su lado.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó—. ¿Vas a seguir viviendo allí?

—No, después de vivir contigo no ha sido fácil volver a esto. Pronto me pondré a buscar un apartamento. Sólo quiero dar a mis padres un poco más de tiempo para tenerme en casa.

—Con el dinero que te di deberías poder comprarte una buena casa. Es una buena inversión.

—Sí... Pensaré en ello. —No quería comprar nada hasta que no supiera dónde iba a vivir. Todavía no estaba segura de dónde quería asentarme—.

Tengo que terminar otro curso en la universidad antes de poder empezar a dar clase. Debo centrarme en eso.

—Todavía quieres ser profesora, ¿eh?

—Sí.

—Creo que se te dará de maravilla. Los niños te van a adorar.

Hablar con él era lo más fácil del mundo. Las palabras surgían con naturalidad y fluidez. Hablar con cualquier otra persona me resultaba incómodo y doloroso. Con Cane no hacía falta que hablara de Tristan. Podíamos hablar de muchísimas otras cosas porque él no me veía como una mujer a la que habían violado. Me veía como una persona, y también veía todas mis otras cualidades.

—¿Qué tal están Pearl y Crow?

—Crow se ha recuperado muchísimo. El otro día salió a correr y dice que se sintió muy bien.

—Eso es fantástico.

—Pearl ha estado sintiendo algunas náuseas matinales. Pero dice que no es tan malo.

—Qué bien... ¿Ya han escogido algún nombre?

—No que yo sepa —contestó.

—¿Qué crees que tendrán?

—Un niño.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Por qué lo piensas?

—Mi padre era uno de cinco hermanos. Mis padres tuvieron dos chicos. Es sólo que me parece que somos una familia con tendencia a los niños.

—¿Estás emocionado?

—Me emociona ser tío. Pienso cabrear a Crow dándole caramelos, cafeína y alcohol.

Me reí, manteniendo la voz baja para que no me oyeran mis padres.

—Te va a matar.

—Ya lo ha intentado alguna vez, pero nunca ha funcionado. No tengo

miedo.

—Bueno, pues yo lo tengo por ti.

—Pearl me protegerá. Tiene tendencia a hacerlo.

—Eso es tener suerte.

Cuando nos quedamos sin cosas que decir, permanecemos al teléfono en silencio. En su extremo de la línea no se oía nada, y me pregunté qué tiempo haría. ¿Era un día soleado? ¿Lluvioso? ¿Estarían sus bóxers en el suelo, donde siempre los dejaba?

—Debería dejarte ya, *Bellissima* —susurró él—. Es tarde y debes de estar cansada.

—Lo estoy... —Cerré los ojos mientras permanecía sentada, al teléfono.

Cane no colgó. Se quedó allí conmigo, sin decir nada.

Sabía que no debería decirlo, pero quería decirlo de todos modos. Lo sentía en lo más hondo del pecho.

—Te echo de menos...

Cane respiró hondo. Apenas resultó audible a través de la línea.

Antes de que tuviera la oportunidad de responder lo mismo, corté la llamada. Metí el teléfono debajo de la almohada y me esforcé por no pensar en él. Nunca tendría que haberle dicho aquellas palabras, pero no había podido evitarlo. Se me habían escapado como si no hubiera tenido ningún control sobre mis propias acciones.

Se me cerraron los ojos, imaginándome que él estaba allí a mi lado. Me imaginé su arrogante sonrisa, el intenso brillo de sus ojos sombríos y la sensación de su duro pecho bajo mi mano. Me hundí rápidamente, desapareciendo en un profundo sueño.

## CROW

Quedamos con los contratistas y obtuvimos los permisos necesarios para empezar a construir. Sabíamos exactamente dónde levantaríamos los almacenes y el edificio principal. La distribución sería parecida a la de mis bodegas para que la gente supiera que estaban relacionadas. Tanto Cane como yo queríamos utilizar el mismo estilo arquitectónico que el de mis bodegas, o sea, senderos empedrados, paredes de piedra y grandes ventanales para dejar entrar la luz natural a raudales. Sería un magnífico ejemplo de cultura italiana, algo que fotografiarían los turistas al pasar por delante en coche.

Al terminar la reunión, Cane y yo entramos en los almacenes y repasamos la lista de cosas que había que hacer. Dado que él necesitaba algo que hacer, permití que se encargara de todo lo relacionado con los envíos y la contabilidad. Teníamos una cantidad inmensa de barricas que mantener localizadas y había que dar a los grandes clientes la atención que ansiaban recibir.

Era fácil trabajar con Cane. En cuanto nos concentramos en la tarea que teníamos entre manos, dejó de parecer tan destrozado. Se distraía lo bastante para no pensar en Adelina. Ir de aquí para allá solucionando asuntos parecía haberle dado algo de vida.

No lo había visto tan deprimido desde lo de Vanessa.

Y su solución había sido exactamente la misma: mantenerse ocupado.

Nos acercamos hasta la zona de almacenamiento de las barricas llenas de vino tinto.

—Hacemos envíos regulares a nuestros principales distribuidores en Florencia y Roma. La mayoría de nuestros recursos se emplean para cumplir con estos pedidos. Tener unas segundas bodegas va a ser de ayuda, porque nuestra producción ya está totalmente al máximo.

Cane asintió, de acuerdo conmigo.

—Tiene sentido.

Recorrimos los almacenes y luego volvimos al edificio principal, donde estaba mi despacho. Mi asistente llevaba años trabajando para mí. Tenía tres hijos y le gustaba tener un trabajo tranquilo porque su vida se centraba en estar con su familia. Nunca se había visto envuelta en ninguna de mis actividades ilegales y no tenía ni idea de quién era yo en realidad.

Pasamos ante ella y entramos en mi despacho.

Cane se sentó frente a mi escritorio y apoyó un tobillo en la rodilla opuesta.

—Todo parece estar bastante claro. Entonces, ¿quieres que dirija yo la propiedad?

—Me parece que es buena idea. Así, cuando terminemos de construir las otras bodegas, sabrás exactamente lo que tienes que hacer. Además, no me vendría mal un poco de ayuda por aquí de todos modos. —Ahora que Pearl iba a tener a nuestro primer hijo, era mi primera prioridad. Quería estar allí por si me necesitaba. El trabajo podía ocupar un segundo puesto ahora que mi familia iba a aumentar. No podía poner simplemente a otra persona a cargo de todo sin poder supervisarla, pero con Cane no hacía falta que me preocupara por eso.

—Creo que ya lo tengo todo. Me pregunto cuánto tardarán en terminar de construir las otras bodegas.

—Por lo menos un año, por desgracia.

—Podría empezar a poner en marcha la cosecha, de todas formas. Tendré que acarrearlo todo de un lado a otro, pero al menos tendremos más uvas que prensar.

—Eso es verdad.

Asintió y empezó a tamborilear con los dedos sobre la madera de los reposabrazos. Sus ojos recorrían mi despacho, observando los cuadros que había en las paredes y la fotografía que tenía con Pearl el día de nuestra boda. Sus ojos permanecieron largo tiempo posados en ella antes de desviarse finalmente hacia la ventana.

Podía ver lo desgraciado que era pintado en todo su rostro.

—¿Qué tal estás?

—Un poco abrumado, pero terminaré por pillarle el tranquillo. Soy más listo de lo que tú te piensas.

—No estaba refiriéndome al trabajo —respondí en voz baja.

Los ojos de Cane se desviaron para mirarme, sabiendo exactamente a lo que me estaba refiriendo.

Odiaba poner a mi hermano en aquel apuro, pero no podía seguir ignorando su desolación. Daba igual cuánto se esforzara por ocultarla, yo la veía.

—No hay nada que decir —contestó—. Estoy bien.

—No lo parece.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo, no estoy bien. Pero eso no cambia nada. No hace falta hablar de ello.

—¿Has hablado con ella?

—Hablé el otro día, de hecho.

No pude ocultar mi sorpresa. Había dado por hecho que ella nunca lo llamaría y que él era demasiado orgulloso para llamarla a ella.

—¿Qué pasó?



—Me llamó porque su madre quería hablar conmigo.

—¿Y qué te dijo?

Sus ojos volvieron a desviarse hasta la fotografía en la que aparecíamos Pearl y yo.

—Me dio las gracias por rescatar a Adelina y por devolverla a casa —hablaba con voz carente de emoción, como si el recuerdo de la conversación no significara nada para él—. Luego me llamó Adelina, cuando estuvo en su dormitorio. Estuvimos hablando un rato, sobre su vida y sobre toda la atención que estaba recibiendo. Cuando íbamos a despedirnos... me dijo que me echaba de menos y después colgó.

Adelina no parecía la clase de persona que diría algo sin pensarlo. No torturaría a Cane porque sí.

—Pearl tenía razón. Va a volver.

Él dejó escapar un fuerte suspiro cargado de tristeza.

—Eso espero. Hablar con ella... sólo consiguió que la echara aún más de menos. Intento mantenerme ocupado para no pensar en ella, pero cuando estoy en mi cuarto por la noche... es muy difícil no hacerlo. —En vez de proyectar su imagen de tipo duro, Cane estaba mostrándose vulnerable ante mí. Era obvio que ya no le importaba lo que la gente pensara de él.

—Volverá, Cane. Se dará cuenta de que aquel no es su sitio.

—No sé...

—Siempre podrías ir a verla.

Él sacudió la cabeza.

—No. No voy a hacer eso. Sería como invadir su espacio.

—Podrías decirle simplemente que estás en la ciudad e invitarla a cenar o algo así. Sin presiones.

Cane contempló la foto enmarcada en silencio.

—Desearía poder hacer algo para ayudarte, Cane. No me gusta verte así. Volvió a dirigir la mirada hacia mí y sus ojos se llenaron de afecto.

—Lo sé. No sé qué hacer. Suelo ser agresivo y coger sin más lo que

quiero, pero eso ahora no me va a funcionar. Todo lo que he aprendido en mi vida no me sirve para nada ahora mismo.

—Sí, eso parece.

—Una parte de mí desearía no haberse enamorado nunca de ella. Otra parte no hubiera querido que fuese de otro modo.

Me levanté de mi escritorio y abrí el mueble. Serví dos vasos de *whisky* y le tendí uno.

—Nuestras vidas eran muchísimo más sencillas antes de que aparecieran las mujeres.

Se rio y dio un sorbo a su vaso.

—Brindo por eso.

—Pero sé lo que quieres decir. Yo no querría que fuese de otro modo. —Di un trago a mi vaso y observé a mi hermano al otro lado del escritorio—. Solía odiar compartir mi espacio, pero ahora aborrezco que Pearl no duerma a mi lado. Solía disfrutar de mi soledad, pero ahora no me gusta que estemos separados, ni siquiera durante unas horas. Ahora dependo de esa mujer para ser feliz. A veces asusta.

Él bajó la mirada al vaso con expresión triste.

—Conozco el sentimiento... demasiado bien.

---

CUANDO VOLVÍ A CASA BOTÓN ESTABA EN EL TERCER PISO, PERO NO EN nuestro dormitorio. La encontré en una de las habitaciones de invitados, una que llevaba una década sin ser utilizada. Tenía una cama de matrimonio, mobiliario italiano y espacio de sobra para dos personas. Estaba de pie en medio de la habitación con los brazos en jarras, estudiando el cuarto.

Me acerqué a ella por detrás y le rodeé la cintura con los brazos.

Ella no se sobresaltó a mi contacto, como si hubiera estado todo el tiempo esperándome. Sus manos se deslizaron sobre mis brazos hasta llegar a mis

manos, que tenía sobre su estómago. Acarició mi anillo negro con las puntas de sus dedos y pude sentir su alianza de metal frotándose contra mi piel.

Mi cara se inclinó hasta su cuello y la besé, sintiendo su pulso justo debajo de mis labios. Mi aliento se esparció por su piel, introduciéndose en su oído.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Giró la cabeza y me miró por encima del hombro.

—Ver si en esta habitación quedará bien.

—¿Quedará bien el qué?

—El cuarto del bebé.

Yo no había pensado a tan largo plazo. Todavía ni siquiera se le notaba, así que aún no me había hecho a la idea de que había una personita creciendo en su interior.

—Había pensado que podríamos convertirlo en el cuarto del bebé. No hay terraza ni cuarto de baño, así que no tiene peligros. Y está justo al otro lado del pasillo de nuestro cuarto, así que podré acudir pronto si hace falta.

—Todos puntos excelentes.

—He pensado que podríamos volver a pintarlo, montar una cuna en el centro y decorarlo dependiendo de lo que sea.

—¿Cuándo lo sabremos?

—No hasta dentro de unos meses.

—Lo que tú quieras hacer, Botón. A mí me da igual.

—Sabía que dirías eso. —Se dio la vuelta, girándose entre mis brazos hasta que estuvimos cara a cara. Se puso de puntillas y me besó en la boca, un beso sutil cargado de pasión.

Mi mano se introdujo en su cabello y aumenté la intensidad del beso, apreciándola como no lo había hecho nunca. Cane no era el mismo hombre después de haber perdido a la mujer que amaba. Botón y yo podríamos haber tenido fácilmente un destino distinto. Si no hubiéramos estado los dos en el lugar correcto en el momento adecuado, nuestros caminos podrían no haberse

cruzado nunca. Yo no habría amado a alguien más que a nada en el mundo, ni habría formado una familia. A mí todo me había salido bien. Deseaba que a Cane también le salieran bien las cosas.

Cuando Pearl se apartó, me subió las manos por el pecho.

—No lo hemos hecho en esta cama...

—No lo hemos hecho en un montón de estas camas...

—Y qué, ¿quieres que empecemos? —preguntó dedicándome una sonrisa traviesa.

—¿Quieres mancillar cada uno de los dormitorios de esta casa?

—¿Por qué no?

Sonreí.

—¿Hasta la cama de Lars?

—Puj, no —dijo riéndose—. Sólo las desocupadas.

—De acuerdo. —La levanté en brazos y la llevé hasta la cama—. No perdamos más tiempo.

---

PASÓ UN MES.

El vientre de Botón empezó a abultarse. Ahora tenía un aspecto ligeramente distendido y redondeado, presionando contra la camiseta y otorgándole una barriguita visible. Nunca me habían puesto las mujeres embarazadas, pero desde que se le había empezado a notar, lo encontraba definitivamente excitante.

Pero eso era probablemente porque era mi mujer... y aquel mi bebé.

Me tumbé junto a ella en la cama, frotando su vientre desnudo. Mi mano bajó por su pecho y se ladeó al llegar a la parte de su estómago, que se curvaba hacia fuera. Ascendí por él, sintiendo la suave piel hinchándose con la vida que crecía en su interior. Me desplazé hasta el centro de su estómago y presioné la mano contra él. No se detectaba movimiento ni señales de vida,

pero yo sabía que ahí dentro había algo precioso.

Algo que habíamos hecho juntos.

Ella posó su mano sobre la mía.

—No creo que vayamos a poder sentir nada en un tiempo.

—Me pregunto cómo será de grande.

—Probablemente como mi dedo.

Me senté y besé su estómago, adorando aquella parte de su cuerpo con mis besos. Ahora que empezaba a notarse el embarazo, me había dado cuenta de que realmente estaba sucediendo. Teníamos un hijo o una hija en camino. Aquello me emocionaba y me asustaba al mismo tiempo.

—Es extraño...

—¿El qué? —preguntó ella.

—Lo mucho que quiero a este bebé, cuando ni siquiera lo conozco.

—Presioné la oreja contra su vientre, preguntándome si escucharía algo. Dentro había silencio, nada más que su pulso y los gorgoteos de su estómago.

Sus ojos se enternecieron mientras me pasaba los dedos por el pelo.

—Vas a ser un padre estupendo, Crow.

—No sé yo. Lo haré lo mejor que pueda.

—Nunca pensaste que serías un buen marido, pero eres el mejor del mundo entero.

Mis ojos se apartaron de los suyos y volvieron a posarse en su abdomen, pensando en cómo la había abofeteado cuando volvió de ir a ver a Tristan. Había sido brutal y frío con ella, perdiendo los estribos y haciendo algo terrible. Era una de las cosas de las que más me arrepentía.

—¿Qué te pasa? —Se había dado cuenta de mi repentino cambio de humor.

Le pasé la mano por el estómago y me quedé mirando su ombligo.

—Nada.

—Crow —insistió ella, mirándome con aquellos ojos imperiosos.

—Supongo que no estoy de acuerdo con tu afirmación.

—¿Por qué?

—Porque no y ya está.

—Bien, pues estás equivocado, Crow. No hay un lugar más seguro en el mundo que a tu lado.

Yo apreciaba su amor por mí, su tolerancia y su paciencia. No era el mismo hombre que solía ser, y aunque había llegado a convertirme en un hombre mejor, todavía tenía cosas que cambiar. Lo único que podía hacer era aprender de mis errores y esforzarme por mejorar. Mi negocio de armas estaba fuera del panorama y ahora era un hombre limpio. Tenía una oportunidad de empezar de nuevo, de ser la persona que quería ser. No tenía necesidad de ser el hombre frío y taciturno que siempre había sido. Podía ser algo muchísimo mejor.

Alguien llamó a la puerta.

Eran las nueve de la noche, la hora a la que Botón y yo nos retirábamos a nuestro cuarto, hacíamos el amor y nos íbamos a dormir. Lars no nos molestaba después de las ocho a menos que se tratara de una emergencia.

Y aquella forma de llamar me indicaba que aquello era una emergencia.

—¿Excelencia? —dijo Lars a través de la puerta cerrada—. Tenemos que hablar.

Pearl tenía una expresión preocupada cuando me miró.

Salí de la cama, me puse un pantalón de chándal y una camiseta y salí. Cerré la puerta detrás de mí, ya que Botón seguía desnuda en la cama.

—¿Qué pasa?

Lars retrocedió un paso, todavía vestido con esmoquin a pesar de lo tardío de la hora.

—Tengo a la policía al teléfono. Han intentado llamar a su móvil, pero supongo que está apagado. Han llamado a la línea de casa.

Yo solía apagar el teléfono por la noche porque no quería que me molestaran. Ya no tenía un negocio criminal, así que no tenía que estar disponible a altas horas de la noche.

—¿La policía? ¿Por qué?

—Al parecer, han arrestado a Cane por conducir borracho.

Continué mirando a mi mayordomo sin cambiar de expresión. Estaba asombradísimo, pero no dejé que la sorpresa asomara a mi cara. Estaba demasiado alucinado como para reaccionar.

—No van a presentar cargos, pero quieren que vaya a recogerlo. Están dispuestos a hacer la vista gorda en el asunto, ya que siempre han podido contar su con protección a lo largo de los años.

Cane y yo jamás habíamos herido a un agente de policía, ni tampoco lo habían hecho nuestros hombres. Durante todos aquellos años habían tenido lugar infinidad de actos criminales, y siempre que la policía estaba donde no debía estar, los dirigíamos lejos de la zona de combate. El tipo de asuntos en los que andábamos estaban por encima de sus habilidades, y lo último que queríamos era que buenos agentes de policía resultaran heridos por causa de nuestras acciones. Estaban mejor preparados para resolver homicidios e infracciones menores que para enfrentarse a barones de la droga y a caciques del tráfico de armas.

—Mierda.

—Iría yo en su lugar, pero han pedido específicamente que sea usted.

—Yo me encargo. Gracias, Lars.

—Por supuesto, señor. —Asintió y se alejó por el pasillo.

Yo volví a entrar en el dormitorio y me puse los vaqueros y una camiseta de manga larga.

—¿Qué ha pasado? —Botón se incorporó en la cama con las sábanas sobre el pecho. Tenía el pelo revuelto por el modo en que le había enterrado en él la mano y los labios hinchados de habérselos estado succionando agresivamente hacía sólo media hora.

—Cane está en la comisaría.

—¿Cómo? —dijo rápidamente Botón—. ¿Por qué?

Me puse la cazadora sobre los hombros.

—Por conducir borracho.

Sus ojos se agrandaron.

—Tienes que estar de broma.

—Ya me gustaría. Me tengo que ir.

—A lo mejor debería...

—Tú te quedas donde estás. —Salí del cuarto, cerrando la puerta más fuerte de lo que pretendía.

---

CANE NO HABÍA ESTADO CONDUCIENDO CON UN SIMPLE PAR DE COPAS.

Estaba como una auténtica cuba.

Estaba sentado solo en la celda, con los párpados caídos. Se resbalaba continuamente por el banco hasta que conseguía enderezarse y sentarse bien. El agente me dijo que había vomitado unas cuantas veces mientras yo iba de camino.

El agente de policía estaba de pie junto a mí delante de los barrotes.

—Lo vimos conduciendo por una carretera comarcal. Iba desviándose constantemente a izquierda y derecha. Nos llevó un tiempo lograr que parara porque no parecía entender que éramos la policía. Hemos intentado interrogarlo, pero no ha dicho prácticamente nada más que incoherencias. Nunca os he visto a ninguno tener problemas con la ley, al menos no así. ¿Va todo bien?

Yo pensaba que Cane lo estaba llevando mejor a cada día que pasaba. Pero al parecer, sólo estaba empeorando. La marcha de Adelina seguía atormentándolo.

—Está pasando por una mala ruptura.

—Eso no justifica esa clase de comportamiento. Podía haber matado a alguien.

—Lo sé... —¿Qué hubiera pasado si Botón hubiese estado en la carretera



para ir a por algo a la tienda y se hubiera cruzado en el camino de Cane? Era una posibilidad demasiado dura de imaginar.

—Lo vamos a dejar pasar por esta vez. Pero ni una más.

—Lo entiendo. Y se lo agradezco.

—Su coche ha sido confiscado. Tendréis que recogerlo por la mañana. —Abrió la puerta de la celda con las llaves y tiró de ella—. Cane, aquí hay alguien que ha venido a buscarte.

Se despertó sobresaltado y abrió los ojos para mirarme. Se me quedó mirando sin comprender, como si no me reconociera. Pero un segundo después, la comprensión inundó sus facciones y supo exactamente quién era.

—Mierda...

—Levántate. —No pensaba echarle una mano. Tendría que salir de allí caminando por su cuenta.

Cane se movía a paso de caracol, agarrándose a todo lo que pudo antes de ser capaz de tenerse en pie. Se balanceaba ligeramente de un lado a otro, cerrando los ojos mientras intentaba concentrarse. Para que él estuviera así de borracho, tenía que haber ingerido una cantidad de alcohol que me resultaba imposible concebir. Los dos bebíamos continuamente, así que estábamos acostumbrados a ello. Que estuviera en semejante estado de embriaguez sólo podía querer decir que su nivel de alcohol en sangre tenía que estar por las nubes.

Firmé su salida y nos encaminamos hacia mi coche. Me negué a ayudarlo a subir al asiento del pasajero. Permití que se subiera con gran esfuerzo, e incluso se dio un golpe con la parte de arriba del coche al deslizarse en el asiento. Le costó casi cinco minutos ponerse el cinturón de seguridad, pero yo no esperé a que terminara. Empecé a conducir mientras continuaba esforzándose por abrochárselo.

Hicimos el trayecto en silencio, con Cane entrando y saliendo de la inconsciencia durante todo el camino. No me dijo ni una sola palabra, sabiendo que estaba cabreado.

Llegamos a su casa veinte minutos después y tentado estuve de volver a casa con mi mujer. Quería dormir en mi cama con mi esposa a mi lado. Quería escuchar su respiración para saber que estaba bien. Quería a mi bebé cerca para poder protegerlos a ambos de todas las cosas malas del mundo.

Pero no podía dejar solo a Cane, no estando así de borracho.

Podía ahogarse en su propio vómito y morir.

Entramos en la casa y no consiguió llegar más allá del sofá. Se derrumbó sobre los cojines y se llevó las rodillas al pecho. Se le cerraron los ojos y se sumió inmediatamente en un profundo sueño.

Me senté en la butaca y saqué el teléfono.

«Me voy a quedar aquí esta noche».

Botón me respondió al mensaje.

«¿Está bien?».

«Perfectamente. Pero no lo estará mañana cuando se despierte».

---

CANE NO SE DESPERTÓ HASTA LAS DOCE DE LA MAÑANA SIGUIENTE.

Gerald me había preparado el desayuno y café, y yo estaba viendo la televisión en la sala de estar mientras esperaba a que Cane se levantara. Debería haber estado en el trabajo ocupándome del negocio o en casa con mi mujer. Pero en vez de eso, estaba allí atrapado asegurándome de que Cane no necesitara que lo llevaran al hospital.

Cuando por fin se despertó, se pasó las manos por la cara y gimió. Se llevó los dedos a las sienes y supe que estaba combatiendo una migraña.

Seguía sin sentirme mal por él.

Finalmente se sentó derecho en el sofá y se frotó los ojos para despejarse. Le llevó casi cinco minutos darse cuenta de que estaba sentado en la butaca a su lado. Era obvio que no recordaba nada de la noche anterior. Probablemente no tuviera ni idea de cómo había llegado a casa. A lo mejor ni

siquiera se acordaba de haber estado en la comisaría.

—¿Crow...?

—Sí. —Le dirigí una mirada fulminante cargada de decepción—. ¿Te sientes fatal?

—Un poco.

—Bien. —Le lancé un bote de analgésicos.

En cuanto lo atrapó, abrió la tapa y se metió dos pastillas en la boca. Se las tragó en seco, a pesar de que Gerald ya le había dejado un vaso de agua en la mesita del sofá. Cane volvió a frotarse la sien y luego se recostó contra los almohadones, con aire de agotamiento a pesar de acabar de dormir doce horas seguidas.

—¿Pero qué coño has hecho, Cane? —No sólo estaba cabreado con él por su temeridad. Estaba desilusionado. Después de todo lo que habíamos pasado, ¿cómo podía ser tan despreocupado con su propia vida? Estaba a punto de ser tío. Tenía un hermano que vivía al final de la carretera. Nada de todo eso significaba nada para él.

—No te mosquees conmigo, pero... ¿qué pasó anoche?

Madre mía.

—Te arrestaron por conducir borracho. Te recogí de la comisaría y te traje aquí.

Se frotó la mandíbula y soltó un gruñido.

—Joder.

—Me he quedado aquí para que no te ahogaras con tu propio vómito, pero debería haber estado en casa con mi familia.

Dejó caer la cabeza, entornando avergonzado los ojos.

—¿En qué coño estabas pensando?

—¿No es obvio? —preguntó—. No estaba pensando en absoluto.

—¿Eso es una excusa? —pregunté con incredulidad—. Anoche podrías haber matado a alguien.

—Lo sé...

—No das esa impresión, capullo. Ha sido la cosa más estúpida que te he visto hacer jamás, y mira que te he visto hacer cosas estúpidas.

—Salí con unos cuantos tipos por Florencia... Bebimos demasiado... Me pasé.

—¿Pero por qué ibas a pasarte de esa manera?

Él miró al suelo.

—Ya sabes por qué, Crow.

Adelina.

—Que ella no esté no quiere decir que tú tengas que sabotear tu propia vida.

—No he hablado con ella desde hace un mes. No ha llamado. Dijo que me echaba de menos y desde entonces no he vuelto a saber más de ella...

—Eso no importa. Sé un hombre y sigue adelante.

—¿Tú seguirías adelante si se tratara de Pearl?

No. Jamás me recuperaría si la perdiera.

—No es lo mismo.

—Es lo mismo.

—No, yo nunca me pondría como una cuba y después cogería el coche. Y eso lo puedo decir con total confianza.

Se volvió a pasar las manos por la cara.

—Sé que fue una estupidez.

—Una puta estupidez.

—Nunca volveré a hacerlo.

—Más te vale.

—Me sorprende que la policía me dejara marchar.

—Dijeron que nos iban a dar una advertencia. Pero la próxima vez no serán tan amables.

Asintió.

—Eso fue un detalle por su parte.

—A mí no me lo parece. Tendrían que haberte metido en la cárcel unas

cuantas semanas para que te entrara bien la lección en la cabeza.

Suspiró.

—Dame un respiro. He dicho que lo sentía y que no lo voy a volver a hac...

—¿Que te dé un respiro? —Me puse de pie al instante, preparado para la pelea aunque nadie hubiera sacado las pistolas—. No, no te pienso dar ningún puto respiro. Eres toda la familia que me queda en el mundo, Cane. Somos sólo tú y yo. Somos todo lo que nos queda. Si te perdiera... —No pude ni terminar la frase. Cane significaba más para mí de lo que había significado cualquier otra persona de la familia. Me cabreaba, me volvía loco y algunas veces me hacía desear matarlo, pero en último término, era mi hermano. Siempre podría confiar en él, pasase lo que pasase. Sabía que si a mí me pasaba algo malo, él ocuparía mi lugar y cuidaría de Botón y de mi bebé. Era el tipo de lealtad que sólo se encontraba en la familia.

Cane levantó la mirada hacia mí con el sufrimiento en los ojos.

—Siento que estés dolido por lo de Adelina. De verdad que sí. Desearía que todo hubiese salido bien. Pero estar a punto de matarte a ti mismo no es la solución. Si quieres volver a emborracharte de esa manera, hazlo aquí. No vuelvas a cometer un error semejante. Lo digo en serio.

—No lo haré —susurró él.

—Necesito que me des tu palabra, Cane.

—Tienes mi palabra...

Salí de la sala de estar sin volver a dirigirle la mirada.

—No quiero verte en una semana. Ahora mismo no puedo ni mirarte...

ADELINA

Alquilé una casa a sólo unas cuantas manzanas de la de mis padres.

No les entusiasmó que me marchara e hicieron todo lo posible para que me quedara, pero yo necesitaba mi propio espacio. Cuando les conté que había encontrado una casita preciosa justo al final de la calle, terminaron por aceptar la situación, dado que estaba tan cerca. Cuando se iban a trabajar por la mañana pasaban por delante de mi casa todos y cada uno de los días.

Yo me matriculé en la universidad para obtener mi título de profesora en la misma facultad en la que me había graduado de la diplomatura. La atención de los medios de comunicación por fin había empezado a disiparse, ahora que ya había pasado un mes. Las noticias habían cambiado y ahora todos estaban más interesados en las próximas elecciones.

Por fin me dejaron en paz.

Pero lo que no se podía negar era el hecho de que yo era una de las personas más famosas del país. Cuando iba al supermercado, la gente se me quedaba mirando. Cuando los coches pasaban a mi lado por la carretera, los conductores me miraban dos veces. Si salía a dar un paseo por el exterior de mi casa, la gente me sacaba fotos con sus teléfonos.

No me gustaba todo aquello.

Pero mantenía la cabeza baja y hacía lo posible por ignorarlos.

Mi casa era bonita. Era pequeña, con dos dormitorios, una sala de estar de tamaño decente y una preciosa cocina. No necesitaba demasiado espacio porque sólo vivía yo. Abarataba el alquiler, lo cual también era una ventaja. Utilicé el dinero de Cane para pagarme el primer semestre de clases además del alquiler. Quería conseguir un trabajo, pero dado que la gente seguía tan interesada en mí, me pareció que todavía era demasiado pronto.

Mi deseo era poder acabar teniendo una vida normal.

Pensaba en Cane todos y cada uno de los días. Estaba en mi pensamiento en cuanto me levantaba por la mañana, durante el día y cuando me iba a dormir. Normalmente también poblaba mis sueños, y me sorprendía que muchos de ellos fuesen de carácter sexual.

Mi cuerpo echaba de menos el sexo.

Pero yo echaba de menos el resto de él también.

Me preguntaba si estaría pensando en mí cuando yo pensaba en él. Me preguntaba si querría llamarme. Me preguntaba por qué no lo había llamado yo.

La última vez que habíamos hablado por teléfono, había tenido un desliz y le había dicho que lo echaba de menos.

No quería ni imaginar qué más le diría si hablaba con él de manera regular. No me ayudaría a seguir con mi vida. No me ayudaría a volver a ponerme en marcha. Sólo me mantendría atada al pasado mientras yo intentaba continuar avanzando hacia el futuro.

El campus era exactamente como yo lo recordaba, pero ahora parecía totalmente diferente.

Porque todos los estudiantes sabían exactamente quién era yo.

Cada vez que quería hablar con un chico que me parecía atractivo, solía apartarse a toda prisa de mí. Hacer amigos me resultaba muchísimo más difícil que antes, porque la gente me trataba como si tuviera alguna enfermedad infecciosa. Los trabajos en grupo eran incómodos. Los miembros del grupo solían reunirse a mis espaldas y terminar el proyecto sin pedir mi

aportación.

Me evitaban.

Yo sabía que no me odiaban por lo que me había sucedido. Simplemente, no sabían cómo actuar. No sabían qué decir, porque me habían vendido y usado como esclava sexual. No era como si tuviéramos que tener un debate sobre el asunto, pero sólo con mirarme me hacían sentir incómoda.

Estaba en mi ciudad natal, pero me sentía como en un planeta diferente.

No estaba a gusto.

Lo único que no había cambiado eran mis padres. Me trataban como a un objeto delicado, pero estaban tan contentos de verme como siempre. Mi madre me seguía haciendo la cena y llevándomela porque sabía que no se me daba muy bien cocinar.

Echaba de menos a Gerald.

Echaba de menos el olor de la campiña toscana, el modo en que las ramas de olivo sobresalían, ofreciendo su sombra al patio. Echaba de menos la visión de los viñedos, el olor a vino. Echaba de menos dormir en aquella cama gigantesca con sábanas increíblemente suaves.

Y echaba de menos al hombre con quien solía pasar mi tiempo.

¿Desaparecería alguna vez aquel sentimiento?

¿O acaso Cane había tenido razón en todo?

Aquel lugar ya no era mi hogar.

Él era mi hogar.

Aquella noche cené delante de la televisión y después trabajé un poco en mi ordenador. Mi programa de magisterio eran todo trabajos individuales y en grupo. En unos meses, me asignarían un aula para empezar a dar clase a los estudiantes. Aquello era lo que esperaba con más ilusión. Era el aspecto del trabajo que más me emocionaba. Quería trabajar con niños todos los días, ejercer una influencia en sus vidas como la habían ejercido conmigo.

Pero primero tenía que hacer esto.

Terminé mi trabajo y me fui a la cama. Había comprado muebles nuevos



porque mis padres no querían deshacerse de mis antiguas cosas. Querían aferrarse a ello porque todavía contenía mi esencia. Si alguna vez me casaba y me mudaba a mayor distancia, querían tener un lugar en el que pudiera quedarme cuando fuese de visita.

Yo era incapaz de imaginarme a mí misma casándome.

Ningún hombre me miraba siquiera.

Para ellos era como mercancía estropeada. Era repugnante. Era una víctima.

Estaba tumbada en la oscuridad, pero no podía dormir. Tenía clase a primera hora de la mañana, pero aquello no hacía que se me cerraran los ojos. Contemplaba el techo, llevando la camiseta que le había cogido a Cane. Me preguntaba si se habría dado cuenta del robo en las últimas semanas. O a lo mejor tenía tantas camisetas que ni siquiera le importaba.

Me quedé mirando el teléfono, y una sensación de vacío empezó a formarse en mi estómago.

Lo echaba de menos.

Lo echaba más de menos ahora que nunca.

Pero no debería llamarlo. No debería interrumpir su vida. Si estaba pasando página, no quería sabotear sus esfuerzos.

Pero no tenía a nadie más con quien hablar en el mundo. Él era el único que me entendía de verdad. Era el único que sabía por lo que yo había pasado. A él no necesitaba explicarle nada. Él me entendía.

Mi resolución flaqueó y cogí el teléfono.

Allí debía de ser temprano por la mañana. Probablemente estuviera trabajando o desayunando. O a lo mejor había salido a correr. No lo sabría hasta que respondiera al teléfono.

Lo cogió con rapidez, contestando al segundo tono.

—*Bellissima*.

Era la palabra más maravillosa que jamás había escuchado. Contenía una bienvenida mucho más profunda de lo que parecía en la superficie. Encerraba

tanto de nuestra relación, tanta de la conexión que existía entre nosotros...

—Espero no haberte llamado en mal momento.

—De día o de noche, nunca es un mal momento —dijo en voz baja.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy sentado en el coche frente a las bodegas. Acabo de aparcar.

—¿Qué tal tiempo hace?

—Soleado sin nubes —dijo él—. El sol salió hace algunas horas y las uvas brillan a la luz. Hoy vamos a cosechar, así que van a venir un montón de habitantes locales para ayudarnos a recoger la fruta.

—Eso suena agradable.

—No es un mal modo de pasar el día.

—No... —Me puse de lado y cerré los ojos, deseando estar a su lado en aquel paraíso toscano.

—¿Qué tal la vida en Carolina del Sur? —Sonaba igual que antes, animado y relajado. No parecía triste, como lo había estado en el aeropuerto. O estaba haciendo una buena actuación o había aceptado el hecho de que yo estaba viviendo una nueva vida.

—No está mal. —Quería decirle que era fantástica, que me encantaban las clases y todo lo demás de mi vida. Quería decirle que había hecho nuevos amigos y recuperado el contacto con los antiguos. Quería decirle que mis padres y yo habíamos hecho un viaje familiar, a pesar de que no podíamos ir a ninguna parte sin ser reconocidos. Pero no dije nada que aquello, porque no era verdad.

—¿Lo estás pasando mal? —preguntó con tranquilidad.

—No es... lo que yo había esperado.

Él guardó silencio, invitándome a continuar.

—Todo el mundo sabe quién soy. La gente me saca fotos por donde voy. Mi historia salió mucho en los medios, así que todos mis compañeros de clase saben todo lo que me pasó. La gente va de puntillas a mi alrededor como si yo fuera a explotar en cualquier momento. Mis antiguos amigos no

saben cómo comportarse cuando están conmigo. Ni un solo chico me ha pedido salir. Ni siquiera he conseguido un trabajo, porque sé que la gente se sentirá incómoda cuando tenga que interactuar conmigo...

Él suspiró al otro lado del teléfono.

—Siento oírlo. —Aunque me había advertido sobre todo esto, parecía sincero—. ¿Qué tal tus padres?

—Son lo único que no ha cambiado. Jugamos a juegos de mesa y todavía nos sentamos para comer. Eso me gusta. Pero es lo único que resulta agradable.

—Al menos los tienes a ellos.

—Sí... Me he mudado a una casita al otro lado de la calle. Necesitaba mi propio espacio y ellos se mostraron reacios a dejarme marchar. Pero ahora les parece bien.

—Está en una buena zona, ¿verdad? —Surgió su lado protector, una versión de él que nunca moriría, sin importar cuántos kilómetros nos separaran.

—Muy buena.

—¿La has comprado?

—No, sólo alquilado.

Cane no expresó su desilusión porque no me hubiera comprado nada.

—Desearía que las cosas te fuesen mejor, *Bellissima*. Todo lo que te puedo decir es que mejorarán con el tiempo. Dentro de unos años, la gente se olvidará de tu historia.

Yo no quería esperar años para tener una vida normal.

—Sí...

Cane se quedó al teléfono conmigo, en silencio, disfrutando de mi presencia a pesar de que no estuviéramos manteniendo una conversación.

—La última vez que hablamos por teléfono, me dijiste que me echabas de menos.

Contuve el aliento.

—Me colgaste antes de que pudiera contestarte lo mismo. Así que te lo voy a decir ahora. Yo también te echo de menos, *Bellissima*.

Cerré los ojos y sentí un dolor en el pecho.

—Tu ropa sigue en el armario. Tu maquillaje sigue en mi cuarto de baño. Sigo sin dormir en tu lado de la cama, por lo acostumbrado que estoy a que estés tú en él. Es una costumbre que no consigo romper.

No tenía respuesta para unas palabras tan bonitas, así que no dije nada de nada. Ya tenía los ojos llenos de lágrimas y deseaba estar sentada junto a él en aquel coche. Deseaba poder mirarlo a la cara, tocar su barba.

Cuando Cane entendió que no iba a decir nada, cambió de tema.

—A Pearl se le está empezando a notar. Se le ve la barriga a través de la camiseta.

—Ooh...

—Crow está muy contento. Se nota que se ha adaptado bastante bien a la idea de ser padre, a pesar de que el bebé todavía no haya llegado.

—Será un padre estupendo.

—Sí, lo será —susurró él—. Aparte de eso, no está pasando nada nuevo. Seguimos trabajando en las segundas bodegas y yo me he empezado a encargar de las originales para que Crow pueda estar más tiempo en casa con Pearl.

—Eso es un detalle.

El silencio volvió a la conversación. Estábamos juntos, absorbiendo la tensión silenciosa que existía entre nosotros. Sabía que Cane no quería colgar a pesar de no tener nada que decir, y yo tampoco quería hacerlo. Lo quería a mi lado en aquel preciso instante.

Pero aquello no se lo podía decir.

Después de otros cinco minutos de silencio, Cane dijo:

—Debería irme a trabajar...

—Sí, yo debería dormir un poco.

—Me puedes llamar para lo que quieras, *Bellissima*. Hasta si sólo

necesitas alguien con quien hablar.

—Lo sé.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Quería oírle decir que me amaba, hasta si yo no le decía lo mismo. Quería sentir su amor envolviéndome, haciéndome sentir segura en aquel lugar extraño. Me sentía como si estuviera en otro planeta, caminando por su superficie con extraterrestres más que con personas.

—Te amo. —Colgó de inmediato, cortando la línea antes de que yo tuviera la oportunidad de responder algo... o de no hacerlo.

Y supe que esa era la razón por la que lo había hecho.

CANE

Después del incidente que había tenido con el coche, me mantuve alejado del alcohol.

Era demasiado pronto para confiar en mí mismo con ese tema.

Cuando salí con aquellos tipos en Florencia, sólo buscaba una distracción para poder dejar de pensar en Adelina. Si alguna mujer coqueteaba conmigo y quería rollo, aceptaría para poder ahogar mis penas con otra persona.

Pero cuando las mujeres se me acercaban, yo no picaba el anzuelo.

No las quería a ellas.

Antes las mujeres solían curarme de mis otros males, pero ahora aquello ya no resultaba efectivo. Así que en vez de ello me volví hacia el alcohol, bebiendo cantidades más que excesivas. Me emborraché hasta tal punto que todavía no recordaba la mayor parte de aquella noche. Ni siquiera recordaba haberme puesto detrás del volante para volver a casa en coche. No recordaba que me hubiese parado la policía, ni tampoco a mi hermano llevándome a casa.

Era patético.

Llevaba una semana sin ver a Crow porque sabía que me lo había dicho en serio.

No quería ni verme la cara.

Lo entendía perfectamente. Yo tampoco tenía muchas ganas de hacerlo.

Al entrar aquel día en las bodegas, me sentía débil y desesperado. Acababa de hablar con Adelina, pero aquello no me había animado. Me dolía que fuese infeliz. Me dolía que la gente la tratara como a una víctima, en vez de como a la mujer espectacular que era. Me molestaba que sintiera que aquel ya no era su lugar.

Estaría mintiendo si dijera que no deseaba que decidiera dar todo aquello por perdido y volver.

Pero también quería que fuese feliz.

Se trataba del primer momento de altruismo que había tenido jamás, y aquello me hizo sentir aún peor. Me hizo darme cuenta de que realmente amaba a aquella mujer desde el fondo de mi corazón. Mi amor por ella era desinteresado, real y profundo. La trataba como Crow trataba a Pearl: como si fuera lo único que importara en el mundo.

Darme cuenta de aquello me generó una intensa oleada de tristeza.

Entré en el almacén, esforzándome por centrarme en lo que se suponía que tenía que hacer. Mi mente continuaba saltando a Adelina, imaginándosela tumbada en la cama completamente sola. Eso era lo que estaba haciendo ahora mismo, probablemente todavía pensando en mí.

Le había dicho que la amaba, sin importarme si ella me repetía las mismas palabras.

Había querido que supiese que seguía amándola tanto como siempre... aunque el resto del mundo la considerara un entretenimiento.

Crow entró unos minutos después, vestido con un traje negro. El aura que rodeaba su cuerpo seguía siendo ligeramente hostil y tuve la certeza de que continuaría así durante un tiempo, hasta que me perdonase de verdad por lo que había hecho.

En aquel momento, la verdad era que no me importaba.

Crow me habló de los envíos que salían aquella tarde, dándome un recordatorio a pesar de que a mí no se me había olvidado nada. Sólo había

pasado una semana. Lo único que había hecho durante ese tiempo había sido pensar en Adelina y en el hecho de que no estaba trabajando porque mi hermano no me quería ni ver.

Asentía a lo que me iba diciendo sin auténtico interés.

Crow me miraba con desconfianza, sabiendo que tenía la mente en otra parte.

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado Adelina cuando acababa de aparcar. —Cogí la documentación de los envíos de la carpeta y comprobé los números de serie con las barricas.

—¿Te ha llamado? —Crow se acercó a mí y me quitó la carpeta de la mano—. ¿Qué te ha dicho?

—Le está costando adaptarse. La gente la ve como una atracción de feria.

—¿Porque su historia salió en todas las noticias?

Asentí.

—No le está gustando demasiado. Se siente un poco perdida.

—¿Te dijo que quería volver? —preguntó él.

—No... —Había estado deseando escuchar aquello, pero no lo dijo. Yo no pensaba presionarla en ninguna dirección. Si ella quería volver, tendría que tomar aquella decisión por sí sola.

—¿Pero odia aquello?

—No me dijo que lo odiara. Sólo que no le gustaba.

Crow dejó a un lado la carpeta.

—Tienes que ir a por ella, Cane.

—¿Cómo?

—Ve a por ella —repitió él—. La dejaste marchar porque eso era lo que ella quería. Pero ahora te ha dicho que no está saliendo todo como ella pensaba. Eso quiere decir que tienes que ir allí y recordarle por qué tiene que volver. Se trata de tu mujer... así que ve a por ella.

—Eso es exactamente lo contrario de lo que me dijiste que hiciera al



principio.

—No lo es —dijo él—. Ella se quería marchar y tú tenías que permitirselo. Mantenerla cautiva no era la solución. Pero ahora está perdida... Ahora no es feliz. Está viviendo en un mundo en el que la gente hace que se sienta sucia. Ve a hablar con ella.

No había nada que yo deseara más. Esta miserable existencia sólo era vida a medias. El tiempo pasaba lentamente porque mi vida carecía de significado. Tenía el corazón destrozado, de tal manera que era imposible de reparar.

—Lo digo en serio —presionó Crow—. Ve.

—¿Eso es lo que tú harías si se tratase de Pearl?

Sacudió la cabeza.

—A estas alturas ya estaría a medio camino del aeropuerto.

---

SALTÉ AL AVIÓN Y ATERRICÉ EN ESTADOS UNIDOS UNA ETERNIDAD DESPUÉS. Debido al cambio horario, las escalas y los largos vuelos, era de noche cuando llegué. Quería presentarme inmediatamente en su casa y llamar a la puerta, pero era demasiado tarde para hacerlo.

Tendría que esperar hasta el día siguiente.

Me registré en el mismo hotel en el que me había alojado con ella la última vez que había estado allí.

Crow me llamó cuando llevaba una hora allí.

—Oye, ya has aterrizado, ¿no?

—Pareces preocupado —bromeé.

—Sólo quería asegurarme. Los datos de tu vuelo no aparecen en la página web.

No daba la impresión de continuar enfadado conmigo.

—¿Me has conseguido la información que te pedí?

—Sí. Tengo su dirección. No fue difícil de encontrar. ¿Vas a ir ahora?

—No. Aquí son casi las once. Es posible que ya esté durmiendo.

—¿Vas a tener la paciencia de esperar hasta mañana? —preguntó con incredulidad.

—Esto quiero hacerlo bien.

—¿Y qué vas a hacer exactamente? —preguntó.

—Me pasaré por allí y la invitaré a cenar.

—No es mala idea.

—Quiero demostrarle que no me podría importar menos lo que le ha pasado. Cuando todos se la quedan mirando como si fuera alguna clase de monstruo de feria, yo la veo como la mujer preciosa que realmente es. La quiero en mi cama durante el resto de mi vida. Soy lo bastante hombre para borrar cualquier recuerdo que conserve de los otros. Será como si nunca hubieran existido.

Crow hizo una pausa al otro lado de la línea.

—Deberías decirle eso.

—Lo haré.

—Cuéntame qué tal va la cosa. Pearl y yo esperamos que vuelva contigo.

—Pues ya somos tres.

---

ESPERÉ HASTA ÚLTIMA HORA DE LA TARDE ANTES DE PARAR EL COCHE FRENTE a su casa. Era una pequeña casita situada entre dos casas de mayor tamaño. Era mucho más pequeña que la mansión que había compartido conmigo, pero de alguna manera me recordaba a ella.

Le iba perfectamente.

El sol acababa de ponerse y empezaba a caer la noche. Contemplé unos instantes la puerta delantera y estudié las ventanas. Advertí la suave luz azulada en movimiento, evidentemente la luz que proyectaba una televisión.

Estaba en casa.

Salí del coche y recorrí la acera hasta llegar a su porche delantero. No la había visto en seis semanas. A lo mejor estaba diferente. Podía tener el pelo más largo. Podía haber perdido o ganado algunos kilos. Podía parecer triste o contenta. La verdad era que no sabía lo que esperar.

Me quedé allí intentando organizar mis pensamientos. Se sorprendería mucho al verme al otro lado de la puerta. Sólo esperaba que, al disiparse la sorpresa, lo que quedase debajo fuese alegría. Apoyé los nudillos contra la madera e hice una larga pausa antes de llamar por fin.

Estaba sucediendo.

Ahora ya no había vuelta atrás.

Escuché sus pisadas en el interior de la casa. Se fue acercando hasta detenerse justo en la entrada.

Supe que estaba mirando primero por la mirilla.

Buena chica.

Me pregunté qué cara pondría al darse cuenta de que era yo. Probablemente se le habían abierto mucho los ojos y se le habían separado los labios al aspirar hondo. El corazón le golpearía las costillas con fuerza en su atolondrada carrera.

Sonó la cerradura y ella abrió la puerta.

En cuanto la vi, me quedé sin aliento. Estaba tan guapa como la recordaba, con su largo cabello castaño y sus ojos color moca. Llevaba una camiseta de manga larga y unos vaqueros negros, e iba descalza. Era más de un palmo más baja que yo, pero su presencia de ánimo compensaba su reducido tamaño. Era voluptuosa, sensual y absolutamente perfecta.

Ahora la echaba de menos más que nunca.

Se sujetaba a la puerta para mantener el equilibrio mientras procesaba lo que veían sus ojos. Los movía de un lado a otro mientras observaba mi expresión, contemplando a un hombre que reconocería en cualquier parte. Sería capaz de reconocer mi voz en una habitación atestada con los ojos

tapados. Abrió la boca para decir algo, pero no emitió ningún sonido.

—¿Quieres cenar conmigo? —Tenía todo un discurso preparado sobre estar en la ciudad por negocios, pero pensé que no tenía ningún sentido decir una cosa así. Se daría cuenta al instante. El motivo evidente por el que estaba allí era verla.

Soltó la puerta y una sonrisa sustituyó su sorpresa.

Justo lo que yo había deseado.

—Sí... Me encantaría.

---

LA TOMÉ DE LA MANO Y LA CONDUJE HASTA LA MESA HACIA LA QUE NOS dirigía la camarera. Nos sentamos, cogimos nuestras cartas y después volvimos a estar solos.

Era la primera vez que comíamos juntos en público.

Era básicamente nuestra primera cita... nuestra primera cita de verdad.

Ella mantenía abierta la carta entre las manos, pero no paraba de lanzarme miradas a escondidas.

Yo ignoraba mi carta por completo, muchísimo más interesado en mirarla a ella. Tenía exactamente el mismo aspecto. No había cambiado absolutamente nada. Esperaba ver melancolía en sus ojos, pero no encontré ni rastro. A lo mejor cuando estaba conmigo, de verdad sentía algo parecido a la felicidad.

O al menos eso deseaba yo.

Volvió a bajar la vista hacia la carta con una sonrisa en los labios.

Echaba de menos aquella sonrisa.

—Eres tan guapa como recordaba.

Un rubor se extendió por sus mejillas.

—Gracias...

Le eché un vistazo a mi carta, escogí algo decente y la dejé a un lado.

Apoyé los codos encima de la mesa y me incliné hacia ella, deseando que entre nosotros hubiese la menor distancia posible.

Ella cerró su carta y la dejó en la mesa junto a ella.

—¿Qué vas a tomar?

—Un poco de pasta. He escogido algo al azar.

—Yo también. —Sentí las comisuras de los labios elevarse formando una sonrisa.

Se acercó el camarero. A juzgar por el modo en que no le quitaba la vista de encima a Adelina, la había reconocido.

—Eh... ¿Qué desean tomar?

Pedimos y le tendimos nuestras cartas.

El camarero continuaba mirándola, entrecerrando los ojos para recordar dónde había visto antes aquel rostro exactamente.

—¿Hay algún problema? —Mantuve el tono bajo, pero mi frialdad resultaba inconfundible.

—No... ninguno. —Se alejó, dejándonos solos otra vez.

La sonrisa de Adelina desapareció a causa del encuentro.

Extendí la mano por encima de la mesa y tomé la suya. Debería haber mantenido las muestras de afecto al mínimo, pero no pude. Ahora que la tenía tan cerca, no era capaz de contenerme. La echaba de menos con locura. La echaba todavía más de menos ahora que la tenía justo enfrente.

Su mano se aferró a la mía de inmediato, como si hubiera estado deseando aquel cariño.

Ignoramos la cesta de pan que había sobre la mesa y nos dedicamos a mirarnos el uno al otro. Igual que en las conversaciones silenciosas que habíamos mantenido por teléfono, hacíamos lo mismo ahora. El momento estaba lleno de la misma intensidad, del mismo anhelo.

En ningún momento me había preguntado qué hacía allí.

Y yo no había sentido la necesidad de dar explicaciones.

Nos limitamos a saborear la compañía del otro en medio de la sala llena

de gente, ignorando las miradas indiscretas que nos dirigían. La gente estaba juzgándonos, a los dos. Está cogiéndole la mano a un hombre por lo menos cinco años mayor que ella. ¿Ya está saliendo con alguien, después de lo que ha pasado? ¿Yo quería estar con una mujer que había sido vendida y comprada? Por sus mentes pasaban un millón de pensamientos.

Pero ellos no nos conocían. Nadie lo hacía.

Los únicos que nos entendíamos de verdad éramos ella y yo.

---

ENTRAMOS EN SU CASITA Y ME ENSEÑÓ LA SALA DE ESTAR Y LA PEQUEÑA cocina.

—No es mucho, pero es perfecto para mí.

—Me gusta. —Tenía un solo sofá, una pequeña televisión y un cuarto de baño minúsculo. Para una mujer como Adelina, alguien que no necesitaba demasiado, era perfecto—. Muy bonito. —Me había metido las manos en los bolsillos para no extenderlas de inmediato y posarlas en sus caderas. Hasta ahora, parecía que la cosa iba bien. Sonreía al mirarme, me había cogido de la mano en el coche al volver y ahora me estaba dedicando la misma mirada de deseo con la que yo la miraba.

Igual que en el restaurante, el ambiente volvía a estar tenso.

Aún no me había preguntado por qué estaba allí. Me hizo preguntarme si era porque no le importaba. A lo mejor estaba tan contenta de verme que daba igual.

Me acerqué a ella hasta cruzar oficialmente una línea invisible e introducirme en su espacio personal. Saqué las manos de los bolsillos y mi cuello se inclinó hacia ella. Contemplé sus labios, desesperado por besarla.

Sus labios se entreabrieron ligeramente.

Aquella era la invitación que había estado esperando. Mi mano se introdujo en su cabello y avancé hacia ella, sin detenerme hasta sentir sus

labios contra los míos. La besé con una lentitud intencionada, haciendo todo lo posible por mantener la suavidad. No podía devorarla por las buenas. Aquello tenía que hacerse con delicadeza, sin apresurarse.

Me devolvió el beso de inmediato, rodeándome el cuello con un brazo. Se puso de puntillas para poder llegar mejor a mi boca. Me besó con más fuerza, dejando escapar un gemido de desesperación entre los labios. Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca, con mi mano todavía enterrada en su pelo.

Ella era la que me estaba besando con más intensidad.

Más profundidad.

Más velocidad.

Ya no conseguía marcar yo el ritmo. Quería mantenerlo lento y suave, pero ella deseaba mucho más que eso. Así que lo dejé estar... besándola exactamente como ella quería ser besada.

Mis manos exploraron su cuerpo, sintiendo las deliciosas curvas de su cintura y de su vientre. Mis manos temblaban a su contacto y la excitación me abrasaba desde el interior hacia fuera. Mi anhelo se hacía más intenso y no lograba convencerme de que aquello estaba sucediendo de verdad.

La estaba besando.

Nada más que la semana pasada me había estado ahogando en alcohol suficiente para ponerme en coma.

Pero ahora, mi mujer estaba entre mis brazos.

Me tiró de la parte de delante de la camiseta y me guio por el corto pasillo hasta su dormitorio. Tenía una cama doble en el pequeño cuarto, un colchón apenas lo bastante grande para aguantar a un hombre como yo. Pero aquello no iba a impedirnos a ninguno de los dos obtener lo que deseábamos.

Su camiseta salió volando.

Mis zapatos aterrizaron de una patada en el otro lado del cuarto.

Su sujetador cayó al suelo.

Mis vaqueros desaparecieron a tirones.

Una a una, hasta la última prenda de ropa cayó sobre la moqueta, hasta

que ambos estuvimos completamente desnudos.

Apreté sus pechos y le di un beso en el cuello, enardecido por su olor. La besé con fuerza, mordisqueé el lóbulo de su oreja y la guie retrocediendo hasta la cama. Tenía la erección más impresionante de toda mi vida. Jamás había visto a una mujer tan guapa, tan categóricamente perfecta.

Estaba tumbada de espaldas debajo de mí, con las piernas ya separadas con impaciencia. Tiró de mí para acercarme a ella y me rodeó los hombros con los brazos.

Me deslicé en su interior, gimiendo al sentir lo empapada que estaba. Estaba más mojada que nunca, estrecha y resbaladiza. Me introduje en ella hasta el fondo y observé su cara iluminándose de placer.

Me deseaba muchísimo.

Subió una mano hasta mi pelo y me miró mientras empezaba a moverme. Yo había pensado que nos tomaríamos aquello con calma, pero ella no quería calma. Me quería tener entero, todo lo que lograra obtener. Me tiraba del pelo y me besaba, gimiendo entre alientos.

—Cane...

—*Bellissima...* —No había nada mejor que aquello. Nada en el mundo podría hacerme tan feliz como me hacía aquella mujer. La había perdido antes y había sido una experiencia deprimente. Ahora que estaba con ella otra vez, hasta sin decirnos demasiado, volvía a sentirme completo.

Parecía lo correcto.

Siempre parecía lo correcto.

No había estado con nadie más en las últimas seis semanas, así que pensé que me correría antes de lo deseado. Pero la conexión que compartía con ella evitó que aquello sucediera. Me concentré en ella, en cómo movía los labios contra los míos. Estaba enterrado en su interior, pero la satisfacción que obtenía era más que física.

Era espiritual.

Ella se movía conmigo, aceptando todo lo que yo le ofrecía. El sudor se



acumulaba en sus pechos y ella me gemía en la boca mientras hacíamos el amor en su pequeña cama. Me clavó las uñas en la espalda y tiró de mí con más fuerza, introduciéndome en ella a más profundidad.

El sudor me caía por la espalda, pero el calor no me hizo bajar el ritmo. Quería estar haciendo aquello para siempre. Así habría sido, de haber podido.

Me puso ambas manos en la nuca y utilizó los abdominales para frotarse contra mí.

—Cane... Te amo. —Me miró a los ojos al decírmelo, con la mirada llena de pasión y la cara llena de promesas.

Me introduje en ella por completo y me detuve mientras la miraba desde arriba. Yo le había confesado muchas veces mis sentimientos, pero ella nunca me había correspondido. No había podido más que imaginarme qué se sentiría, pero la realidad era mucho mejor que mis fantasías. Era lo más hermoso que había escuchado jamás. Me convertía en el hombre más feliz del planeta.

—Yo también te amo.

---

ME DESPERTÉ CON TODO SU CUERPO PEGADO AL MÍO. TENÍA UNA PIERNA doblada entre mis muslos y el brazo rodeándome el torso. Apoyaba la cabeza en mi hombro a modo de almohada y había dormido prácticamente encima de mí. Era la misma postura que solía adoptar cuando dormíamos juntos; había recuperado sus antiguas costumbres en cuanto estuve otra vez a su lado.

En vez de moverme, me quedé totalmente inmóvil para poder contemplarla. Adoraba sus gruesas pestañas. Adoraba cómo se separaban ligeramente sus labios cuando estaba dormida. Su piel clara contrastaba con aquellos labios, rojos hasta cuando no se los pintaba. Estaba justo a mi lado, pero apenas podía creer que fuese real.

Era perfecta.

Yo quería inclinarme y besarla, pero estaba demasiado guapa como para turbar su sueño. Quería que estuviera totalmente despierta para poder mirarme en sus preciosos ojos, pero también que descansara todo lo que le hiciera falta. Cuando me había presentado en su puerta, no había esperado que sucediera esto.

Pero había deseado que así fuera.

Me había dicho las palabras que más deseaba escuchar. El mundo exterior no había cambiado, pero el mío sin duda lo había hecho. Ahora aquel lugar frío y oscuro florecía con extraordinaria belleza. Mi cuerpo estaba repleto de una vitalidad irrefrenable. Mi actitud era positiva y mi sonrisa contagiosa.

Era feliz.

Unos minutos después, parpadeó y abrió los ojos. Me miró directamente, con la misma sonrisa extendiéndose por sus labios.

—Justo igual que antes...

Yo solía despertarme antes y pasar la mañana mirándola hasta que se despertaba. Mi cuerpo quería ponerla de espaldas y meterse entre sus piernas, pero a mi corazón le satisfacía estar simplemente así.

—Pero mejor.

Su mano ascendió por mi pecho, con los ojos aún soñolientos. Dejé escapar un suspiro de satisfacción, disfrutando de mi presencia tanto como yo disfrutaba con la suya.

Cuánto me alegraba de haberme subido a aquel avión.

—Olvidé darte las gracias por la cena.

—Ya demostraste tu gratitud, *Bellissima*. —Tomé su mano y me la llevé a la boca. Besé sus deditos suavemente antes de devolverlos a mi pecho.

—¿Consigo comida a cambio de sexo? —bromeó.

—Consigues todo lo que tú quieras.

La alarma empezó a sonar en su mesilla de noche y ella suspiró antes de darse la vuelta y apagarla. Su espalda desnuda quedó expuesta, cubierta de piel suave a excepción de algunas cicatrices.

—Tengo clase.

Yo me olvidaba del mundo real siempre que estábamos juntos.

—¿Vas a ir?

Sacudió la cabeza antes de volver a mi lado.

—Dudo que vaya a salir jamás de esta cama.

—¿Porque yo estoy en ella? —Me moví debajo de las sábanas hasta colocarme encima de ella. Le separé las piernas con las mías hasta encontrarme perfectamente situado entre sus muslos. Mis manos se hundieron en el colchón a ambos lados de sus pechos. Con un rápido movimiento de caderas, presioné mi erección contra su abertura.

Me rodeó el cuello con los brazos, entrelazando los tobillos contra la parte baja de mi espalda.

—Echo de menos el sexo por la mañana...

Continué penetrándola, introduciéndome en ella hasta la base. Cerré los ojos mientras me deleitaba con la sensación que me producía su húmeda estrechez. Solía hacer esto todos los días. Nunca volvería a darlo por sentado. No había lugar en el mundo en el que prefiriera estar que aquel.

—Echo de menos este coñito.

—Él también te echa de menos a ti.

Mis movimientos eran graduales, haciéndole el amor mucho más lentamente que la noche anterior. Mis ojos estaban clavados en los suyos y ella tenía un aspecto glorioso bajo la luz de la mañana. Su piel resplandecía después de una estupenda noche de sueño y sus ojos tenían un brillo especial. Me provocaba suavemente con las uñas mientras me atraía hacia ella con los pies.

—*Bellissima...*

—Echo de menos oírte llamarme así.

Posé mi boca sobre la suya y la besé mientras continuaba balanceándome profundamente en su interior. Me introducía en ella todo lo que podía sin hacerle daño y después volvía a salir. Su colchón era suave como una pluma

y su sexo era como un pedazo de cielo.

No era capaz de pensar con claridad. Lo único que podía hacer era sentir... sentirla a ella, entera.

Llegó al orgasmo con más rapidez de lo habitual, tensándose alrededor de mi erección y clavándome las uñas en los músculos.

Yo quería continuar, pero después de aquel numerito suyo, era incapaz de mantener aquel nivel de pasión sin verme obligado a eyacular. Me corrí poco después que ella, depositando en su interior toda la semilla que conseguí introducir en ella.

Me quedé sobre ella porque no quería moverme de allí. Quería quedarme justo así, entre sus piernas, el lugar que me pertenecía. No había hambre en el mundo capaz de hacerme ir a la cocina. En vez de eso me la comería a ella y ya está.

El sueño había desaparecido de sus ojos. Sus labios lucían una pequeña sonrisa, sólo para mí.

Todavía no nos habíamos dicho nada de importancia el uno al otro. En cuanto había vuelto a su vida, todo había sido exactamente igual que antes. La casa no era la misma, la ciudad era extranjera y su mundo era radicalmente diferente al mío.

Pero eso no nos cambiaba a nosotros.

Sus uñas se arrastraron bajando por mis brazos hasta que sus manos descansaron sobre el colchón.

—¿Por qué estás aquí?

Mis dedos se introdujeron en su cabello y acuné su cabeza en mi palma.

—Ya sabes por qué.

Sus ojos se enternecieron.

—Intentaba no pensar en ti... pero era imposible.

—Yo no he dejado de pensar en ti en ningún momento. Todos los días.

Frotó su nariz contra la mía.

—¿Tu cama no ha recibido la visita de otras?

—Nada más que tú.

Sus ojos volvieron a conmovirse.

Yo no le hice la misma pregunta porque ya sabía la respuesta.

—Podemos pasarnos así el resto del día, pero me gustaría que nos marcháramos por la mañana. Quiero llevarte a casa, donde está tu lugar.

Era la primera vez que la veía triste desde mi llegada. Bajó los ojos y su sonrisa desapareció.

—¿Marcharnos?

Yo había dado por supuesto que aquello era lo que iba a suceder.

—¿Me estás diciendo que quieres quedarte? —Haría cualquier cosa por aquella mujer, pero yo no pintaba nada en un sitio como aquel. La población era demasiado densa. No había suficiente privacidad. Mi negocio estaba en otro país. Allí no había nada para mí... excepto ella.

—No puedo... marcharme sin más.

—¿Por qué no?

—Por mis padres. Después de todo lo que han sufrido, no puedo desaparecer otra vez por las buenas. Están contentísimos de tenerme aquí. Es como si se hubieran quitado un peso inmenso de encima. No puedo volver a hacerles daño... No puedo.

—Ellos saben que vas a estar a salvo, así que sería diferente.

—Estaría en otra zona horaria en la otra punta del mundo. Nunca los vería. Haber sido secuestrada me ha hecho apreciar más lo que tengo. No quiero volver a darlos por supuesto. No quiero que sufran más.

Era la única hija de aquellas dos personas. Ya había sufrido bastante y no tendría que sufrir más, pero yo no tenía ni idea de cómo solucionar aquel problema.

—No puedo quedarme aquí, ni siquiera por ti. —Mis ojos mostraban determinación a pesar de la tristeza—. Este no es mi lugar. Aquí no hay nada que hacer para mí. Lo más lógico es que tú vuelvas conmigo. Tenemos las bodegas, un bello hogar con vistas a los campos y millones a nuestra

disposición. No puedo traer todo ese dinero aquí sin más. Tu país tiene unas leyes muy diferentes al mío.

—Lo sé...

—Así que tendremos que hacer que funcione, *Bellissima*. Me he pasado las últimas seis semanas sin ti y ya no quiero seguir haciéndolo. Vas a volver conmigo... aunque tenga que obligarte.

Sonrió porque pensó que estaba bromeando.

—¿Otra vez poniéndote mandón?

—Sólo te digo las cosas como son. —Ahora que me había dicho que me amaba, ya no había vuelta atrás. Era de mi propiedad, lo era todo para mí. Me pertenecía, aunque la ley no lo reconociese. Si había tenido alguna esperanza de escapar de mi alcance, no debería haber pronunciado aquellas dos cortas palabras.

—No sé qué hacer, Cane. Sólo hace unas semanas que he vuelto.

—Tus padres lo entenderán. Los hijos se casan y se independizan constantemente.

—Esto es diferente, y tú lo sabes.

Sí que lo sabía. Suspiré mientras mi sexo perdía rigidez en su interior. Cuando se animara el ambiente, yo estaría preparado para volver a hacerlo.

Ella me miraba fijamente con una súplica en los ojos, como si me estuviera pidiendo que la ayudara.

—¿Qué es lo que quieres que diga? —susurré.

—No lo sé...

—No puedo mudarme aquí —repetí, porque sabía que me lo iba a pedir—. Están Crow, Pearl y mi futuro sobrino o sobrina. Crow jamás lo admitiría, pero necesita tenerme cerca. Soy todo lo que le queda y él todo lo que me queda a mí. Tú sabes que haría cualquier cosa por ti, *Bellissima*, pero eso no puedo hacerlo.

Cuando soltó el aire después de respirar profundamente, toda su esperanza se desvaneció en él.

—Lo entiendo.

Incluso en aquel momento, deseaba darle lo que ella quería. Pero aquel era un compromiso que no podía hacer.

—Vamos a hablar con tus padres. Estoy seguro de que lo entenderán cuando nos vean juntos.

—No sé...

—¿Qué otra opción tenemos? —Yo no pensaba volver a la Toscana sin ella, y ella no podía continuar con aquella existencia solitaria en un mundo al que ya no pertenecía—. Este ya no es tu hogar. Lo has intentado, pero no ha funcionado. Sabes que tu sitio está a mi lado, entre los campos dorados bajo el sol toscano.

Sus ojos se movían, mirando los míos. Apretó los labios firmemente mientras lo pensaba a fondo y por fin asintió.

—Vale... Vamos a hablar con ellos.

---

APAGUÉ EL MOTOR Y NOS QUEDAMOS SENTADOS DELANTE DE LA CASA DE SUS padres. Ya habían pasado las cinco, así que ambos estarían en casa después de volver del trabajo. Yo permanecía detrás del volante mientras ella miraba por la ventana del asiento del copiloto. Nos habíamos pasado la tarde haciendo el amor por toda su pequeña casa. La ducha era minúscula, pero de algún modo lo habíamos logrado. No habíamos comido casi nada porque estábamos demasiado absortos el uno con el otro.

Ahora, aquellos momentos de felicidad habían desaparecido, sustituidos por el temor. Adelina no quería hacer aquello, pero no le quedaba otra opción.

—Siempre podremos visitarlos cuando tú quieras —susurré yo—. Tampoco es como si fuera para siempre. Yo veo a Crow y a Pearl todos los días. Podemos pasar todas las vacaciones con tu familia. Ese es un

compromiso justo.

—Lo sé... pero es que estamos tan unidos...

Mi mano se elevó hasta su hombro y lo masajee suavemente.

—Todo saldrá bien, *Bellissima*. —Su madre me había dado las gracias por haber logrado que Adelina volviera a casa, pero aquello no quería decir necesariamente que yo les gustara. En un momento determinado, había sido mi prisionera. Yo había estado haciendo negocios con el hombre que le había hecho daño. No era el caballero de brillante armadura que habían estado deseando para su hija. Era sombrío, taciturno y peligroso.

Tras unos minutos más de espera, Adelina salió por fin del coche.

Caminamos hasta la puerta delantera, llamamos y en aquel momento estuvimos cara a cara con sus padres.

Ambos me reconocieron. Definitivamente, se acordaban de mí.

Su madre se me quedó mirando fijamente, sin una sonrisa ni una mueca. Simplemente me miraba.

Su padre tampoco sabía cómo reaccionar.

—¿Podemos pasar? —preguntó Adelina.

—Por supuesto. —Su madre retrocedió hacia el interior, todavía sin dejar de mirarme—. Lo siento... es que nos hemos asustado.

Entramos en la sala de estar, oliendo la cena en el aire.

—¿Va todo bien? —preguntó su padre.

—Sí —contestó Adelina con tono poco convincente—. Si no estáis ocupados, nos gustaría hablar con vosotros de una cosa.

—Pues claro —dijo su madre—. ¿Queréis cenar con nosotros?

—Sí —dijo Adelina.

Yo no había dicho ni una palabra hasta ese momento y sabía que tenía que hacer gala de buenos modales.

—Nos encantaría.

Nos sentamos en el comedor y su madre sirvió pollo asado, judías verdes y patatas.



Yo no tenía demasiado apetito, pero me puse a comer de todos modos. Estaba bastante bueno.

Adelina comía y hablaba con sus padres de las clases, aunque aquella no fuese la razón por la que estábamos allí.

—Entonces, ¿has venido de visita? —me preguntó su madre.

Yo tragué el agua del grifo que tenía en la boca antes de volverme hacia ella.

—Sólo quería asegurarme de que a Adelina le estaba yendo todo bien... de que se estaba adaptando a su antigua vida.

—Ah —dijo su madre—. Eso ha sido muy amable por tu parte.

—Ya se ha puesto otra vez en marcha —dijo su padre—. Tiene su propia casa y ha vuelto a la universidad. —Su voz estaba cargada de orgullo, con razón. Adelina era una mujer fuerte que no se dejaba definir por su pasado. Nunca se había rendido con su vida... ni una sola vez.

—Me he dado cuenta —dije yo—. Me alegro por ella.

Adelina alzó la vista hacia mí, con la tristeza pintada en los ojos. No quería pronunciar las palabras, romperles el corazón con la noticia que iba a darles.

Mi mano se desplazó hasta su muslo por debajo de la mesa y le di un suave apretón, diciéndole que yo me encargaría de ello.

—He vuelto porque quería asegurarme de que a Adelina le estuviera yendo bien... pero también porque estoy enamorado de ella.

Su madre no reaccionó lo más mínimo, como si hubiera estado esperando algo así.

Su padre bajó la mirada a su comida.

—Me he mantenido alejado de ella porque me dijo que quería volver y empezar de nuevo... pero me ha dicho que no lo ha estado pasando bien. Ella me echa de menos, yo la echo de menos... y ella me ama. —Observé la emotiva expresión de Adelina, a la espera del golpe final—. Hemos estado hablando de ello y hemos decidido que queremos estar juntos... en Italia.

Su madre dejó caer los cubiertos en el plato, incapaz de contener su sorpresa.

Su padre levantó la mirada, tensando todo el cuerpo. Hasta su mandíbula estaba rígida.

Las lágrimas se agolparon de inmediato en los ojos de su madre.

—Adelina, ¿es verdad eso?

Adelina por fin miró a su madre.

—Sí... Quiero estar con él. Sé que no nos hemos conocido en las mejores circunstancias, pero... no quiero estar con nadie que no sea él. Es el único que me entiende de verdad. Todos los demás me miran como si fuese un fenómeno de feria, pero Cane jamás. Me hace sentir bella cuando el resto del mundo me asusta. He intentado seguir adelante, pero este lugar ya no me parece lo mismo que antes...

—Ya veo —susurró su padre.

Su madre se secaba los ojos con la servilleta.

Me sentí fatal observando aquella escena, así que no podía más que imaginarme cómo estaría sintiéndose Adelina.

—Lo siento —susurró ella—. No quiero volver a apartarme de vosotros, pero no me puedo quedar aquí. Cane tiene su negocio y sus propiedades en la Toscana. No puede abandonar todo aquello sin más.

Su madre se puso a llorar.

—Acabamos de recuperarte...

—Ya lo sé, mamá. —Ahora fue Adelina la que empezó a llorar.

Hasta su padre tenía un nudo en la garganta.

Yo no quería destrozar una familia. Deseaba que Adelina viniese conmigo con todas mis fuerzas, pero no quería hacerla sufrir. Sus padres habían sido amables conmigo hasta sin merecérmele, y no quería hacerles una cosa así.

—Tengo otra idea.

Adelina se secó el rabillo del ojo con los dedos.

—¿Cuál?

Su madre tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Tenía los mismos ojos que Adelina y poseía la misma belleza que su hija había heredado.

Estreché la mano de Adelina por debajo de la mesa.

—Venid con nosotros.

—¿Cómo? —graznó su padre.

—Tenemos trabajos y una hipoteca —dijo su madre—. No podemos dejarlo todo tirado para irnos de vacaciones.

—Yo me ocuparé de todo —dije yo—. Os compraré una casa con algo de terreno cerca de la nuestra. Podréis ver a Adelina todos los días mientras yo estoy trabajando.

Adelina me dedicó la mirada de mayor sorpresa que le había visto nunca. Tenía la boca abierta y los ojos conmocionados.

—¿De verdad?

—¿Lo dices en serio? —preguntó su madre—. ¿Harías algo así?

Adelina no me quitaba los ojos de encima.

—¿Cane? ¿Estás seguro de esto?

Estreché su mano.

—Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida. —Si me iba a llevar a Adelina de vuelta conmigo, no tardaría en convertirse en mi esposa. Y de tener una esposa, sabía que haría todo lo que estuviera en mi mano para darle todo lo que quisiera. Si necesitaba a sus padres, aquello era lo que le daría. Era una inversión minúscula a cambio de hacer feliz a aquella mujer.

Los ojos de Adelina se llenaron de lágrimas, pero por un motivo diferente al anterior.

—Te amo.

Sonreí al ver el cariño en sus ojos.

—Lo sé, *Bellissima*.

—¿Harías eso por nosotros? —insistió su madre—. Eso es muy generoso...

—Extremadamente generoso —dijo su padre.

—¿Quiere eso decir que aceptáis? —pregunté yo—. Eso solucionaría todos nuestros problemas. Y creedme, os va a encantar la Toscana. Nunca he visto un lugar más bonito.

—Eh... —Su madre miraba fijamente a su padre, con una expresión de incredulidad en la cara.

Él le devolvía la mirada, frotándose la mejilla.

—Este es el único modo en que puedo mantenernos a todos juntos —dije yo—. Os compraré una bonita casa con privacidad de sobra. Nunca tendréis que volver a preocuparos por nada. Si decís que no, entonces vamos a vivir en extremos opuestos del mundo para el resto de nuestras vidas.

Adelina se volvió hacia sus padres, esperando la respuesta que deseaba escuchar.

Su madre y su padre se susurraban el uno al otro en su extremo de la mesa, manteniendo la voz baja para que no pudiéramos escuchar lo que decían. Después de unos minutos, se volvieron hacia nosotros.

Nos respondió su madre:

—Nos encantaría.

Adelina se levantó de un salto de la silla y se abalanzó sobre mí. Se me sentó directamente encima del regazo y me lanzó los brazos al cuello, abrazándome fuertemente como si no hubiera nadie más en la habitación.

—Gracias...

Yo le devolví el abrazo y apoyé la barbilla encima de su cabeza.

—Haría cualquier cosa por ti.

—Siento haberme alejado durante tanto tiempo... Siento no haberte dicho que te amaba.

—No pasa nada, *Bellissima*. —Sentir su rechazo me había dolido, pero ahora que la tenía, aquello ya no importaba. Ahora estábamos juntos y nada podría separarnos—. Olvídalo.

—No pongo en duda tu amor por mi hija —dijo su madre—. Pero espero

que no vayamos a estar cambiando nuestras vidas de arriba abajo por algo sin definir. —Lo que quería decir resultaba inconfundible, probablemente porque aquella había sido su intención.

Yo no pensaba llevarme a Adelina a la otra punta del mundo para que pudiera volver a ser mi prisionera. Quería que fuese algo más importante que eso. Si no se hubiera marchado, ya se lo habría pedido. No tenía ningún anillo, pero llevaba mucho tiempo guardando la intención de hacerle aquella pregunta en el corazón.

—*Bellissima*, ¿quieres casarte conmigo?

Adelina se agarró a mi brazo para no caerse y se quedó sin aliento. Como si no pudiera creer lo que había oído, observó fijamente mi expresión, buscando una confirmación.

—No me refería a este preciso instante —dijo su madre—. Sólo quería decir...

—No tengo anillo —susurré—. Pero te conseguiré el anillo que tú quieras. No deseo una boda por todo lo alto porque no tengo una gran familia, ni muchos amigos... pero quiero pasar el resto de mi vida contigo. No quiero volver a separarme nunca de ti, y te prometo que siempre te cuidaré. Nunca tendrás que preocuparte por nada, en toda tu vida.

—Cane... —Su mano se posó en mi mejilla y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Sí.

Sonreí al ver que aquella mujer me amaba tanto como yo a ella. Debería haber sabido cómo se sentía al dejarla en el aeropuerto. Debería haber sabido que estaba intentando combatir los mismos sentimientos a los que yo me había entregado.

—Sí —repitió—. Ahora, llévame a casa.

ADELINA

El vestido me estaba demasiado estrecho, pero me negaba a aflojármelo. Estaría todo el tiempo metiendo el estómago si tenía que hacerlo.

Me había puesto un vestido sencillo, blanco apagado con un simple diseño de pedrería en la parte delantera. Llevaba el pelo echado hacia atrás con una sola flor de color rosa detrás de la oreja. Mi madre me había prestado su pulsera y Pearl uno de sus collares.

Me miré en el espejo y sentí los nervios en el estómago.

No estaba nerviosa por el hombre con el que me iba a casar.

Estaba nerviosa por tener que bajar las escaleras sin tenerlo a él para sujetarme.

Íbamos a celebrar una sencilla ceremonia en el patio trasero. Mis padres tenían una casa al final de la carretera que ambos adoraban. Todo el mundo se había asentado con rapidez y yo me había sentido en casa en cuanto había vuelto a poner un pie en la Toscana.

Carolina del Sur me parecía un país extranjero.

La Toscana era ahora mi hogar. Cane era mi hogar.

Estaba a punto de convertirme en una Barsetti, un apellido que se deslizaba por la lengua con facilidad. Ganaría un hermano y una hermana y mi familia crecería. Mis padres aceptaban a Cane y sabían que era un buen

hombre, a pesar de cómo había empezado nuestra historia. Cuidaba de mí, los mantenía y demostraba su compromiso absoluto conmigo. No podían pedir más.

Pearl entró por la puerta.

—¿Estás preparada?

—Sí, eso creo. —Dejé de mirarme en el espejo y me di la vuelta hacia ella, advirtiendo su abultada barriga.

—Bien. Porque Cane está empezando a ponerse de mal humor.

—No llego tarde —me defendí yo.

—Ya, pero es que tiene un poco de prisa.

—¿Por qué?

Ella sonrió.

—Cuanto antes seas oficialmente suya, más contento estará. Eso es lo que yo creo... basándome en estar casada con su hermano.

Una sonrisa se extendió por mis labios porque sabía que tenía razón. Me acerqué hasta la ventana y eché un vistazo al patio. Cane estaba allí de pie con un traje negro y corbata, con el pelo peinado. Tenía un aspecto duro y atractivo a la luz de la tarde. Se había afeitado, así que tenía la barbilla suave y sin rastro de vello. Tenía la mirada perdida entre los campos, probablemente pensando en un millón de cosas a la vez.

Crow se puso a su lado y le pasó el brazo por los hombros. Hablaron en privado, intercambiando algunas sonrisas.

Pearl se acercó a mí.

—Actúan como si fueran unos tipos duros todo el tiempo, pero no son más que un par de nenazas.

Sonreí.

—Lo son.

—Ni en un millón de años habría imaginado que me casaría con alguien como Crow. Si me lo hubieran dicho antes de que me raptaran, no me lo habría creído. Iba contra todos mis principios. Pero ahora... no preferiría que

mi lugar estuviera en ningún otro sitio del mundo. Estoy segura de que te sientes igual con Cane. No es lo que tú esperabas. Ni siquiera lo que tú querías. Pero es exactamente lo que necesitas...

Mis ojos seguían clavados en él.

—Lo has descrito a la perfección.

---

NO ERA LA BODA DE MIS SUEÑOS.

Pero era perfecta para nosotros.

Mi padre me acompañó por el pasillo hasta llegar donde estaba Cane, bajo mi roble favorito. No lucía una intensa sonrisa de gozo como casi todos los novios, sino que me contemplaba fijamente con una mirada de intensa posesividad. Quería agarrarme y apartarme de mi padre en cuanto estuviera a su alcance. Quería hacerme suya para siempre, convertirme en una Barsetti. Quería que aquel apellido fuera grabado en mi tumba y durara para siempre.

Cuando mi padre me soltó, Cane no dudó un instante antes de cogerme de la mano y atraerme hacia sí. Una vez me puso las manos encima, la intensidad de su mirada se relajó. Me acercó a su lado y me dio un beso en la mejilla con delicadeza.

Crow estaba de pie junto a él y le dedicó una sonrisa a su hermano.

Cane me giró hacia el cura, estrechándome la mano firmemente en la suya. Leímos los votos, pero Cane parecía estar limitándose a repetirlos. Me miraba con un mensaje diferente en los ojos, diciéndome que me amaba por todo lo que habíamos tenido que soportar. Me veía como una mujer fuerte que nunca se rendía. Me veía como la compañera perfecta para compartir su vida. Me veía como el tesoro que protegería para siempre.

Yo misma apenas estaba escuchando las palabras del cura.

A pesar de todo lo que había cambiado, sentía aquello como lo correcto. Estados Unidos ya no era mi lugar. Mi lugar estaba entre los viñedos, bajo el



sol. Estaba en aquella cama enorme, con aquel hombre gigantesco a mi lado. Estaba destinada a ser una Barsetti y nada más.

Nunca había creído en los hados o el destino, pero ahora ya no estaba tan segura.

A lo mejor aquellas cosas horribles tenían que pasarme. A lo mejor su propósito era endurecerme, hacerme más resistente a pesar del dolor. A lo mejor estaban destinadas a hacerme cruzar el océano para encontrar al único hombre que era perfecto para mí.

A lo mejor todo esto estaba predestinado.

—¿Quieres a esta mujer como tu legítima esposa? —preguntó el cura.

Cane me apretó las dos manos y se acercó más a mí, preparado para besarme, aunque todavía no era el momento.

—Sí, quiero.

—Y tú, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo? —preguntó el cura.

—Sí, quier...

Las manos de Cane me tomaron la cara y sus labios cubrieron los míos. Me besó antes de poder terminar de pronunciar las palabras. No podía esperar más para amarme, para hacerme oficialmente suya. Un hombre de verdad amaba a su mujer sin reservas, y estaba claro que Cane me amaba con todo su corazón.

Crow se rio disimuladamente y luego aplaudió, animando a todo el mundo a aplaudir con él.

—Eh... Puedes besar a la novia —dijo incómodo el cura.

Mis manos se posaron sobre los poderosos hombros de Cane y me enderecé para poder llegar mejor a su boca. Llevaba unos tacones de infarto, pero ni así se compensaba nuestra diferencia de altura. Me besó utilizando a fondo los labios y la lengua, y yo hice lo mismo a pesar de que todo el mundo estaba mirándonos.

A Cane no parecía importarle un comino.

Finalmente se apartó, dedicándome la mirada más posesiva que le había visto nunca.

—Sra. Barsetti.

Me encantó aquel nombre porque me iba como anillo al dedo.

—¿Qué ha pasado con *Bellissima*?

—*Bellissima* Barsetti... Te queda perfecto. —Me tomó de la mano y me condujo a lo largo del corto pasillo que reunía a nuestra familia. Nos arrojaron pétalos de rosa por encima de nuestras cabezas, que cayeron flotando hasta quedar desperdigados por el césped.

Yo tenía los ojos puestos en el camino que se extendía ante nosotros, en el futuro que disfrutaríamos juntos.

Pero sus ojos estaban puestos en mí... y nada más que en mí.

## EPÍLOGO

CROW

—Estoy espantosa.

—No lo estás. —Me puse encima de ella, con cuidado de no tropezarme con su enorme barriga. Botón estaba embarazada de nueve meses y a punto de explotar. Se sentía incómoda, y le dolía la espalda a causa del esfuerzo y los pies por el peso adicional.

—Sí que lo estoy. —Me empujó el pecho con la mano—. Es imposible que sientas deseos de acostarte conmigo.

—Pues entonces explica eso. —Hice un gesto con la cabeza en dirección a mi entrepierna, donde mi grueso miembro se alzaba ansioso por estar en su interior.

Cuando no fue capaz de explicarlo, se limitó a mirarme fijamente.

—Estoy como una vaca.

—Cállate, Botón. Estás preciosa. Sinceramente, voy a echar de menos verte embarazada.

—Mentiroso. —En aquella etapa final estaba peleona y de mal humor. No era la mujer tranquila y despreocupada con la que me había casado. Estaba estresada, enfadada y le avergonzaba su aspecto. Nunca se había mostrado insegura sobre su cuerpo, pero ahora nunca quería que la viese desnuda.

Me introduje en su interior, deslizándome por su resbaladizo sexo de un

agresivo empujón.

Aquello hizo que dejara de hablar al instante.

—Dios...

Me sostuve a mayor altura de lo habitual sobre su cuerpo para no frotarme contra su tripa. Contemplé la cara de mi mujer mientras me la follaba como a mí me gustaba. Mi excitación aumentaba todavía más a causa de su embarazo. Era lo más erótico que había visto nunca; me encantaba el modo en que se le habían hinchado los pechos, cómo se movía su estómago cuando el bebé daba patadas... Me encantaba absolutamente todo.

En cuanto empezamos a movernos, a ella se le acabaron las protestas.

Me follaba con tanto entusiasmo como yo a ella.

Nos movíamos, empujábamos y gruñíamos. El sudor me caía por la espalda y estaba disfrutando al máximo cada segundo. En cuestión de minutos, obligué a mi bella esposa a gritar mi nombre al llegar al orgasmo. No estaba pensando en cuánto había cambiado su cuerpo. Sólo estaba pensando en mí.

Y entonces me corrí yo, llenándola con mi semilla.

Su cabeza se echó hacia atrás antes de dedicarme una intensa mirada de placer.

La besé y salí de ella.

Como si aquel momento de pasión no se hubiera producido, se cubrió de inmediato con una sábana.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño.

—Estás portándote como una tonta. ¿Te ha dado la impresión de que no estaba disfrutándolo?

—Déjame en paz, Crow. —Cerró la puerta, dejándome fuera.

Me vestí y le quité importancia a su salida de tono. Sus estados de ánimo habían empeorado progresivamente durante el último mes, así que para entonces ya estaba acostumbrado a su actitud. Me gustaba embarazada, pero

enfadada no.

Salí y me topé cara a cara con Lars.

—Cane ha venido a verlo, señor. Está en su despacho.

—Gracias. No me vendría mal un trago. —Recorrí el pasillo y entré en mi despacho.

Cane se había puesto cómodo con mi *whisky*, encontrándolo siempre, sin importar dónde lo escondiera. Sostuvo su vaso en alto al entrar yo en la habitación.

—¿Qué tal está Pearl?

—Ha estado mejor. —Me senté en el sofá opuesto al suyo y me serví un trago—. Está enfadada, agresiva, vergonzosa con su cuerpo... y todo lo que se te ocurra.

Cane soltó una risita.

—Afortunadamente, Adelina todavía no ha llegado a ese punto. Sólo está embarazada y muy sensual. ¿Sabes ese resplandor del que siempre está hablando la gente? Me pone muy cachondo... —Dio un trago al vaso y luego hizo girar los cubitos de hielo.

—Disfrútalo mientras puedas.

—¿No ha salido ya Pearl de cuentas?

—Se puede poner de parto en cualquier momento, de hecho —dije yo—. Estoy deseando que nazca mi hijo.

Cane sonrió.

—No me puedo creer que vayas a tener un niño. Me pregunto qué tendré yo.

—Ya os lo pueden decir.

—Por algún motivo, ella quiere que sea una sorpresa... —Puso los ojos en blanco—. ¿Habéis decidido ya un nombre?

Me terminé la bebida y me serví otra.

—Conway Barsetti.

La sonrisa de Cane se ensanchó.

—Me gusta. Es fuerte. Es diferente. Pero me recuerda a nuestros nombres.

—Se parecen mucho.

—¿Se le ha ocurrido a Pearl?

—A mí, en realidad.

—Conway. —Pronunció el nombre lentamente en voz alta—. Es perfecto. ¿Estás empezando a ponerte nervioso? Una cosa es hablar de la llegada de tu hijo y otra muy diferente tenerlo ya aquí.

Yo tenía mis dudas. Tenía mis miedos. Pero cualquier cosa que saliese de Botón sólo podía ser buena. Tendría un hijo que convertir en un hombre. Tendría alguien a quien traspasar mi legado. Si a mí me pasaba alguna cosa, él se portaría como un hombre y cuidaría de su madre. Para eso lo educaría, al menos. Para todo lo que yo no pudiera hacer, tendría allí a Botón para ayudarme.

—Creo que todo irá bien. Botón va a ser una madre maravillosa.

—Estoy seguro de ello. Adelina también. Dios, espero no tener una niña. —Se frotó la sien y se rio—. Si algún hombre le pone jamás los ojos encima, tendré que matarlo.

—Ya. —La idea de tener una niña no me asustaba: sería fuerte como Botón y tendría mi gancho de derecha.

—Bien, esta será una de las últimas veces que seamos sólo tú y yo. Primero vinieron las mujeres... y ahora están en camino los niños. Nuestras vidas han cambiado muchísimo. —Miró el fuego, cuyas llamas se reflejaban en su alianza de oro.

—Sí... pero creo que ha sido para mejor.

—¡Crow! —El grito de Botón resonó por toda la casa, sacudiendo las paredes y los cimientos.

Dejó caer el vaso, que estalló en mil pedazos contra el suelo.

Cane derramó el suyo y se apresuró a dejarlo en la mesa.

Yo ya estaba de pie de camino hacia la puerta, con el corazón latiéndome

como un tambor.

Botón abrió la puerta primero, aferrándose la tripa con un vestido holgado. Todavía tenía el pelo mojado de la ducha.

—Acabo de romper aguas.

Joder, ya había empezado. Me la quedé mirando con expresión vacía durante tres segundos antes de pasar por fin a la acción.

—De acuerdo, vamos a llevarte al hospital. —La tomé de la mano y la conduje a través del pasillo.

—No puedo creer que ya venga. —Caminaba a mi lado, respirando con fuerza—. Ya viene.

—¿Cane?

Cane trotó hasta llegar a mi lado.

—Dile a Lars que coja las bolsas y se reúna con nosotros en el hospital. ¿Lo tienes?

—Estoy en ello. —Cane salió como una flecha.

—De acuerdo, Botón. Ha llegado la hora.

Ella se echó a llorar al instante.

—Siento haber sido tan odiosa contigo últimamente. Es qu...

—Llevas dentro a mi hijo. Tienes derecho a ser todo lo odiosa que tú quieras. Ni lo pienses.

—Crow...

—Me da igual, Botón. Lo único que me importa es conocer a nuestro hijo. Ahora, vamos a por él.

---

VARIAS HORAS MÁS TARDE NACIÓ CONWAY BARSETTI.

Tenía mis ojos. Su nariz. Mis labios. Su pelo.

Una mezcla perfecta de nosotros dos.

Era más de tres kilos de perfección, lo más bonito que había visto jamás.

Me cabía en la palma de la mano de lo pequeño que era. Adoraba a mi mujer con todo mi corazón, y era difícil creer que pudiera amar algo más que a ella.

Pero así era.

A mi hijo.

Estuve diez minutos contemplándolo, sujetándolo en el hueco del brazo mientras Botón se quedaba dormida. Estábamos solos nosotros dos. Me miró a los ojos, unos ojos azul verdoso con la forma exacta de los míos. Parecía tan interesado en mí como yo en él.

Yo nunca había visto a mi padre como un modelo a seguir. Tenía demasiados problemas, demasiados pecados.

Pero quería que fuese diferente con mi propio hijo. Quería que me imitase, que me admirase y que se sintiese orgulloso del apellido Barsetti. Quería protegerlo, animarlo a convertirse en un hombre más fuerte que yo. Quería enseñárselo todo sobre el mundo, incluyendo la mierda oscura y retorcida que nadie quería mencionar.

Quería que estuviese preparado para el odio, el miedo, el terror.

Para que pudiera superarlos.

Ya me sentía orgulloso de él sólo teniéndolo entre mis brazos.

Aquello daba al amor un significado completamente nuevo.

La puerta se entreabrió y por la rendija asomó la cabeza de Cane. Se dio cuenta de que Pearl estaba dormida, así que me hizo gestos con la mano para preguntar si podía entrar.

Yo asentí.

Entró acompañado de Adelina, cuyo vientre se redondeaba como había hecho el de Pearl seis meses antes. Se sentaron a mi lado e intentaron guardar silencio mientras contemplaban la cara de mi hijo.

—Ooh... —Adelina se cubrió la boca para sofocar su exclamación.

Cane sonreía.

—Eso sí que es un Barsetti guapo.

Yo ya era un padre orgulloso.



—Lo sé.

—Tiene tus ojos —dijo Cane—. Pero también se parece a Pearl.

—Es precioso —susurró Adelina—. Felicidades.

—Gracias. —Yo no podía dejar de sonreír.

Cane levantó la mirada hacia Pearl.

—¿Qué tal está?

—Agotada —dije yo—. Cuatro horas de parto difícil. Vio a Conway y se quedó dormida.

—Esa parte no la espero con ilusión —susurró Adelina.

Cane le puso la mano sobre el muslo.

—Lo harás fenomenal, *Bellissima*.

Casi nunca veía a Cane sin Adelina a su lado. Eran una pareja, igual que lo éramos Pearl y yo.

—¿Podemos hacer algo por vosotros? —preguntó Cane—. Iba a traer flores, pero no me parecéis de esa clase de personas.

—Porque no lo somos —dije riéndome—. Lo único que necesitamos ahora mismo es descansar.

—¿Quieres que cuidemos al niño para que puedas echar una siesta? —preguntó Adelina.

Lo último que quería hacer era soltar a Conway.

—No... Estoy totalmente despejado.

---

BOTÓN DIO EL PECHO A CONWAY POR PRIMERA VEZ EN LA HABITACIÓN DEL hospital. Seguía metida en la cama, pero se había duchado y se había cambiado de camisón. Había dormido de un tirón toda la noche porque yo me había ocupado de Conway cuando había empezado a llorar al amanecer.

Me senté junto a él y los observé.

Conway se enganchó y empezó a mamar.

—Ya sabe lo que hace —dijo Pearl con una risita.

Sonreí.

—Es igualito a su padre.

Se rio y me dio una palmada en el brazo.

—Conway va a ser mucho más sensible que tú.

—Con una madre como tú, no me cabe la menor duda.

Botón pareció olvidar mi presencia de lo absorta que estaba mirando a su hijo. Todavía estaba radiante, a pesar de no estar ya embarazada. Todavía tenía un bello resplandor que la rodeaba en todo momento. Su sonrisa hubiera podido iluminar la noche más oscura.

—Al final estaba realmente incómoda... pero ha merecido totalmente la pena.

—Desde luego.

Se inclinó y le dio un beso en la frente antes de continuar dándole de mamar. Era una madre enamorada. Yo solía ser el destinatario de aquella mirada, pero ahora me habían sustituido.

No me molestaba en absoluto.

—Entonces, ¿cuándo quieres que encarguemos otro?

Se rio como si estuviera contándole un chiste.

—Lo estoy diciendo en serio.

Levantó la mirada hacia mí, con la sonrisa todavía en los ojos.

—Necesito un descanso de seis meses por lo menos.

—Puedo esperar. Y luego nos ponemos otra vez a ello.

—Ni siquiera hemos llevado a este a casa todavía.

—No me importa. En cuanto lo he visto, he sabido que es lo más increíble que me ha pasado en la vida.

Sus ojos se enternecieron al mirarme.

—Como lo eres tú.

## EPÍLOGO II

Cane

Adelina había empezado a balancearse al andar.

Y Dios, me ponía como una moto.

Sacudía las caderas al moverse, con el estómago inclinándose a izquierda y derecha. Ya era una mujer muy atractiva, pero estar embarazada la volvía irresistible.

No podía quitarle las manos de encima.

Se sentó a mi lado en el sofá con el hinchado vientre abultando la camiseta.

Mi mano se dirigió automáticamente hacia su distendido abdomen, con la esperanza de sentir movimiento bajo ella. La primera vez que había notado cómo mi bebé daba una patada, me había quedado extasiado. Estaba tan cegado de alegría que no podía pensar con claridad. Un año atrás, lo último que quería era una esposa e hijos.

Y ahora, me sentía profundamente agradecido por tener las dos cosas.

—Mis padres van a venir a cenar —dijo ella—. Espero que no te importe.

—Me parece bien.

Se había recogido el pelo en una cola de caballo, manteniendo la nuca despejada. Era un día de verano y el aire acondicionado no bastaba para refrescarla cuando llevaba a otro ser humano en su interior.

—¿Quieres algo de beber?

—No. Sólo estoy un poco incómoda. —Se echó hacia atrás y se frotó la barriga—. Todavía me quedan tres meses. Pearl lo llevó como una campeona.

—Crow me dijo que fue como una pesadilla.

—Eso no es verdad.

—De acuerdo, no dijo eso. Pero sí que dijo que se le puso un carácter difícil.

—Y ahora entiendo por qué. —Se acercó más a mí y me puso la mano en el muslo—. ¿Qué te parece que invitemos a Pearl y a Crow?

—Estoy seguro de que querrán quedarse en casa con el bebé.

—¿Cómo vas a saberlo si no preguntas?

Sonreí.

—Ahí me has pillado, Sra. Barsetti.

---

Cenamos juntos en la terraza. El sol acababa de ponerse por el horizonte, bañándonos en la fresca brisa del anochecer. Para cenar teníamos pan recién hecho, pasta que Gerald elaboraba él mismo, el mejor vino de Italia... y una compañía estupenda.

Los padres de Adelina se habían adaptado muy bien a Italia. No parecían echar de menos el constante ajeteo de Estados Unidos. Les encantaban los paisajes infinitos, los olivos que salpicaban los campos y el olor a vino y queso allá donde iban.

Además, tenerlos allí hacía muy feliz a mi esposa.

Y eso me hacía feliz a mí.

Pearl tenía en brazos a Conway casi todo el tiempo, pero se lo daba a Crow cuando tenía que ir al aseo o comer. Ahora estaba enfrascada en una conversación con los padres de Adelina, con una copa de vino en la mano por primera vez en casi un año.

Aquello nos dejaba a Crow y a mí en un extremo, dentro de nuestro pequeño mundo.

Lo miré por encima de mi copa de vino, viéndolo feliz a pesar de no estar sonriendo. Tenía a su hijo acurrucado en un solo brazo, como si no pesara nada. Conway estaba envuelto en una mantita azul, con los ojos cerrados porque estaba dormido.

Crow contempló el horizonte antes de desviar la mirada otra vez hacia mí. Se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente, así que dijo:

—¿Qué pasa?

—Pareces feliz.

Una ligera sonrisa se extendió por sus labios.

—En toda nuestra vida nunca has parecido feliz. Y ahora, pareces feliz todo el tiempo.

Sus ojos se iluminaron, desprovistos de su oscuridad habitual.

—No creo que supiera lo que es la felicidad hasta hace muy poco.

—Sí...

Me mantuvo la mirada.

—Y tú también pareces feliz.

—Porque lo soy.

—Si crees que eres feliz ahora, espera a conocer a tu hijo o hija. No hay nada igual.

Mis ojos bajaron hasta Conway.

—Sí... Ya me lo imagino.

## EPÍLOGO III

Cane

El embarazo de Adelina no terminó con tanta facilidad como el de Pearl.

El bebé sufría durante el parto, así que tuvieron que hacerle una cesárea de urgencia.

Tuve que esperar en la sala de espera hasta que hubieron terminado.

Y estaba asustado, joder.

Crow estuvo a mi lado en todo momento. No me dedicó falsas palabras de consuelo. Su silencio era lo único que podía ofrecerme, y yo lo acepté de buen grado.

Hasta que la enfermera me hizo pasar a la habitación.

Y me presentó a mi hijo.

Lo cogí en mis brazos, sintiendo su peso. No llegaba a tres kilos, pero me pareció denso. El peso de la responsabilidad cayó sobre mis hombros y de repente me vi sosteniendo algo de valor incalculable entre mis manos. Más importante que todas mis posesiones.

Era mi familia.

Me giré hacia Adelina, que estaba bañada en sudor y lágrimas.

—*Bellissima*, ¿estás bien?

—Estoy bien —susurró ella—. Hubo un momento en que pasé un poco de miedo. Pero los dos estamos bien.

Acuné a mi hijo y la besé en la frente.

—Necesitamos un nombre —susurró—. Llevamos tiempo hablando de ello, pero ahora tenemos que decidirnos.

Yo no había sabido si íbamos a tener un niño o una niña, al contrario que Crow. Aquello había sido una sorpresa para ambos porque así lo había querido ella. Pero al mismo tiempo, no estaba sorprendido en absoluto. Me daba la impresión de haber sabido siempre lo que iba a salir de ella.

—¿Carter? —Ahora que lo había conocido, que lo había visto con mis propios ojos, me sentí como si lo conociera.

Adelina asintió.

—Sí... Carter.

Me senté junto a la cama con él en brazos. Dedicaba todo mi tiempo a cuidar de mi mujer, pero ahora tenía que hacer sitio a otra persona. Aunque con alguien tan pequeño, no debería de ser un problema, no cuando mi corazón era tan grande.

—Gracias, *Bellissima*.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por darme a mi hijo. —Lo acerqué a mis labios y le di un beso en la frente—. Soy padre... es raro.

—No es raro —susurró ella—. Es perfecto.

—Sí... —Me sentí como si lo estuviera acaparando, así que volví a ponerlo entre sus brazos—. Tú has hecho todo el trabajo. Ahora te toca a ti.

Sonrió y lo acunó contra su pecho.

—Es perfecto. No podría haber pedido un bebé más bonito.

—No, no podrías.

—Carter y Conway... Van a ser los mejores amigos.

—Estoy seguro de ello. —Me los imaginé jugando juntos, como hacíamos Crow y yo. Nuestros hijos tendrían sus propios hermanos, pero sabía que siempre estarían unidos. Vivíamos a menos de diez kilómetros el uno del otro y siempre sería así—. Han llegado tus padres. Están impacientes

por ver al bebé.

—Lo sé. —Bajó la mirada hacia Carter—. Pero quiero que seamos sólo nosotros tres un ratito más.

Estábamos sentados juntos en silencio, admirando al pequeño hombrecito que habíamos creado juntos. Jamás me habría imaginado mi vida así. Cinco años atrás, era un criminal que mataba sin pensárselo. Sólo me importaban el dinero y el poder. Pero ahora, ni siquiera pensaba en el negocio que le había dado a Constantine. No pensaba en ganar dinero. No me importaba ninguna de todas aquellas cosas. Lo único que me importaba era mi familia... y no sólo la que formábamos nosotros tres.

Tanto Crow como yo le habíamos dado la espalda a nuestro legado. Podríamos haber seguido las huellas de nuestro padre, pero habíamos tomado nuestro propio camino. Habíamos hecho nuestras propias vidas sin dejar de honrar el apellido Barsetti. Ahora estábamos rodeados de nuestras esposas e hijos. La vida pasaría con rapidez, pero la disfrutaríamos al máximo.

¿Cómo podía haber tenido tanta suerte?

Adelina se giró hacia mí, sabiendo que mi mente había empezado a vagar.

—¿Qué pasa?

Sonreí, viendo al amor de mi vida sosteniendo a mi hijo en brazos.

—Nada... Nada de nada.



**¡GRACIAS!**

Muchísimas gracias por continuar al lado de Crow, Cane y Pearl a lo largo de esta increíble aventura. Para mí no son simples personajes, sino personas de verdad a las que adoro. Cuando estoy haciéndome una taza de café por la mañana, a veces me pregunto... «¿Qué estarán haciendo hoy los hermanos Barsetti? ¿Trabajar en las bodegas?».

Tengo en mente una nueva serie de libros que estoy deseando compartir con vosotros. En cuanto esté disponible, ¡seréis los primeros en saberlo! Sé que es difícil aceptar que ha llegado el final de la serie Botones. Admito que lloré al escribir las últimas diez páginas de esta historia. Pero mientras tanto, mi buena amiga Victoria Quinn ha publicado un libro *ARDIENTE*. Probablemente ya hayáis oído hablar de él o incluso leído parte del libro, pero me ha dado permiso para incluir la PRIMERA MITAD del libro justo después de este mensaje. Diesel Hunt y Tatum Titan dan muuuucho morbo... Además de tener un sexo increíble, la historia es absolutamente adictiva.

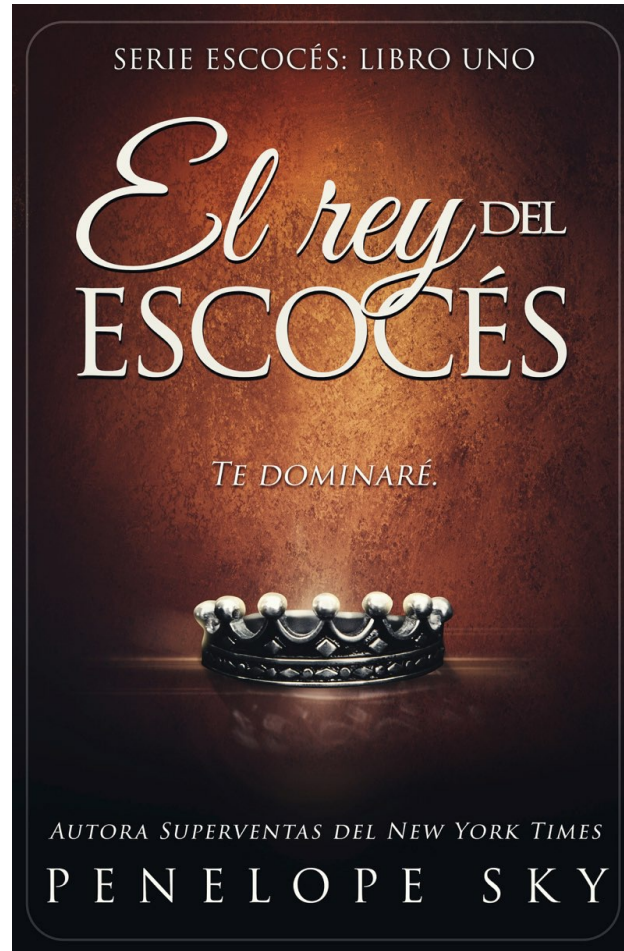
Si decidís comprar *La Jefa*, tened en cuenta que esta primera mitad estará disponible en ese libro, así que leeréis la misma mitad que ya habéis leído aquí. ¡Sólo quería avisar, para que luego no haya sorpresas!

Gracias de nuevo por todo vuestro apoyo. Significa muchísimo para mí.

Besos y abrazos,

Pe

**OTRAS OBRAS DE PENELOPE SKY**



## Don't miss out!

Click the button below and you can sign up to receive emails whenever Penelope Sky publishes a new book. There's no charge and no obligation.

<https://books2read.com/r/B-G-EZMD-IVBR>

Sign Me Up!

<https://books2read.com/r/B-G-EZMD-IVBR>

BOOKS  READ

Connecting independent readers to independent writers.

## Also by Penelope Sky

### **Botones**

[Botones y Encaje](#)

[Botones y odio](#)

[Botones y dolor](#)

[Botones y vergüenza](#)

[Botones y culpa](#)

Botones y gracia (Coming Soon)

### **Bottoni**

[Bottoni e Pizzo](#)

[Bottoni e Odio](#)

[Bottoni e Dolore](#) (Coming Soon)

### **Boutons**

[Boutons et dentelle](#)

[Boutons et haine](#)

[Boutons et peine](#)

[Boutons et honte](#)

[Boutons et blâme](#)

[Boutons et grâce](#)

### **Buttons**

[Buttons & Lace](#)

[Buttons & Hate](#)

[Buttons & Pain](#)

[Buttons and Shame](#)

[Buttons and Blame](#)

[Buttons and Grace](#)

### **Escocés**

[El rey del escocés](#) (Coming Soon)

## **Knopen**

[Knopen en Kant](#)

## **Knöpfe**

[Knöpfe und Fesseln](#)

[Knöpfe und Hass](#)

[Knöpfe und Schmerz](#)

[Knöpfe und Schande](#)

[Knöpfe und Schuld](#)

[Knöpfe und Ehre](#)

## **Lingerie**

[Muse in Lingerie](#) (Coming Soon)

[Beauty in Lingerie](#) (Coming Soon)

[Lady in Lingerie](#) (Coming Soon)

[Queen in Lingerie](#) (Coming Soon)

[Empress in Lingerie](#) (Coming Soon)

[Fantasy in Lingerie](#) (Coming Soon)

## **Scotch**

[The Scotch King](#)

[Der Scotch-König](#)

[Le roi du Scotch](#)

[The Scotch Queen](#)

[Die Scotch-Königin](#)

[La reine du scotch](#)

[The Scotch Royals](#)

[Les nobles du scotch](#)

[Die Scotch Royals](#) (Coming Soon)

## **Scozzese**

[Il Re Scozzese](#) (Coming Soon)